

Sueños quemados

SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN

NEVA ALTAJ

Sueños quemados

SERIE PERFECTA IMPERFECCIÓN

NEVA ALTAJ

Notas de licencia

Copyright © 2024 Neva Altaj

www.neva-altaj.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma sin el permiso del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de EE. UU.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares, es pura coincidencia.

Editado por Susan Stradiotto y Andie de Beyond The Proof

(www.susanstradiotto.com & www.beyondtheproof.ca)

Revisión por Yvette Rebello (https://yreditor.com/)

Crítica del manuscrito por Anka Lesko (www.amlediting.com)

Traducción, edición y corrección al español por Sirena Audiobooks Productions LLC
www.sirenaaudiobooks.com

Diseño de Portada: Deranged Doctor (www.derangeddoctordesign.com/)

Orden de lectura y *tropes*

Serie Perfecta Imperfección

(Enlace de la serie en Amazon – Clic aquí)

1. **Cicatrices Marcadas (Nina & Roman)**

Tropes: héroe discapacitado, matrimonio falso, diferencia de edad, polos opuestos se atraen, héroe posesivo y celoso.

2. **Susurros Rotos (Bianca & Mikhail)**

Tropes: héroe con cicatrices y discapacidad, heroína muda, matrimonio arreglado, diferencia de edad, vibras de la bella y la bestia, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT)

3. **Verdades Ocultas (Angelina & Sergei)**

Tropes: diferencia de edad, héroe roto, solo ella puede calmarlo, vibras de: ¿quién te hizo esto?

4. **Secretos Destruidos (Isabella & Luca)**

Tropes: matrimonio arreglado, diferencia de edad, héroe posesivo y celoso, amnesia.

5. **Caricias Robadas (Milene & Salvatore)**

Tropes: matrimonio arreglado, héroe discapacitado, diferencia de edad, héroe sin emociones, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

6. **Almas Destrozadas (Asya & Pavel)**

Tropes: él la ayuda a sanar, diferencia de edad, vibras de: ¿quién te hizo esto?, héroe posesivo y celoso, él cree que no es lo suficientemente bueno para ella.

7. **Sueños Quemados (Ravenna & Alessandro)**

Tropes: guardaespaldas, amor prohibido, venganza, enemigos a amantes, diferencia de edad, vibras de: ¿quién te hizo esto?, héroe posesivo y celoso.

8. **Mentiras Silenciosas (Sienna & Drago)**

Tropes: héroe sordo, matrimonio arreglado, diferencia de edad, *grumpy-sunshine*, polos opuestos se atraen, héroe extremadamente posesivo y celoso (OTT).

9. **Pecados Oscuros (Nera & Kai)**

Tropes: grumpy-sunshine, polos opuestos se atraen, diferencia de edad, *stalker hero*, solo ella puede calmarlo.

Índice

Notas de licencia
Orden de lectura y *tropes*
Índice
Dedicatoria
Advertencia
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo
Querido lector,
Siguiente en la serie:
Sobre la Autora

Dedicatoria

Para mis lectores que deseaban leer la historia de Az y pidieron que se incluyera una escena de "reencuentro" con Sergei.

Espero que les guste.

Advertencia

Por favor, tenga en cuenta que este libro contiene escenas que algunos lectores pueden encontrar perturbadoras, como menciones de la muerte de un cónyuge, violencia y abuso doméstico, escenas sangrientas y descripciones gráficas de violencia y tortura.

Prólogo

Alessandro

Diecinueve años atrás
(Alessandro, 18 años)

Hay dos reglas a la hora de forzar cerraduras.

Una: todas las cerraduras tienen puntos débiles.

Dos: algunos puntos débiles son más vulnerables que otros.

Eso es lo primero que me enseñó mi viejo cuando me llevó a hacer un trabajo. Lástima que eso fue hace casi diez años, y algunas de sus enseñanzas ya no sirven.

Me meto la linterna en la boca y agarro el gancho y la llave de tensión, enfocando con la luz la cerradura que tengo enfrente. La maldita cosa no tiene ningún punto débil vulnerable evidente, así que la única forma de abrirla será desarmándola con habilidad y pura determinación.

Un perro ladra en algún lugar por la calle. Me detengo y escucho. El gélido viento otoñal sopla a mi alrededor, arremolinando las hojas secas en el aire, y el frío me cala hasta los huesos a través de la fina sudadera con capucha. Dejé mi abrigo con Natalie en casa porque la calefacción no funciona y hace demasiado frío en el interior. El mes pasado contrajo neumonía y no quería arriesgarme a que volviera a enfermarse.

Un perro vuelve a ladrar, pero instantes después el silencio invade el vecindario. Echo un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que no haya vecinos entrometidos cerca y vuelvo a concentrarme en la cerradura. Malditos pasadores y su sistema de presión. Como si desarmar el sistema de alarma no fuera suficiente, ahora tengo que encargarme también de esta porquería sofisticada.

Casi he terminado cuando siento el toque de un metal frío en la nuca.

—Las manos donde pueda verlas —dice una voz masculina detrás de mí—, y date la vuelta, lentamente.

Mierda.

Dejo que mis herramientas caigan al suelo y levanto las manos mientras me enderezo y me doy la vuelta. Un hombre vestido con *jeans* y chaqueta de cuero está parado frente a mí con su arma apuntándome a la cara. ¿Qué carajo? Pasé tres noches vigilando el sitio y el barrio y no había visto ninguna unidad de vigilancia. Este tipo sujeta la pistola como si supiera lo que hace. ¿Será un policía que está fuera de servicio?

—Tú vienes conmigo —ordena.

Sí. Eso no pasará.

El tipo parece estar en forma, y el arma le da una ventaja. Prefiero arriesgarme a morir que acabar en la cárcel como mi viejo, que cumple una condena de trece años. Relajo mi mandíbula, dejando que la linterna caiga de mi boca. El movimiento distrae al tipo, lo que me permite cambiar rápidamente de posición y conseguir la ventaja que busco. Agarro la muñeca del imbécil

con ambas manos, le retuerzo el brazo hacia un lado y le golpeo el estómago con la rodilla. El tipo se dobla y tose. Le doy otro rodillazo, esta vez en la cara, mientras intento quitarle la pistola. Se dispara, un disparo que atraviesa el aire en calma, y la bala golpea la puerta detrás de mí.

Sigo intentando quitarle el arma cuando escucho unos pasos que se acercan a mi espalda. Miro por encima de mi hombro justo a tiempo para ver un puño que se dirige a mi cara.

*** * ***

—¿Cómo te llamas, muchacho?

Escupo sangre y me encuentro con la mirada de un hombre de mediana edad vestido con ropa de combate que se cierne sobre mí. La tenue luz de la bombilla que cuelga del techo detrás de él hace que las sombras de su rostro sean más profundas, resaltando la línea de su mandíbula fuertemente apretada.

—Az —escupo y echo un rápido vistazo a la habitación.

Cuando los hijos de puta me arrastraron hasta aquí, pensé que me llevaban a la estación de policía, pero ahora está claro que no es el caso. No sé adónde me arrastraron exactamente ni qué es este lugar, pero desde luego no es una estación de policía. Las paredes están vacías, no hay ventanas y el aire parece rancio, casi como si estuviéramos bajo tierra. Desde mi posición de rodillas en el centro de la habitación, el único punto de salida que puedo ver es la puerta de la pared opuesta.

El hombre vestido con ropa de combate maldice, obviamente insatisfecho con mi respuesta. Parece ser el que está al mando.

—¡Quiero tu nombre completo, no un estúpido nombre callejero! —grita.

De ninguna manera le diré mi nombre. Me he esforzado mucho para asegurarme de no estar en el radar de la policía y de que no exista ningún registro mío en el sistema. Aunque alguien investigue mis huellas, no conseguirá nada. Y nunca traigo identificación cuando estoy en un trabajo.

Como no respondo, señala con la cabeza al hombre que está a mi derecha. Me da otro golpe en la barbilla que me hace girar la cabeza hacia un lado y casi me hace perder el equilibrio al arrodillarme en el suelo de cemento. Este tipo parece empeñado en dislocarme la mandíbula. Sacudo la cabeza para despejar un poco la niebla de mi cerebro.

Un par de zapatos negros y lustrados entran en mi campo visual. Levanto la cabeza y observo a un hombre mayor con anteojos que ahora está de pie junto al jefe. Me fijé en él en cuanto entró a la habitación, poco después de que los hijos de puta empezaran a darme una paliza. Hasta ahora estaba parado a un lado. Su sencilla chaqueta de lana, con coderas, y su camisa de cuadros parecen totalmente fuera de lugar. Me recuerda a mi profesor de historia.

—No quiere cooperar, Kruger —comenta el tipo de la chaqueta de lana—. De todas formas, el chico es demasiado mayor para tu proyecto. Y demasiado testarudo. ¿Por qué no simplemente lo regresamos a donde lo encontraste?

—¿Me estás diciendo cómo dirigir mi unidad, Felix? —ladra el jefe—. Tienes que recordar cuál es tu puto lugar.

—El chico es solo un ladrón con poca experiencia. ¿Por qué molestarse?

—Porque durante los dos meses en que mis hombres lo han estado siguiendo, se las ha

arreglado para entrar en once casas con seguridad de primera, sin hacer sonar las alarmas, una habilidad que sería extremadamente valiosa para nosotros —señala Kruger y voltea a mirarme—. ¿Dónde aprendiste a burlar así los sistemas de seguridad, muchacho?

Escupo otro puñado de sangre.

—Chúpamela.

—*Tsk, tsk, tsk…* —Sacude la cabeza—. Parece que necesitas un incentivo para cooperar. ¿Qué tal si hago que uno de mis hombres vaya a buscar a esa chica tuya y me la traiga aquí? Estoy seguro de que no aguantará la paliza tan bien como tú.

Mi cuerpo se queda completamente inmóvil. ¿Cómo demonios sabe sobre Natalie?

—*Oh*, veo que eso llamó tu atención. —Sonríe—. Siempre me aseguro de conocer a la persona que estoy considerando reclutar. Sus puntos fuertes. Y sus debilidades.

—No la tocarás —siseo.

—¿No? Bueno, depende de ti, Az. Si haces lo que te digo, nadie tocará a tu chica. De hecho, pronto ganarás un buen dinero. Más que suficiente para sacarla de ese basurero en el que ambos han estado viviendo.

La sangre de la herida en mi frente me gotea en los ojos, dificultándome ver. Tengo las manos atadas a la espalda, así que intento parpadear, pero no sirve de mucho.

—Hacer ¿qué? —pregunto.

—Trabajar para el gobierno. O, más específicamente, para mí.

Dejo que mis ojos recorran la habitación una vez más, intentando encontrar una forma de escapar. Para llegar a la puerta de la pared opuesta, tendría que vencer a los hombres que me retienen y al tal Kruger. Todos están armados, aunque no es imposible. El viejo de la chaqueta de lana no debería ser un problema. Parece más bien un contador o algo así. ¿Qué va a hacer, lanzarme una calculadora?

—¿Y si digo que no? —inquiero.

Los labios de Kruger se curvan en una mueca malvada. Mete la mano en un bolsillo de su pantalón tipo militar, saca una foto y la tira al suelo delante de mí. La foto da dos vueltas en el aire antes de caer boca arriba. Observo la cara ligeramente borrosa de mi novia. La foto fue tomada cuando Natalie salía del supermercado donde trabaja.

—Déjame demostrarte lo que ocurrirá si no cooperas. —Saca un cuchillo de una funda que tiene atada al cinturón, se agacha frente a mí y clava la punta de la navaja justo en medio de la cara de Natalie—. ¿He sido lo suficientemente claro?

No tengo ni la menor idea de quiénes son estos cretinos ni de cuál es su plan para mí. El gobierno, sí, como no. ¿Qué interés tendrían en alguien como yo? Sin embargo, el hijo de puta sabe dónde vivimos. No me arriesgaré a que lastimen a mi chica. Así que, apartando mi vista de la foto, me encuentro con la siniestra mirada del jefe.

—Sí.

Una sonrisa de satisfacción se dibuja en sus labios.

—¿Ves, Felix? No es terco en absoluto. Bien entrenado, será un soldado perfecto. —El cabrón se ríe—. ¿Verdad, Az?

Capítulo 1

Alessandro

Ocho años atrás

—Az.

Me quito hasta la última de mis armas y miro a Felix, que está parado junto a mi casillero.

—Kruger quiere hablar contigo —dice—. Es urgente.

Asiento con la cabeza y me quito el chaleco antibalas, con una mueca de sufrimiento cuando el dolor del disparo que recibí se extiende por mi pecho. Se supone que era una simple misión de reconocimiento, pero el equipo de seguridad nos tendió una emboscada unos veinte minutos después de comenzar. Belov recibió una cuchillada en el brazo, pero teniendo en cuenta que éramos solo nosotros dos contra catorce guardias, lo hicimos bien. Cierro el casillero y miro al hombre rubio sentado en la banca junto a la pared. Sergei Belov mira fijamente al frente con ojos vacíos, y si su pecho no se estuviera moviendo, pensaría que está muerto. De todos los tipos a los que arrastraron a este maldito programa, él siempre pareció el más normal. Hasta que empezó a volverse loco hace unos años. Probablemente nunca había lastimado a nadie antes de que Kruger lo reclutara y lo convirtiera en un asesino a sangre fría. Al igual que hizo con el resto de los chicos que acabaron en la Unidad Z.E.R.O.

—Tienes que sacar a Belov —declaro.

—Lo sé. —Felix suspira y se aprieta la nariz—. Estoy trabajando en eso.

Echo un vistazo al viejo. Se supone que la relación entre los agentes y sus supervisores en nuestra unidad es estrictamente profesional. Normalmente, los supervisores proporcionan apoyo desde una base de operaciones, sobre todo recopilación de información y vigilancia durante la misión, pero la relación entre Felix y Sergei siempre ha sido diferente. Dudo que alguien aparte de mí se haya dado cuenta, el viejo es demasiado cuidadoso de no mostrar nunca favoritismos, no obstante, Felix se preocupa por él, y no solamente como un activo. Cuida de Sergei como si fuera su propio hijo, asegurándose de que Belov no estalle y comience a matar gente a diestra y siniestra cada vez que se pone en uno de sus estados de ánimo jodido.

—Trabaja más duro. —Tomo mi chaqueta y salgo del vestidor.

El parpadeo de las luces proyecta largas sombras sobre las paredes de concreto desnudas mientras camino por el pasillo que conduce a la oficina del capitán Kruger. Uno esperaría que el cuartel general de una base militar secreta, que lleva funcionando más de una década, estuviera un poco más arreglada, pero en lugar de eso, no hay nada más que paredes de concreto, cables eléctricos sujetos a las paredes con ganchos de plástico y un penetrante olor a moho. En los niveles superiores está mejor. Estos se utilizaban como dormitorios para los nuevos reclutas cuando se creó el programa, pero hace años que no están ocupados.

La Unidad Z.E.R.O. es un proyecto altamente clasificado, extraoficial, que tiene un único propósito: deshacerse de las personas consideradas indeseables por el gobierno o por el capitán Kruger. De una manera rápida, eficaz y sin dejar rastro. Comenzó siendo una unidad de once hombres: cinco agentes, cinco supervisores y el capitán. Ahora, solamente somos seis. Tres agentes, dos supervisores y Kruger. No parece que planeen aceptar nuevos reclutas, así que el programa probablemente terminará cuando Sergei, Kai y yo acabemos muertos.

Estoy a medio camino de la oficina de Kruger cuando se abren las puertas del ascensor y un hombre sale de él. El abrigo que trae puesto está desabrochado, revelando una camisa blanca cubierta de manchas de sangre. Kai Mazur. El último de nuestro trío de agentes.

Gira a la izquierda y se dirige también hacia la oficina de Kruger, con su larga trenza negra balanceándose como una cola sobre su espalda. Siempre me pregunté por qué Kruger le permitía dejarse el cabello tan largo. El éxito de nuestras misiones depende de que pasemos desapercibidos, y es muy difícil no notar a un tipo de dos metros y medio con una trenza que le llega casi hasta la cintura.

Mientras camina por el pasillo, la bolsa de papel café que Kai sostiene en la mano derecha gotea sangre sobre el suelo, dejando manchas rojas en el cemento. Parece que el capitán quería un recuerdo otra vez, y a juzgar por el tamaño de la bolsa, probablemente sea la mano de alguien. Cuando Kai llega a la puerta de la oficina, deja caer la bolsa, que hace un asqueroso ruido grotesco al impactar contra el suelo. Puede que no sea una mano, después de todo.

Kai me saluda con la cabeza cuando nos cruzamos, y noto un corte mal suturado en la barbilla que aún supura sangre. Seguramente se lo hizo él mismo otra vez. Desde que mató a su supervisor, el personal médico se niega a atenderlo a menos que esté sedado.

Agarro la manija de la puerta, paso por encima de la bolsa ensangrentada que hay en el suelo y entro a la oficina del capitán. Kruger está sentado detrás del escritorio, mirando el monitor que tiene enfrente y revisando los informes de la misión. Me pregunto qué hará cuando no pueda localizarme mañana.

Lo más probable es que envíe a alguien a deshacerse de mí. Probablemente a Kai. Aunque Natalie y yo ya nos habremos ido para cuando eso ocurra. Ya había decidido que esta sería mi última misión y, antes de partir, le di instrucciones a mi esposa para que empacara y estuviera lista para partir en cuanto llegara a casa. Intenté llamarla dos veces de vuelta a la base, pero la llamada se fue al buzón de voz.

—Siéntate, Az. —Kruger señala la silla al otro lado de su escritorio.

—Me quedaré de pie.

—Como quieras. —Toma su café y bebe un sorbo—. Tu esposa tuvo un accidente esta mañana.

Mi vista se nubla al procesar sus palabras. Me agarro al respaldo de la silla.

—¿Qué?

—El personal del hospital dijo que quizá no sobreviva la noche, así que supongo que deberías ir para allá —comenta con indiferencia, volviendo a mirar hacia la pantalla, como si hablara del clima.

Me doy la vuelta y salgo corriendo, mientras el corazón se me sube a la garganta.

*** * ***

Miro fijamente los labios del doctor mientras habla, como si eso ayudara a que sus palabras penetraran mi cerebro.

—…múltiples fracturas que provocaron una hemorragia interna masiva… —No entiendo lo que dice. Es como si mi mente no lo aceptara—… la resucitamos dos veces… —Agarro la parte delantera de su bata blanca y lo empujo contra la pared. Las palabras siguen saliendo de su boca y, con cada sílaba, la rabia y la desesperación se acumulan en mi pecho. ¡Necesito que el hijo de puta deje de hablar!—… lo intentamos. Lo siento mucho.

Mi agarre del abrigo del hombre disminuye. Quiero aplastarle la cabeza contra la pared hasta que se retracte de todo lo que dijo, pero parece que he perdido la sensibilidad en las manos.

—¡Quiero verla! —bramo en su cara—. ¡Ahora mismo!

El médico asiente con la cabeza y se aleja de mi alcance. Me zumban los oídos mientras lo sigo por el pasillo hasta que se detiene en la puerta a la derecha.

—Largo —siseo, agarrando el picaporte.

Escucho los pasos que se alejan, pero me limito a observar la puerta que tengo enfrente. Es un simple trozo de madera azul pálido, sin embargo, a mí me parece que estoy parado ante la puerta de la perdición. La rabia que me consumía antes se ha evaporado y lo único que me queda en el pecho es un dolor que me destroza el alma. Aprieto el picaporte con más fuerza, mas no consigo forzarme a entrar. Aún me queda una pizca de esperanza, un pensamiento desesperado en el fondo de mi mente de que se trata de un gran error. Ahí dentro está la mujer de otro. Mi Natalie está en casa, sentada en su sillón favorito en nuestra sala, esperando a que regrese para que finalmente podamos irnos.

Aún recuerdo el día en que nos conocimos como si hubiera sido ayer. Ella intentaba robarle la cartera a un hombre en el pasillo de los *snacks* de una gasolinera, a plena vista de la cámara de seguridad. La arrastré afuera y la regañé por ser tan mala carterista. Los dos teníamos diecisiete años y vivíamos en la calle, pero estaba más claro que el agua que ella no estaba hecha para esa vida. Normalmente no me importaban una mierda los demás, aunque supongo que aquel día vi una parte de mí en ella. Así que la llevé a la casa abandonada en la que solía dormir después de que mi padre acabara en la cárcel dos años atrás. Se suponía que solo iba a quedarse unos días, sin embargo, nunca se marchó.

Le enseñé a robar con destreza e incluso la llevé conmigo a algunos trabajos más pequeños. Era bueno tener a alguien con quien volver a casa. Para compartir lo bueno y lo malo. Y teniendo en cuenta las condiciones en las que vivíamos en aquellos tiempos, había más malo que bueno. No estoy seguro de cómo nuestra amistad se transformó en amor. Fue surgiendo sin que me diera cuenta, como un arroyo que va desgastando la roca poco a poco. Ambos éramos jóvenes, ninguno de los dos tenía familia ni a nadie más en el mundo, así que teníamos que valernos por nosotros mismos. Éramos ambos contra todos los demás en esta maldita ciudad. La amistad se convirtió en afecto y luego en algo más profundo. Ella se convirtió en lo único bueno en mi miserable vida.

Cuando Kruger me atrapó y me obligó a unirme a su jodido equipo de asesinos, me prometí a mí mismo que le seguiría la corriente hasta que consiguiera el dinero suficiente para que Natalie y yo nos mudáramos lejos, a un lugar donde no pudiera encontrarnos. Pensé que me llevaría un año o dos ahorrar el dinero suficiente para poder desaparecer.

Me equivoqué.

Para desaparecer del radar de Kruger, no podía usar ninguna de las identificaciones que ya

tenía porque él podía rastrearlas. Necesitaba documentos nuevos para Natalie y para mí, y Kruger tenía contactos en todas partes: el gobierno, la policía, el bajo mundo, en todas partes. Conseguir nuevas identidades sin que se enterara era casi imposible. Sabía demasiado como para que me dejaran escapar fácilmente, así que tenía que asegurarme de no levantar ninguna sospecha. Si lo hacía, tanto Natalie como yo acabaríamos muertos. Me llevó años, varios cientos de miles y cuatro cadáveres encontrar vías que Kruger no pudiera rastrear. Conseguí los malditos papeles una semana antes de irme a esta misión.

Y ahora ella estaba muerta. Un imbécil me arrebató la única familia que tenía.

Cerrando mis ojos, abro la puerta y entro a la habitación.

*** * ***

Arrojo el último contenedor vacío a un lado y observo mi reflejo en el ventanal de la entrada, con el sol ocultándose a mis espaldas. Los paneles a ambos lados del gran ventanal están abiertos y los vapores de la gasolina impregnan el aire. Compré esta casa tres años después de unirme a la Unidad Z.E.R.O. porque odiaba vivir en una casa alquilada. La compré justo antes de pedirle a Natalie que se casara conmigo. No era más que un simple y aburrido inmueble, pero era el único lugar en el que me sentía como en casa después de mucho tiempo. Y ahora, ha vuelto a ser un montón de ladrillos y cemento.

Saco el encendedor de mi bolsillo, giro la rueda para encender la llama y lo lanzo a través de la ventana abierta. El encendedor cae sobre los muebles empapados de gasolina, prendiéndoles fuego, y para cuando llego a mi auto, las llamas ya están consumiendo las cortinas.

Una vez al volante, agarro la vieja caja metálica del asiento del pasajero. Sobre el montón de pasaportes y otros documentos de identificación hay un dije de plata de un osito de peluche con un moño rosa que le compré a Natalie hace años con el dinero que robé en uno de mis trabajos. Estaba obsesionada con los osos de cualquier tipo, probablemente porque le recordaban la infancia sin preocupaciones que tuvo antes de acabar en la calle. No creo haberla visto nunca sin ese tonto dije. El personal del hospital le quitó la pulsera cuando la llevaron al quirófano, y la cadena se perdió durante el proceso. Cuando me devolvieron sus pertenencias, únicamente estaba la medalla del osito de peluche.

Mis ojos se desvían hacia el llavero que cuelga del espejo retrovisor. Un dije brillante de una mano de póquer, nada más y nada menos que una escalera real. El cierre metálico que sujetaba el dije al llavero se rompió hace tiempo, así que ahora solamente está sujeto con un cordón de cuero. Mi papá me lo regaló cuando le gané jugando al póquer por primera vez, y lo he guardado todos estos años para recordarlo a él y a otra de sus lecciones: No te conformes con las cartas que te han tocado en la vida. A veces, tienes que ser tú quien las reparta.

Descuelgo el llavero del espejo, quito el dije de la cuerda y lo arrojo a la caja metálica. Sostengo el colgante del osito de peluche en una mano, paso el cuero por el aro de la parte superior y luego me ato el cordón alrededor de la muñeca.

Cuando levanto la mirada hacia la casa, el fuego ya está devorando sus costados. Me reclino en el asiento del conductor y observo cómo las llamas destruyen lo que alguna vez fue mi hogar, así como los últimos fragmentos de mi alma.

Nunca fui un buen hombre. La primera vez que maté a alguien apenas tenía dieciséis años.

Fue en defensa propia, pero eso no cambia el hecho. Cuando vives en las calles, en la peor parte de la ciudad, es matar o morir. Sobrevivir.

No quedaba mucha humanidad en mí cuando conocí a Natalie, pero tenerla a mi lado me ayudó a salvar esos restos lamentables. Ella se convirtió en mi propósito. Lo único que impidió que mi corazón se convirtiera en una fría piedra inquebrantable.

Nunca le conté la verdad sobre mi "trabajo", temiendo que me tuviera miedo. Natalie creía que yo era guardia de seguridad en una base militar y nunca supo que vivía con un asesino. A veces quería confesarle la verdad, contarle algunas de mis misiones, pero no pensé que fuera capaz de soportarlo, así que me callé. Tenerla conmigo era suficiente.

Sin embargo, ahora se ha ido, y se llevó todo lo bueno con ella. La esperanza. Los sueños. El amor. Lo único que queda es agonía y rabia. De esta furia interna, una bestia sanguinaria y salvaje se levanta, pidiendo venganza. Sangre. Muerte.

Me importa un carajo si lo que le pasó a mi esposa fue un accidente. No me importa si fue un chico drogado o el abuelo de alguien con problemas de visión el que conducía el coche que la atropelló. Voy a encontrarlos. Y lo pagarán.

Saco el paquete de documentos de la caja metálica y empiezo a hojearlos, mirando los distintos nombres que aparecen en cada uno. Múltiples identidades son necesarias cuando te dedicas a matar gente para ganarte la vida. Mi mano se detiene en la última identificación, un nombre que no he usado en casi una década. Alessandro Zanetti. Kruger estuvo presionándome sobre mi verdadero nombre durante meses, pero nunca cedí, ni siquiera después de que hiciera que sus hombres me rompieran el brazo, y finalmente abandonó el tema. No le servía de nada un soldado que no podía ir a misiones porque estaba demasiado maltratado, y de todas formas todos los reclutas usaban nombres e identificaciones falsas. No sé por qué fui tan terco al respecto. Quizá porque mi nombre era lo único que realmente me pertenecía en aquel momento. O podría haber sido porque simplemente disfrutaba haciendo enojar a Kruger.

Agarro el puñado de identificaciones y pasaportes falsos, incluidos los documentos que conseguí la semana pasada, y los tiro por la ventana. Me parece apropiado usar mi verdadero nombre cuando mate al bastardo responsable de la muerte de mi mujer.

Para cuando pongo la reversa y salgo de la entrada, las llamas ya han alcanzado el techo, convirtiendo mi hogar en cenizas.

Ravenna

Cuatro meses atrás

La lluvia es intensa, empapando mi abrigo que ya estaba mojado y pegándome el cabello a la cara. Olvidé mi paraguas en el trabajo, demasiado sorprendida por la noticia de que la cafetería donde trabajo cerrará la semana que viene. Eso me deja solamente con mi trabajo de medio tiempo en una empresa de contabilidad, que no es suficiente, y tendré que empezar a buscar otro

de inmediato.

Intento apartarme uno de los mechones mojados de los ojos cuando un camión pasa a toda velocidad a mi izquierda, recorriendo la calle vacía pero cubierta de charcos y salpicándome con el agua sucia acumulada en el borde de la acera. Un suspiro de derrota sale de mis labios mientras me detengo en medio de la acera vacía y miro mis zapatos deportivos blancos nuevos que ahora están empapados y manchados de mugre.

Aunque la lluvia torrencial me sigue azotando, no puedo apartar la mirada de mis zapatos. Ayer, me sentí un poco culpable porque el dinero escasea este mes, pero estaba tan emocionada cuando salí de la tienda después de comprármelos. Si hubiera sabido que hoy perdería mi trabajo, nunca los habría adquirido.

El claxon de un coche me saca de mis pensamientos y alzo la vista para ver a Melania, mi mejor amiga desde la escuela preparatoria, que me hace señas desde la ventana del conductor de su automóvil.

—¡Jesucristo, Ravi! —grita—. ¡Sube!

Corro hacia su vehículo y abro la puerta del pasajero, pero cuando mis ojos se posan en el lindo interior y el asiento seco solo sacudo la cabeza.

—Estoy completamente cubierta de lodo.

—*Oh*, por el amor de Dios. Súbete ya, Ravenna. —Melania se inclina hacia mí y me agarra la mano, jalándome hacia adentro.

—¿Trabajaste hasta tarde? —pregunto mientras me pongo el cinturón. Melania trabaja en una farmacia en la misma calle.

—Sí. Debería haber terminado a medianoche, pero tuvimos algunas entregas que llegaron tarde, así que tuve que encargarme de eso. Conseguimos el bálsamo para el dolor que pediste para *Mamma* Lola.

Asiento con la cabeza. Teniendo en cuenta la situación, no estoy segura de que podamos pagarlo en este momento.

—Vi a Vitto cuando me dirigía al trabajo esta tarde —continúa mientras vuelve hacia la calle —. Estaba con Ugo.

—Le dije que no quiero que se junte con ese chico, mas no me escucha. Ese chico es una mala influencia.

—¿Están robando otra vez?

Me recuesto en el reposacabezas y cierro los ojos. Mi hermano se ha portado muy mal el último año.

—Espero que no. El encargado del supermercado dijo que los denunciará a la policía si los vuelve a atrapar.

—Quizá podrías intentar buscarle un trabajo para el verano. Puedo preguntar por ahí ¿si quieres?

—Sí, sería estupendo —respondo, aunque sé que no saldrá nada de eso.

Desde que nuestro padre murió hace un año, Vitto empezó a frecuentar los lugares donde se reúnen los miembros de la *Cosa Nostra*, haciéndoles pequeños encargos de vez en cuando, con la esperanza de que le ofrezcan hacerse cargo de un puesto de soldado que ocupaba nuestro padre. Tanto mi madre como yo hemos hecho todo lo posible por quitarle esa estúpida idea de la cabeza, no obstante, ha sido en vano. Le prohibí ir a cualquiera de esos lugares, pero estoy segura de que sigue haciéndolo en secreto.

—Va a entrar en razón, Ravi. Ya verás. —Melania estaciona el auto frente a mi edificio y se

acerca para apretarme la mano.

—Eso espero. —Le devuelvo el apretón y abro la puerta—. Solo era una calle. No hacía falta que me trajeras.

—Todavía te debo por todas las tareas de Matemáticas que me hiciste en la preparatoria. —Se ríe—. Saluda a *Mamma* Lola de mi parte.

—Lo haré.

Mis zapatos deportivos mojados hacen ruido mientras corro hacia el edificio y subo las escaleras de cuatro pisos. Intento hacer el menor ruido posible, entro en el apartamento y me dirijo directamente al baño para cambiarme cuando la voz temblorosa de mi madre suena detrás de mí.

—Vitto no ha llegado a casa todavía.

Me doy la vuelta y miro a mi madre con cara de pánico. Son casi las tres de la madrugada. Puede que mi hermano sea problemático, pero nunca se ha quedado fuera toda la noche sin avisarnos a mí o a mamá.

—¿Qué quieres decir?

—Salió con sus amigos y dijo que volvería a las once. —Se atraganta mamá—. Su teléfono está apagado.

—¿Por qué no me llamaste?

—Estabas trabajando. Pensé que se le había hecho tarde así que me recosté en el sofá para esperarlo. Me quedé dormida. —Estalla en llanto—. Llamé a sus amigos, pero nadie lo ha visto.

—Mierda. Lo siento mucho, *Mamma.* —La abrazo e intento mantener mi voz firme—. Probablemente se quedó a dormir en casa de Ugo y se le olvidó llamarte.

—Quizá deberíamos llamar a la policía, Ravi.

Cierro los ojos.

—Sabes que no podemos.

Puede que no seamos miembros activos de la *Cosa Nostra*, pero mi padre sí lo fue. No podemos arriesgarnos a llamar la atención de la policía a menos que sea absolutamente necesario.

—¿Y si le pasó algo?

—Él está bien. Voy a llamar a Ugo y lo encontraremos. —Estoy a punto de sacar mi teléfono cuando un fuerte golpe se escucha en la puerta.

Mi madre abre los ojos asustada y una lágrima rueda por su mejilla. Cuando alguien toca a tu puerta a las tres de la mañana, no puede ser nada bueno. Cruzo la habitación y abro la puerta de golpe.

Un hombre vestido con un traje oscuro está al otro lado del umbral. Nunca lo había visto antes, pero una mirada a su postura y a la funda visible bajo su chaqueta desabrochada dicen lo suficiente. *Cosa Nostra*.

—¿Ravenna Cattaneo? —cuestiona mirándome fijamente.

—Sí. —Me ahogo.

—Tienes que venir conmigo.

—¿Se trata de mi hermano? ¿Está bien?

—Por ahora. —El soldado de la Cosa Nostra me agarra del brazo y me saca al pasillo. Ni siquiera espera a que tome mi bolso o mi chaqueta.

—¡Todo estará bien, *Mamma*! —exclamo por encima del hombro mientras intento mantener el paso. Mi madre está parada en el umbral de la puerta, con una mano agarrando el marco y la

otra tapándose la boca viéndome alejarme.

Cuando salimos del edificio y el hombre se acerca a un vehículo negro con las ventanas polarizadas, me subo sin hacer preguntas. Aprieto las manos en mi regazo durante el trayecto, intentando mantener la compostura. Vitto debe de haber cometido un grave error esta vez si la *Cosa Nostra* vino a nuestro apartamento de madrugada. ¿Lo habrán sorprendido robando otra vez? ¿O tal vez dijo algo que no debía? Dios, si delató a alguien, es hombre muerto.

El coche gira por un callejón estrecho y se detiene frente a un restaurante con cortinas de cuadros rojos y blancos. No reconozco el lugar inmediatamente porque solo había venido una vez cuando tuve que traerle la cartera a mi padre después de que la olvidara en casa. Estaba de guardia en la habitación de atrás.

Salgo del auto y miro el letrero de madera que hay sobre la puerta. Luigi's. El lugar donde los soldados de la *Cosa Nostra* vienen a jugar a las cartas.

El conductor me guía sin decir palabra entre las mesas vacías hacia la puerta del fondo de la estancia. Una mujer con un delantal blanco manchado lava los platos y nos observa fijamente mientras atravesamos la cocina. Cuando llegamos a la puerta oculta tras una cortina junto a las cajas de vino, el hombre la abre y me empuja al interior de la habitación oculta. La puerta se cierra a mis espaldas.

Al interior del sitio, el aire está cargado de humo de puro, lo que dificulta la respiración. La luz de la lámpara que hay sobre la gran mesa redonda ilumina a cuatro hombres sentados alrededor, jugando póquer. Doy unos pasos dentro de la habitación y el que está frente a mí levanta la vista de sus cartas y se echa hacia atrás mientras una sonrisa arrogante se dibuja en sus labios. Sin querer, retrocedo un paso. Es uno de los Capos. Rocco Pisano.

—Hemos terminado por esta noche —declara y tira sus cartas al centro de la mesa.

Los otros tres hombres se levantan, sus sillas rechinan en el suelo al hacerlo, y recogen sus pertenencias. Ninguno de ellos me mira cuando pasan junto a mí y salen de la habitación. La puerta se cierra detrás de ellos con un suave clic, pero me estremezco de lo ominoso que me parece ese pequeño sonido.

—Me mandó buscar, señor Pisano —expreso entrecortadamente, intentando mantener el contacto visual sin acobardarme. No me gusta cómo me mira, como si fuera un gato que acaba de recibir un regalo inesperado.

—Lo hice. —Rocco toma su bebida y se reclina en su silla, observando mi ropa empapada—. Hay una deuda que saldar.

Una sensación de malestar se apodera de mi estómago.

—¿Una deuda?

—Sí. —Sonríe y desvía la mirada hacia algo que hay detrás de mí—. ¿No es cierto, Vitto?

Me doy la vuelta y un grito ahogado sale de mis labios cuando mis ojos se posan en el cuerpo acurrucado en el rincón. Mi hermano levanta la vista, tiene la cara manchada de sangre y uno de los ojos hinchados.

—Dios mío. —Doy un paso hacia él, pero el sonido de una mano golpeando la mesa me detiene en seco.

—¡Ven aquí, o voy a terminar lo que empecé! —ruge Rocco.

Me trago la bilis y me doy la vuelta para mirar al Capo. Rocco señala con la cabeza la silla que tiene enfrente y observa cómo me acerco con las piernas temblorosas.

—Siéntate —ordena.

Me dejo caer en la silla y junto las manos sobre mi regazo. No sé qué está pasando ni qué

demonios hace mi hermano aquí, pero sé que es algo malo.

Rocco da una calada a su puro y me echa el humo a la cara.

—Vitto pensó que podía jugar póquer con los peces gordos. Vino temprano esta noche, mostrando un montón de dinero, pidiendo que se le permitiera jugar.

Cierro los ojos un momento, intentando que no se me escapen las lágrimas. La muerte de mi padre afectó mucho a mi hermano, y Vitto lleva causando problemas desde entonces. Malas compañías. Robando. Incluso vendiendo marihuana. Sin embargo, nunca esperé que estuviera tan loco como para venir a un club de la *Cosa Nostra* a apostar.

—Solo tiene quince años —susurro.

—El chico necesita una lección. Ya es lo suficientemente grande como para ser responsable de sus palabras y acciones. —Sonríe Rocco—. Y tiene edad suficiente para pagar.

—¿Cuánto le debe?

—Los cuatro mil que trajo fueron a penas suficientes para el depósito inicial.

Cuatro mil. Me retuerzo los dedos. Solamente hay un lugar de donde mi hermano pudo haber sacado ese dinero. La vieja lata de galletas que está debajo de mi cama. Llevo trabajando desde que estaba en la preparatoria para ahorrar dinero para la universidad. La mayor parte se fue en medicinas cuando mi padre enfermó, mas conseguí ahorrar unos cuatro mil en el último año.

—Iré al banco a ver si puedo conseguir un préstamo —explico—. Le devolveremos hasta el último centavo que Vitto le debe, pero, por favor, deje ir a mi hermano.

—Dudo que algún banco te dé un préstamo tan grande como para cubrir la cantidad que me debe tu hermano. Así que, Vitto y yo llegamos a un acuerdo, uno que nos beneficiará a ambos. Me olvidaré del dinero y no lo mataré. —Me echa el humo a la cara otra vez—. Y te tomaré a *ti* como pago.

Capítulo 2

Alessandro

Presente

La nieve cruje bajo los neumáticos cuando estaciono mi auto en la entrada de una enorme mansión de piedra gris. Son casi las seis de la tarde, pero es la hora a la que me ordenaron presentarme. Apago el motor y me reclino en el asiento para observar la casa a través del parabrisas. Dada la ubicación y el tamaño de la propiedad que la rodea, probablemente valga cinco o seis millones, aunque es más pequeña de lo que esperaba. Solamente tiene dos pisos.

Es una hermosa casa.

Y se quemará magníficamente.

Salgo del vehículo y me dirijo hacia los escalones anchos de piedra que conducen a las puertas dobles de madera barnizada de la entrada. Hace un rato, al llegar conduciendo, me di cuenta de que había dos guardias en la entrada. Al menos tres más están situados en el exterior del gran muro que rodea la propiedad, pero no hay ninguno en la entrada principal ni alrededor de la casa. Por lo que tengo entendido, mi nuevo jefe no permite que nadie de su equipo de seguridad se acerque a la casa. Esa es probablemente la razón por la que cada centímetro del terreno que rodea la propiedad está vigilado con cámaras.

Cuando pongo el pie en el primer escalón de piedra, se abre la puerta principal y aparece un hombre vestido con un traje gris claro de tres piezas. La luz amarillenta del pasillo ilumina su figura alta y flacucha mientras está de pie ante mí con una expresión engreída en su rostro. Rocco Pisano. Un capo de la familia criminal de New York.

—Zanetti —dice mientras me hace un gesto para que lo siga—. Te daré instrucciones en mi oficina. Tendrá que ser rápido. Tenemos que estar en el teatro dentro de dos horas.

Camino unos pasos detrás de él mientras gira a la izquierda y me conduce por el espacioso vestíbulo de mármol hacia la puerta corrediza de madera del otro lado. El interior es un grito de opulencia, y mis pasos resuenan en las paredes y el techo elevado adornado con decoraciones de estuco. Las pinturas al fresco del techo muestran ángeles de vivos colores que nos contemplan. En los rincones hay muebles barrocos de madera oscura bien pulida. Una amplia escalera conduce al piso superior, y la elaborada barandilla de madera tiene talladas flores, enredaderas y otras mierdas decorativas.

La oficina de Pisano es igual de grande. Un enorme escritorio de madera con acabado color cerezo oscuro ocupa el centro. En su superficie, cerca del borde, hay una placa gruesa con su nombre tallado, a juego con el barniz del escritorio.

El resto de la habitación muestra signos similares de ostentosidad. Hay un enorme candelabro

de cristal, más apropiado para un comedor que para una oficina. Dos esculturas de oro de tamaño real de leones agazapados, como si estuvieran haciendo guardia, están colocadas a ambos lados de su escritorio, y enormes libreros ocupan la pared detrás de él. Los libros están protegidos por puertas de cristal con marcos dorados.

Rocco toma asiento detrás del escritorio y sujeta la caja de madera que contiene puros de la mejor calidad. Al agarrar uno de los puros, la luz procedente del candelabro se refleja en un grueso anillo de oro con una enorme piedra de rubí en su huesudo dedo índice.

Ocho años. Ocho malditos años llevo buscando a este hombre y aquí está, por fin sentado frente a mí. Apenas puedo controlar el impulso de ponerle las manos alrededor de la garganta y romperle el cuello allí mismo. Sin embargo, no llevo tanto tiempo esperando para dejar que acabe con una muerte simple y rápida. No. Lo destruiré, poco a poco, y él lo verá. Únicamente hasta que no quede nada de su vida privilegiada le permitiré conocer a su creador. Y me aseguraré de que el camino a su destino final sea muy, muy largo. Y extremadamente insoportable.

Los ojos de Rocco no se apartan de mí mientras corta la punta y se lleva el puro a la boca, como si quisiera impresionarme. Tampoco me invita a sentarme en una de las sillas colocadas frente a su escritorio.

—Me dijeron que no te gustan las mujeres —comenta mientras enciende el puro—. ¿Es cierto?

Me esperaba la pregunta. El jefe me dijo que Rocco era un celoso enfermizo y que mató a los tres últimos guardaespaldas asignados a su esposa. La única razón por la que asumiré el puesto es porque Rocco cree que soy *gay*. No estoy muy seguro de dónde surgió la idea, pero Ajello mencionó que eso es exactamente lo que Rocco piensa de mí. Quizá se enteró de que nunca voy al club de *striptease* que frecuentan los demás soldados de la *Cosa Nostra* todos los jueves por la noche. O quizá piense que soy homosexual porque rechacé a las chicas que el idiota de Carmelo envió a mi casa como regalo por mi quinto aniversario desde que formé parte de la Familia. No me importa lo que le haya dado esa impresión. Sostengo su mirada y asiento con la cabeza.

—Tu secreto está a salvo conmigo. —Rocco esboza una sonrisa—. Vayamos al grano. Estarás a cargo de la seguridad de mi esposa, veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Como habrás notado, no se permiten guardias dentro de la casa. Eso únicamente cambia cuando tenemos invitados. De lo contrario, las únicas personas en esta casa somos mi esposa y yo. También tenemos un ama de llaves y dos sirvientas. Vienen a las ocho y se van a las siete.

—¿Sistemas de seguridad? —indago.

—Alarmas en las puertas delantera y trasera, así como en las ventanas de la planta baja. Cámaras en el exterior de la casa y a lo largo del muro del perímetro. Están vigiladas desde la caseta de vigilancia del portón. Tres turnos de guardias de seguridad, cinco hombres en cada uno.

—¿Mis funciones?

—Solo tienes una. Mi esposa —informa y se reclina en su silla—. Ravenna no puede salir de casa sin supervisión. Le gusta pasear por la propiedad, así que cuando lo haga, debes ir con ella. Además, a menudo sale de compras y a hacer otras tonterías de mujeres. Al salón de belleza. A arreglarse las uñas. Estarás con ella siempre que necesite salir.

—¿Alguna excepción?

—Ninguna excepción. Si necesita ir al maldito ginecólogo, irás con ella. —Se levanta de la silla y se para frente a mí—. Tu trabajo no consiste simplemente en actuar como guardaespaldas de Ravenna. Eso es secundario. Lo que necesito es que la sigas en todo momento y me informes

de cualquier cosa sospechosa.

—¿Qué se considera sospechoso?

—Hablar con otros hombres. O extraños en general, incluyendo mujeres. Tampoco puede hacer llamadas desde tu teléfono ni desde el de nadie más. Tiene un teléfono con los únicos números a los que puede llamar que están programados y únicamente puede usar ese teléfono. Su agenda diaria debe ser confirmada conmigo cada mañana. No se permiten desviaciones.

Mantengo el rostro inexpresivo mientras reflexiono sobre lo que dijo. La mujer debe de ser una tonta o una débil si le parece bien que la controlen así, pero ese no es mi problema.

—Entendido.

—Te quedarás con esto. —Mete la mano en el bolsillo, saca su cartera y me da una tarjeta de crédito—. Deja que la use cuando necesite comprar algo, luego se la quitas.

¿Quizás a la señora Pisano le gusta darse demasiados lujos? Tomo la tarjeta y asiento con la cabeza.

Rocco ladea la cabeza.

—No hablas mucho, ¿verdad?

—No.

—Perfecto. —Se dirige hacia la puerta—. Ravenna bajará en cualquier momento.

Mientras lo sigo fuera de la habitación, me pregunto cómo luce en persona la mujer a la que voy a matar.

Ravenna

Levanto la barbilla y veo mi reflejo en el espejo. Tres capas de base de maquillaje hicieron su trabajo. El moretón en mi cuello no es visible, y la gargantilla gruesa de diamantes cubre lo que el maquillaje no pudo cubrir. Han pasado cuatro días, así que espero que desaparezca pronto.

Recojo mi abrigo del respaldo de la silla y salgo de mi habitación. La recámara de mi esposo está justo enfrente de la mía, y no puedo reprimir un escalofrío cuando mis ojos se posan en su puerta antes de dirigirme por el pasillo hacia la escalera principal. *«Pronto»*, me digo. Solo necesito unos meses más.

Rocco está al pie de la escalera, mirándome bajar. Sus ojos recorren rápidamente el vestido que tengo puesto y sus labios esbozan una sonrisa de satisfacción. Hace un rato, cuando vino a mi habitación, me lanzó el vestido y el collar, ordenándome que me los pusiera esta noche. Esperé a que se fuera para echarle un vistazo al vestido rojo. Es peor que el vestido anterior que me compró, y la idea de salir, especialmente al teatro con esa cosa, me hace sentir muy avergonzada, pero eso no es nada nuevo.

Estoy tan absorta calculando cuánto dinero me falta para tener suficiente para escapar y cuál sería la forma más rápida de ganar más, que no me fijo en el hombre que está junto a la puerta hasta que llego abajo. Cuando lo hago, vacilo por un momento, pero, de algún modo, consigo disimular que casi me tropiezo. Mi esposo es un hombre alto, no obstante, la persona que está detrás de él es incluso más alto.

—Ravenna, *Bellissima*, te ves despampanante. —Rocco sonríe cuando me acerco y toma mi mano—. Este es Alessandro Zanetti, tu nuevo guardaespaldas.

Intentando con todas mis fuerzas mantener mi rostro inexpresivo, lanzo otra mirada al hombre que está de pie con las manos en la espalda. La postura acentúa su complexión corpulenta y los músculos de sus brazos se tensan contra la tela de su chaqueta negra. Probablemente sea el hombre más corpulento que he conocido. Mi mirada recorre su enorme pecho y se detiene en su rostro. Siniestro. Es la primera palabra que me viene a la mente. Está bien afeitado, tiene una mandíbula fuerte y pómulos afilados, pero no es su cara ni su enorme corpulencia lo que me hace querer retroceder. Es lo que veo en sus oscuros ojos. Odio. Desprecio. Y rabia a duras penas controlada. Quiero apartar la vista, mas no puedo. Es como si sus ojos me atraparan y me mantuvieran prisionera. Si las miradas mataran, estoy segura de que yo ya estaría muerta.

Me obligo a asentir con la cabeza y finalmente desvío mis ojos, enfocándolos en la entrada principal. Mientras atravesamos la puerta que Alessandro mantiene abierta para nosotros, siento su vista clavada en mí todo el tiempo, todo el camino hasta el auto de mi esposo. Hasta que no me siento en el asiento del pasajero y Rocco cierra la puerta, me permito soltar un suspiro.

Por el espejo lateral, veo a mi nuevo guardaespaldas caminando hacia una camioneta todoterreno negra, con pasos lentos y calculados. Justo antes de subirse, mira hacia nuestro coche. No hay forma de que se dé cuenta de que lo estoy observando, pero, de alguna manera, sé que lo hace. La hostilidad que desprende parece tener vida propia. No recuerdo la última vez que alguien me causó una impresión tan fuerte en el primer encuentro, sin siquiera pronunciar una palabra. ¿Está enfadado por haber sido asignado a este trabajo? Seguro que ha escuchado las historias sobre cómo acabaron mis tres últimos guardaespaldas: con un agujero de bala en la frente, provocado por la pistola de Rocco.

La puerta del conductor se abre y desvío rápidamente la mirada del espejo.

—Bueno, parece que encontré la escolta perfecta para ti —pronuncia Rocco mientras se sienta frente al volante—. Este no caerá rendido a tus encantos.

Aprieto fuertemente el bolso que tengo entre mis manos y me muerdo el interior de la mejilla, intentando controlar la necesidad de verlo y gritarle en la cara.

—Sí, Rocco —murmuro, manteniendo la mirada fija en mi regazo.

Alessandro

Me recargo contra la pared y observo a la pareja Pisano, sentados en sillas de terciopelo unos metros delante de mí. Hay ocho asientos en este palco privado, pero los demás están vacíos.

Rocco parece aburrido. Tiene el brazo izquierdo apoyado en el respaldo de la silla de su esposa y su teléfono en la mano que tiene libre. No ha parado de jugar con su dispositivo desde que la mujer del escenario empezó a gritar, así que está claro que no es un aficionado a la ópera.

Su mujer es difícil de descifrar. Algo se siente extraño entre estos dos. La señora Pisano se sienta erguida y evita mirar a su esposo. Desde el momento en que tomó asiento, su vista se ha enfocado en el escenario. No ha movido un músculo en casi una hora, y no puedo distinguir si es

porque está inmersa en la función o si hay alguna otra razón para su postura tan rígida.

Cuando Rocco mencionó mis funciones, antes, me sorprendió. El hijo de puta tenía que estar locamente enamorado de su mujer, pero no entiendo por qué un hombre de su posición es tan inseguro como para recurrir a medidas tan controladoras. Sin embargo, cuando vi a Ravenna Pisano bajando las escaleras, apenas pude evitar que mi mandíbula golpeara el suelo. Había visto varias fotos de ella, mas no le hacían justicia.

Hay mujeres hermosas. Y luego... está ella.

El ceñido vestido rojo que viste tiene un profundo escote en V, mostrando sus firmes pechos. También es escandalosamente corto, llegándole justo debajo de su trasero. El color vibrante contrasta con su cabello negro intenso, que lleva recogido en un moño apretado en la parte superior de su cabeza. Creo que nunca había visto un rostro tan perfecto, a pesar del exceso de maquillaje que usa. Mucha sombra alrededor de sus grandes ojos verdes. Labios color rojo sangre, del mismo tono que su vestido. Pestañas largas y espesas, probablemente postizas. Es difícil adivinar su edad con toda esa porquería en su cara, pero calculo que tiene unos veintitantos.

Mientras bajaba las escaleras de la casa, noté sus relucientes tacones tipo *stiletto* negros y cómo realzaban su cuerpo. No fue hasta que se detuvo junto a Rocco cuando me di cuenta de que era mucho más bajita de lo que pensaba. Incluso con tacones, la parte superior de su cabeza apenas le llegaba a la nariz. Descalza, probablemente me llegaría hasta la mitad del pecho.

Ravenna Pisano es una dama que no debería ser difícil de borrar de la faz de la tierra. Y planeo hacerlo justo bajo las arrogantes narices de su marido. Parece apropiado.

La artista en el escenario finalmente deja de aullar y recibe una gran ovación. Rocco se levanta de la silla y extiende una mano a su mujer. La señora Pisano se levanta lentamente, el acto es tan majestuoso que es como ver a una reina presentarse ante sus súbditos. Una reina de hielo, para ser más exactos. Cuando pasan junto a mí, ella mantiene la cabeza en alto, mirando al frente, ignorando por completo mi presencia. Supongo que siente que no soy digno de ella, como normalmente sienten los de su clase cuando se trata de “sirvientes”.

Sigo a los Pisano por el gran pasillo hacia el espacio abierto del fondo, donde hay refrigerios reservados para los invitados más distinguidos. Rocco inclina la cabeza para susurrar algo al oído de su mujer y luego se une a un grupo de hombres en el centro de la sala que ríen a carcajadas mientras toman sus bebidas. La señora Pisano se aparta hacia un lado, colocándose en un lugar relativamente despejado. Su postura es aún más rígida que en la sala de teatro y sus ojos parecen concentrarse en algo que hay en la pared de enfrente. Sigo su mirada, preguntándome qué ha llamado su atención, pero no hay nada. Solamente una pared blanca e inmaculada. Ni siquiera hay una obra de arte o una lámpara a la vista.

Doy un par de pasos y me coloco a la izquierda de Ravenna Pisano. En cuanto siente mi presencia, se queda paralizada, con todos sus músculos contraídos.

—Por favor, apártate —me pide y, por un segundo, me sorprende lo joven que suena. Pero entonces sus palabras me calan profundamente y me invade una sensación de asco. Doy un paso atrás. Por supuesto, no puede permitir que alguien como yo empañe su imagen majestuosa. Es patético cómo la gente pretenciosa a veces olvida que no son tan diferentes del resto de nosotros. Especialmente cuando sangran.

Me pregunto si ella sentirá lo mismo cuando su sangre se deslice por su esbelto cuello después de que se lo corte.

Ravenna

Respiro profundamente y mantengo mi mirada fija en la pared de enfrente. Es una técnica que adopté hace poco para evitar que mis ojos se desvíen y se encuentren con la mirada de otro hombre por accidente. Puedo ver a Rocco de reojo. Está hablando con otro capo, Cosimo Longo, fingiendo estar inmerso en la conversación, pero sé muy bien que me está observando. Esperando a que cometa un error. No lo haré. Tengo mucha práctica para ganar este retorcido juego suyo, y recibí un montón de golpes y tengo suficientes moretones para motivarme a mantener la vista clavada en la pared. Sin embargo, no hay nada que pueda hacer para evitar que los hombres me miren. O peor aún, que se me acerquen. Rocco lo sabe y encuentra una gran satisfacción en ver cómo sucede porque significa que puede castigarme cuando lleguemos a casa sin tener cargo de conciencia.

Mi esposo tiene una perspectiva peculiar del mundo. En su mente, es un hombre bueno y justo que nunca hace nada sin motivo. Si me porto bien, no pasa nada. Bueno, la mayor parte del tiempo, al menos. Pero si hago algo mal, como mirar a otro hombre o hacer algo que atraiga su atención, siente la necesidad de castigarme. A Rocco le gusta llamarlo "métodos de educación marcial". Así que me mantengo alejada, esperando que nadie me preste atención y que Rocco se aburra rápido para que podamos volver a la mansión.

—Ravenna —dice una voz masculina desde mi derecha—. ¿Por qué estás aquí sola? ¿Quieres que te traiga algo de beber?

Aprieto con más fuerza el bolso en mi mano.

—Estoy bien, Pietro. Gracias.

«Vete. Por favor, por favor, vete» **.** Repito el mantra en mi cabeza. Quizá si se va inmediatamente, Rocco no se dará cuenta.

—¿Estás segura de que no quieres algo de beber? —Coloca su mano en mi hombro.

Cierro los ojos un segundo, tratando de reprimir el pánico que crece en mi interior, y me obligo a sonreír. Pietro trabajó junto a mi padre durante un par de años e incluso vino a nuestra casa algunas veces. Siempre fue amable conmigo, y en algún momento pensé en pedirle ayuda, pero nunca me atreví.

—Estoy bien, solo pensativa. Gracias.

Pietro asiente con la cabeza y se dirige hacia el grupo de gente del otro lado de la habitación. Cuando lo pierdo de vista, miro hacia donde estaba Rocco y veo que me mira por encima del borde de su vaso. Está sonriendo. Mierda. Doy un paso hacia atrás y choco contra una pared de músculos fornidos. Una enorme mano masculina se posa en mi cintura para sostenerme. Se me hiela la sangre.

Desde que me casé con Rocco, tres hombres han muerto por mi culpa. El primero tenía apenas veintiséis años. Era dos años mayor que yo. Todavía tengo pesadillas sobre ese día. Acababa de llegar a casa después de arreglarme las uñas, y Gaetano se acercó para ayudarme con

mi abrigo, rozándome el hombro con su mano sin querer. Un minuto después, Rocco salió de la biblioteca con una pistola en la mano y le disparó a mi guardaespaldas en la cabeza. Al principio, no me di cuenta de lo que había pasado y me quedé contemplando el cuerpo de Gaetano tirado en el suelo mientras brotaba sangre del agujero que tenía en medio de su frente. Rocco comenzó a gritar, ordenándome que me fuera a mi habitación, pero yo ni siquiera podía mover las piernas.

Aprendí la lección después de eso y me aseguré de nunca, ni siquiera accidentalmente, tocar a mis guardaespaldas cuando Rocco o sus cámaras estaban cerca. Al final no importó. Los otros dos acabaron muertos porque mi esposo llegó a la conclusión de que me observaban de manera indebida.

—Quita tu mano —demando, mirando fijamente a Rocco mientras el pánico me sube desde la boca del estómago. No sucede nada—. Maldita sea. *Ahora*, Alessandro.

La mano desaparece de mi cintura. Mientras observo, Rocco deja su bebida en la bandeja del mesero más cercano y se dirige hacia nosotros. Dios mío. También va a matar a Alessandro. Rocco no le hará nada a Pietro porque forma parte del círculo íntimo del Don. Yo seré la que pague por ese encuentro. No obstante, mi esposo no dudará en ejecutar a un guardaespaldas en cuanto volvamos a casa. No puedo vivir con la muerte de otro inocente en mi conciencia. No puedo.

—Vete —susurro—. Por favor. Vete.

No creo que Alessandro me escuche, porque aún puedo sentirlo a mi espalda cuando Rocco se detiene frente a mí. Sigue mostrando una sonrisa siniestra.

—La próxima vez, cuando un hombre se acerque a mi mujer —ordena Rocco mirando por encima de mi cabeza—, lo quitarás de su vista. A la fuerza, si es necesario. ¿Está claro?

No escucho ninguna respuesta, aunque supongo que Alessandro asiente. Rocco me pone la mano en la parte baja de la espalda y me lleva al pasillo. Ya nos vamos, gracias a Dios.

*** * ***

La puerta de la habitación se cierra con un suave clic a mi espalda. Dejo mi bolso sobre el tocador a mi derecha y me doy la vuelta. La palma de la mano de Rocco choca con mi mejilla antes de que esté totalmente de cara a él.

—¿Pietro? ¿En serio? —sisea mientras me empuja hacia la pared—. ¿Necesitas una polla? Te daré una polla, zorra.

Mi pecho choca contra la dura superficie. Respiro profundamente, cierro los ojos y presiono mis manos contra la pared. Rocco agarra el dobladillo de mi vestido, levantándolo, y luego me desgarra la ropa interior. Puedo escuchar cómo se desabrocha el cinturón y me pego a la pared, asegurándome de moverme lo menos posible. Se excita más cuando me resisto. Un momento después, siento su polla flácida presionando mi trasero. Se restriega contra mí un par de veces, con la respiración acelerada.

—¡Carajo! ¿Dónde están mis pastillas?

Escucho cómo se aleja, probablemente para buscar el Viagra que me obliga a guardar en el cajón de mi mesita de noche. Pasa un minuto. No me muevo de mi lugar. Su mano se acerca a mi trasero, apretándolo. Cierro los ojos con más fuerza.

Gruñidos. Respiración agitada mientras masajea su miembro detrás de mí.

—¡Maldita zorra! —Rocco me suelta el trasero y me agarra el cabello—. No se me para ni con el puto Viagra.

Casi me tropiezo cuando me empuja hacia la cama y me tira sobre ella.

—No puedes salir de tu habitación hasta mañana por la mañana. ¿Entendido?

—Sí, Rocco —musito.

La puerta de la habitación se cierra de golpe, pero sigo tirada en la cama, mirando al techo, y vuelvo a calcular cuánto dinero necesito para salir de esta horrenda situación. Pensar en los detalles se ha convertido en un mecanismo de supervivencia. Cada vez que Rocco me maltrata, me desconecto de la situación planeando mi huida.

Mi mente se desvía involuntariamente hacia el enorme hombre silencioso que se convertirá en mi sombra permanente. ¿Le hará algo mi esposo? Quizá Rocco estaba demasiado concentrado en Pietro y no se dio cuenta de que Alessandro me tocó en el teatro. Si lo hubiera hecho, esta noche habría sucedido otra muerte. Muevo la mano hacia mi cadera y rozo el lugar donde la mano de Alessandro se posó brevemente sobre mí.

Tendré que tener mucho cuidado cuando esté con él, al menos hasta que lo conozca mejor. Espero que no sea una persona demasiado atenta. Quizá debería posponer mis… actividades extracurriculares durante unos días. No, no puedo permitírmelo. Cada segundo que paso en esta casa con Rocco es un infierno.

La situación empezó mal y no ha hecho más que empeorar de forma exponencial. Supongo que el derramamiento de sangre que ocurrió el día de nuestra boda fue un preludio de lo que estaba por venir. Un presagio de la pesadilla que me arrastra cada día más profundamente. Empapándome de miseria y ahogándome en dolor.

Supe desde el principio que mi esposo era un hombre perturbado. Ninguna persona en su sano juicio conseguiría una esposa como pago de una deuda de juego. En aquel momento, no entendí por qué necesitaba recurrir a tales medidas. Rocco siempre ha sido popular y respetado, y como era capo, incluso temido. Muchas mujeres habrían brincado de emoción ante la posibilidad de casarse con él, pero Rocco siguió soltero. No comprendía por qué de repente sintió la necesidad de casarse, y mucho menos conmigo, la hija de un humilde soldado de la *Cosa Nostra*. Esa pregunta quedó aclarada rápidamente, en nuestra noche de bodas.

Rocco Pisano sufre de disfunción eréctil. Y está dispuesto a matar a cualquiera que se atreva a revelar su secreto. La única persona que lo sabe es el doctor que Rocco visita a escondidas. Y ahora yo. No estoy segura de si su problema es congénito o reciente, pero tengo la sensación de que ha estado lidiando con él durante bastante tiempo. Su impotencia es probablemente la razón por la que se mantuvo al margen de casarse con una mujer de una familia de alto rango. Probablemente temía que ella se lo contara a sus padres o hermanos y, poco después, todo el mundo lo supiera. Pero Rocco nunca permitiría que su secreto saliera a la luz. Y no podía arriesgarse a golpear a una mujer así para mantenerla callada. Si su familia llegaba a enterarse, también lo haría el Don.

Tal vez si mi padre estuviera vivo, mi vida habría sido diferente. O tal vez no lo habría sido. El matrimonio siempre ha sido considerado algo sagrado en mi familia. Durante años, escuché a mi padre decir cómo una mujer debe respetar incuestionablemente a su marido, pase lo que pase. Debe ser dócil y conocer su lugar, nunca contradecir a su hombre. Lo tenía tan arraigado que la primera vez que Rocco me pegó, estaba convencida de que había sido culpa mía. Cuando comenzó a hacerlo con regularidad, quería contárselo a alguien, pedir ayuda, sin embargo, no me atrevía a desafiarlo.

Cuando estamos en público, Rocco siempre actúa como un marido atento y cariñoso. Nadie me creería. Y Rocco me dejó muy claro lo que les pasaría a mi madre y a mi hermano si decía una palabra. Así que mantengo mi boca cerrada y lo tolero hasta que pueda reunir suficiente dinero para que los tres nos vayamos lo más lejos posible.

Pronto.

Capítulo 3

Alessandro

Hago clic en el icono gris de la esquina de la pantalla de mi *laptop*. Aparece un cuadro que dice ‘Conectando…’. Diez segundos después, la pantalla de la computadora se llena con un mosaico de una docena de ventanas pequeñas, cada una mostrando una transmisión de diferentes cámaras de la mansión Pisano.

—¿Funciona? —pregunta Felix desde el otro extremo de la línea telefónica.

—Sí. Estoy dentro. Si tengo problemas, te llamo.

—¡No te atrevas a colgarme, demonios! —exclama—. Quiero saber qué estás planeando.

—Nada que deba preocuparte.

—Teníamos un trato, Az. Yo te ayudo a desaparecer del radar de Kruger, y tú pasas desapercibido.

—Estoy pasando desapercibido, Felix. —Hago clic en la ventana que muestra el portón principal y observo a los guardias en pleno cambio de turno—. Necesitaré que me consigas un cuerpo.

—¿Un cuerpo? ¿Qué tipo de cuerpo?

—Uno muerto. Varón. Treinta y tantos. Caucásico. Cabello negro. Metro ochenta. Alrededor de unos ciento trece kilos —informo. No me he pesado recientemente, pero es una buena suposición.

—Por supuesto. ¿Cuándo necesitas que te lo entregue?

¿Cuánto tiempo se necesita para destruir la vida de un hombre?

—Dos meses —respondo.

—Claro. ¿Y qué hay del color de ojos? ¿Tal vez tienes algún corte de cabello que prefieras? —revira con sarcasmo a través de la línea—. ¿Crees que dirijo un maldito servicio de “muertos por encargo”? ¿De dónde demonios voy a conseguirte un cadáver?

—Conoces gente, Felix. Encuentra la manera. —Una sonrisita se dibuja en mis labios—. Mientras sea lo suficientemente parecido para que pueda hacerlo pasar por mí, funcionará.

—¿Fingirás tu propia muerte?

—Sí. En cuanto acabe aquí.

—¿Acabar? ¿Acabar con qué? —brama Felix—. Si tú…

Corto la llamada, arrojo el teléfono sobre la cama a mi lado y me concentro en la pantalla de la *laptop*. Hay más de diez cámaras instaladas alrededor del exterior de la casa y seis más en los muros del perímetro de la propiedad. Pero solo hay una en el interior, montada encima de la puerta principal. Cuando llegue el momento, será muy complicado anularlas todas, aunque no imposible.

Mi teléfono suena con un mensaje entrante. Es la agenda de la señora Pisano para hoy.

Compras, tres horas. Almuerzo en un restaurante, una hora. Visitar a su madre, una hora. Junto a cada actividad hay una dirección. El mensaje termina con una nota en negritas.

Espero un informe detallado mañana.

Por lo visto, la vigilancia de los turnos de los guardias tendrá que esperar hasta otro día. Tomo mi funda de la mesita de noche, me la pongo y, con mi chaqueta en la mano, salgo de mi casa.

Llego a la mansión Pisano media hora antes de lo necesario y aprovecho ese tiempo para pasear por la propiedad, observando la distribución y la colocación de las cámaras.

Dos sobre la entrada principal, una apuntando a la puerta y otra al camino de entrada. Tres más, una a cada lado, cubren los costados de la casa. Fingiendo que estoy dando un simple paseo, sigo el estrecho sendero entre los árboles dispersos por el terreno y continúo mi inspección. Veo cámaras en cada esquina del muro del perímetro y un par en la caseta del vigilante y en el portón. De vuelta a la casa principal, encuentro más cámaras con vistas al patio y al jardín cercano.

Solamente hay otro edificio en la propiedad, a unos cuarenta y cinco metros de la mansión. Parece un garage, pero es demasiado grande. Me salgo del sendero y camino por el césped, acercándome a la entrada para poder echar un vistazo al interior a través de una puerta elevadiza. Efectivamente, es una cochera y hay cinco coches estacionados en su interior. A los hombres de la *Cosa Nostra* les encanta hablar de chismes entre ellos, y a menudo los he escuchado hablar de la obsesión de Rocco por los automóviles caros. Los rumores parecen ser ciertos porque, según mi rápida evaluación, los vehículos que hay aquí valen al menos dos millones. Probablemente no le haga mucha gracia perderlos. Me dirijo a la izquierda y rodeo el garage. Solo hay una cámara, encima de la puerta del mismo. Bien. Me doy la vuelta y vuelvo a la mansión.

Llego al vestíbulo justo a tiempo para ver a la señora Pisano bajando las escaleras. Tiene puesto un elegante traje de pantalón café y una blusa de seda del mismo tono, con un largo abrigo blanco encima. De nuevo tiene el cabello recogido en un moño alto y unas grandes gafas de sol marrones le cubren la mitad de su rostro.

La puerta del despacho de Rocco se abre y él sale atravesando a toda prisa el vestíbulo para reunirse con su mujer al pie de la escalera. Aprieto las manos, sintiendo la necesidad de rodearle el cuello y estrangularlo lentamente. Esperaba que me resultara más fácil controlarme cerca de él, sabiendo que su muerte se acerca. Anoche soñé que él estaba colgando boca abajo del techo mientras la sangre le recorría el cuerpo y caía en un charco en el suelo; cada gota producía un sonido de salpicadura al caer. Fue el mejor maldito sueño que he tenido en años.

—¿Dormiste bien, *Bellissima*? —Pisano sonríe y baja la cabeza para darle un beso en la mejilla a su mujer.

—Sí, gracias.

—Bien. Disfruta tu día y no olvides comprar ese brazalete de oro que nos gustó. La esposa de Giancarlo tiene uno parecido, pero más pequeño, y no podemos permitir que Elisabetta luzca mejores joyas que tú.

—Por supuesto que no. —La señora Pisano sonríe—. Gracias, Rocco.

Me dirijo a la puerta principal y la mantengo abierta para ella. Cuando pasa a mi lado, un leve aroma como a talco invade mis fosas nasales. Para alguien como ella, habría esperado algo más

penetrante y almizclado. Algo que llame la atención y perdure mucho después de que ella se haya alejado de mi vista.

La señora Pisano baja los escalones de piedra delante de mí y se dirige hacia el sedán plateado de la entrada, que supongo que es el suyo. Con mi estatura, es imposible que quepa en esa elegante caja de basura.

—Iremos en mi auto —le digo.

La señora Pisano se detiene y se da la vuelta, observándome. Es imposible descifrar la expresión de su rostro tras esas ridículas gafas. Hago un gesto con la cabeza hacia mi camioneta todoterreno estacionada más a la izquierda.

Me acerco, le abro la puerta trasera y espero. Se acerca al coche y se queda mirando el asiento. Con neumáticos que no son de fábrica, mi vehículo es bastante más alto que los coches normales. No tiene sentido ser un imbécil solo porque pienso matarla, así que extiendo mi brazo y me ofrezco a ayudarla a subir.

Por extraño que parezca, mi odio hacia Ravenna Pisano no es personal. Ella no tuvo nada que ver con la muerte de mi esposa, sin embargo, representa todo lo que su esposo me robó. La gente dice que el tiempo cura todas las heridas, pero en mi caso ha sido todo lo contrario. Con cada día que pasa, mi ira y la necesidad de venganza no han hecho más que crecer. Vengarme de Rocco Pisano se ha convertido en el propósito de mi vida, la única razón de mi existencia, y la fuerza que me impulsa a dedicar cada aliento a derramar su sangre. Antes, podría haberme importado que alguien inocente se convirtiera en daño colateral. Ya no.

La señora Pisano ladea la cara, probablemente contemplando mi mano extendida durante un par de segundos. Después, sujeta el respaldo del asiento y se levanta, ignorando por completo mi ofrecimiento a ayudarla. Cierro la puerta tras ella y camino alrededor del auto con la mandíbula apretada. Puede que no le caiga bien, pero no es nada comparado con lo que siento por ella o por cualquier otra persona relacionada con Rocco Pisano.

Ravenna

Mi guardaespaldas no pronuncia una palabra en todo el trayecto de una hora. Ojalá lo hiciera porque tiene una voz muy agradable. Grave y ronca. Le queda bien. Ni siquiera me mira mientras nos dirigimos a nuestro destino, ni un vistazo rápido por el retrovisor. Yo, en cambio, lo observo todo el tiempo. Menos mal que tengo puestas las gafas de sol, porque si no pensaría que soy una especie de bicho raro por no dejar de verlo.

Desplazo mis ojos hacia su mano, que descansa sobre la palanca de cambios. Intentó ayudarme ofreciéndome esa misma mano cuando subía al coche. Cuando Rocco lo hace, tengo que tragarme la bilis antes de obligarme a tocarlo. No tomar la mano de mi esposo está fuera de discusión. Está obsesionado con aparentar que nuestro matrimonio es perfecto y amoroso, sobre todo cuando hay alguien cerca. Rocco únicamente muestra su verdadero yo cuando estamos solos.

Cuando vi la mano extendida de Alessandro, no me atreví a tocarlo. Hay una cámara que vigila la entrada, y Rocco revisa las grabaciones a menudo. No quiero que mi esposo lastime a

Alessandro solo porque permití que mi guardaespaldas me toque. No sé qué hay entre él y mi esposo, pero Rocco no parece estar preocupado por Alessandro. Eso es inusual. Con todos mis guardaespaldas anteriores, Rocco se ponía furioso cuando pensaba que me miraban de cierta manera o, Dios no lo quiera, me tocaban.

Me habría gustado estar en otro lugar cuando Alessandro me ofreció su mano, en cualquier parte donde no hubiera cámaras. Quería tomarla, tal vez porque su antipatía hacia mí no se oculta tras una sonrisa falsa. Estoy tan harta de esta farsa en la que se ha convertido mi vida, que empecé a creer que no queda ni una sola persona sincera a mi alrededor. No le caigo bien a mi guardaespaldas, y no está dispuesto a fingir lo contrario. Respeto eso.

Mis ojos suben por el grueso brazo de Alessandro y se detienen en su perfil. Es muy guapo, de una forma tosca y poco convencional, y sin duda es más grande y musculoso que cualquier otro hombre que haya conocido antes. Rocco es alto, aunque más bien delgado. Alessandro es más alto que mi marido y pesa unos treinta kilos más que él. Sin duda parece un guardaespaldas profesional, pero tengo la sensación de que no es un simple matón a sueldo. Había algo en sus ojos cuando nuestras miradas se cruzaron ayer, algo bajo ese odio profundo que al principio pensé que estaba dirigido únicamente a mí. No obstante, tenía la misma intensidad en sus ojos cuando miró a mi esposo hace un rato. Era casi como si se estuviera conteniéndose para no matar a Rocco en ese mismo momento. Creo que Rocco ni siquiera se dio cuenta. O quizá no le prestó atención. Mi esposo rara vez ve al personal a los ojos, ni siquiera cuando habla con ellos, ya que considera que los empleados son inferiores a él.

Alessandro parquea el auto en el estacionamiento subterráneo del centro comercial y se acerca a abrirme la puerta del vehículo. Esta vez no me ofrece su mano. Salgo del coche y me dirijo hacia el ascensor, y él me sigue unos pasos más atrás. Cuando entro al elevador, presiono el botón correspondiente al tercer piso en el panel de control y me apoyo de espaldas a la pared, sin apartar los ojos de la linea de números que hay sobre el umbral, con el número iluminado indicando el nivel en el que nos encontramos. Alessandro entra con su enorme cuerpo, que me impide ver. La cabina del ascensor no es tan pequeña, pero con él dentro parece diminuta. Cuando la puerta se cierra, aprieto mi bolso contra el pecho y trago saliva.

—¿Puedes hacerte a un lado, por favor? —murmuro, odiándome por tener que pedirlo. Mi cuerpo no es la única parte de mí que mi marido ha maltratado.

Alessandro da medio paso hacia un lado. Puedo ver la parte derecha de la puerta, pero no es suficiente. Las paredes del ascensor parecen cerrarse sobre mí, amenazando con aplastarme. ¡Necesito ver la puerta despejada! Mi mirada se dirige de nuevo a los números. Solamente falta un piso. Un momento después, suena un pitido que anuncia que llegamos a nuestro destino. Respiro profundamente y espero a que se abra la puerta. Nada ocurre. En el panel hay un botón para abrir la puerta y lo presiono dos veces. Suena otro pitido, no obstante, la puerta permanece cerrada. Un sonido agitado sale de mis labios. No. No. No. Vuelvo a presionar el botón.

—Basta. —Los dedos de Alessandro rodean mi muñeca, apartando mi mano de los controles.

—Necesito salir —susurro.

—Lo harás. —Oprime el botón de emergencia. Ni siquiera se me ocurrió hacerlo.

Otro pitido. Luego, otro más. La puerta permanece cerrada. Miro a mi guardaespaldas, dispuesta a pedirle que abra la puerta a la fuerza, justo cuando la luz del ascensor se apaga. Las palabras mueren en mis labios. Tengo mi teléfono en el bolso, mas no puedo moverme para sacarlo y prender la linterna. Lo único que consigo es respirar rápida y superficialmente. La mano de Alessandro sigue rodeando mi muñeca y me aferro a su tacto.

Un extraño chasquido suena un instante después, y una luz naranja se enciende ante mis ojos. Observa fijamente una pequeña llama que sale del encendedor Zippo de la otra mano de Alessandro. Revolotea suavemente por nuestras respiraciones combinadas. Levanto lentamente la mirada hacia la suya. El reflejo del resplandor hace que sus ojos también parezcan estar en llamas.

—Vamos a contar —pronuncia su voz profunda.

—¿Qué?

—Solo números impares. Hacia atrás. Empieza en el setenta y uno.

Parpadeo, confundida.

—Sesenta y nueve —continúa—. Ahora tú.

Respiro profundamente.

—Sesenta y siete.

Alessandro asiente con la cabeza y suelta mi muñeca.

—Sesenta y cinco.

¡No! Estiro la mano y agarro la manga de su chaqueta y, sin dejar de mirarlo, la muevo hacia abajo hasta que vuelvo a sentir su mano en la mía. La piel de su palma es áspera, como si hubiera pasado años haciendo trabajos manuales.

Engancho mi meñique con el suyo.

—Sesenta y tres.

Entrecierra los ojos. ¿Me preguntará por qué me estoy volviendo loca? ¿Se reirá de mí? ¿O quitará su mano de la mía? Mi respiración se acelera.

—Cincuenta y nueve. —Su voz llena el espacio que nos rodea.

—Cincuenta… —Sacudo la cabeza—. Te saltaste el sesenta y uno.

—No.

—Sí. El mío fue el sesenta y tres.

—No fue así.

La llama parpadea de nuevo, su movimiento reordena el juego de luces y sombras en el rostro de Alessandro. Tiene la mandíbula apretada, y en sus ojos se refleja de nuevo esa malicia, claramente visible incluso en la penumbra. Este hombre me odia, y no entiendo por qué. Lo que entiendo aún menos es que siga sujetando mi dedo con el suyo y que, obviamente, intente aliviar mi pánico distrayéndome. Porque estoy segura de que se saltó ese número a propósito.

Se oye un clic apenas audible, seguido de un repentino resplandor cuando la luz superior vuelve a encenderse. Suena un tintineo y la puerta del ascensor se abre, dejando ver a un hombre con uniforme de mantenimiento al otro lado. Dice algo de una falla en el circuito y se disculpa por haber tenido que apagar la luz mientras la anulaba, no obstante, yo sigo mirando a mi guardaespaldas. Continúa sosteniendo su encendedor frente a mí.

—Te saltaste el sesenta y uno a propósito —señalo.

Alessandro ladea la cabeza.

—¿Y por qué habría de hacerlo, señora Pisano?

Puedo escuchar un sutil tono hostil en su voz. Cierra el Zippo, apagando la llama, y aparta su mano de la mía antes de salir del ascensor.

Alessandro

Se puede aprender mucho de una persona simplemente observándola, sobre todo cuando no saben que lo estás haciendo. La señora Pisano lleva casi dos horas observando detenidamente los anaqueles de varias *boutiques*, y noté algo muy inusual. Cada vez que entra a una tienda, camina entre los estantes, saca una o dos cosas de cada uno y luego pasa al siguiente. No se prueba nada y apenas mira lo que elige. Y después, justo antes de dirigirse a la caja, se acerca a la sección exclusiva.

Toda la ropa de estas tiendas es costosa, pero la de las secciones exclusivas es un disparate de otro nivel. En la primera tienda a la que fuimos, compró unas botas que costaban seis mil dólares. En la siguiente, compró un bolso muy feo por el doble de esa cantidad.

Ahora veo cómo se acerca a un perchero con abrigos y comienza a revisar las etiquetas. Nunca lo hace cuando recorre el resto de la tienda, pero cuando se trata de artículos de lujo, se fija en cada etiqueta.

Saca un abrigo largo con forro de piel sintética en el cuello, mira la talla y se dirige a la caja registradora. Ni siquiera se lo probó, pero incluso desde lejos estoy seguro de que es al menos dos tallas más grande. Me fijo en sus pies. Ahora que lo pienso, las botas que compró hace un rato también parecían bastante grandes.

La señora Pisano deja el montón de ropa en el mostrador junto a la caja registradora y me observa. Saco la tarjeta de crédito que Rocco me dio ayer. Al darle el plástico, nuestros dedos se tocan y es como si un hierro candente me quemara la piel. Como cuando ella enganchó su meñique con el mío en el ascensor. No me gusta, pero al mismo tiempo no me atrevo a mover la mano. La señora Pisano levanta la vista, mas no puedo ver sus ojos. Esas horribles gafas de sol siguen ocultando la mayor parte de su rostro.

Suelto la tarjeta y recojo las bolsas después de que la empleada empaca sus compras, no obstante, la sensación de su piel contra la mía todavía perdura, cosquilleándome la punta de los dedos.

Cuando salimos de la *boutique*, la señora Pisano se dirige hacia la joyería al otro extremo del centro comercial, caminando unos pasos delante de mí. Dejó su abrigo en mi auto, así que tengo una vista perfecta de su redondo y perfecto trasero. Nunca entendí la fascinación que sienten algunos hombres por los traseros femeninos, sin embargo, al ver cómo se mueven sus nalgas bajo la suave tela de sus pantalones color café, siento el impulso de poner la palma de mi mano sobre este y comprobar si es tan firme como parece. Asqueado conmigo mismo por mis pensamientos, levanto rápidamente la vista y enfoco mi mirada en su nuca.

Se ve tan majestuosa mientras camina por la explanada con sus ojos fijos al frente, mientras sus tacones de diez centímetros producen un sonido inconfundible sobre el suelo de loseta. Todos los hombres que se cruzan con ella, independientemente de su edad, la miran con los ojos muy abiertos. Incluso los que van acompañados de sus novias o esposas. Es como si no pudieran evitar sentirse atraídos por ella.

Y, al parecer, yo también soy uno de ellos. Debería prestar atención a nuestro entorno, pero no puedo apartar mis ojos de ella. Ravenna Pisano no parece darse cuenta del alboroto que está creando. Majestuosa y controlada, sigue caminando con la cabeza en alto, absolutamente

indiferente a lo que sucede a su alrededor.

Es tan diferente su comportamiento comparado con el que tuvo antes en el ascensor. Al principio, pensé que se había asustado por tenerme tan cerca en un espacio tan pequeño. La mayoría de las mujeres tienden a sentirse intimidadas por mi tamaño. Pero entonces, tomó mi mano y se aferró a ella como si su vida dependiera de ello. Fue entonces cuando me di cuenta de que era el espacio cerrado lo que la había asustado. Debería haber explotado ese miedo.

Pero no pude hacerlo.

En el mismo momento en que la señora Pisano llega a la entrada de la joyería, un hombre que sale se detiene en el umbral. Sus labios se curvan hacia arriba mientras la mira sin disimulo.

—Vaya, hola. —Sonríe mientras se queda parado, impidiéndole la entrada.

Es uno de esos tipos modernos: traje costoso con pantalones demasiado cortos, barba bien arreglada y cabello rubio peinado hacia atrás en un estilo estúpido. Dejo las bolsas en el suelo y avanzo un paso hasta colocarme justo detrás de mi protegida. Le rodeo la cintura con el brazo y la muevo hacia un lado. Suelta un chillido de sorprensa, que rápidamente se transforma en un grito ahogado cuando agarro al idiota presuntuoso por el nudo de su corbata de seda amarilla.

Los ojos del hombre se agrandan conmocionados cuando lo quito del medio y hago un gesto con la cabeza hacia la escalera eléctrica de la izquierda.

—Piérdete.

Lo suelto y no lo pierdo de vista mientras se aleja a toda prisa; luego recojo las bolsas y extiendo mi brazo en señal de que puede avanzar. Ravenna Pisano parpadea, mira hacia otro lado y entra a la tienda.

¿Cómo es posible querer matar a una persona y sentir al mismo tiempo el impulso de protegerla?

*** * ***

Casi hemos llegado a nuestro siguiente destino, la casa de la madre de la señora Pisano, cuando siento un ligero roce en mi hombro.

—¿Puedes detenerte aquí? Necesito comprar algo en la farmacia.

Me detengo y estaciono, y luego camino alrededor del auto para abrir la puerta trasera. La acera está en mal estado, y hay un charco y lodo medio congelado donde la suciedad se ha acumulado cerca de una rejilla de desagüe del borde de la acera, debajo del coche. Cuando mi protegida comienza a salir del vehículo, mis ojos se posan en sus relucientes tacones blancos. Sin pensarlo dos veces, me inclino hacia delante, la agarro por la cintura y la levanto colocándola en un lugar seco. En cuanto sus pies tocan el piso, la suelto y cierro la puerta del coche.

¿Por qué diablos hice eso? ¿Por qué habría de importarme que se moje sus zapatos elegantes? Me doy la vuelta y me dirijo hacia la farmacia. Los tacones de la señora Pisano repiquetean en el asfalto mientras intenta mantener el paso, pero yo sigo a mi ritmo, furioso conmigo mismo.

Sostengo la puerta de la farmacia abierta para ella, asegurándome de que mi mirada se dirija al frente y por encima de su cuerpo.

Cuando pasa junto a mí, me coloco al lado de la puerta y pongo mis manos detrás de mi espalda. No volveré a mirar a esa mujer a menos que sea absolutamente necesario. Establecer cualquier tipo de relación con una persona a la que planeas eliminar nunca es bueno.

Mi determinación se debilita apenas un minuto después, cuando escucho su voz. Habla en un tono uniforme y despreocupado, pero hay un ligero indicio de angustia en él. Giro la cabeza y la veo de pie junto al mostrador, hablando con el empleado de la farmacia.

—En verdad preferiría que Melania me ayude. Por favor.

—Señora. Ya se lo dije. Ella fue a la parte de atrás a atender una llamada personal —le dice en tono condescendiente el hombre al otro lado del mostrador—. Si solamente es una receta, soy completamente capaz de encargarme de ello para usted.

—Yo… Volveré más tarde. Gracias. —La señora Pisano pronuncia y se da la vuelta para marcharse.

—¿Ravi? —Una mujer de unos veinte años sale y se dirige a su colega—. Yo me encargo, Charles. Tómate tu descanso para comer.

Cuando el tipo se va, la señora Pisano coloca un papel sobre el mostrador.

—¿Cómo estás, Melania?

La chica toma la receta, pero en lugar de revisar lo que hay escrito en ella, ve hacia mí y luego aparta rápidamente la mirada.

—Estupendamente. —Sonríe, pero parece fingida—. ¿Y tú cómo estás? ¿Todo bien en casa?

—Por supuesto —responde la señora Pisano.

La chica asiente, busca algo en el cajón bajo la caja registradora y coloca una bolsa de papel blanca sobre el mostrador. Ni siquiera miró la receta.

La señora Pisano toma el paquete, pero en lugar de despedirse, permanece en su sitio. Parece irradiar una energía nerviosa, igual que la de la chica de la farmacia al otro lado del mostrador. El momento es breve, apenas unos segundos, sin embargo, parece como si ambas estuvieran manteniendo una conversación silenciosa. Y dudo que tenga algo que ver con el pago.

—Gracias.

Hay un tono inusual en las palabras de la señora Pisano cuando finalmente las dice. No parece una simple cortesía.

—Cuando quieras, Ravi —susurra la chica de la farmacia y pone su mano sobre la de la señora Pisano. Sus ojos se dirigen de nuevo hacia mí antes de deslizar rápidamente la receta del mostrador y guardarla en el bolsillo de su bata.

Mi protegida pasa junto a mí al salir y no puedo evitar preguntarme qué acaba de recibir en ese paquete. Porque apuesto a que no era lo que decía la receta.

*** * ***

No sé qué esperaba cuando estacioné el auto frente al edificio donde vive la madre de la señora Pisano, pero no era un lugar que parece que apenas se mantiene en pie. El ascensor no funciona, así que subimos los cuatro tramos de escaleras y nos dirigimos al estrecho pasillo con la pintura resquebrajada, desprendiéndose y el piso de linóleo desgastado. Algunos focos están fundidos o faltan por completo, y la escasa luz no hace más que resaltar el deterioro. El hedor a olor corporal y orina que flota en el aire tampoco ayuda a que alguien quiera vivir aquí.

La señora Pisano se detiene en la última puerta y se acerca para tomar las bolsas que sostengo. Insistió en traer las veinte porque quería enseñarle a su madre la ropa nueva que compró.

Veo a mi alrededor y siento asco. En lugar de gastarse los treinta mil dólares en la ropa que parecía importarle tan poco, la señora Pisano podría haber sacado a su madre de esta pocilga y haber pagado el alquiler de un nuevo apartamento durante todo un año con ese dinero. ¿De verdad es tan egoísta? ¿Qué demonios le pasa? ¿Por qué deja que su madre viva aquí y además siente la necesidad de presumirle la mierda que acaba de comprar? Ojalá pudiera verle los ojos para hacerme una idea de lo que pasa por su cabeza en este momento, pero todavía tiene puestas esas malditas gafas de sol. No se ha molestado en quitárselas ni siquiera en este pasillo oscuro.

—Puedes quedarte aquí —dice, intentando tomar las bolsas—. No tardaré.

Sujeto con fuerza las bolsas y toco la puerta.

La mujer que abre es la viva imagen de la señora Pisano, pero más mayor. Cabello negro con canas, los mismos ojos verdes y la misma nariz diminuta. Hay un brillo en sus resplandecientes ojos cuando se posan en su hija, aunque en cuanto se fija en mí, ese brillo desaparece.

—*Mamma*. Este es Alessandro —comenta la señora Pisano—. ¿Podemos pasar?

La mujer mayor asiente y se hace a un lado. Cuando entramos, dejo que la señora Pisano tome las bolsas y me coloco junto a la pared, al lado de la puerta, enfocando mi mirada en la ventana que hay al otro lado de la habitación. Incluso sin observar a mi alrededor, puedo ver que el interior del departamento, aunque está limpio y ordenado, no está mucho mejor que el edificio en sí.

Madre e hija se sientan en el sofá destartalado y comienzan a mirar la ropa. Cada cierto tiempo, la madre tira un vistazo hacia mí.

—Este es precioso, Ravi —dice, pero su tono no parece corresponder a su emoción—. *Oh*, y mira esa falda, te verás deslumbrante con ella.

La señora Pisano no dice nada, y sigue sacando la ropa. De hecho, toda la escena parece fuera de lugar. Parece un montaje, como si estuvieran actuando para que yo lo vea. Giro la cabeza hacia un lado para verlas mejor, pero finjo que sigo mirando algo más allá de la ventana. Preparo mi semblante para que parezca ausente, incluso aburrido, para que dejen de prestarme atención.

La señora Pisano toma la bolsa más grande, la que contiene el abrigo de piel sintética, y rápidamente la empuja detrás del sofá, ocultándola. Luego saca algunas blusas y se las pasa a su madre, pero cuando llega al bolso costoso, este también acaba escondido detrás del sofá. Cuando terminan de mirar sus compras, vuelve a guardar todo en las bolsas. Las botas, sin embargo, no se ven por ninguna parte.

—¿Cómo estás? —pregunta su madre con indiferencia mientras toma un papelito doblado de la mesa de centro y se inclina hacia su hija como para arreglarle el cuello de su blusa. El papel doblado cambia de manos en una fracción de segundo.

—Estoy bien, *Mamma.* —La señora Pisano sonríe—. ¿Qué tal el trabajo?

—Igual. Voy a limpiar la casa de la señora Natello mañana, y también el viernes.

—Entonces, vendré antes del viernes.

La señora Pisano se ajusta las gafas de sol, que aún no se ha quitado, y echa un vistazo por encima de su hombro.

—¿Dónde está Vitto?

—Ya conoces a tu hermano. Anoche se quedó en casa de Ugo. —La mujer mayor se encoge de hombros.

—¿Siguen juntándose?

—Sí. Al menos dejó de jugar a las cartas después de… ya sabes.

—Bien. ¿Necesitas ayuda con algo?

—Estoy bien, Ravi.

—¿Y tu espalda? ¿Todavía te duele?

—Está bien, pero creo que se me dañó un nervio esta mañana cuando intenté lavar las ventanas.

—¡Caramba, *Mamma*! —La señora Pisano sacude la cabeza mientras se levanta y desaparece dentro de una pequeña cocina a mi derecha.

Saca un trapo viejo de un cajón y toma un atomizador de debajo del fregadero antes de colocar ambos sobre el mostrador. Luego se arremanga la blusa de seda y se sube a una vieja silla destartalada que apartó de la pequeña mesa de la cocina, apoyada contra una de las paredes. Mientras observo, Ravenna Pisano, la esposa de un capo de la *Cosa Nostra*, agarra los artículos de limpieza y comienza a limpiar las ventanas de su madre. Me quedo observándola, atónito, durante casi una hora mientras termina de limpiar la ventana, luego pasa el trapo por todas las superficies y armarios de la cocina y, por último, trapea el piso.

*** * ***

Cuando llego a casa esa noche, paso una hora revisando el plano del garage de los Pisano que Felix me envió. Parece que en algún momento fue un pequeño edificio de servicio que luego se amplió y renovó para convertirlo en cochera. Tiene instalada una alarma, pero no es nada demasiado complicado como para representar un problema. El tablero eléctrico se encuentra en el interior, junto a la puerta lateral, por lo que los cables que van hacia él son fácilmente accesibles. Perfecto.

Recojo el plano de la mesa, entro a mi habitación y lo coloco en la pared, junto a la copia impresa de la cuenta bancaria de Rocco. Luego doy un paso atrás y observo detenidamente lo que tengo frente a mí. Toda la superficie de la pared está cubierta por un mosaico de papeles, fotos y notas.

Conozco cada detalle clavado en esta pared. A lo largo de los años, he recopilado incontables piezas de información, algunas con la ayuda de Felix y otras con sobornos o por la fuerza. Muchas eran callejones sin salida o pistas falsas, pero las guardé de todos modos. No me gusta quedarme mucho tiempo en un mismo lugar en caso de que Kruger siga buscándome, así que me he mudado con frecuencia en los últimos ocho años para asegurarme de que no me encuentre. En cada ocasión, quité los objetos de la pared de mi venganza y los volví a colocar meticulosamente, con el mismo patrón exacto, en un nuevo lugar. Cada acción de ese proceso reabre la herida de mi pecho, pero el dolor es bueno. El ritual me ayuda a mantener mi concentración.

El primer objeto que siempre coloco en el centro de la pared es una foto de Natalie. En ella, tiene puesto un vestido color naranja con lunares blancos por todas partes. Pensaba que era atroz. Sin embargo, el estampado llamativo hizo que se le iluminara toda la cara cuando lo vio, y acabamos comprando el vestido. Colocar su cara sonriente en mi pared de venganza es siempre lo más difícil. Con cada reubicación, siento como si un mazo me golpeara justo en el pecho, recordándome lo que me quitaron. Cada. Maldita. Vez.

Después pongo el informe del médico, que detalla lo que intentaron hacer para mantenerla con vida en el hospital, y el informe de la policía sobre el accidente de tránsito, que fue catalogado como atropellamiento con fuga. Los siguientes elementos que aparecen, alrededor del

punto central, son las declaraciones de los testigos, escasamente redactadas, en las que afirman que no vieron nada, ni siquiera el color del vehículo. Felix tardó varios meses en conseguirlas porque alguien olvidó convenientemente registrar la información en el sistema, y tuvo que sobornar al empleado para que encontrara las declaraciones en papel de las dos personas que estaban presentes durante el impacto.

Cuando por fin tuve la oportunidad de hablar directamente con los dos testigos, ambos admitieron que habían visto un automóvil deportivo rojo, pero que no recordaban la marca ni el modelo.

Tardé casi un año en encontrar al mecánico que trabajó en el auto deportivo rojo en el momento en que Natalie fue asesinada. Parece que tenía un taller de carrocería en Jersey, pero le pagaron una suma generosa por arreglar la parte delantera y el parabrisas rotos de un Audi R8 en su taller privado. Al principio no parecía interesado en compartir mucha información, no obstante, cambió de opinión cuando le rompí las piernas. Después tuvimos una charla bastante productiva. Me fui de su casa con un par de detalles importantes.

El hombre que apareció con el auto destrozado tenía casi treinta años, estaba claramente ebrio y parecía un poco alterado. Una hora más tarde llegó un hombre mayor y discutieron en italiano. El mecánico no hablaba italiano, pero recordó que el hombre mayor dijo varias veces la palabra *Famiglia*, que reconoció por ser un gran fan de *Los Soprano*. Después, el viejo puso una pistola en la sien del mecánico y le ordenó que arreglara el coche y que mantuviera la boca cerrada. Aunque el inútil no pudo darme los nombres de los hombres, me bastó. El responsable de la muerte de mi esposa era un miembro de la mafia italiana.

Mi padre era italiano, así que pensé que sería fácil entrar a la *Cosa Nostra*, especialmente para alguien con mis habilidades y los antecedentes que Felix me consiguió. Estaba equivocado. La organización había cambiado hacía menos de un año, y el nuevo Don era muy estricto en cuanto a quién podía entrar en ella. Tardé nueve meses en entrar. Pasaron cuatro años más antes de que me abriera camino en el círculo íntimo y tuviera la oportunidad de indagar más. Sin embargo, el tiempo no importaba. Estaba empeñado en encontrar al responsable de la muerte de mi esposa costara lo que costara.

Sabía que buscaba a alguien de alto rango, un soldado cualquiera no habría tenido dinero ni influencias para encubrir la muerte de Natalie. Con el paso de los años, seguía sin poder averiguar quién fue. Mas me quedé. Y escuché. Cuando no hablas mucho, la gente tiende a olvidar que estás en la habitación o a creer que no te interesan sus conversaciones. Yo no hablo mucho. Nunca lo he hecho. Pero escucho todo.

Hace un mes, estaba jugando una partida de póquer con algunos hombres, en su mayoría tenientes que trabajan bajo las órdenes de un par de capos diferentes. Siempre me aseguro de perder más a menudo de lo que gano. A la gente le gusta eso. Se emocionan. Y cuando se emocionan, hablan. Carmelo ganó la última mano esa noche, y estuvo parloteando sobre haberse estrellado contra el escaparate de una tienda cuando estaba borracho y trató de estacionar su auto un par de noches antes.

—Quizá debería pedirle a Elio que lo arregle para mí —comentó—, como hizo con el incidente de Rocco con esa mujer en el cruce peatonal. Dios, ¿lo recuerdan? Rocco también estaba completamente ebrio.

Todavía no sé cómo me las arreglé para mantener mi trasero en esa silla en lugar de salir disparado a masacrar a esos dos hijos de puta. Pero me obligué a quedarme allí toda la noche, fingiendo calma y desinterés, mientras la rabia bullía en mi interior. Cuando llegué a casa esa

noche, añadí más fotos a mi pared.

Rocco Pisano, el asesino de mi esposa. Puse su foto encima de la de Natalie y dibujé una X roja sobre su cara.

Elio Pisano, el padre de Rocco, que le ayudó a encubrir el crimen. Otra X.

Sin embargo, esos dos no eran suficientes. Necesitaba dejarlo claro. Ojo por ojo.

Así que, añadí la tercera foto.

Ravenna Pisano. La esposa de Rocco.

Mi venganza.

Capítulo 4

Ravenna

Los tenues rayos del sol matutino caen sobre la superficie del tocador que tengo enfrente, iluminando la multitud de frascos y estuches de maquillaje que hay esparcidos. Inclino la cabeza hacia un lado y comienzo a aplicar la segunda capa de corrector sobre el moretón que tengo cerca del ojo izquierdo. No es tan grave ya que Rocco me abofeteó con la palma abierta. La marca casi ha desaparecido, pero no quiero arriesgarme. Hoy estará nublado y me veré ridícula con gafas de sol.

Cuando estoy satisfecha con mi trabajo, saco el papel que escondí en mi estuche de sombras de ojos y lo desdoblo.

Tacones color nude, pero de piel auténtica. Italianos.

Un chal y un suéter de color pastel, de preferencia azul.

Aretes de perlas.

Es una lista de las cosas que la señora Natello quiere la próxima vez. Los zapatos y la ropa no son un problema. Los encontraré fácilmente en las *boutiques*. Pero los aretes serán un problema. Mi esposo suele comprarme joyas de oro, así que no tengo ningún par de aretes de perlas en mi colección. Y no puedo arriesgarme a comprarlos porque ya compré un dije de oro hace menos de dos semanas. Si empiezo a comprar joyas con demasiada frecuencia, Rocco se dará cuenta y me exigirá que me ponga alguna de las piezas nuevas.

Debajo de la lista, hay cuatro oraciones más.

No puedo dormir por las noches por la preocupación, Passerotta. (Cariño)

Por favor, considera decírselo a Don Ajello de alguna forma, o déjame hacerlo a mí. Te lo suplico.

Te quiero, Ravi.

Rozo con mi pulgar la letra nítida de mi madre. Desde que era niña, a mi mamá le encantaba escondernos notas cortas a Vitto y a mí en nuestra habitación y esperar a que las encontráramos. Nunca era nada importante, solo unas pocas palabras como: “Vamos a cenar tu *pizza* favorita” o “Escuché que te fue bien en tu examen. ¡Buen trabajo!” escritas en papel doblado. Las notas nunca estaban firmadas, mas siempre supimos que eran de *Mamma*. Mi padre nunca fue del tipo afectuoso, y su letra parecía como si un cuervo hubiera mojado una pata en la tinta y hubiera

escrito con ella.

Una sonrisa triste se dibuja en mis labios. *Mamma* siempre ha hecho todo lo posible por compensar la falta de afecto de mi padre y hacer que Vitto y yo nos sintiéramos amados. Saber la verdad sobre mi matrimonio y guardar silencio la está matando, sin embargo, hice que me prometiera que no diría ni una palabra a nadie.

Antes de casarme con Rocco, me imaginaba terminando la universidad y formando una familia. Esperaba tener un esposo que no fuera simplemente alguien cualquiera, sino un hombre que me amara de verdad. Dos, tal vez tres hijos que mimar. Y un hogar lleno de calidez.

Era un bonito sueño.

Ya no sueño más. Lo único que tengo ahora es la determinación de salir de esta pesadilla.

En los primeros días después de mi boda, me engañé a mí misma con la idea de que encontraría la manera de contarle a alguien lo que estaba pasando y pedir ayuda, pero Rocco me quitó mi teléfono y me prohibió hablar con todos, excepto con el ama de llaves y las sirvientas. Mi madre y mi hermano eran las únicas personas a las que podía ver, aunque siempre bajo supervisión. Tenerme encerrada en casa levantaría sospechas, así que Rocco insistió en que saliera a arreglarme las uñas y de compras. De ese modo, la gente no sospecharía nada. Rocco o un guardaespaldas me acompañaban siempre que salía de casa. Sin medios para contactar a alguien y bajo vigilancia constante, tenía las manos atadas. Las notas secretas entre mi mamá y yo eran lo mejor que podíamos hacer, y únicamente cuando conseguíamos intercambiarlas sin que mi guardaespaldas se diera cuenta.

A Rocco le encanta arrastrarme a cenas y fiestas con otros miembros de la *Cosa Nostra*, y siempre hay mucha gente. Esperaba que alguien se diera cuenta de lo que estaba pasando, pero no ha sido así. En público, Rocco ha tenido mucho cuidado de no agredirme cuando hay otras personas cerca, y nunca me ha lastimado delante de testigos. Aunque estoy segura de que algunas personas se han dado cuenta. Como el guardia del portón, cuando hace tres semanas tenía un enorme moretón en un costado de mi cara. Se acercó a la ventana de Rocco para preguntar algo sobre el cambio de turno y vi cómo se le abrían de par en par los ojos al verme. Pero enseguida apartó la mirada.

Después de un mes, me deshice de mis esperanzas y decidí que tenía que salvarme yo misma. No existen los caballeros con armadura brillante. Al menos, no para mí.

En una de las notas, le dije a mamá que le pidiera a Melania, mi mejor amiga de la infancia, que me consiguiera las pastillas placebo de Viagra. En la siguiente, le solicité que averiguara a cuál de sus clientes le interesaría comprar mi ropa sin estrenar. La hermanastra de Cosimo, el capo, la vieja cascarrabias para la que mi madre ha trabajado durante décadas, dijo que sí. Tuve que recurrir a comprarle la ropa que quería porque la señora Natello es mucho más alta que yo.

El ruido de las hojas aplastadas bajo los neumáticos me llega desde más allá de la puerta abierta del balcón. Arrugo la nota de mamá y me la guardo en el bolsillo para deshacerme de ella más tarde. Me miro por última vez en el espejo, tomo mi abrigo del respaldo de la silla y salgo deprisa de la habitación.

Hay trabajo que hacer.

Alessandro

—¡El informe de ayer! —brama Rocco en cuanto entro a su oficina.

—Todo como estaba planeado —contesto—. Compras. Almuerzo. Visita a casa de su madre. De vuelta a la mansión.

Rocco frunce las cejas y se inclina sobre su escritorio, obviamente no muy satisfecho con mi informe.

—Necesito que seas más específico, Zanetti. ¿Se reunió o habló con alguien? ¿De qué hablaron ella y su madre mientras estaban allí? ¿Me mencionaron? Quiero saberlo todo, incluso lo que ordenó en el restaurante.

—Visitamos cinco tiendas donde compró un montón de ropa y zapatos. No se reunió con nadie ni habló con nadie más que con el personal de las tiendas. No fuimos a ningún restaurante. Compró un postre en una panadería del centro comercial.

—¿Relleno? —pregunta.

Inclino la cabeza.

—¿Qué?

—¿De qué estaba relleno, Zanetti? Ravenna no puede comer cosas dulces a menos que yo lo permita expresamente.

Aprieto el puño derecho en mi costado. El bastardo enfermo controla lo que come su esposa.

—Era una tarta de queso.

—Bien. Continúa con lo que pasó en casa de su madre.

—Hablaron —suelto entre dientes.

—¿Sobre qué?

—Sobre la ropa que compró. Y luego nos fuimos.

Rocco agarra un bolígrafo del escritorio y empieza a dar golpecitos con él en el borde del vaso que tiene enfrente, con un ritmo lento y desordenado. El sonido es extremadamente irritante, amenazando mi ya escasa paciencia. Cada vez que está en mi enfoque visual, tengo que emplear todas las técnicas de autocontrol que conozco para no matarlo allí mismo.

¿Alguna vez piensa en la mujer a la que le quitó la vida? Mi mujer estuvo tendida en un charco de su propia sangre, en medio de la calle, durante casi media hora hasta que llegó la ambulancia. Ese mismo día, a pocas calles de distancia, se derrumbó el piso superior de un estacionamiento municipal, matando e hiriendo a varias personas. El tráfico quedó atascado durante varios kilómetros. Los bomberos y la policía ayudaron en las tareas de rescate y evacuación. El personal médico se ocupó de atender y trasladar a los heridos a los centros cercanos. En medio del caos, el vehículo de emergencia tardó demasiado en llegar a Natalie. Una vida en una ciudad de millones. Una muerte que sacudió mi mundo. Por supuesto, no le dedica ni un pensamiento. Probablemente olvidó lo que pasó.

Sin embargo, haré que lo recuerde cuando llegue el momento. Recordará a la mujer que mató cuando descuartice a su esposa delante de él y lo obligue a ver cómo se le escapa lentamente la vida.

La imagen de Ravenna Pisano tirada en el suelo, cubierta de sangre, pasa ante mis ojos. Siempre me ha reconfortado imaginar la forma en que mataría a la esposa de ese hijo de puta, como si por fin cumpliera una promesa de toda la vida y me deshiciera del peso de la carga que

llevo encima, pero ahora, en lugar de tranquilidad, algo más surge dentro de mí.

Es negación.

La imagen del rostro ensangrentado de la señora Pisano se difumina en mis pensamientos y se transforma en una mujer desconocida.

Clavo más las uñas en la palma de mi mano mientras aprieto el puño y me concentro en el bolígrafo que Rocco sigue golpeando contra el vaso, intentando devolver la imagen de Ravenna Pisano al lugar donde la imaginé. No funciona.

—¿Y no pasó nada más, Zanetti? —inquiere Rocco—. ¿Nada fuera de lo normal?

Aparto los ojos del bolígrafo que sostiene y me encuentro con su mirada. Su mujer escondiendo ropa en secreto en casa de su madre probablemente contaría como algo inusual. Así como su amiga dandole una sustancia desconocida en la farmacia.

—No —replico.

—Bien. —Arroja el bolígrafo al escritorio y enciende su *laptop*—. Probablemente Ravenna te esté esperando en la puerta principal. Tiene programada su cita semanal en el *spa*.

Claro que la tiene. Parece que lo único que le interesa a la señora Pisano son las compras y los tratamientos de belleza. Me viene a la mente la escena de ayer cuando la vi limpiar la cocina de su madre para que la anciana no se lastimara más la espalda. No me cuadra.

Asiento con la cabeza y salgo de la oficina.

Tal como dijo su esposo, Ravenna Pisano está de pie junto a la puerta, con su abrigo sobre el brazo. Estiro la mano para tomarlo, pero ella retrocede rápidamente.

—Por favor, no —pide.

—¿Por qué? —pregunto.

—Solo… no lo hagas. —Se pone el abrigo, abre la puerta y sale.

La sigo mientras baja apresuradamente los escalones de piedra y se detiene en el último con la cabeza levantada hacia el cielo. No hay nada arriba que llame su atención, solamente nubes grises. Se queda así casi un minuto, respirando profundamente y contemplando la inmensa nada antes de dirigirse al coche.

*** * ***

Ubicado en un edificio moderno, el *spa* ocupa todo el segundo piso y promete a sus clientes nada menos que el paraíso más lujoso. Eso si nos creemos el letrero del vestíbulo que nos dirige a este lugar. Cuando la señora Pisano se acerca a la recepción, el sonido de sus tacones resuena en el suelo de mármol, complementando de algún modo los relajantes sonidos de la naturaleza que suenan en unos altavoces bien ocultos.

—Señora Pisano. —La chica al otro lado del mostrador sonríe—. Me alegra verla nuevamente. Hazel la está esperando.

—Gracias. —La señora Pisano asiente con la cabeza y se da la vuelta para mirarme—. Tienes que esperar aquí afuera. Los hombres no pueden entrar.

Levanto una ceja.

—Este es un *spa* exclusivamente para mujeres, Alessandro. Hay mujeres desnudas adentro. Por favor, espera aquí. No iré a ninguna parte.

Toda la explicación se le escapa de golpe, y el tono de su voz es ligeramente más alto de lo

normal. Está nerviosa y trata de ocultarlo. ¿Por qué habría de estar nerviosa por su cita en el *spa*? Me concentro en su rostro y asiento con la cabeza.

—Terminaré en cuatro horas. Es un tratamiento corporal completo, una limpieza facial y después un masaje. Tarda mucho. —Señala hacia la puerta de la izquierda—. Nos vemos más tarde.

Observo a la señora Pisano mientras desaparece, me siento en uno de los sillones de cuero blanco que hay contra la pared y espero. Mujeres elegantemente vestidas entran y salen, pasando por debajo de dos enormes candelabros de cristal que cuelgan del techo elevado e iluminan el lujoso interior blanco y dorado. Un extraño y dulce aroma a flores y coco me hace cosquillas en la nariz. Impregna el aire como si alguien hubiera vertido una tonelada de sales de baño muy cerca.

Mis ojos recorren el espacio sofisticado y veo un folleto sobre la mesa de centro, vislumbrando los precios exorbitantes. Jesucristo, no me extraña que este lugar parezca que puede competir con una galería de arte o un pequeño museo. Incluso hay cuadros que decoran las paredes opulentas. No me sorprendería que el precio de esos cuadros fuera de cinco cifras.

Apartando la vista de la escultura de mármol blanco que hay junto a la recepción, me concentro en la puerta por la que entró antes la señora Pisano. Es idéntica a las otras seis puertas que dan a esta recepción. No tiene nada de especial, salvo el hecho de que, en la última hora, ninguna otra clienta ha entrado o salido por ella. Miro rápidamente mi reloj, dejo mi puesto y me dirijo a la salida.

El edificio de la clínica se encuentra entre otros dos más pequeños. El de la izquierda es un espacio de oficinas: a través de las ventanas se ven cubículos con mesas y computadoras. En cambio, el edificio de la derecha parece residencial, ya que sus ventanas y balcones dan al *spa*. Estoy seguro de que hay uno desde el que se ve la habitación a la que entró la señora Pisano, así que me dirijo al interior del edificio de departamentos.

Hay cinco residencias a cada lado del pasillo del segundo piso. Me detengo en el tercero de la izquierda y toco el timbre. Un hombre de unos treinta años abre la puerta y retrocede inmediatamente al ver el arma que sostengo en la mano.

—Necesito echar un vistazo desde su balcón —demando.

El rostro del hombre palidece y se aparta rápidamente. No dice ni una palabra mientras atravieso la sala para abrir la puerta corrediza y salir al exterior.

La mayoría de las ventanas del *spa* son opacas y ocultan todo lo que ocurre en el interior. Sin embargo, hay dos a la vista que no lo están. Está claro que no pertenecen a salas de tratamiento u otras instalaciones del *spa*, porque puedo ver oficinas con varios escritorios en su interior. En una de ellas, Ravenna Pisano está sentada frente a una computadora, tecleando algo enérgicamente.

Otra mujer está sentada a su lado, sosteniendo una carpeta azul gruesa y un bolígrafo. El escritorio está de espaldas a la ventana, de modo que puedo ver el monitor iluminado, pero estoy demasiado lejos para distinguir en qué están trabajando. Las observo durante un par de instantes, luego salgo del apartamento y de su atemorizado habitante, y vuelvo al *spa* para esperar mientras mi protegida termina su *tratamiento de belleza.*

*** * ***

Esa misma noche, después de dejar a Ravenna Pisano en casa, conduzco de vuelta a la clínica. Durante todo el camino pienso en lo que pasó por la tarde. Cuando la señora Pisano salió, lo único que hizo fue darme las gracias por esperar. Nuestro camino de vuelta a la mansión transcurrió sin que dijéramos una palabra. La miré un par de veces por el espejo retrovisor, y parecía demasiado tensa para una mujer que supuestamente había pasado la mitad del día en un *spa*. La tensión no desapareció de su cuerpo diminuto cuando llegamos y se bajó de mi auto. Pasó a mi lado mientras mantenía la puerta abierta para ella y entró a la casa sin verme ni una sola vez a los ojos.

Reprimo mis pensamientos y me concentro en lo que tengo que hacer. Hay una escalera de emergencia en la parte trasera del edificio y la utilizo para subir al segundo piso. Tras un chequeo rápido, forzo la cerradura de la puerta de salida de emergencia y desactivo el sistema de seguridad. No tuve tiempo de conseguir el plano del edificio, pero no me cuesta encontrar la oficina que busco. La carpeta azul que vi antes en manos de la mujer que estaba sentada con Ravenna Pisano sigue sobre el escritorio. La abro y hojeo los papeles que contiene.

Pedidos de suministros. Una factura por el alquiler del local. Un recibo de la tintorería. Más recibos de artículos que necesita el *spa.*

Dejo la carpeta donde la encontré y enciendo la computadora. El monitor se enciende y muestra la pantalla de inicio de sesión. Encima del campo en blanco de la contraseña, el nombre de usuario dice *Hazel* con la palabra *Contabilidad* al lado.

¿Por qué demonios iba a ocuparse en secreto de la contabilidad de un *spa* la esposa de un capo?

Capítulo 5

Ravenna

Hay algo relajante en contemplar la puesta de sol cuando el silencio envuelve el entorno y no hay nadie más alrededor. Bueno, nadie excepto mi guardaespaldas, que ha sido la sombra oscura siempre presente siguiéndome durante los últimos siete días. Miro rápidamente a Alessandro, que está parado junto a un árbol, a unos quince metros de distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Con mis guardaespaldas anteriores no tuve problemas para ignorar su presencia, mas no es el caso con Alessandro. Es difícil ignorar a un hombre que parece una montaña y que te persigue a cada paso. E incluso cuando no está a la vista, puedo sentir su proximidad. Él, en cambio, finge que soy una labor sin rostro y detestable que tiene que cumplir.

Hace una semana que empezó su trabajo y su comportamiento no ha cambiado desde el primer día. Cumple con su función y no me habla a menos que sea absolutamente necesario. Ni siquiera me mira directamente, normalmente sus ojos se enfocan en algún lugar por encima de mi cabeza. Sin embargo, algunas veces nuestros ojos se cruzan, y aún puedo ver el desprecio en sus profundidades. Me odia, igual que cuando lo conocí. No sé por qué. Solamente sé que me detesta.

Estiro la mano para romper con cuidado una rosa congelada que tengo frente a mí y veo los frágiles y marchitos pétalos amarillos que tengo en la mano. Las rosas estaban en todo su esplendor cuando llegué a esta casa hace poco más de un año. También fue el día en que conocí a mi futuro esposo.

Las dos sirvientas de Rocco habían contraído un virus estomacal, y como mi madre solía limpiar casas para miembros de la *Cosa Nostra*, incluyendo la de uno de los guardias de seguridad de Rocco, la llamaron para que las cubriera. Acompañé a mi madre para ayudarla, porque sufre de dolores de espalda desde hace años. El médico le dijo que no podía hacer trabajos manuales pesados, pero lo que yo ganaba en mi trabajo como contadora y en la cafetería no era suficiente para cubrir los gastos médicos de mi padre, así que ella no tuvo más remedio que trabajar también.

Llegamos a las siete de la mañana y nos fuimos pasadas las nueve de la noche. En aquel entonces solo vi a Rocco de pasada. Estaba trapeando el vestíbulo cuando llegó a casa y entró a su oficina, dejando pisadas por todo el piso que acababa de limpiar. Estaba gritándole a alguien por teléfono y ni siquiera se había fijado en mí, pero incluso aquel breve encuentro me desagradó.

Volvimos al día siguiente porque la casa era demasiado grande para que dos personas la limpiaran en un solo día. Estaba desempolvando una de las esculturas de la oficina de Rocco cuando entró y comenzó a gritarme que tuviera más cuidado. Aún recuerdo su mirada

degradante. Cuando estábamos a punto de marcharnos, me juré a mí misma que nunca más volvería a pisar aquella casa. Por desgracia, el destino tenía otro plan para mí.

Aplasto los pétalos congelados en mi mano y los tiro. Me doy la vuelta y me dirijo hacia la pequeña pérgola que hay a un lado. La sombra viviente me sigue.

Hace demasiado frío para el suéter sencillo de lana que traigo puesto, mas no puedo obligarme a volver a la casa a buscar una chaqueta. Prefiero arriesgarme a que me moquee la nariz antes que entrar en ese espantoso lugar si no es absolutamente necesario.

Una de las sillas que hay en la pérgola tiene un cojín, una pequeña barrera contra el frío. La pongo de espaldas a la casa y me siento. Unos instantes después, el crujido de las hojas heladas me avisa que Alessandro se acerca y se coloca a mi espalda. Cierro los ojos, inclino la cabeza hacia el atardecer e inhalo, dejando que el olor del aire frío del invierno llene mis pulmones.

—¿Tienes algún apodo? —pregunto.

Unas cuantas hojas más se aplastan bajo sus pies, un poco más cerca esta vez.

—Sí.

Su voz tiene un timbre muy agradable. Como el ronroneo de un enorme felino salvaje. Una pantera al acecho. Justo antes de devorarte. Espero a que continúe, pero lo único que puedo escuchar es el lejano zumbido de una aspiradora procedente de la mansión.

—Y, ¿me dirás cuál es?

—Sí.

Levanto una mano y me tapo la boca con los dedos para reprimir una carcajada. Le gustan mucho las respuestas monosilábicas. O quizá no le agrada la idea de hablar conmigo. Probablemente debería dejarlo en paz, sin embargo, me gusta demasiado el sonido de su voz. Y como los dos estamos de espaldas a la casa, nadie puede darse cuenta de que estamos hablando.

—Entonces, ¿cuál es? —indago—. Apuesto a que es algo corto.

—Az.

Se me escapa una risita. No hay nada más corto que eso. Me gusta más su nombre completo.

—Rocco mencionó que trabajabas para el Don antes de que te transfirieran aquí —comento —. ¿También como guardaespaldas?

—Sí.

—¿De el Don?

—De su esposa.

Intento recordar cómo es la esposa de Salvatore Ajello, pero no puedo. Ambos asistieron a mi boda, y recuerdo que la gente hablaba de ella, sin embargo, ese día estaba demasiado distraída como para prestarle atención.

—¿Cómo está?

Transcurren unos instantes de silencio antes de que responda, y cuando lo hace, casi me caigo de la silla ante su respuesta.

—Chiflada.

—No creo que sea prudente llamar chiflada a la esposa del Don en voz alta. —Se me escapa un resoplido mientras pronuncio las palabras.

—Tal vez.

Veo por encima de mi hombro. Alessandro está apoyado contra el árbol junto a la pérgola, con su mirada clavada en mí. De repente, como si todo lo demás se desvaneciera, sus ojos duros y oscuros capturan los míos y soy incapaz de apartar la vista. Alessandro se aleja del árbol y, dando unos grandes pasos, se coloca justo detrás de mi silla.

—Pero eres buena guardando secretos. —Levanta la mano y coloca su dedo índice bajo mi barbilla, inclinando mi cabeza hacia arriba—. ¿No es así, señora Pisano?

Hay hostilidad de nuevo en sus ojos, no obstante, su tacto es tan suave que apenas la percibo. Parpadeo y aparto rápidamente la mirada, su dedo se resbala de mi cara. Levanto las piernas, rodeo con los brazos mis rodillas y dirijo la vista hacia el cielo anaranjado del horizonte. El sonido de los pasos que se alejan resuena detrás de mí mientras Alessandro se marcha. No intento ver adónde se dirige, demasiado absorta en la sensación aún persistente de su roce fugaz y la agitación que me infligió en el pecho.

Unos minutos después, escucho que se acerca otra vez. O tal vez simplemente lo siento. Sigo concentrada en el cielo cuando algo suave y esponjoso se posa en mi espalda. Miro hacia abajo, observando los bordes de la manta que Alessandro colocó alrededor de mis hombros, mientras los últimos rayos de la puesta de sol se hunden tras las ramas desnudas de los árboles.

Capítulo 6

Alessandro

Camino sobre el césped y me dirijo hacia la cochera, asegurándome de hacerlo unos metros más a la izquierda de lo que lo hice ayer. La cámara montada en el poste de la luz junto al camino de entrada cubre un ángulo más amplio de lo que pensaba, y tengo que determinar hasta qué punto.

Todas las mañanas, cuando llego a la mansión Pisano, doy una caminata aparentemente casual por los alrededores, y para cualquiera que se lo pregunte, probablemente parezca que simplemente estoy paseando mientras espero a que se aliste mi protegida. Sin embargo, no hay nada casual en mi intención.

En el mapa de la propiedad de Pisano, que está colocado en mi pared, están marcadas todas las posiciones de las cámaras con un círculo alrededor de cada una, que muestra el área aproximada que cubre. No me fío de las aproximaciones, así que cada mañana tomo el camino que creo que evitará los espacios vigilados por las cámaras. Cuando llego a casa por la noche, reproduzco la grabación de esa mañana, tomo nota de los puntos en los que me captaron las cámaras y ajusto mi ruta para la próxima vez. Durante los diez días de recorrido, he determinado la mayoría de los lugares del camino de entrada y del jardín delantero a los que no llegan las cámaras. Una semana más y habré explorado toda la propiedad.

Se abre la puerta del balcón del segundo piso y aparece Ravenna Pisano, vestida con una larga bata de seda blanca. Doy un paso detrás de una haya frondosa para poder observarla sin que me vean. Como siempre, tiene el cabello negro recogido en un moño y a pesar de la distancia me doy cuenta de que está muy maquillada. Contrasta tanto con su bata delicada que ondea al viento. Parece una de las estatuas de mármol esparcidas por el jardín. Fría. Intocable.

Su esposo me llamó esta mañana para darme su agenda del día y preguntarme si tenía algo que informarle. Como todas las mañanas, le respondí que el día anterior no había ocurrido nada fuera de lo normal. Pero lo que Rocco Pisano considera normal es cualquier cosa menos eso.

Su mujer no parece tener amigos, ni conocidos. Aparte de su madre, nunca se reúne con nadie. Va de compras, al *spa*, a comer… siempre va sola o con su esposo. Ayer la llevé a un parque donde se pasó tres horas paseando antes de que la trajera a casa.

No sé por qué carajo no puedo dejar de pensar en ella. Desde el momento en que la vi, me viene a la mente constantemente. No tengo por qué pensar en la mujer de Rocco Pisano más que para decidir cómo voy a matarla, no obstante, las ideas que inundan mi mente no tienen nada que ver con su cuerpo cubierto de sangre. Todo lo contrario.

Imagino mis dedos en su cabello después de soltarlo de ese maldito moño. Mis manos sobre su piel blanca y suave, explorando su cuerpo sensual mientras gime debajo de mí. Recorriendo con besos suaves su delicado cuello, que tenía pensado degollar. Solo de pensar en ella me

excito.

La parte lógica de mí se siente enferma por eso. No he tocado a una mujer en ocho años porque ni el sexo ni ningún otro tipo de placer físico me han interesado en lo más mínimo. La venganza era mi único deseo. Vivía para ello. Nada más importaba. Y ahora, me siento atraído por uno de mis objetivos. Es como si el destino hubiera decidido joderme.

Ravenna Pisano se da la vuelta y vuelve al interior, cerrando la puerta del balcón a su paso. Permanezco oculto tras el árbol durante casi media hora, intentando alejar las imágenes de su cuerpo desnudo bajo el mío. Y fracasando.

* * *

—Voy a desayunar algo y luego nos iremos —dice la señora Pisano mientras desciende por la gran escalera que divide la casa en dos alas, cruza el vestíbulo y se dirige al pasillo que conduce a la parte este del piso principal.

El enorme comedor está en la parte opuesta de la casa, y es donde siempre come, incluso cuando lo hace sola. En mi opinión, es una idiotez que se siente sola en una mesa con capacidad para doce personas, pero parece que así funcionan las cosas por aquí.

La sigo por el pasillo que conduce a la cocina, aprovechando para memorizar esta parte de la casa. Únicamente las criadas y el ama de llaves han entrado en este pasillo, así que lo he evitado mientras Rocco ha estado en casa porque no quería levantar sospechas. Sin embargo, esta mañana se marchó temprano, antes de que yo llegara.

—¿Podrías traerme un poco de jamón y queso, Abby? —La voz de Ravenna Pisano me llega desde la habitación que hay más adelante en el pasillo.

—Lo siento, señora Pisano —responde la voz entrecortada del ama de llaves—, pero el jefe indicó solamente pan y agua.

Me detengo en seco a un paso de la puerta que da a la cocina.

—¿Puedes darme leche en vez de agua?

La satisfacción en el tono de voz del ama de llaves no se me escapa cuando responde:

—El señor Pisano fue muy claro en sus instrucciones sobre las comidas que debo prepararle. ¿Debo llamarlo para preguntarle sobre su petición?

—No, por supuesto que no. Esto está perfecto, Abby.

Aprieto los dientes y entro a la cocina. Ravenna Pisano está de pie junto al mostrador, sosteniendo un vaso de agua en una mano y un plato en la otra. Un plato con un solo trozo de pan.

—¡Lárgate! —ordeno.

Las dos mujeres me miran sorprendidas. Encuentro la mirada del ama de llaves.

—Ahora, Abby. —Parpadea confundida y camina a toda prisa por la cocina hacia la puerta. Al pasar, la agarro del brazo—. Y mantén la boca cerrada, a menos que quieras que te la cierre yo. —Me inclino para susurrarle al oído—. Permanentemente.

Abby asiente con la cabeza y sale corriendo de la cocina. Cierro la puerta y volteo a ver a la señora Pisano, que me mira con los ojos muy abiertos.

Paso junto a ella y saco una silla de una mesita que hay a su lado.

—Siéntate.

Ella mira la silla unos instantes, deja el vaso y el plato sobre la mesa y se sienta.

Me dirijo a un enorme refrigerador negro que hay en un rincón lo abro y echo un vistazo a lo que hay adentro. Encuentro la leche y el queso, pero no veo jamón por ninguna parte. Después de mover algunas cosas, encuentro dos paquetes de rebanadas de jamón detrás de una fila de condimentos. Cierro de golpe las puertas del refrigerador y llevo la comida a la mesa donde la señora Pisano está sentada con los ojos clavados en su plato.

Conteniendo el disgusto que me produce esta situación tan jodida, coloco la comida frente a ella en el mismo orden en que la pidió: jamón, queso y, por último, una jarra de leche, luego me doy la vuelta y salgo de la cocina.

*** * ***

El semáforo cambia a rojo. Me detengo detrás de un camión blanco y miro por el espejo retrovisor. La señora Pisano está sentada con la vista fija en su regazo.

No ha dicho una sola palabra desde que salió de la cocina esta mañana. La llevé de compras otra vez y luego a casa de su madre, donde volvió a dejar disimuladamente algunas de las cosas que compró. Esta vez fue un suéter y un chal.

La primera vez que vi esto, pensé que la ropa era para su madre. Pero cuando tuve la oportunidad de pensar en lo que estaba ocurriendo, me di cuenta de que ambas mujeres son más o menos de la misma talla. Como todas esas prendas parecían demasiado grandes para ella, la ropa que la señora Pisano escondió detrás del sofá debía de ser para otra persona. Antes de irnos, noté que deslizaba una joya bajo el cojín del sofá. No fuimos a ninguna joyería hoy, así que supongo que es algo suyo.

El semáforo se pone en verde y vuelvo a mirar a la carretera, pero la escena de esta mañana persiste en mi mente.

—¿Por qué? —pregunto.

Lleva horas atormentándome. ¿Por qué ese hijo de puta controla lo que come su esposa, maldita sea? Y, lo que es más importante, ¿por qué carajo me importa?

—¿Disculpa?

—El desayuno —aclaro.

Como no contesta, miro por el retrovisor, esperando encontrarla fulminándome con la mirada por atreverme a preguntar. No es así. La expresión en su rostro es difícil de interpretar. Tiene los labios apretados y los ojos muy abiertos. Un instante después, estalla en carcajadas.

Es como magia. Una risa desenfrenada y aguda que me recuerda al chirrido de los pájaros. Debería estar mirando hacia el camino, sin embargo, no puedo apartar mis ojos de ella. Estoy tan cautivado que suelto el acelerador para no chocar y me quedo mirándola.

—Perdón, pero ¿*el desayuno*? —Resopla y suelta otra carcajada—. ¿Tienes algo en contra de las frases compuestas?

Quiero que siga riéndose, pero no sé cómo hacerlo. En todo el tiempo que he pasado en casa de los Pisano, no creo haber visto reír a Ravenna Pisano ni una sola vez.

—Tal vez —respondo.

Ella sacude la cabeza y se seca con los dedos debajo de los ojos.

—*El desayuno* es una de las ocurrencias de Rocco. Le gusta hacer énfasis en que es el único

proveedor de nuestra casa, así que, a veces, cuando no está en casa durante una comida, únicamente me dan pan y agua como recordatorio.

Aprieto con fuerza el volante.

—¿Qué tan frecuentemente es *a veces*?

—Un par de veces al mes.

Suena un claxon en algún lugar detrás de nosotros. Piso el acelerador y vuelvo a concentrarme en el tráfico. Un momento después, cuando veo por el retrovisor, la señora Pisano ya no sonríe.

Conducimos el resto del camino hasta la mansión en silencio. Intento con todas mis fuerzas mantener la vista en la carretera, aunque no puedo dejar de desviarla hacia ese maldito retrovisor cada par de minutos. Después de que me estaciono frente a la casa, recojo las bolsas de las compras del asiento del pasajero y salgo. La señora Pisano ya salió del coche y camina hacia la puerta principal, apretando los costados de su abrigo blanco contra su pecho.

Ravenna

Estoy tan sumida en mis pensamientos que no me doy cuenta de que Alessandro me siguió escaleras arriba hasta que me detengo frente a la puerta de mi habitación. Respiro profundamente, me doy la vuelta y estiro la mano para tomar mis bolsas, pero cuando mis dedos envuelven las asas de listón, él no las suelta.

—¿Tu esposo te ha estado lastimando? —La voz profunda de Alessandro llega desde encima de mi cabeza.

Me quedo inmóvil. Trago saliva y, sin levantar la vista, niego con la cabeza.

Su enorme mano irrumpe en mi campo visual, a la vez que sujeta mi barbilla entre sus dedos y me inclina la cabeza hacia arriba. Debería sentirme intimidada por su altura mientras sus ojos oscuros y penetrantes se clavan en los míos, pero su tacto es ligero como una pluma y no me hace sentir amenazada. Su mirada es firme y me doy cuenta de que sus ojos no son negros, sino del más profundo tono azul.

—Hubiera jurado que son negros —murmuro.

—¿Qué?

—Tus ojos.

La punta de su pulgar empieza a moverse hacia un lado, trazando el contorno de mi mandíbula. Siento un cosquilleo en el estómago. Cierro los ojos un momento y disfruto de su caricia.

—Te pregunté, ¿te está lastimando?

¿Puedo confiar en él? ¿Debo arriesgarme a contarle la verdad? Si únicamente estuviera en juego mi vida, lo haría. Pero no puedo arriesgar las vidas de mi madre y mi hermano. Si Rocco descubre que intento escapar, probablemente nos mataría a todos.

—No. —Abro los ojos—. Por supuesto que no.

Alessandro asiente con la cabeza y suelta las bolsas. El dedo en mi barbilla permanece un momento más antes de que se dé la vuelta y se dirija de nuevo al pasillo.

Me quito el abrigo, llevo mis compras a la cama y comienzo a guardar lo que compré. Blusas de seda. Suéteres de *cashmere*. Zapatos que cuestan más de seis meses del alquiler de mamá. Rocco insiste en que me vista exclusivamente con ciertas marcas, de preferencia algo cuyo logotipo o marca estén a la vista. A veces, me siento como un anuncio ambulante de lo rico que es mi esposo.

A la gente le encanta hablar a mis espaldas, sobre todo en las fiestas. Hablan de lo bien que me fue, consiguiendo un premio como Rocco. Un cuento de hadas de la vida real sobre una chica pobre que terminó casada con un capo. Uno que la llena de joyas y ropa carísima. No tienen la menor idea de lo que sucede a puertas cerradas, y cómo esas baratijas relucientes se usan para cubrir los moretones.

Con mucho gusto lo cambiaría todo con tal de recuperar mi antigua vida.

Mi familia, a la que solo puedo visitar bajo supervisión. Mis amigos, que ahora voltean hacia otro lado cuando me los encuentro inesperadamente por ahí. Dejé de llamarlos, así que creen que pienso que ahora soy demasiado buena para ellos. Y mis sueños de ir a la universidad y encontrar un buen trabajo para poder ayudar a mamá. Quiero recuperarlos.

Pero sobre todo, desearía seguir teniendo mis esperanzas de casarme por amor. Darme cuenta de que probablemente nunca tendré una familia fue el golpe más duro. No estoy segura de si Rocco es capaz de tener hijos, pero aunque lo fuera, yo nunca podría traer a un niño a este desastre. Las pastillas placebo de Viagra no son las únicas que Melania me ha estado dando.

Cuando termino de guardar los zapatos y la ropa en el armario, agarro la última bolsa y saco el vestido de terciopelo negro. Rocco me envió el enlace de esta prenda en particular hace unos días, ordenándome que la comprara para la fiesta que se aproxima. Como todos los vestidos que me obliga a ponerme, es corto, ajustado y enseña demasiado escote. Dejo el horrible vestido en un gancho y salgo al balcón que da al patio de enfrente. Hace frío afuera, pero no me importa.

Cerca de la pérgola de hierro que se encuentra un poco más allá del garage, acecha la figura de un hombre. A Alessandro no parece molestarle el frío mientras permanece de pie, inmóvil, observando los alrededores. Apoyo mi hombro en la puerta del balcón y sigo su mirada, intentando averiguar qué está observando. Está al borde de un jardín bastante bonito, pero no hay nada que sea demasiado interesante. Árboles dispersos, rosales que ya están secos y algunas esculturas de mármol de tamaño natural que Rocco había encargado. Mi marido cree que dan al jardín un aspecto más sofisticado.

Alessandro inclina la cabeza hacia arriba, mirando la luz del jardín a unos metros delante de él, y luego mira a la derecha, hacia el camino de entrada, donde un poste de luz ilumina la amplia vía de acceso. Unos segundos después, se dirige hacia la mansión. Parece sumido en sus pensamientos mientras camina en línea recta, luego cambia de rumbo, desviándose ligeramente hacia la izquierda unos metros antes de girar de nuevo hacia la casa. Cuando llega al borde del camino de entrada, vuelve a cambiar de rumbo. La comisura de mis labios se levanta. ¿Qué está haciendo, dando vueltas en zigzag?

Al llegar al borde del césped, se detiene justo debajo de mi balcón. Doy un paso adelante y me inclino sobre la barandilla justo cuando levanta la vista. Nuestras miradas se encuentran.

La barandilla de hierro forjado bajo mis manos se siente caliente en comparación con la frialdad de los ojos de mi guardaespaldas mientras me observa.

—¡Entra a la casa! —Ladra.

—¿Por qué?

Su mirada se desplaza de mi cara hacia mi blusa de seda.

—Hace frío.

Con eso, se da la vuelta y se dirige hacia su vehículo estacionado en la entrada. Las hojas caídas y la sal del camino crujen bajo los neumáticos cuando da marcha atrás y se dirige hacia el portón, desapareciendo de mi vista. Ya deben de ser las seis, porque a esa hora termina su turno. Nunca se marcha ni un minuto antes, ni siquiera cuando no tiene nada que hacer.

Quizá pueda pedirle que me lleve mañana a uno de los centros comerciales del vecindario. Puedo fingir que estoy buscando algo en particular, y eso me permitiría pasar más tiempo con él. Me gusta la sensación de tenerlo cerca, aunque no hable mucho. Podría fingir que me vuelvo a tropezar, como lo hice hace unos días con la esperanza de que tomara mi mano para estabilizarme. Y lo hizo. Y durante esos pocos segundos, mientras sus enormes dedos sujetaban los míos, sentí que nadie podría lastimarme.

El rostro de mi padre aparece ante mis ojos, sus sermones llenan los rincones de mi mente. «*El matrimonio es para toda la vida, Ravenna. La santidad del matrimonio es la base de nuestra sociedad*».

Bueno, me parece recordar algo sobre los esposos que aman a sus esposas, y que hay una cantidad igual de respeto y comprensión cuando se trata de matrimonio, también. Ninguna de esas cosas reside en esta casa. Odio a mi marido tan intensamente que cada día me cuesta más ocultarlo. Entonces, ¿está bien sentirme atraída por otro hombre si mi esposo es un desgraciado?

Esa misma noche, me despierto bañada en sudor. No es la primera vez. La diferencia es que esta vez no es una pesadilla sobre algo que me hizo mi esposo. Es un sueño sobre *él*. Mi guardaespaldas. El sudor no es producto del miedo, sino del placer abrumador que se apoderó de mis sueños, en los que él me penetraba, una y otra vez, mientras sus inquietantes ojos oscuros se clavaban en los míos.

Capítulo 7

Alessandro

Envidia. Desconfianza. Intrigas. Todo bien escondido detrás de sonrisas falsas y atuendos elegantes. Rocco Pisano realmente disfruta todo tipo de circo y ser el centro de atención.

Doy unos pasos hacia la esquina, desde donde tengo una mejor vista de la sala, y sujeto mis manos detrás de la espalda, observando a la gente reunida alrededor de la enorme sala de conferencias.

Se supone que es una especie de banquete de negocios. Pisano no me dio detalles cuando me informó que debía acompañarlo a él y a su esposa. No importa, todos estos eventos son iguales, sea cual sea su propósito. La mayoría de los presentes son hombres de negocios. Veo a unos cuantos guardias de seguridad armados merodeando por el perímetro de la sala, igual que yo. Nada inesperado, suele haber unos cuantos de esos ligados a ciertos invitados VIP. El lugar es público y experto en organizar este tipo de eventos, así que es probable que no surjan situaciones inusuales. Pero nunca dejo nada al azar. Aprendí mucho antes de que me metieran a un programa secreto del gobierno que el alcance de la mierda que puede ocurrir es mayor cuando menos se espera. Así que examino las cuatro salidas una vez más, evaluando el tiempo que necesitaré para llegar a cada una.

Si pudiera elegir, tomaría la más cercana para escapar de un tipo vestido con esmoquin que está dando un discurso sobre las fluctuaciones de la bolsa y lanzando unos cuantos chistes malos desde una plataforma elevada en el lado opuesto del salón. Parece ser el único peligro mortal de este lugar, que amenaza con matar de aburrimiento a los invitados con sus tonterías y su humor forzado.

Cuando termino de comprobar los puntos de salida, mi mirada se desvía de nuevo hacia la pareja Pisano. Rocco se ríe de un chiste estúpido que acaba de soltar el tipo en el escenario. Tiene la mano apoyada en la espalda de su mujer. Ella también se ríe. Es la imagen de un matrimonio feliz disfrutando de la fiesta.

Si no prestamos atención a los pequeños detalles.

La forma en que Ravenna Pisano agarra con fuerza la copa que tiene en la mano. O cómo cada ciertos minutos jala discretamente el dobladillo de su vestido. La tensión en su cuerpo cuando la mano de Rocco se desliza por su espalda.

Mis ojos se enfocan en los dedos de Rocco que agarran la cadera de su mujer, y tengo que morderme el interior del labio para no gruñir. El interés que he desarrollado por la mujer a la que planeo asesinar es muy perturbador. Al igual que el inexplicable impulso de acercarme y quitarle de encima la mano de su esposo.

Un fuego arde en la boca de mi estómago mientras la ira hierve dentro de mi pecho. No

debería enfurecerme porque la esté tocando. Es su mujer. Sin embargo, mis fosas nasales se ensanchan y mis ojos se entrecierran cuando un pensamiento inoportuno irrumpe en mi mente. Él no debería tocarla.

Apretando los dientes, me obligo a apartar la mirada de los huesudos dedos de Rocco para observar a la gente a mi alrededor, pero menos de un minuto después, mi mirada se dirige de nuevo a Ravenna Pisano. Una sonrisa cortés sigue adornando su rostro cuando su mirada se encuentra con la mía, pero no hay rastro de alegría en sus ojos verdes que me observan desde el otro lado de la habitación. Todo lo contrario.

En una de las raras misiones en las que me enviaron a salvar vidas en lugar de acabar con ellas, estaba a cargo de salvar a un niño secuestrado. El padre del chico era amigo de Kruger, un pez gordo metido hasta el cuello en negocios turbios, así que los contactos oficiales de rescate estaban descartados. Aún recuerdo la mirada del niño mientras el secuestrador le apuntaba con una pistola. Es la misma mirada que veo ahora en los ojos de Ravenna Pisano.

Pavor. Y desesperación. ¡Joder! La relación que tenga con su marido no debería importar porque al final los mataré a ambos. El miedo en sus ojos no debería molestarme. No obstante, lo hace.

El hombre en el escenario termina su discurso, agradeciéndoles a todos su presencia. Rocco baja la cabeza y le susurra a su esposa al oído, y veo cómo el alivio se dibuja en su rostro. Ella asiente con la cabeza y se aleja de él, dirigiéndose hacia mí. El vestido que luce esta noche es ceñido y negro, como su cabello, que ha vuelto a recoger en un moño. Los enormes pendientes de diamantes y el collar a juego que lleva alrededor del cuello reflejan la luz que emana de los candelabros de cristal en el techo. La mayoría de las mujeres presentes usan joyas igual de costosas, pero me doy cuenta de que los diamantes de Ravenna Pisano son los más grandes de la sala.

Me pregunto cómo se vería sin todo ese maquillaje y esas baratijas extravagantes. Un pensamiento fugaz y la imagen de Ravenna Pisano desnuda se forma ante mis ojos. Alejo eso de mi mente en ese mismo instante, sin embargo, no puedo apartar la mirada de la mujer de carne y hueso que camina hacia mí.

Se detiene frente a mí y levanta la cabeza, sus ojos vidriosos me atraen.

—¿Podrías llevarme de vuelta a casa?

Un momento, un suspiro y rompo el contacto visual. Hago un leve gesto con la cabeza hacia las puertas más cercanas y la conduzco fuera de la habitación.

Cuando llegamos al guardarropa, un empleado se nos acerca con nuestras chaquetas. Me pasa la mía y voltea hacia la señora Pisano, sosteniendo su abrigo negro para que se lo ponga.

Le arrebato el abrigo de las manos.

—Aléjate.

La señora Pisano observa su abrigo en mis manos y luego me mira con una pregunta en los ojos.

—Es por precaución —digo.

Ella arquea una ceja negra perfecta, se voltea y desliza sus brazos por las mangas. En cuanto se pone el abrigo, me dirijo hacia la salida, negándome rotundamente a analizar mi comportamiento. El hombre era un desconocido. Presentaba una posible amenaza. Caso cerrado.

El viento me da en la cara cuando salimos y caminamos hacia el estacionamiento. La señora Pisano está a mi izquierda, intentando mantener mi paso mientras su abrigo desabrochado se agita con cada fuerte ráfaga. Mi automóvil está a menos de cien metros. No hace tanto frío, pero

me detengo y le rodeo el brazo con la mano, girándola hacia mí.

—¿Qué ocurre? —pregunta mirando a su alrededor.

Ignoro su pregunta y comienzo a abrocharle el abrigo. No tiene más que tres botones y la tela es demasiado delgada. Estúpida mierda elegante, no sirve para nada, y menos para mantener abrigada a la persona que lo tiene puesto. Cuando acabo con los botones, le subo las solapas para cubrirle el cuello.

—¿También es por precaución? —Hay un leve rastro de diversión en su voz.

—Sí —murmuro y reanudo mi camino hacia el vehículo.

Intento mantener mi mirada clavada en la carretera a través del parabrisas mientras conduzco, pero aun así la desvío hacia el espejo retrovisor de vez en cuando. La señora Pisano está sentada en silencio, apretando el abrigo contra su pecho. Puse la calefacción a tope en cuanto subí al auto, pero parece que aún tiene frío. Aprieto con fuerza el volante y mis nudillos se ponen blancos. *«No me importa»*, me digo, y vuelvo a mirar hacia el camino. *«No. Me. Importa»*.

Ella estornuda.

Mierda. Giro a la derecha y me estaciono junto a la acera. Los vehículos pasan a toda velocidad mientras salgo y camino hacia la parte trasera, abriendo de golpe la puerta del pasajero.

—Zapatos. Quítatelos —ordeno.

Ravenna Pisano levanta las cejas, sorprendida, probablemente pensando que me volví loco. Temo que tenga razón. Me agacho y, sujetándole el tobillo, le levanto un poco la pierna para poder quitarle los tacones. Primero el derecho, luego hago lo mismo con el izquierdo.

—Pon las piernas debajo de tu trasero.

Espero a que se acomode, me quito la chaqueta y me inclino para ponérsela sobre el regazo. Su frente está a pocos centímetros de la mía y siento su aliento en mi cara. Su sutil aroma a talco me envuelve y me incita a inhalar una bocanada. La envuelvo con los costados de la chaqueta y la miro a los ojos.

—La próxima vez que tengamos una de tus salidas de compras compulsivas —pronuncio fulminándola con la mirada—, te comprarás un abrigo de verdad, o te lo compraré yo. ¿Entendido?

El rabillo de sus ojos se frunce y una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

—Felicidades.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Fue una oración hermosa y compleja. Lo estás haciendo muy bien. —Su sonrisa se ensancha.

¿Se está burlando de mí? Entrecierro los ojos, esperando que deje de sonreír ante mi mirada agresiva.

—¿Estás intentando intimidarme, Alessandro?

—¡Sí! —bramo.

Ella levanta un poco la cabeza y la punta de su nariz toca la mía. Sus labios están tan cerca que bastaría un movimiento diminuto para saborearlos. ¡Maldita sea! Me aparto bruscamente, cierro la puerta de un golpe y vuelvo a ponerme al volante.

Cuando llegamos a la mansión, acompaño a la señora Pisano hasta la puerta principal sin decir una sola palabra, luego doy media vuelta y regreso hacia mi camioneta todoterreno. La luz sobre la cochera ilumina la puerta metálica que oculta a la vista los preciados vehículos de

Pisano. Llevo aquí dos semanas y aún no he puesto en marcha mi plan. Podría mentirme a mí mismo diciendo que simplemente quiero estar absolutamente preparado antes de dar el siguiente paso, pero soy muy consciente de que este retraso no tiene nada que ver con la preparación.

Es por ella. Ravenna Pisano y esta maldita obsesión que parece que he desarrollado por su persona. Me repugna el hecho de que haya comenzado a interesarme por la mujer que está casada con el asesino de Natalie.

Entro al auto y me dirijo a la entrada, prometiéndome a mí mismo que lo que sea que me haya impulsado a preocuparme por la esposa de Rocco, termina ahora. También ignoro deliberadamente el hecho de que, por un momento, mis ojos se desvían hacia el espejo retrovisor y el reflejo de la ventana del lado izquierdo de la casa.

Ravenna

El sonido de un portazo me despierta mientras duermo. Me levanto y escucho el eco de los pasos en el pasillo, acercándose y deteniéndose justo al otro lado de mi puerta. Mi pulso se dispara. Todo permanece en un silencio inquietante durante un par de instantes, luego escucho la puerta de la habitación de Rocco abriéndose y volviéndose a cerrar, y un suspiro de alivio sale de mis labios. Se fue a dormir. Me vuelvo a recostar, pero cinco minutos después, el sonido de la puerta de Rocco al abrirse hace que todos mis músculos se tensen.

Unos pasos torpes se acercan. Un golpe, seguido de una maldición. Agarro el cubrecama y me lo subo hasta la barbilla. El picaporte gira y la luz del pasillo entra a mi habitación.

—Ya estoy en casa, *Bellissima.* —Las palabras ininteligibles de Rocco flotan en el aire.

Está borracho. Me obligo a quedarme quieta, esperando que se vaya si cree que estoy dormida.

—¿Sabes?, estaba pensando. Esas pastillas deben de estar caducadas —dice acercándose a la cama—. Así que compré otras.

No. No. No.

—Veamos si estas funcionan mejor. —Agarra las sábanas y me las arranca.

Me doy la vuelta y miro. Rocco está parado al pie de la cama, solamente con una camisa blanca desabotonada, y con una mancha de vino en la parte de enfrente.

—Abre las piernas para tu marido.

Lo observo fijamente mientras el pánico sube y se extiende por cada nervio de mi cuerpo. Se sube a la cama y se arrastra sobre mí. Su mano sale disparada, desgarra la parte superior de mi pijama, luego agarra el elástico de mis *shorts* y me los baja junto con mis bragas.

—Se me está poniendo dura —murmura, luego me agarra la mano y la presiona sobre su miembro aún semiflácido—. ¿Ves? Todo funciona como debería.

Se ríe como un loco y se deja caer sobre mi cuerpo. El olor a alcohol y sudor invade mi nariz.

—¡Ábrelas más! —grita.

Abro ligeramente las piernas y él comienza a frotar su pene contra mi entrada. Aprieto los dientes y me obligo a permanecer quieta e impasible. Los sonidos que salen de la boca de Rocco

me recuerdan a los de un animal adolorido. Jadeos. Respiraciones entrecortadas. Gemidos, mientras se presiona contra mí, rozando su polla en mi sexo. De repente se detiene y gime. Un momento después siento su semen, caliente y pegajoso, entre mis piernas.

—Eso estuvo bueno, *Bellissima* —comenta entre respiraciones entrecortadas—. La próxima vez será aún mejor.

Permanezco inmóvil mientras él se levanta y se dirige a la puerta. Solo cuando escucho cerrarse la del otro lado del pasillo, salto de la cama y corro hacia el baño.

Tardo veinte minutos restregándome hasta que vuelvo a sentirme más o menos limpia. Rocco no me fuerza a menudo, y desde que empecé a cambiar su Viagra por el placebo que me suministra Melania, ocurre incluso con menos frecuencia. Al menos dejó el nuevo frasco de pastillas en mi mesita de noche. Significa que puedo cambiarlas otra vez. Rocco se enfurece cuando no consigue una erección. Nunca se le pone lo bastante dura como para penetrarme, pero me da asco el tan solo hecho de que se frote contra mí. Prefiero enfrentarme a su ira y a sus golpes a que haga eso.

Me siento en la banca de madera bajo la ventana con la frente pegada al vidrio. No hay forma de que vuelva a la cama antes de cambiar las sábanas, y eso tiene que esperar hasta mañana. No puedo arriesgarme a bajar y volver a encontrarme con Rocco esta noche. Pensar en lo que acaba de pasar aún me provoca ganas de vomitar.

Son casi las cuatro de la mañana, pero no puedo dormir. Me envuelvo con la manta y cierro los ojos, aunque los vuelvo a abrir un minuto después.

Tengo que encontrar la manera de conseguir más dinero. La cantidad que reúno con la ropa que mamá le vende a la señora Natello es mucha, aunque no suficiente. Y tengo que tener cuidado para que Rocco no sospeche nada. Me aseguro de comprar un surtido de ropa en cada tienda, pero únicamente una prenda del montón para que mi madre la revenda. De ese modo, si Rocco me pide ver lo que compré, tengo algo que mostrarle. Pero es demasiado tardado.

Las cosas que compré este mes valían dieciocho mil, pero la señora Natello solamente pagó nueve mil, diciendo que no pagará más del cincuenta por ciento por prendas de segunda mano, a pesar de que todas tenían aún puestas las etiquetas con el precio. Así que decidí darle a mamá algunas de mis joyas para que las venda. Con suerte, Rocco no se dará cuenta. Tal vez pueda rogarle a Hazel que me deje ayudarla con la contabilidad dos veces por semana. El dinero que me paga no es mucho, no obstante, cada centavo cuenta.

Mientras contemplo el césped, sumida en mis pensamientos, una sombra que se mueve detrás de un árbol atrae mi atención. Los guardias de seguridad no pueden acercarse tanto a la casa. ¿Será un animal? Me inclino hacia adelante, presionando mi nariz contra el cristal frío, pero nada parece fuera de lo normal. Probablemente mi cerebro cansado me está jugando una mala pasada.

Debo de haber comenzado a quedarme dormida cuando un fuerte estruendo me sobresalta. Observo el terreno y el jardín más allá de mi ventana, y algo naranja en la parte superior de la cochera llama mi atención. Se escucha otro estruendo y luego varios más. Grito cuando el techo de la cochera se derrumba. Aturdida y sin poder moverme, veo cómo las llamas consumen el edificio y su estructura en ruinas es consumida por el infierno y el humo.

Capítulo 8

Alessandro

—¡Me importa una mierda que los coches estuvieran asegurados! —Rocco ruge al teléfono —. Ya pasaron tres días. Quiero que encuentren y se encarguen de la persona que trabajó en el sistema eléctrico de mi cochera.

Corta la llamada y golpea el teléfono contra la superficie de su escritorio.

—¡Tardé seis meses en conseguir uno de esos vehículos! —revira—. Ahora, todos están perdidos. Por culpa de un idiota que no hizo bien su trabajo. ¿Cómo diablos se incendia un puto panel eléctrico repentinamente?

Sí. *Qué pena*.

—Necesito que lleves a Ravenna a la estilista —continúa—. Después irá a visitar a su madre y tú tendrás unas horas libres. Luego, te necesito de vuelta aquí a las once. Armado.

—De acuerdo. ¿Situación? —pregunto.

—Hay un cargamento de drogas que se entregará esta noche, y nos faltan algunos hombres para ocuparnos de él. Arturo se llevó a algunos de los chicos que se supone que trabajarían en esto. Se volvió loco y lleva semanas dando vueltas por la ciudad buscando a su hermana desaparecida. Necesito que los sustituyas.

Asiento con la cabeza y me doy la vuelta para marcharme.

—Zanetti.

Su voz adquiere esa actitud arrogante y condescendiente que nunca puede ocultar. Me detengo en seco y volteo hacia él. Me cuesta muchísimo no romperle la cara de un puñetazo y borrarle esa expresión egocéntrica.

—¿Tienes algo que informar? ¿Algún comportamiento extraño en lo que respecta a mi esposa?

—No —contesto, como cada mañana cuando me llama para interrogarme—. Nada fuera de lo normal.

*** * ***

Como es costumbre cuando acompaño a la señora Pisano a casa de su madre, estoy parado junto a la pared, con la mirada fija más allá de la ventana. Su madre se quedó dormida en el sofá, y mi protegida salió de la habitación principal, diciendo que lavará los platos antes de que nos vayamos. Estoy reflexionando sobre sus acciones cuando escucho el sonido de un cristal rompiéndose en la pequeña cocina. Mi cabeza se gira bruscamente hacia un lado en dirección a la

señora Pisano, que está de pie frente al fregadero, poniendo una mano bajo el chorro de agua.

—¿Ravi?

—Estoy bien, *Mamma*. Vuelve a dormir. —Se mira la mano—. Mierda.

Camino la corta distancia que nos separa y me coloco detrás de ella. La sangre brota de una fea cortada en medio de su palma.

—Déjame ver.

—Estoy bien —murmura mientras intenta agarrar una toalla de cocina con la otra mano—. Solo fue una taza rota.

—Déjame. Ver.

Su mano se posa sobre la tela. Lentamente, levanta la vista, y esos ojos verdes y cautelosos se encuentran con mi mirada. Cierro el grifo y tomo su mano entre las mías, examinando la cortada. No es profunda, pero es bastante larga y cruza en diagonal toda la superficie de la palma.

—¿Botiquín de primeros auxilios? —Saco una servilleta del servilletero y la presiono contra su palma. Su mano es tremendamente pequeña comparada con la mía.

—No lo sé —responde con voz apenas audible y señala a mi izquierda—. Quizás en el cajón donde mamá guarda sus medicinas.

No hay ningún botiquín en el cajón, pero encuentro un *spray* desinfectante y un pequeño rollo de vendas. Le quito la servilleta y rocío su cortada. La señora Pisano jadea, aunque no se queja y me observa en silencio mientras le envuelvo la mano con la venda.

—Por favor, no se lo cuentes a Rocco.

Levanto mi mirada y la clavo en ella.

—¿Por qué?

—Solo no lo hagas. Por favor.

Coloco mis manos sobre el mostrador a ambos lados de ella, acorralándola, y me inclino hacia adelante.

—¿Qué pasa con la ropa y las demás cosas que compras cuando se las dejas a tu madre?

Los ojos de Ravenna se abren completamente.

—¿Se lo contaste a mi esposo?

—No.

Ella parpadea confundida.

—¿Lo harás?

—*Nop.* —Inclino la cabeza hacia un lado y la observo—. ¿Estás vendiendo esa mercancía? ¿Necesitas dinero?

Una mezcla de incertidumbre e inquietud se enciende en sus ojos. Su pulso se acelera y su respiración también. Un momento después se tranquiliza y endereza su espalda.

—Rocco nunca pone un límite de gastos en mi tarjeta. —Levanta ligeramente la barbilla.

—Eso no es lo que pregunté.

—Pues es la única respuesta que obtendrás.

La comisura de mis labios se curva hacia arriba. Nunca la he visto contestarle así a Rocco. Suele mostrarse nerviosa con él. Mi tamaño suele alarmar a la mayoría de la gente, sobre todo a las mujeres. Se asustan cuando estoy cerca, haya un motivo real o no. Al aceptar esta misión, esperaba que Ravenna también lo estuviera. No es así. Parece que Ravenna Pisano es mucho más de lo que parece.

—¿Qué haces en el *spa*? Las facturas, recibos… ¿La contabilidad con Hazel?

La respiración de Ravenna se entrecorta, pero sus labios permanecen apretados. Es evidente

que no quiere darme explicaciones. Me inclino hacia delante hasta que mis labios rozan el borde de su oreja.

—¿Me pedirás también que no se lo cuente a tu marido? —inquiero.

Cuando inclina la cabeza hacia un lado, nuestras mejillas se tocan. Su aroma a talco me acaricia la nariz incitándome a llenar mis pulmones. Agarro el mostrador con más fuerza, reprimiendo el impulso de pegar mis labios a los suyos. Cierro los ojos y cuento hasta diez.

Esta mujer es demasiado tentadora. Es una distracción que no necesito, pero aquí está de todos modos, poniendo en peligro mi autocontrol sin siquiera notarlo.

—¿Tengo que pedírtelo? —susurra Ravenna.

—No. No hace falta que me lo pidas. —Me permito otro fugaz segundo de contacto con ella y retrocedo un paso—. Deberíamos irnos.

Ravenna

—¿Qué te pasó en la mano, Ravenna?

Me sobresalto en mi asiento, casi golpeando el plato que tengo enfrente, y rápidamente escondo mi mano vendada debajo de la mesa. Rocco está parado del otro lado, mirándome.

—Te hice una pregunta, *Bellissima*.

—Yo… me corté esta mañana cuando ayudé a *Mamma* a lavar los platos. —Se me escapa y me arrepiento en cuanto las palabras salen de mi boca. Rocco está obsesionado con lo que los demás piensan de él. Y, por extensión, de mí.

—¿Sabes que este fin de semana vamos a cenar a casa de mi padre? —refunfuña mientras rodea la mesa—. ¡Vendrán algunos de nuestros socios! ¿Quieres que piensen que permito que mi esposa haga trabajos domésticos?

—Lo siento. No volverá a ocurrir.

Me agarra del brazo y me levanta de la silla. Gimo y trato de apartarme, pero me agarra con más fuerza.

—Por favor. Me estás lastimando.

—Te lo mereces. —Me aprieta el brazo con más fuerza y suelto un grito—. Nunca te castigo a menos que te lo merezcas. ¿O sí?

—No, Rocco.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en eso. —Se inclina hacia mi cara—. Zanetti te llevará a comprar un vestido para la cena. Asegúrate de elegir el adecuado para que mis socios se olviden de que eres la hija de una empleada doméstica.

Asiento con la cabeza.

—Iré a primera hora en la mañana.

—Por la tarde. Zanetti vendrá conmigo esta noche como refuerzo, y no volveremos antes de la mañana.

—¿Refuerzo? —agrego, sin aliento—. ¿Es algo peligroso?

—¿Estás preocupada por mí, *Bellissima*?

¿Preocupada por *él*? ¿De verdad es tan iluso?

—Sabes que sí. —Mentira.

—No es más que un negocio de drogas. Ahora, sal de mi vista.

Tan pronto como me suelta, doy la vuelta y salgo corriendo del comedor. Rocco siempre ha sido fácil de enfurecer, sin embargo, desde que asumió la responsabilidad de algunas de las tareas de Arturo, ha empeorado. El incendio de la cochera no ha hecho más que avivar sus tendencias agresivas.

Una vez dentro de mi habitación, entro en la cama y me acurruco bajo la manta. Desearía poder matarlo. O tener dinero para contratar a alguien que lo haga por mí. A menudo, cuando estoy despierta por la noche, me imagino escabulléndome en la habitación de Rocco mientras duerme y sacando la pistola que guarda en el cajón. Nunca he disparado un arma, así que la bala probablemente acabaría en la pared o en el suelo. Aun así, me hace sentir mejor imaginar los disparos que le daría en el pecho. Otras veces me imagino rodeándole el cuello con las manos y apretando con todas mis fuerzas. *Oh*, cómo disfrutaría viendo sus ojos saltones mirarme fijamente mientras lucha por respirar. Sí, tengo sentimientos muy intensos hacia mi querido esposo.

Un fuerte pitido rompe el silencio de la habitación dejándome paralizada. Tardo unos instantes en darme cuenta de lo que es. Estiro una mano, tomo el teléfono de la mesita de noche y veo fijamente la notificación que aparece en la pantalla.

Nuevo mensaje de texto.

Rara vez recibo alguno. Rocco instaló en mi teléfono un programa de control de dispositivos que únicamente me permite comunicarme con las personas de mi lista de contactos. Y él es el único que tiene una contraseña que le permite añadir contactos o cambiar permisos. Durante meses, ha habido exactamente cinco números en mi lista. El de Rocco. El de la ama de llaves. Y los números de los tres jefes de seguridad, uno por cada turno. Su personal de mayor confianza. Pero hace tres semanas se añadió otro número.

Selecciono la notificación y la nueva ventana de chat llena la pantalla. Bueno, *llenar* no es exactamente correcto, ya que solamente contiene una palabra.

19:47 Alessandro Zanetti: ¿Mano?

No puedo evitar sonreír. Es tan típico de él. Toco su mensaje con la punta de mi dedo. No es más que una palabrita, pero el simple hecho de mirarla me hace sentir una calidez en el pecho. A juzgar por las miradas que suele dirigirme, me odia por alguna razón. Aun así. Excepto cuando cree que tengo frío, o hambre, y ahora cuando estoy herida. Se preocupa lo suficiente como para preguntar.

Escribo una respuesta rápida y presiono Enviar.

19:52 Ravenna: Bien.

Me quedo mirando la pantalla durante diez minutos, preguntándome si enviará algo más, pero el teléfono permanece en silencio. Probablemente debería borrar la conversación. Por muy inofensiva que sea, si Rocco la ve, se pondrá furioso. Puede que incluso le haga daño a Alessandro. Me muerdo el labio inferior, escribo otro mensaje y borro rápidamente toda la conversación.

Alessandro

La estructura de la fábrica abandonada que eligieron como punto de encuentro conserva las paredes y el techo prácticamente intactos, pero adentro hace mucho frío porque la mayoría de las ventanas están rotas.

Rocco tiene los brazos cruzados sobre el pecho mientras observa cómo dos camionetas todoterreno entran rodando por la entrada trasera de las instalaciones. Hasta que Arturo regrese, Don Ajello dividió las responsabilidades de los negocios de drogas entre dos capos: Cosimo y Rocco. Ambos se encargan de la construcción y de los negocios inmobiliarios para el Don, pero ahora también cargan con el trabajo extra. A juzgar por la expresión irritada de Rocco, no le agrada tener que ensuciarse las manos. Hay una gran diferencia entre negociar contratos inmobiliarios en un restaurante de lujo con una botella de coñac costoso y estar parado a altas horas de la noche en una fábrica helada y en ruinas en medio de la nada.

Saco el teléfono de mi bolsillo y vuelvo a mirar rápidamente el mensaje que Ravenna me envió antes. Es la cuarta vez que lo hago hasta ahora.

20:02 Ravenna: Ten cuidado esta noche.

El ruido sordo de las puertas de los vehículos al cerrarse proviene de la dirección en la que estoy mirando, así que guardo mi teléfono y examino a los recién llegados.

En New York hay varias organizaciones criminales y pandillas. Las que se ocupan de sus propios asuntos o cooperan con la *Cosa Nostra* pueden prosperar. Otras dejan de existir en muy poco tiempo. El grupo de hombres que acaba de salir de los vehículos pertenece al conjunto al que se le ha permitido llevar a cabo sus operaciones en este territorio. Ese permiso, hasta ahora, ha sido lucrativo para ambas partes.

La *Cosa Nostra* comenzó a hacer negocios con la mafia serbia hace varios años, después de que Ajello asumiera el cargo de Don. No estoy seguro del alcance de los negocios de la *Cosa Nostra* con los serbios, pero por lo que he escuchado, mueven cerca del cincuenta por ciento de las drogas de Ajello. También dirigen un club que se presenta como un lugar de entretenimiento para clientes selectos, sin embargo, en realidad es un territorio neutral donde se negocian la mayoría de las transacciones clandestinas.

Este club resulta ser el lugar donde el jefe serbio lleva a cabo su negocio principal: el comercio de piedras preciosas del mercado negro, sobre todo diamantes. Como Ajello aludió, es un auténtico hombre de muchos oficios, y probablemente también esté metido en otros dominios. El Don lleva un par de años intentando infiltrar a alguien en la organización serbia, sin éxito.

Drago Popov, el jefe de los serbios, se acerca, y la expresión en su rostro me dice que no está contento de ver a Rocco.

Conocí a Drago hace poco, cuando tuve que ocuparme de unos asuntos personales. Vestido con una chaqueta de cuero y *jeans* negros, no parece el típico delincuente de alto rango. De

hecho, parece bastante ordinario. La palabra clave aquí es *parece*. Porque reconozco a un asesino cuando lo veo, y Drago Popov entra en esa categoría. Conociendo a Rocco, va a subestimar al hombre, creyendo que tiene la sartén por el mango.

—¿Dónde está Arturo? —pregunta Drago con un español muy marcado.

—Arturo no está disponible. Estoy aquí en su lugar. —Rocco le hace un gesto con la barbilla —. Primero quiero ver el dinero.

El líder serbio levanta una ceja y se dirige al hombre rubio que está a su derecha.

—*Ko je ovaj idiot? (¿Quién es este idiota?).*

—Capo —contesta el rubio.

Drago resopla y se dirige de vuelta a su auto.

—Hablaremos cuando Arturo regrese.

—¡Ey! —grita Rocco—. ¡Vuelve aquí o puedes olvidarte de cualquier otro trato en el futuro!

Aprovecho la oportunidad, mientras Rocco y sus hombres se concentran en el grupo de serbios que se retira, para dirigirme al nuevo auto deportivo de Rocco. Compró el convertible al día siguiente de que yo quemara su garaje, junto con todos sus juguetes costosos que estaban adentro. Este también pienso hacerlo estallar en algún momento, pero no aún. Tal vez en una semana más o menos.

Hay otros dos vehículos estacionados frente a él, ocultándome de las miradas de todos. Me agacho junto a él y deslizo el brazo por debajo, revisando el dispositivo que coloqué anoche. Es un dispositivo muy sofisticado y me costó una pequeña fortuna, aunque valdrá la pena.

Fabricar bombas nunca fue mi fuerte. Sergei Belov se encargaba de las misiones que requerían que nuestra unidad hiciera explotar cosas. Él podía fabricar una bomba, usando únicamente las cosas que uno podría tener en la cocina, en menos de cinco minutos. Puede que no tenga la habilidad para hacerlas, pero sé perfectamente cómo usarlas.

Rocco sigue gritando, amenazando a Drago con hundir su negocio. El sonido del amartillado de las armas retumba en el espacio. La mierda está a punto de estallar. Justo cuando termino de activar la bomba, suena el primer disparo. La lámpara del techo explota, enviando fragmentos de cristal a mi alrededor. Maldita sea, odio tener la razón.

Enciendo el receptor, asegurándome de que la señal está conectada, y saco mi pistola. Una bala impacta contra una de las ventanas del auto que está adelante. Algunos de nuestros hombres se cubren detrás de él y les disparan a los serbios. El tiroteo se extiende por todas partes.

Rocco está agazapado al otro lado de un muro bajo de concreto, con dos de sus guardaespaldas a los lados. Un poco más a la derecha, otro hombre del equipo de seguridad está tirado en el suelo. Recibió un balazo en el muslo, pero está vivo.

—¡Vuelvan a los autos! —grita Rocco.

Me enderezo y apunto hacia el grupo de nuestros oponentes, cubriendo a los hombres de Rocco mientras entran a sus vehículos. Después de cambiar el cargador, miro por encima del techo del auto deportivo. Dos de los miembros del grupo serbio están ilesos e intentan ayudar a los heridos a subirse a las camionetas. Me aseguré de que ninguno de mis disparos fuera letal. De vez en cuando, las pequeñas trifulcas entre nuestros bandos no son raras, así funcionan los negocios ilegales. Mientras nadie acabe muerto, los tratos entre nosotros continúan.

Rocco se levanta y dispara a uno de los hombres de Popov por la espalda. Drago empuja al herido a la parte trasera del vehículo y voltea hacia Rocco, apuntándole a la cabeza. Levanto mi arma y disparo, hiriendo en el hombro al serbio. Se le cae la pistola de las manos golpeando el suelo.

Mientras sube a su auto, Rocco me hace un gesto de agradecimiento con la barbilla por haberle salvado la vida. El idiota no tiene idea de que su penosa existencia tiene fecha de caducidad desde el momento en que me enteré de que había matado a la última familia que me quedaba. Y yo seré el único que consiga ponerle fin.

Capítulo 9

Ravenna

Detesto las visitas al padre de Rocco. No solo porque es un cerdo misógino, sino porque mi esposo tiene una necesidad enfermiza de lucirse delante de su padre. Hemos ido tres veces a casa de Elio Pisano, y en cada ocasión, la experiencia fue peor que la anterior. Teniendo en cuenta que esta noche también estarán presentes los socios de negocios, seguramente superará a todas las anteriores.

Termino de arreglarme el cabello y me miro en el espejo alto. El vestido rojo ajustado con un escote ridículamente pronunciado que me compré para este evento me hace sentir como una zorra. Antes de casarme con Rocco, mis gustos se inclinaban hacia la ropa informal: *jeans* y *tops*, a veces vestidos sencillos. Me gustaba la comodidad y los colores pastel. También me dejaba el cabello suelto y nunca me maquillaba, salvo en ocasiones especiales. Rocco insiste en que me peine con un moño apretado y elegante y en que me maquille mucho porque, según él, eso me hace parecer mayor y con más clase. Una vez me encontró con la cara completamente desmaquillada cuando llegó temprano del trabajo. Tuve que aplicarme una doble capa de corrector y base de maquillaje durante toda la semana para ocultar el moretón en mi barbilla.

Mirándome una última vez en el espejo para asegurarme de que todo está como debería, salgo de mi habitación y bajo las escaleras.

Rocco está al pie de la escalera, hablando con alguien por teléfono. Cuando me escucha, levanta la vista y asiente. Supongo que aprueba mi atuendo porque se da la vuelta y continúa con su conversación en voz baja. Mientras bajo las escaleras, mis ojos se desvían hacia Alessandro, que está parado junto a la puerta principal, y casi me tropiezo por la intensidad de su mirada. ¿Le gusta lo que ve?

Desde que mi vida se desmoronó como un castillo de naipes, me siento como una basura. Soy el saco de boxeo de un hombre pervertido que me obliga a vestirme como una prostituta para que sus amigos saliven al verme, para luego “castigarme” por ello. Pero hay una diferencia palpable entre la reacción de mi guardaespaldas y la de Rocco. La cara de mi marido mostraba satisfacción al verme literalmente semidesnuda. Un atuendo ampliamente revelador significa que más hombres me estarán viendo. En cambio, la expresión de Alessandro es completamente inexpresiva, no obstante, el reflejo en esas profundidades de acero muestra desaprobación.

Quiero reír y llorar al mismo tiempo. Durante meses he detestado las miradas calenturientas que me lanzaban otros hombres porque significaba que iba a pagar por cada una de ellas. Y ahora, cuando secretamente anhelo tener *sus* ojos llenos de lujuria sobre mí, en su lugar me regalan desdén. Bueno, en estos días, estoy acostumbrada a eso, también. Aunque, de algún modo, me parece más punzante. Rompiendo nuestra conexión, camino hacia la puerta principal, mirando al frente.

Rocco se acerca a su nuevo y reluciente convertible estacionado en la entrada y me abre la puerta del pasajero. Estaba de muy buen humor cuando lo trajo a casa desde el concesionario y ni siquiera hizo algún comentario cuando mencioné que también tenía días de *spa* los sábados. Con el fin de año acercándose, hay más trabajo por hacer, y Hazel no dudó en aceptar mi oferta de acudir dos veces por semana.

Tragándome la bilis que me sube cada vez que tengo que tocar a mi esposo, tomo la mano que me ofrece y me deslizo dentro del auto. Rocco rodea el cofre y se pone al volante, parloteando sobre los caballos de fuerza y la velocidad que puede alcanzar el nuevo coche.

—Ese hijo de puta de Cosimo se morirá de envidia cuando vea a este bebé. —Se ríe mientras acaricia la tapicería de cuero blanco—. Lo escuché diciéndole a Pietro que estaba echándole el ojo a este modelo exacto, pero que no quería gastarse cien de los grandes. ¿Sabes que aún conduce ese cacharro que se compró hace cuatro años? —Pone cara de desagrado—. Hay gente que no tiene amor propio.

A veces me recuerda a un niño malcriado que tiene una rabieta si alguien tiene un juguete más reluciente que él. Cosimo resulta ser un tema especialmente delicado para Rocco. Independientemente de que el otro capo se dé cuenta o no, Rocco está en un duelo sin tregua con el anciano. Intenta superarlo en todo momento. Consiga lo que consiga Cosimo, Rocco necesita superarlo. Lo que Cosimo quiere, Rocco necesita poseerlo primero. Creo que todo se debe a que el Don parece seguir más los consejos de Cosimo, y Rocco no puede soportarlo.

Mi marido sigue divagando mientras arranca el motor y se dirige hacia la puerta. Hago como que escucho sus tonterías mientras mis ojos se desvían hacia el retrovisor lateral. La camioneta de Alessandro nos sigue de cerca. No puedo ver su rostro sombrío en el reflejo del espejo, pero casi puedo sentir sus ojos en mi nuca. Esta mañana no dijo nada cuando me llevó a la clínica de belleza, aunque ambos sabíamos que no iba para hacerme un tratamiento facial. Y cuando pasamos después por la casa de mamá, estoy segura de que se dio cuenta de que deslizaba detrás del sofá un bolso que le había comprado a la señora Natello. No hizo ningún comentario al respecto. ¿Por qué no le ha dicho nada a Rocco?

Recuerdo la mirada severa de Alessandro cuando me preguntó si Rocco me había lastimado. El *tic* en su mandíbula cuando me interrogó sobre las cosas que compro. El tono cortante de su voz cuando me aseguró que guardaría silencio sobre mi visita al *spa*. Quizás odia a mi esposo más de lo que yo le desagrado.

Anoche volví a soñar con él. Estábamos en un ascensor, uno frente al otro, mientras una docena de encendedores Zippo revoloteaban por encima, arrojando una luz amarillenta sobre el rostro de Alessandro. No me asustaba el espacio reducido, como me pasaría en la vida real. Era como si la sola presencia de Alessandro ahuyentara el miedo y la ansiedad. Dio un paso hacia mí, agarrando los dos costados de mi vestido. El sonido de la tela desgarrándose llenó el pequeño espacio mientras me arrancaba la prenda del cuerpo con un solo movimiento. Estaba desnuda.

Sus ojos se clavaron en los míos mientras se bajaba la cremallera y sacaba su miembro, luego me agarró por debajo del trasero y me levantó, presionando mi espalda contra la helada pared del ascensor. El frío se desvaneció cuando sus ásperas palmas acariciaron mi piel suave. Su tacto parecía tan real. Al igual que la felicidad absoluta que sentí cuando me enterró su polla de un solo golpe. Las llamas suspendidas sobre nosotros parpadeaban al ritmo de las embestidas de Alessandro, haciendo la escena aún más surrealista.

Como en el sueño anterior, me folló sin piedad durante lo que parecieron horas, sin pronunciar una sola palabra en voz alta en todo ese tiempo. Fue crudo. Salvaje. Sin

remordimientos. Y disfruté cada segundo. Era libre. Cuando me desperté, estaba tan empapada que tuve que cambiarme de ropa interior.

—Asegúrate de comportarte, *Bellissima* —ordena Rocco, arrastrándome de vuelta a la realidad.

Levanto la vista hacia el parabrisas y contemplo la silueta de una gran casa blanca visible por encima de la valla que se extiende a lo largo de la calle. Ya casi llegamos. Respiro profundamente, intentando prepararme mentalmente para lo que está por venir.

—Ya conoces las reglas —continúa Rocco—. No hables a menos que alguien te haga una pregunta directa. A nadie le interesa lo que tengas que decir.

—Sí, Rocco. —Asiento con la cabeza.

Cuando nos estacionamos frente a la casa de Elio Pisano y nos dirigimos a la puerta principal, lanzo una mirada furtiva por encima del hombro. Alessandro camina unos pasos detrás de nosotros, una sombra imponente sobre el paisaje nevado. Nuestros ojos se cruzan durante una fracción de segundo y el corazón me da un vuelco cuando su mirada atraviesa la mía.

*** * ***

—¿Cuándo tendré un nieto, Rocco?

Mi cuerpo se paraliza al escuchar la pregunta de mi suegro. No me atrevo a apartar los ojos del plato que tengo ante mí.

—Ravenna aún es joven —responde mi marido junto a mí—. Pensamos esperar un par de años.

—¡Tienes treinta y cinco años! —ruge Elio—. No tienes tiempo de esperar. ¿Y si el primero es una niña?

—Tal vez Rocco quiere disfrutar un poco más de tener a su mujer solo para él. —Un hombre sentado más al fondo de la mesa suelta una risita—. Sé que yo lo haría.

Todos alrededor de la mesa estallan en carcajadas. Agarro el borde del mantel entre los dedos y aprieto.

—Tiene sentido. No hay nada más asqueroso que las tetas de una mujer después de haber terminado de amamantar. Asegúrate de reservar un cirujano plástico para ella inmediatamente después —se burla Elio y luego señala con la cabeza mi mano derecha, al notar que me detuve cuando estaba a punto de dejar el tenedor—. ¿Qué le pasó en la mano? ¿Estás siendo demasiado brusco en la cama, Rocco?

—Nunca lo sería —dice Rocco con una sonrisa, y se produce otro estallido de carcajadas.

—Vamos a jugar a las cartas y a relajarnos. Rocco, manda a tu mujer a casa. —Mi suegro se levanta y hace señas al resto de los hombres para que lo sigan. Y justo cuando pensaba que no podía sentirme peor, sus siguientes palabras me demuestran lo contrario—. ¿Sabían que mi hijo consiguió a su mujer en una partida de póquer?

No aguanto más. Agarrando mi bolso, me apresuro hacia el otro lado del comedor. No me detengo al llegar al vestíbulo, sino que continúo al mismo ritmo hasta la puerta principal, donde Alessandro está de pie junto a la pared en su postura habitual, con la espalda erguida y las manos entrelazadas a la espalda. Tomo la manija y, sin esperarlo, salgo corriendo. Hasta que el aire fresco me golpea, soy capaz de respirar. Cuando Alessandro sale, ya estoy parada junto a su auto,

temblando de frío. Se me olvidó por completo tomar mi abrigo al salir.

Espero que me pregunte qué demonios me pasa por salir corriendo de esa manera. Mas no lo hace. En vez de eso, se quita su abrigo y me lo ofrece. Mis ojos comienzan a crisparse, las lágrimas amenazan con derramarse mientras contemplo el abrigo que me ofrece. Tiemblo de frío, pero no me atrevo a aceptarlo. Si Rocco me ve aceptando el ofrecimiento de mi guardaespaldas, Alessandro estará muerto.

—Ravenna.

El corazón me da un vuelco. Es la primera vez que Alessandro usa mi nombre. Levanto la cabeza y lo veo observándome, con sus ojos clavados en mi mejilla. Levanta la mano, toma mi cara y retira una lágrima caída con su pulgar. Se me eriza el vello de la nuca al sentir su piel en contacto con la mía. Puedo sentir cada callosidad de su mano mientras me acaricia bajo el ojo una vez más antes de retirarla.

—Ahora, Ravenna. —Su voz es más grave de lo normal y tiene un extraño tono de indignación, casi como si estuviera molesto por algo, pero tratara de ocultarlo. Los copos de nieve se acumulan en su cabello negro y en la chaqueta de su traje. No me había dado cuenta de que estaba nevando hasta ese momento. Vuelve a levantar el abrigo frente a mí.

Veo hacia la casa y una vez que estoy segura de que no hay nadie a la vista, me doy la vuelta y deslizo los brazos por las mangas. A Alessandro el abrigo le llega a las rodillas. A mí me llega hasta los tobillos.

Desvío mi mirada hacia la mano de Alessandro, que mantiene abierta la puerta de la parte trasera del vehículo, y lo rodeo. Con la ayuda de la manija, me subo al asiento del pasajero y cierro la puerta tras de mí. Luego espero.

Unos segundos después, se abre la puerta del conductor y Alessandro se pone al volante. No dice nada. Ni en ese momento ni durante la hora que dura el trayecto de vuelta a la mansión.

Alessandro

La única luz en mi habitación proviene de la *laptop* que tengo frente a mí, arrojando el pálido resplandor sobre las paredes cubiertas de notas y fotografías. Observo fijamente la foto de Natalie, absorto en sus cálidos ojos castaños que parecen devolverme la mirada. Mirar esa imagen siempre me ha tranquilizado. También duele, pero me ayuda a mantenerme enfocado en mi objetivo. Cada vez que me duermo, su rostro está en mi mente.

Un día antes de entrar a la mansión Pisano, visité su tumba y reafirmé mi promesa de vengar su muerte. Ojo por ojo. La esposa de Rocco Pisano por la mía. Lo juré.

Sin embargo, ver ahora la foto de Natalie despierta en mí sentimientos diferentes, los mismos que se han estado formando en mi alma. Remordimiento. Vergüenza. Culpa. Hace tiempo que me corroen porque ya no son los ojos castaños los que veo cuando me duermo. Son los verdes. En lugar de soñar con matar a Ravenna Pisano a sangre fría, me imagino cómo me sentiría teniéndola debajo de mí, gimiendo mientras la tomo, proclamándola mía.

Esta noche, cuando vi a Ravenna caminar junto a su esposo, con el brazo de él alrededor de

su cintura, estuve a punto de estallar de rabia. Apenas pude contener las ganas de arrancarle de encima la mano de ese hijo de puta. Quería agarrarla y gritar:

—¡Es mía! —Para que todos lo escucharan.

Es una locura. Y esta locura tiene que parar.

Hago clic en el icono de la esquina superior izquierda y las imágenes de las cámaras del exterior de la casa de Rocco llenan la pantalla.

Cuando entré a la casa de Rocco Pisano, el plan para acabar con él ya estaba escrito y planeado hasta el más mínimo detalle. Imaginé mi plan de venganza como una gran fortaleza de piedra que se eleva hacia el cielo. Sólida. Inquebrantable. A menos que surgiera una variable imprevista que me obligara a actuar antes de lo previsto, el plan seguiría en marcha. Sin excepciones.

Sobre mi cama cuelga el cronograma impreso de cada maldita fase, todos los pasos estratégicamente distribuidos a lo largo de dos meses. La cochera fue la primera fase. La segunda es destruir su empresa de construcción y hacerlo quedar como un inepto frente al Don. Las finanzas de Rocco serían la siguiente. Solamente después de acabar con lo material, había planeado pasar a la fase cuatro: jugar con su mente.

Temer constantemente por nuestra vida, sabiendo que hay una amenaza acechando en las sombras, es la tortura más intensa. La incertidumbre. Checar por encima de tu hombro todo el tiempo. El plan consistía en hacer creer a Rocco que alguien intentaba asesinarlo y alargar esa etapa durante semanas hasta que el simple ruido de un corcho de una botella de vino haga que se cague en los pantalones. Después vendría el asesinato de su padre. Y al final… su esposa. Justo antes de matar al maldito Rocco Pisano y reducir su bonita casa a cenizas.

En la pantalla, el convertible blanco de Rocco entra en escena y se estaciona en la entrada de su casa. Miro el detonador que tengo a mi lado. La señal de la bomba que coloqué bajo su auto deportivo sigue activa, lista para ser encendida remotamente. Desgraciadamente, si se ejecuta bien, la muerte es rápida y sin dolor. Y el final que tengo en mente para Rocco Pisano no es ni rápido ni sin dolor. Planeé hacer estallar este auto en dos semanas, como una táctica para asustarlo. Y cuando pongo un plan en marcha, nunca me desvío de él.

Mis pensamientos se desplazan hacia Ravenna, viéndola de pie en la entrada cubierta de nieve mientras el viento agitaba unos mechones de cabello que se escaparon de su moño. Sacudo la cabeza intentando deshacerme de la imagen. En lugar de desaparecer, la escena sigue reproduciéndose en mi mente, repitiéndose su rostro triste y la lágrima que resbalaba por su mejilla.

Mi fortaleza, sólida como una roca, empieza a tambalearse. Aparecen largas y delgadas fisuras en sus costados, y un gran trozo de sus murallas se desprende.

Su estruendo lejano retumba en mi mente mientras Rocco sale del coche y se dirige a la mansión. Siento las réplicas cuando agarro el detonador y coloco el pulgar sobre el botón rojo.

Ocho años de búsqueda y planificación… en peligro. Todo por una lágrima de la mujer que juré asesinar.

Una gota de agua sobre una piedra. Tenaz.

Rocco sube las escaleras y llega a la puerta principal.

Goteo.

Presiono el botón.

El vehículo explota, su elegante carrocería deportiva sale disparada unos metros por los aires en un torrente de fuego, humo y escombros.

Una sonrisa se dibuja en mis labios al ver el resplandor naranja en la cara aterrorizada de Rocco Pisano, que yace tendido en el suelo. Puede que sea por la explosión, pero apostaría a que es por el susto. Me pregunto si se habrá meado encima.

Bueno, salté de la fase uno a la fase cuatro. Es hora de reajustar y retomar el control. El hijo de puta perderá todo lo que aprecia antes de que termine con él. Su vida privilegiada está a punto de desmoronarse.

Mantengo la mirada en la pantalla mientras tomo el teléfono y llamo a Felix. El timbre suena dos veces y luego se desconecta. Vuelvo a marcar.

—¡¿Qué?! —brama.

—¿Me conseguiste entrar?

—¡Es la una de la mañana!

Cambio a otra cámara desde donde puedo ver mejor a Rocco.

—¿Y qué?

—¡Me acuesto a las ocho! —grita Felix.

—Deja de quejarte y contéstame.

—¿Sabes lo que hay en juego? ¡Diamantes! Necesitarás al menos medio millón en gemas para jugar con ellos.

—Lo sé. ¿Conseguiste meterme, Felix?

—Sí, sí, conseguí meter tu loco trasero. Los jugadores no están autorizados a llegar directamente, así que enviarán un vehículo a buscarte. Confidencialidad y todo eso. Te darán la hora y el lugar donde te recogerán la mañana antes del juego.

—Bien. —Vuelvo a cambiar de cámara. Rocco y algunos de los guardias están intentando apagar el fuego—. ¿Y cómo vamos con el cuerpo que te pedí?

—¿Cómo *vamos*? *Yo* estoy actuando como un maldito sepulturero y lo estoy buscando. Necesito la fecha en que quieres que te lo entreguen.

—Solo recógelo cuando encuentres uno adecuado y guárdamelo hasta que te llame.

—¿Guardarlo? —vocifera—. ¡Es un puto cadáver!

—Tienes un congelador, ¿no?

—¿Y qué le digo a Guadalupe si decide hacer carne asada y se encuentra un puto cadáver en el congelador?

—¿Quién es Guadalupe?

—Mi novia —suelta.

Mis cejas se levantan hasta el nacimiento de mi cabello.

—Tienes noventa años.

—¡Tengo setenta y cinco! Y para tu información, Lupe dice que no aparento más de cincuenta.

—Dile: “Lo siento, nena, es por trabajo”. Lo entenderá. Y tal vez quieras llevarla a que le revisen los ojos.

—*Oh*, vete al diablo, Az.

La línea se corta.

Agarro la bolsita de terciopelo negro que hay en el escritorio junto a la *laptop* y saco una pequeña piedra verde, levantándola contra la luz. Drago Popov tiene sin duda un buen producto.

Capítulo 10

Ravenna

Abriendo un poco la ventana y asegurándome de permanecer oculta tras la cortina, escucho a escondidas la conversación que se está dando en la entrada.

—¡Pude haber muerto, Nino! —Aúlla Rocco—. ¡Si la bomba hubiera estallado diez segundos antes, estaría frito! Tengo un maldito cráter en mi entrada.

—Haré que revisen el auto. Quizá los técnicos puedan encontrar algo. —Nino, el jefe de seguridad del Don, se acerca al coche de Rocco, o a lo que queda de él, y pone sus manos en las caderas—. ¡Mierda!

—Creo que fue ese hijo de puta esloveno. Drago —señala Rocco.

—Querrás decir serbio.

—Como sea. Tuvimos una riña hace unos días, y hubo algunos disparos. Esto es una venganza.

—¿Quién disparó primero? —pregunta Nino.

—Fui yo. Ese imbécil arrogante se negó a tratar conmigo. Tuve que dejar clara mi postura.

Nino se aprieta el puente de la nariz.

—Al jefe no le gustará cómo manejaste eso, Rocco. Yo que tú me mantendría oculto.

—¡Ellos empezaron!

—Llamaré a Drago e intentaré razonar con él.

—¿Cuándo regresará Arturo? Tengo que ocuparme de mis propios asuntos. Nuestros proyectos de construcción se están retrasando, y los plazos de adquisición de propiedades están pisándome los talones. No tengo tiempo para lidiar con los lunáticos con los que él trabaja.

—No lo sé. Aún no hay noticias de su hermana. Se está volviendo loco. —Nino suspira y se dirige hacia su auto—. Alguien vendrá a recoger los restos esta misma tarde.

Me alejo de la ventana y me dirijo al baño para ducharme. Como siempre, dejo la puerta del baño abierta de par en par para no sentir que las paredes se cierran sobre mí. Ya es bastante difícil lidiar con el espacio de la regadera, pero al menos las paredes de cristal me ayudan a mantener a raya mi ansiedad. Cuando no se empañan demasiado.

El olor a humo y plástico quemado impregnaba cada rincón de la casa, haciéndome sentir sucia y con náuseas. Las ventanas de la planta baja tuvieron que cubrirse con barrotes y se van a reemplazar. La explosión las destrozó. Cuando ocurrió, fue aterrador. El fuerte estruendo me despertó. Corrí a la ventana para ver qué había pasado y vi las llamas consumiendo lo que había quedado en ruinas. Por un momento pensé que Rocco estaba dentro del coche cuando explotó. Y me sentí aliviada.

Cuando cierro el grifo y salgo de la ducha, me encuentro a Rocco parado en el umbral. Tiene una expresión rencorosa en su rostro, como si estuviera dispuesto a retorcerme el cuello por el

simple placer de hacerlo. Doy un paso hacia atrás y pego mi cuerpo desnudo a la fría pared de azulejos.

—Los amigos de mi padre querían saber por qué mi mujer se fue tan rápido anoche —dice y da un paso hacia el interior del baño—. Uno de ellos me preguntó si tal vez no te gustaba su presencia. O en todo caso, la mía. ¿Es cierto?

—No. —Me atraganto.

—Eso parecía. —Su mano sale disparada y me rodea el brazo—. Estoy de muy mal humor, *Bellissima*. Presta atención a tu comportamiento o no te gustará el resultado.

—Lo haré. —Asiento con la cabeza.

—Claro que lo harás. —Con su otra mano, saca el arma de la pretina de su pantalón y apunta a la luz del techo. El disparo retumba en el pequeño espacio y la lámpara se hace añicos, arrojando escombros desde arriba y dejando el baño en penumbra.

—No —susurro.

—Sí. —Una sonrisa siniestra se dibuja en el rostro de Rocco mientras sale de la habitación y cierra la puerta a su paso. La oscuridad me envuelve.

Me levanto de un salto y corro a ciegas hacia la puerta. Justo cuando encuentro el picaporte, el sonido de un cerrojo cerrándose resuena en mis oídos.

—¡Rocco! —grito, mientras el pánico se apodera de mi pecho—. ¡Por favor! ¡Por favor, no lo hagas!

No hay respuesta. Solo una risa distante.

Cierro los ojos bajando al suelo, intentando controlar mi respiración. Al comienzo de nuestro matrimonio no dejaba que me pisoteara como a un tapete. La primera vez que Rocco me encerró en el armario y apagó la luz, le dije que se fuera a la mierda. Me senté en el suelo, esperando que volviera. Pasaron minutos. Luego horas. Comencé a escuchar cosas. Probablemente eran ruidos del piso de abajo, pero a mí me parecía que estaban justo ahí. A mi lado. Aunque nunca me ha dado miedo la oscuridad, ni siquiera cuando era niña, encerrarme en ese pequeño espacio oscuro y escuchar ruidos extraños a mi alrededor me asustó. Cuando Rocco por fin me dejó salir a la mañana siguiente, estuve a punto de volverme loca. Desde entonces, lo ha hecho en dos ocasiones más, cada una de ellas cuando no estaba contento con mi comportamiento. Me dejó aterrorizada y así nació mi claustrofobia.

Mi cuerpo comienza a temblar, no sé si es a causa del pánico que aumenta o debido a la loseta del suelo que se enfría rápidamente debajo de mí. Probablemente ambas cosas. Sigo empapada después de la ducha y el aire a mi alrededor se vuelve frío. Se me entumecen los músculos y no consigo levantarme para buscar una toalla. Es más fácil soportar los golpes de sus puños que esto. Envuelvo mi cuerpo desnudo con los brazos y apoyo la cabeza en las rodillas.

Ojalá hubiera guardado la chaqueta de Alessandro. La idea de envolverme en ella me hace sentir un poco menos de frío. No sé por qué sigo pensando en él. Vivir con Rocco me ha hecho despreciar a los hombres en general.

Cuando sueño despierta con la posibilidad de conocer a alguien nuevo si consigo escapar de mi marido, se me forma un nudo en la garganta. Antes de mi vida con Rocco, mis dudas sobre una pareja solían consistir en preguntas como: *¿nos gustarán las mismas cosas? ¿Y si nuestros gustos musicales son muy diferentes? Me gusta madrugar, ¿y si él prefiere dormir hasta tarde?* Ese tipo de tonterías. En aquel entonces no me parecían tonterías. ¿Y ahora? Ahora lo primero en lo que pienso es, «*¿él también me va a golpear?*».

Desde los primeros golpes de Rocco, comencé a prestar atención a las parejas a mi alrededor.

De vez en cuando, me daba cuenta de los sutiles detalles en los que el matrimonio aparentemente perfecto por fuera, era cualquier cosa menos eso. Como el mío.

Cerrando los ojos, imagino a Alessandro sentado a mi lado, con su mano sosteniendo la mía.

—Setenta y tres —musito.

Es extraño hablar en voz alta cuando no hay nadie alrededor, y mi voz suena débil a través del castañeteo de mis dientes.

—Setenta y uno —continúo—. Sesenta y nueve. Sesenta y siete. Sesenta…

*** * ***

El clic de la cerradura me avisa que abren la puerta. Levanto la vista y entrecierro los ojos para mirar a Rocco. La luz que se filtra desde la habitación delinea su silueta, dándole un aspecto aún más amenazante. Por un momento aterrador, siento como si estuviera ante las puertas del infierno, con Cerbero bloqueando la salida.

—¡Vístete! —espeta—. Voy a cenar con un socio y vendrás conmigo.

Lo observo mientras se marcha y, cuando escucho que la puerta de la habitación se cierra, me levanto de mi lugar en la esquina del baño. Miles de agujas me atraviesan las piernas mientras me arrastro hacia la cómoda que hay junto a la cama, donde guardo mi ropa interior. Encima hay un reloj blanco con adornos que indica que son las dos de la tarde. Me encerró en el baño durante lo que parecieron días, pero solo fueron seis horas.

Me pongo el sostén y mi ropa interior y miro mi reflejo en el espejo. Debería esconder un destornillador o cualquier otra herramienta en el baño y en el armario, para que la próxima vez que Rocco me encierre allí dentro pueda intentar abrir la cerradura. Esa idea nunca se me había ocurrido antes de hoy. Durante todo este tiempo, es como si Rocco no solamente hubiera conseguido destrozar mi cuerpo y mi mente, sino también mi dignidad. Dejé de luchar contra él y dejé que me convirtiera en su perra obediente. Con una última mirada frente al espejo, me doy la vuelta y me dirijo hacia el armario.

Cuando llego abajo, Rocco lanza una mirada de desagrado a mi blusa negra de escote discreto, pero sus labios se agrandan en una sonrisa cuando nota la minifalda roja que apenas me cubre el trasero.

—Vamos a llegar tarde. —Toma mi mano y me arrastra hacia la puerta principal.

Salimos de la casa y parpadeo confundida. Hay cuatro vehículos estacionados en la entrada, con el jefe del primer turno de seguridad parado al lado del que está en la parte delantera. Luego hay un automóvil rentado, que debe de haber llegado mientras yo estaba encerrada, y otros dos vehículos en la parte trasera. Rocco rara vez lleva guardaespaldas cuando asiste a sus reuniones. La mayoría de ellas son con personas que no están implicadas en actividades ilegales. La única escolta de seguridad permanente me la asignó a mí, y no tiene nada que ver con su preocupación por mi bienestar.

Mis ojos se desvían hacia la camioneta del fondo y el hombre sentado al volante. Mi corazón late más rápido, como cada vez que veo a Alessandro. Tiene puestas unas gafas de sol estilo aviador y parece mirar al frente, aunque siento sus ojos clavados en mí.

—¡Súbete! —espeta Rocco mientras me empuja al asiento del pasajero de su auto alquilado.

El vehículo que tenemos enfrente se enciende y se dirige hacia el portón. Rocco arranca el

coche y lo sigue. Veo por el retrovisor lateral y observo los dos últimos automóviles que circulan detrás de nosotros. Toda la escena parece sacada de una película: un convoy cuando el presidente sale de la residencia.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—¡Alguien intenta matarme, eso es lo que pasa! —revira Rocco.

Saco mis gafas de sol del bolso y me las pongo mientras observo disimuladamente a Rocco. A primera vista, parece furioso. Tiene la mandíbula apretada y el ceño fruncido. Pero observo más detenidamente, y hay cosas que no se me escapan. La forma en que sus ojos se dirigen al espejo retrovisor y a los lados de vez en cuando. Las gotas de sudor que se le acumulan a lo largo del cabello. Y, por último, su respiración, más rápida de lo normal.

Una sonrisa amenaza con dibujarse en mis labios, y apenas soy capaz de ocultarla. Rocco Pisano, el hombre que proclama tener las pelotas más grandes del mundo, está muerto de miedo.

*** * ***

El zumbido de varias decenas de personas hablando a la vez. Risas. El ruido de los cubiertos contra los platos.

Cada sonido me taladra un pequeño agujero en la sien. Levanto el tenedor hacia mi boca, a pesar de que no tengo ganas de comer. Me duele la garganta y, aunque la habitación tiene una buena calefacción, tengo frío.

—¿Te encuentras bien, Ravenna?

Levanto la vista y ofrezco una sonrisa fingida a la mujer sentada a mi izquierda. Rocco me la presentó a ella y a su esposo cuando llegamos al restaurante, aunque no recuerdo su nombre.

—Creo que me estoy enfermando —respondo.

—*Oh*, querida, cuanto lo siento. —Mira hacia Rocco, que está inmerso en una profunda discusión con su esposo sobre bienes inmuebles—. Rocco, Ravenna no se siente bien. Quizá deberías llevarla a casa.

—¿*Oh*? —Rocco inclina la cabeza y me clava la vista—. ¿Estás enferma, *Bellissima*?

—No. —Sacudo rápidamente la cabeza—. Estoy bien.

—¿Segura? Quizá deberías irte a casa a descansar. —Se inclina hacia un lado hasta que sus labios están junto a mi oreja y susurra—: Tengo un juego importante esta noche. Asegúrate de estar lista cuando llegue a casa por la mañana.

Un escalofrío me recorre la espalda.

Rocco juega al póquer con frecuencia. Suele jugar en Luigi's con los otros hombres de la *Cosa Nostra*, pero esas partidas no le parecen lo bastante desafiantes. Simplemente mantienen su adicción. Sin embargo, cada tres meses se organiza un torneo de póquer en un lugar secreto a las afueras de la ciudad, y Rocco está obsesionado con él.

Se trata de un evento al que se accede exclusivamente por invitación y en el que los jugadores están ocultos. Sus identidades y su presencia se mantienen en secreto, incluso de sus participantes, pero a Rocco le encanta presumir al respecto, sobre todo ante los demás capos. El torneo anterior fue justo después de nuestra boda. Rocco ganó y, cuando llegó a casa, lleno de adrenalina y con el ego inflado, me despertó a altas horas de la noche y me exigió que le rogara que me follara. Le escupí en la cara cuando me dijo que me quitara la ropa y me arrodillara en el

suelo. Me golpeó con tanta fuerza que acabé allí de todos modos. A la mañana siguiente, me desperté con un mensaje en mi teléfono. Era una foto tomada de cerca de mi madre dormida, con una pistola apuntándole a la cabeza. Una amenaza de lo que pasaría si me atrevía a desobedecerlo de nuevo.

—De acuerdo. —Me levanto, lista para retirarme de la mesa.

Rocco, el esposo más cariñoso en público, se levanta también y le hace un gesto con la mano a Alessandro, que ha estado esperando junto a la salida con los otros dos hombres de seguridad. Cuando Rocco me besa en la mejilla, mis ojos se desvían hacia Alessandro, que se acerca a nosotros con una mirada asesina. Parece que de nuevo me odia.

—Lleva a mi querida esposa a casa —ordena Rocco y me acaricia la mano antes de volver a sentarse.

Alessandro me sigue fuera del restaurante hasta su vehículo todoterreno en silencio. No dice ni una sola palabra mientras arranca el coche y conduce. Consigo mantener la compostura durante casi una hora, hasta que al girar hacia la calle que lleva a la mansión, la ansiedad se dispara en mi pecho.

—Detente, por favor. —Me atraganto.

Alessandro se detiene inmediatamente a un lado del camino. En cuanto nos estacionamos, salgo del coche y me apoyo en un costado. Cierro los ojos y me concentro en respirar profundamente, intentando no pensar en lo que pasará cuando Rocco vuelva a casa.

No escucho a Alessandro acercarse al auto. Pero no importa. Incluso con los ojos apretados, puedo sentirlo de pie ante mí.

—¿Sabes? —comento, mientras el viento me hace cosquillas en la cara—, cuando era una niña, pensaba que iba a ser profesora de Matemáticas.

—¿Por qué?

—Me gustan los números. Y los niños. Supongo que así es como me veía a mí misma —suspiro—. ¿Tú? ¿Dónde te veías?

El silencio se hace eterno antes de que responda.

—En la cárcel.

Lo último que quiero hacer en este momento es sonreír, pero su respuesta hace que mis labios se curven de todos modos.

—¿Quieres darme más detalles?

—No.

Por supuesto que no. Me rodeo la cintura con los brazos, aunque dudo que sea por el frío. Pasa un instante y, entonces, una leve caricia me roza la cara. Abro rápidamente los ojos y veo a Alessandro inclinado sobre mí. Tiene la palma de la mano izquierda apoyada en el coche, justo al lado de mi cabeza, mientras traza el contorno de mi mandíbula con el dorso de la otra mano.

—¿Qué te pasa? —indaga.

—Nada. Y todo.

—O todo o nada. No pueden ser ambas cosas. —Sus ojos se clavan en los míos. Firmes. Enigmáticos.

—¿Por qué te importa? Ni siquiera te agrado.

—Yo diría que ni *agradar* ni *desagradar* son términos adecuados en esta situación, Ravenna.

Arqueo una ceja ante sus palabras crípticas.

—¿No? ¿Y qué es?

—Algo crudo. —Su rostro está envuelto en sombras que realzan las marcadas líneas de su

semblante.

—¿Qué? —susurro.

La caricia de Alessandro desaparece de mi rostro. Baja su cabeza hasta que sus labios se acercan a los míos, a pocos centímetros de distancia.

—Todavía estoy tratando de entenderlo —pronuncia y se inclina hacia mi cuerpo.

Debería sentirme intimidada por tener a un hombre tan corpulento encima. Con el desastre en que se ha convertido mi mente a causa de los abusos de mi marido, debería sentirme amenazada por el tamaño y la fuerza de Alessandro. Sin embargo, en lugar de temer su cercanía, quiero que se acerque aún más.

Mi sueño más reciente invade mi mente. Mis pensamientos se llenan de imágenes de él cogiéndome contra la pared del ascensor y yo gritando de placer. ¿Cómo se sentiría? ¿Sería como lo he imaginado?

—Pregúntame —agrega.

—Preguntar ¿qué?

—La interrogante que veo en tus ojos.

Me estremezco ante el timbre de su voz.

—Me preguntaba si se sentiría como en mi sueño.

—¿Qué?

—Tú —susurro.

Algo cruza el rostro de Alessandro al escuchar mis palabras, una emoción fugaz, que aparece un segundo y desaparece al siguiente. Aprieta con fuerza su mandíbula y respira profundamente, al parecer reforzando su autocontrol. Nuestras caras están tan cerca que siento su cálida exhalación acariciando mi boca.

Levanto ligeramente la cabeza. La punta de mi labio superior roza su labio inferior. No es un beso. Es un roce mínimo, pero me golpea en lo más profundo de mi ser. No me atrevo a moverme. Ni siquiera respiro.

Un vehículo pasa a toda velocidad y su estruendo rompe el hechizo. Alessandro retrocede un paso.

—Deberíamos irnos —declara—. Tengo que ir a un lugar y ya se me hizo tarde.

Asiento con la cabeza y entro rápidamente al auto.

Alessandro

Los organizadores del torneo de póquer ciertamente se aseguraron de mantener en secreto la identidad de los jugadores.

Salgo del auto y miro hacia la casa de un piso escasamente iluminada. No hay más vehículos cerca, así que supongo que cada jugador tenía programada su llegada a una hora diferente. Un hombre que espera en la puerta principal me acompaña al interior, atravieso el vestíbulo sin amueblar y entro a una pequeña habitación en el lado izquierdo del edificio, donde otro individuo, vestido con un traje de tres piezas y guantes negros, está sentado detrás de un

escritorio cubierto con un mantel negro. Supongo que es un inspector.

—Control de calidad —explica y da un golpecito a la superficie del escritorio con la palma de su mano.

Busco en mi bolsillo la bolsita de terciopelo, desato la cuerda y dejo que el contenido se esparza por la superficie de madera de ébano.

El inspector agarra una pequeña lupa y, tomando una de las piedras, la levanta hacia la luz. La gema brilla con el resplandor del mismo modo que lo hacen los ojos de Ravenna cuando sonríe.

—Diamantes verdes. Bonitos —murmura mientras mira la piedra desde todos los ángulos—. Muy bonitos. ¿De Popov?

—Sí.

—Calidad excepcional. —Coloca el diamante en una pequeña báscula. Después de comprobar el peso, toma nota en un cuaderno forrado de cuero y pasa al siguiente.

No hay ningún requisito específico sobre el tamaño o el color de las gemas preciosas que se utilizarán como apuestas para el juego, siempre y cuando cada una valga al menos veinticinco mil dólares. Una piedra equivale a una ficha. No importa si el valor real supera ese valor mínimo. Para la gente que asiste a este juego en particular, unos cuantos miles aquí y allá no importan.

Dirijo mi mirada a la página en la que el inspector anota el valor estimado, repasando las cifras. Si Drago me jodió, aunque sea con una sola gema, no me dejarán participar.

Después de que el joyero revisa mis veinte diamantes, los vuelve a meter en la bolsita y asiente con la cabeza al hombre que me escoltó hasta aquí.

—Todo bien —dice y me devuelve la bolsita—. Steven será su anfitrión esta noche. Espero que disfrute del juego, señor.

Mi anfitrión me conduce a un espacio con cortinas en el fondo de la casa. La habitación está envuelta en unas cortinas gruesas y negras que van del suelo al techo y cuelgan a ambos lados de la puerta, creando un túnel en forma de embudo que conduce a una banca curveada y una silla en el extremo. Al final, una ventana, situada justo encima de la banca, me permite ver más allá. Cuando me acerco y echo un vistazo, me doy cuenta de que la banca curveada es en realidad una mesa redonda, dividida por las cortinas de separación y la ventana, que parece ser una ventana unidireccional. Yo puedo ver hacia afuera, nadie puede ver hacia adentro.

Me siento frente a la mesa y contemplo lo que me rodea. El juego está preparado para cuatro jugadores, a juzgar por las otras tres cortinas que marcan los lugares. El asiento del crupier es el único que no está oculto, ocupado por un hombre fornido que luce un corbatín. Las cortinas negras, aunque robustas, forman ondas suaves. Su color me recuerda al cabello de Ravenna. Es como si ella me persiguiera a donde quiera que vaya.

El hambre que ha encendido en mí al tener su cuerpo apretado contra el mío no se ha disipado, a pesar de que han pasado horas desde que la dejé en la mansión. Paso el pulgar por mi labio inferior, recordando el roce del suyo en ese instante fugaz. Hizo falta todo mi autocontrol para no agarrarla en ese momento y morder su tentadora boca.

Esperaba que surgieran problemas, que algo pusiera en peligro mi plan de venganza o dificultara las cosas a lo largo del camino. Sin embargo, no esperaba que vinieran en forma de una mujer de ojos parecidos a una joya, que no deja de invadir mi mente. La quiero fuera de mi cabeza. Ojalá pudiera usar unas malditas pinzas y extirpar todos y cada uno de los pensamientos que tengo sobre ella. Probablemente no serviría de nada. Incluso ahora, dos horas después de dejarla, sigo teniendo su olor en mi nariz.

Mi anfitrión se coloca a mi derecha, así que vuelvo a concentrarme en donde estoy. El pequeño hueco entre la ventana y la mesa apenas mide unos veinticinco centímetros, lo justo para que mis manos se deslicen a través de él. Todo lo demás queda oculto tras la ventanilla de cristal unidireccional.

Los otros tres jugadores ya están en sus lugares, sus rostros ocultos, pero puedo ver su presencia a través de los huecos. Supongo que cada uno de ellos tiene un anfitrión a su lado, como el que tengo cerca. El hombre que tengo enfrente tiene la mano derecha sobre la mesa, sosteniendo un puro encendido entre sus dedos. En el índice tiene un anillo ancho de oro con una joya roja. Rocco Pisano.

Sonrío y coloco la bolsita con los diamantes frente a mí. Que empiece el juego.

*** * ***

—¡Terminamos! —anuncia el anfitrión a mi oponente de la izquierda.

A través del hueco bajo la ventana, veo al hombre del traje blanco levantarse lentamente y salir de su compartimento. Su anfitrión lo sigue. El jugador a mi derecha se fue hace media hora. Eso significa que únicamente quedamos Rocco y yo.

Me reclino y observo las manos de Rocco visibles bajo el cristal unidireccional. Está agarrando el borde de la mesa con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. Solo queda un diamante frente a él. Lo justo para la apuesta, pero no podrá continuar con la partida. Todas las demás gemas utilizadas en el juego hasta el momento, ahora me pertenecen.

La mano de Rocco se dispara hacia un lado, agarra la muñeca de su anfitrión, que está a su derecha, y lo atrae hacia él. Se escuchan murmullos y el hombre da un paso hacia atrás.

—Nos gustaría continuar con cheques, si usted lo permite —indica el anfitrión de Rocco.

Levanto una ceja. Únicamente se permiten las piedras preciosas como fichas, y cuando te quedas sin ellas, se acabó. Cambiar a cheques se permite siempre y cuando todos los demás jugadores estén de acuerdo y la “casa” acepte la responsabilidad de gestionar la transacción. Casi nunca se hace, por una razón muy concreta: El jugador que utiliza algo que no sean piedras para hacer una apuesta pierde la opción de retirarse y se ve obligado a igualar o subir la apuesta. Debe seguir jugando hasta que termine la ronda.

Sin apartar mi mirada de las manos de Rocco, que de nuevo están agarrando la mesa, asiento con la cabeza y lanzo una sola esmeralda hacia el centro de la mesa.

—Aprobación concedida —declara mi anfitrión, y el crupier procede con la siguiente mano.

Obtener los detalles sobre cuánto dinero tiene Rocco Pisano en sus cuentas bancarias, tanto legítimas como en el extranjero, no fue fácil. Felix tardó varias semanas en conseguirme esa información. El total es un poco más de dos millones. Me sorprendió bastante esa suma. Teniendo en cuenta lo que gasta en autos, esperaba diez veces esa cantidad.

Cuando llega el momento de apostar, tomo veinte gemas del montón que tengo enfrente y las deslizo hacia adelante. No puedo ver a Rocco, pero me imagino la expresión en su rostro. Permanece inmóvil durante un par de segundos, luego saca una chequera y escribe algo con movimientos bruscos y furiosos. Su anfitrión acepta el cheque que Rocco le entrega.

—¡Un millón! —exclama el hombre y coloca una ficha de la casa en lugar del cheque de Rocco en el centro de la mesa.

Apenas puedo reprimir una carcajada. El estúpido hijo de puta no solo igualó mi apuesta, sino que además la duplicó. Debe de estar desesperado por recuperar sus diamantes. Tomo el resto de mis gemas y las empujo hacia el frente, subiendo la apuesta total a dos millones.

Rocco Pisano tiene dos opciones. Igualar mi aumento añadiendo otro millón. O volver a aumentar. Sin embargo, según las reglas de este torneo, el nuevo aumento debe ser el doble de lo que acabo de apostar. Y sé que no tiene suficiente dinero en sus cuentas para hacerlo. Agarra su bolígrafo y hace otro cheque.

—Un millón, que asciende a un total de dos millones de dólares —indica el anfitrión de Rocco y añade otra ficha de la casa a la mesa.

—La apuesta ha sido igualada. Por favor, muestren sus manos —pide el crupier.

Como fui yo quien hizo el último aumento, debería ser el primero en mostrar mis cartas. Parece que mi oponente está demasiado ansioso porque arroja sus cartas sobre la mesa y su risa histérica inunda la sala. Miro su mano. *Full house*.

Rocco aún se está riendo cuando coloco mis cartas sobre la mesa, y entonces su risa se extingue. El silencio se apodera de la sala y lo único que se escucha detrás de la ventana de Rocco es el sonido de su respiración agitada.

—Aquí tenemos una *Escalera Real* —anuncia mi anfitrión y voltea hacia mí—. Felicitaciones, señor.

Espero mientras el inspector se acerca al crupier y sustituye las fichas por el número equivalente de gemas. Luego desliza los diamantes hacia mí, y mi anfitrión los recoge y los coloca en mi bolsita. Saco cuatro piedras y se las entrego como pago a los organizadores del torneo. Una vez completada la transacción, mi anfitrión me hace un gesto para que lo acompañe a la salida. Miro hacia la ventana, donde Pisano sigue sentado, sonrío y salgo de la sala.

El coche que me trajo hasta aquí me está esperando cuando salgo del edificio. El conductor está junto a la puerta trasera y se dispone a abrirla cuando me acerco. Me detengo junto a él y levanto una gema frente a su cara.

—¿Señor? —pregunta mientras sus ojos se abren de par en par al ver la piedra brillante.

—Necesito que me prestes este auto. —Le lanzo el diamante—. Lo dejaré en el mismo sitio donde me recogiste.

—Sí, sí. Por supuesto —asiente con entusiasmo mientras cierra la puerta trasera y se apresura a abrir la del conductor—. Deje la llave en la guantera. Tengo una de repuesto.

En cuanto me pongo al volante, piso el acelerador y salgo de la entrada.

Cuando me acerco a la mansión Pisano, encuentro un lugar donde puedo sacar el auto de la carretera y estacionarlo detrás de unos arbustos que lo ocultarán en caso de que alguien pase por allí. La distancia restante la recorro a pie. Mi análisis de la colocación de las cámaras en el muro perimetral y en el portón, así como de su alcance visual, me lleva a un lugar con vista directa a la entrada, pero que cae en un punto ciego. Entonces, espero.

Media hora más tarde, los faros aparecen por la carretera, acercándose al portón.

Conozco a hombres como Rocco Pisano, bastardos arrogantes y engreídos que no pueden afrontar la realidad cuando alguien les gana. A menudo necesitan una forma de sacudirse la ira cuando se enfrentan a su propio fracaso, y normalmente lo hacen con violencia mientras culpan a otra persona. En las semanas que llevo con los Pisano, no he visto a Rocco lastimar a su esposa, pero algo sigue sin cuadrar. No puedo quitarme de la cabeza esa mirada atormentada en los ojos de Ravenna.

Un hombre furioso puede recurrir a la violencia, pero uno asustado probablemente buscará un

agujero dónde esconderse. Quiero asegurarme de que Rocco es lo segundo. Así que, mientras su coche se detiene frente al portón, esperando a que la puerta metálica se deslice hacia un lado, saco mi pistola y apunto a la parte trasera del coche. Vacío mi cargador contra la ventanilla trasera, el parachoques, las luces traseras… a todo lo que pueda, no obstante, evito dispararle a Pisano.

Los guardias de seguridad salen corriendo de la caseta de vigilancia, con las armas en alto, y se dirigen hacia el vehículo para ver cómo está su jefe. Para cuando empiezan a revisar el terreno alrededor del portón, yo ya estoy al otro lado de la propiedad, donde la semana pasada escondí una soga con un gancho para trepar en uno de los arbustos.

Saltar el muro no es un problema, pero cruzar el patio me lleva más de diez minutos porque tengo que zigzaguear por un camino específico que me mantiene fuera de la vista de las cámaras. Cuando llego a otro punto ciego junto al ala oeste de la mansión, tiro el gancho hacia arriba, enganchándolo en la barandilla del balcón. Cuando llego arriba, tengo la piel de las manos en carne viva por haber trepado por la soga sin guantes. Subo la cuerda y me agacho detrás del parapeto para que no me vean.

La puerta de cristal está cerrada y la cortina está puesta, pero la tela blanca me permite ver a través de ella. Ravenna duerme acurrucada bajo una manta. Ni siquiera estoy seguro de cuándo comencé a pensar en ella como “Ravenna” en lugar de “la señora Pisano”, pero eso es lo que es ahora. No puedo seguir etiquetándola como una Pisano. El nombre de ese imbécil es demasiado asqueroso para ella.

Desvío mi atención hacia la puerta al otro lado de la habitación y saco mi arma de la funda.

Los gritos y el ajetreo de los guardias de seguridad mientras registran la propiedad se aproximan. Deben de estar moviéndose hacia acá.

¿Qué demonios estoy haciendo vigilando a la mujer que planeo asesinar? ¿Arriesgándome a que me descubran porque necesito estar seguro de que ese hijo de puta no le hará daño? Sacudo la cabeza como si eso me ayudara a aclarar mi mente jodida.

Quizá Felix tenía razón. Tal vez me volví loco, pero no por la sangre y la violencia que he visto y hecho. El detonante de mi locura está durmiendo profundamente a unos pocos metros de distancia.

Capítulo 11

Ravenna

Me envuelvo más en la manta. ¿Por qué hace tanto frío? ¿Dejé abiertas las puertas del balcón? No estoy segura. Lo último que recuerdo es estar acostada en la cama, mirando fijamente a la puerta de mi habitación y esperando la llegada de Rocco. Quizá me quedé dormida.

Me siento y veo el reloj de la cómoda. Son las cinco y media de la mañana. Rocco no vino a mi habitación anoche. Un suspiro de alivio sale de mis labios. Es posible que se emborrachara después de la partida y se fuera directamente a la cama al volver a casa, pero parece poco probable. Se pone aún más frenético cuando bebe. Sea cual sea el motivo, anoche me salvé, no obstante, eso no significa que la próxima vez vuelva a tener tanta suerte. Me invade una sensación de terror y un estremecimiento de desagrado me recorre.

Un ligero movimiento capta mi atención y observo hacia las puertas del balcón, que encuentro cerradas. Aún está oscuro afuera, pero incluso con las cortinas tapando la vista, reconozco la imponente figura de Alessandro. Está ahí en un suspiro y desaparece en otro.

Corro hacia la puerta del balcón, me envuelvo en la manta y la abro. El viento frío de la mañana me da en la cara y hace que las largas cortinas se agiten a ambos lados mientras contemplo la terraza vacía. Casi me convenzo de que había imaginado ver a Alessandro aquí cuando mis ojos se fijan en un gancho metálico enganchado en la barandilla. Avanzo dos pasos y miro por encima del borde.

—Pero ¿qué...? —murmuro mientras veo a mi guardaespaldas descender rápidamente por la cuerda atada al gancho.

Alessandro está todavía a varios metros del suelo cuando salta y aterriza con elegancia sobre sus pies. Me quedo boquiabierta. ¿Cómo puede alguien de su tamaño ser tan ágil? Todavía estoy en estado de *shock* cuando levanta la vista y nuestras miradas se encuentran.

—El gancho —añade tranquilamente, como si trepar por los balcones de la gente fuera lo más natural del mundo.

Veo el gancho y luego vuelvo a observarlo.

—Ahora, Ravenna.

Sin dejar de mirarnos, desengancho el gancho metálico y lo dejo caer al suelo. Alessandro se agacha para recoger su equipo y luego se aleja despreocupadamente, en dirección a la cochera. Cuando está a medio camino, gira bruscamente a la derecha y sigue en esa dirección durante unos metros. Llega al roble que hay junto a la fuente del jardín y vuelve a cambiar de dirección. ¿Qué diablos está haciendo? Si alguien lo ve, está muerto.

Pero no hay nadie tan cerca de la casa, excepto Rocco, que probablemente está dormido, ¿verdad? Solamente hay cámaras. Observo el césped, fijándome en los postes de luz y las cámaras instaladas en ellos. Estoy segura de que siguen grabando. Los guardias de la caseta

vigilan la transmisión a todas horas, mas no veo a ninguno de los hombres salir corriendo para detener al intruso.

Alessandro se dirige a la derecha, hacia el jardín trasero, fuera de mi vista. Salgo corriendo de mi habitación al pasillo. Hay un gran ventanal al fondo, y llego a tiempo para ver a mi guardaespaldas lanzando su gancho sobre la pared exterior. La penumbra del amanecer impide distinguirlo con claridad, pero estoy segura de que, justo antes de empezar a trepar, vuelve a mirar hacia la ventana donde estoy. Momentos después, desaparece por encima del muro.

Justo cuando vuelvo a mi habitación, mi teléfono vibra en la mesita de noche.

05:47 Alessandro: Vuelve a dormir.

Miro el mensaje y escribo una respuesta.

05:47 Ravenna: ¿Qué hacías en mi balcón?

Pasan varios minutos antes de que responda.

05:54 Alessandro: Mi versión de un tratamiento en el *spa.* Como la tuya cada miércoles y sábado, Ravenna.

Siento una carcajada en el pecho que amenaza con estallar. Hundo mi cara en la almohada y la suelto.

*** * ***

Volví a quedarme dormida, por fin me sentía más tranquila después de pasar una noche inquieta temiendo el regreso de Rocco. Cuando me despierto pasadas las ocho, tengo el peor dolor de cabeza del mundo y mi nariz congestionada. Rara vez me enfermo, así que no guardo medicinas en mi habitación. ¿Quizás alguna de las sirvientas tenga alguna? Rocco me tiene prohibido salir de mi habitación sin maquillaje, pero ya debe haberse ido a una reunión que mencionó anoche. Probablemente sea seguro que baje rápidamente a buscar algo para el dolor. Salgo de mi habitación y me dirijo al pasillo cuando escucho que se abre la puerta del dormitorio de Rocco.

—¡Ravenna!

Respiro profundamente y me doy la vuelta lentamente para mirarlo. Sus ojos recorren mi camisón y suben hasta detenerse en mi cara sin maquillaje.

—¿A dónde diablos crees que vas con esa pinta? —Da un paso adelante.

—Nada más necesito ir a buscar unas medicinas a la cocina y volveré arriba a arreglarme.

—¿Y qué te he dicho de ir por ahí toda desarreglada?

Su mano me rodea el cuello, dificultándome la respiración. Sujeto sus dedos, intentando soltarlos, pero su agarre se hace más fuerte.

—No me retes, *Bellissima.* —Acerca su cara a la mía—. No estoy de humor para lidiar con tu desobediencia. Si debo hacerlo, no te gustará el castigo.

Me aprieta la garganta una vez más y luego me suelta, yo me doblo, tosiendo y luchando por respirar.

Capítulo 12

Alessandro

La puerta principal de la mansión Pisano se abre cuando salgo de mi camioneta. Rocco sale apresuradamente, con una gran carpeta bajo el brazo, y baja los escalones de piedra hacia uno de los otros cuatro coches estacionados en la entrada. Tiene la chaqueta de su traje desabrochada y veo que trae un chaleco antibalas bajo la camisa de vestir. Examino el auto en el que se mete. No es uno de esos convertibles elegantes que le gustan, sino una camioneta SUV resistente con cristales muy polarizados. Parece que los sucesos de anoche lo asustaron lo suficiente como para empezar a usar un vehículo blindado. Bien. Espero a que el séquito abandone la entrada y me dirijo al interior de la mansión.

Una de las criadas está parada al pie de la escalera, puliendo la barandilla de madera con un producto químico de olor desagradable. Ravenna no parece estar por aquí, así que me dirijo al ala este. Intenté dormir una siesta cuando llegué a casa esta mañana, pero no podía dejar de pensar en ella.

Una sensación de angustia se apodera de mis entrañas. Desde el momento en que descendí del balcón, tuve la sensación de que debí quedarme hasta que Pisano saliera de la casa. Y mis instintos nunca se han equivocado.

Ravenna no está en la cocina. El ama de llaves es la única que está allí, metiendo los víveres en la nevera.

—¿Dónde está la señora Pisano? —ladro.

El ama de llaves se sobresalta.

—Sigue durmiendo.

Son las nueve. Ravenna siempre está despierta antes de que yo llegue. Me doy la vuelta, con la intención de caminar tranquilamente por el pasillo para echar un vistazo por el comedor y la biblioteca, pero acabo corriendo. Tampoco está allí. ¡Mierda! Estoy a medio camino de la escalera, dirigiéndome a su habitación, cuando suena mi teléfono. Lo saco del bolsillo y veo su nombre en la pantalla.

—¿Puedes llevarme a la farmacia? —pregunta cuando contesto. Su voz suena áspera.

Agarro la barandilla hasta que los nudillos se me ponen blancos.

—¿Por qué?

—Creo que estoy resfriada.

Mi agarre se relaja, la sangre vuelve a mis extremidades.

—Estoy abajo —digo y guardo el teléfono.

En ese momento me doy cuenta de que la criada sigue al pie de la escalera. Está ocupada fingiendo que pule la madera, pero la veo mirándome de reojo. Casi puedo ver su expresión de

curiosidad. Demonios. Me olvidé completamente de ella. Parece que me olvido de las cosas muy a menudo cuando Ravenna Pisano está presente. Ignorando la mirada de la criada, paso de largo y me quedo junto a la puerta principal.

Diez minutos después, Ravenna aparece en el piso de arriba. Mientras baja las escaleras, recorro su cuerpo, desde la parte superior de su cabeza hasta sus tacones negros. Parece estar bien, pero vuelvo a mirarla de arriba abajo para asegurarme. Su aroma a talco invade mi nariz cuando se apresura a cruzar la puerta.

Una vez dentro del auto, la miro de cerca por el espejo retrovisor y veo que tiene ojeras visibles incluso bajo el maquillaje.

—La farmacia está aquí mismo. —Ravenna saca un pañuelo del bolso y se limpia la nariz.

Estaciono el coche y la sigo hacia el interior. Cuando el empleado de la caja registradora le cobra lo que compró y empieza a meterlo en una bolsita de papel, me fijo en el contenido. Gotas para la nariz. Medicamentos para el dolor y la fiebre. Vitamina C.

Cuando nos acercamos al auto, Ravenna tropieza y estiro la mano para sostenerla. Sus ojos se clavan en mis dedos que rodean su antebrazo y suben hasta que nuestras miradas se cruzan.

—Tienes que estar en cama —declaro y le suelto el brazo.

—Tengo que ver a mamá.

Frunzo el ceño. Apenas puede mantenerse en pie y estoy seguro de que tiene fiebre. Sin dejar de observarla, levanto la otra mano y la presiono sobre su frente, que me parece caliente. Sus iris esmeralda me devuelven la mirada, pero ella no se aparta.

—Te llevaré a casa —concluyo, pero no retiro mi mano. Viste un largo abrigo verde oscuro y una bufanda a juego que le rodea el cuello. Ambos resaltan el color de sus ojos en este día tan sombrío.

—Está bien —susurra.

Asiento con la cabeza y dejo caer mi mano para abrirle la puerta del coche. Mira hacia el asiento trasero, rodea la puerta y abre la del pasajero, sentándose adelante. Debería decirle que se siente atrás.

No lo hago.

*** * ***

Le dije que se moviera antes de que estuviéramos a la vista del portón. No confío en que nadie abra la boca y le diga a Rocco que la vieron sentada a mi lado. Aún no estoy seguro de lo que ocurre en esa casa, pero no voy a hacer nada que ponga en peligro su seguridad y su bienestar por *mi* culpa.

Cuando llegamos a la mansión, sigo a Ravenna al interior. Creo que ni siquiera se da cuenta de que voy detrás de ella, está demasiado concentrada buscando un pañuelo en su bolso y sonándose la nariz. ¿Por qué demonios tengo la ridícula necesidad de asegurarme de que se vaya directamente a la cama? Debería odiar todo lo relacionado con Rocco Pisano. Incluyendo a su esposa. Especialmente a su esposa. Al mismo tiempo, *necesito* saber que ella está bien. Y eso es completamente jodido.

Ravenna empieza a subir las escaleras, sin embargo, se detiene en el tercer escalón y le da un ataque de estornudos. El sonido me recuerda al de un gatito. Es difícil de creer, pero parece

majestuosa incluso cuando estornuda. Sacudo la cabeza, me inclino hacia delante y la tomo en mis brazos.

—¿Qué? —Ravenna traga saliva sorprendida y vuelve a estornudar.

La cargo escaleras arriba, manteniendo la mirada fija directamente al frente, tratando de ignorar el placer abrumador de tenerla tan cerca. Negándome la tentación de estrecharla aún más contra mi pecho. Su rostro está muy cerca, puedo sentir su aliento acariciando mi cuello. Cuando llego al piso superior, la cargo por el pasillo y la bajo al suelo delante de su puerta.

—*Umm*... gracias. No era necesario, pero —estornuda y me mira—… gracias.

La observo, noto lo roja que tiene la nariz por haberla limpiado con un pañuelo al menos cien veces y lo cansada que parece. Quiero volver a cargarla en mis brazos, como si eso la hiciera sentir mejor.

En lugar de eso, me limito a asentir con la cabeza una vez más.

Ravenna parpadea y sonríe. Se me corta la respiración como la primera vez que la vi.

—La gente realmente tiene que escarbar para sacarte una palabra, Alessandro. —Ladea la cabeza.

La bufanda alrededor de su cuello se ha aflojado, y mis ojos se posan en su garganta. O más específicamente, en las intensas marcas rojas que tiene. Una rabia asesina se enciende en mi pecho. Apoyo mis manos en la puerta, a ambos lados de ella, y bajo la cabeza hasta que nuestros rostros quedan a escasos centímetros.

—¿Fue Rocco? —pregunto apretando los dientes.

Un grito ahogado sale de la boca de Ravenna.

—¿Cuándo, Ravenna?

Se da la vuelta, gira el picaporte y desaparece dentro de su habitación, cerrando la puerta tras de sí. Aprieto los puños mientras respiro profundamente. Y otra vez más. Se atrevió a tocarla. A hacerle daño. Debió haber ocurrido esta mañana, después de que me marchara.

Saco mi teléfono y abro la aplicación de rastreo. No tuve oportunidad de poner un rastreador en el nuevo auto de Rocco, pero sí tengo rastreados sus vehículos de seguridad. Y a donde va Rocco, ellos lo siguen.

*** * ***

El nivel más alto de este estacionamiento sin terminar me da una vista sin obstáculos de los alrededores. Bajo mi bolso al suelo y miro hacia la obra en construcción al otro lado de la calle.

Rocco está parado junto a una mesa improvisada colocada a un lado. El hombre, que parece ser el jefe de obra, está frente a él y mira los planos que hay entre los dos. Los hombres de seguridad de Rocco, cinco de ellos sin sacar las manos de sus fundas, están repartidos en un radio de tres metros a su alrededor.

Me agacho junto a mi bolso y comienzo a montar mi rifle. No hay muchos rifles de francotirador diseñados para montarse al momento. La mayoría están diseñados para ser transportados y utilizados como unidades completas porque cada vez que el arma de precisión se desmonta y se vuelve a montar su precisión se ve afectada. Esta belleza tiene el cañón y el ensamblaje óptico en una sola pieza, por lo que permanece calibrado y listo para disparar. Cuesta más que mi automóvil, pero la alternativa sería transportar un arma de un metro de longitud.

Solamente un lunático haría eso. Bueno, un lunático o Kai Mazur.

Ninguno de los chicos de mi antigua unidad estaba precisamente cuerdo, pero Kai Mazur representaba un tipo único de locura. Me recordaba a un animal sanguinario entrenado que nunca olvidó su naturaleza salvaje. Me pregunto si lo encontraron en una maldita selva, le enseñaron a fingir un comportamiento civilizado y lo metieron en el programa. Kai fue el único miembro del equipo que fue enviado a misiones antes de cumplir los dieciocho años. Creo que Kruger, nuestro comandante, acabó arrepintiéndose de haber reclutado a Kai y siguió enviándolo a las misiones más peligrosas con la esperanza de que no volviera. No obstante, ese maníaco siempre regresaba. Excepto aquella vez que lo detuvieron porque estaba paseando por la ciudad con un maldito rifle de francotirador en la espalda en pleno día. Atraer la atención de la policía local era un gran "no" en nuestro oficio, aunque estoy bastante seguro de que Kai lo hizo a propósito, simplemente para irritar a Kruger.

Termino de montar mi arma y me cubro contra el muro sin terminar. Rocco, que sigue discutiendo acaloradamente con el jefe de obra, se inclina sobre la mesa con las palmas de las manos apoyadas en la superficie de madera. Observo a través de la mira y apunto a la cabeza del bastardo. Tan fácil. Sería tan jodidamente fácil acabar con su vida aquí y ahora. Imagino que la bala le atraviesa la sien y me asalta la idea de que su cerebro explote por el otro lado, pero entonces bajo la mira hasta que apunto al centro de su mano derecha. La mano responsable de los moretones en el cuello de Ravenna.

Y aprieto el gatillo.

Ravenna

Él lo vio.

No puedo creer que me olvidara de mí misma y dejara que Alessandro me viera el cuello. Siempre me aseguro de cubrir los moretones con base de maquillaje, pero esta mañana estaba tan agotada que decidí usar la bufanda para ocultarlos. Maquillarme toda la cara me quitó la poca energía que tenía.

Agarro las medicinas para el dolor y la fiebre de la mesita de noche y me tomo dos pastillas. Siento que la cabeza me va a estallar. Me envuelvo en dos mantas, cierro los ojos y me dejo llevar por el sueño.

*** * ***

Pum.

Cierro los ojos con fuerza y me echo la manta sobre la cabeza.

Pum. Pum.

—¡Señora Pisano! —La voz de la sirvienta atraviesa la puerta.

—Estoy durmiendo —pronuncio y me volteo hacia la pared.

—Nino necesita hablar con usted, señora Pisano. Dice que es urgente.

Me siento de golpe. ¿Qué necesita de mí el jefe de seguridad del Don?

—Estaré abajo en quince minutos —digo y me arrastro fuera de la cama.

Tras una ducha rápida y ponerme una nueva capa de maquillaje, salgo de mi habitación y bajo las escaleras. La fiebre me bajó mientras dormía, así que me siento un poco mejor. Aunque no se me nota en la cara, así que me aseguré de ponerme suficiente maquillaje para disimularlo. Cuando entro a la oficina de Rocco, Nino está de pie junto al escritorio. Alessandro está unos pasos detrás de él, con la espalda apoyada contra la pared.

—Hubo un tiroteo, Ravenna —explica Nino.

—¿Un tiroteo? —No entiendo por qué me cuenta esto. Nunca nadie me cuenta nada del "negocio".

—Alguien intentó matar a Rocco. Fue un francotirador, pero escapó antes de que consiguiéramos localizarlo —continúa Nino—: Rocco está en un hospital privado. Los médicos intentan salvarle la mano.

—¿Su mano?

—Sí. —Nino asiente—. El tirador falló. La bala le dio a Rocco en la mano derecha.

Mi ritmo cardíaco se dispara, una oleada de emociones me recorre, sin embargo, estoy demasiado abrumada para encontrarle sentido a alguna en concreto. Desplazo mis ojos de Nino a la sombra que se cierne a su espalda. No hay palabras para describir la mirada de Alessandro cuando se clava en la mía. Profundidades sin fondo, de un azul oscuro, me observan con determinación sin pestañear. Tan llenos de rabia y rencor, pero también de satisfacción. Ladea la cabeza y dirige su vista hacia mi cuello, donde los moretones se ocultan bajo varias capas de corrector. Luego, vuelve a subir hasta que nuestros ojos se encuentran de nuevo.

Y me doy cuenta.

El francotirador no falló.

—Ravenna —pregunta Nino—. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas sentarte?

Me obligo a apartar la mirada de Alessandro y sacudo la cabeza.

—Estoy bien, Nino.

—Hoy no se permitirán visitas, no obstante, Zanetti puede llevarte a ver a Rocco por la mañana —añade y mira a Alessandro por encima del hombro—. Ve a hacer tus maletas. Te quiero aquí dentro de tres horas.

—¿Maletas? —pregunto.

—Zanetti se quedará en la mansión contigo hasta que den de alta a Rocco.

Definitivamente debería haberme sentado. Estoy segura de que el corazón se me va a salir del pecho.

—De acuerdo. —Consigo decir—. ¿Algo más?

—Eso es todo. Te avisaré cuando Rocco salga del quirófano. No te preocupes, estos médicos saben lo que hacen, y no es la primera vez que atienden a hombres de la *Cosa Nostra*.

Sigo a Nino con la mirada mientras sale de la oficina. Cuando lo pierdo de vista, respiro profundamente y observo a Alessandro, que sigue en silencio apoyado contra la pared al otro lado de la habitación. Se endereza y se dirige hacia mí. Cada paso que da es como un relámpago en mi pecho. Se detiene frente a mí, su enorme cuerpo sobresale por encima del mío, e inclino la cabeza para mirarlo.

—Fuiste tú, ¿verdad? —susurro, mirándolo fijamente a los ojos.

Alessandro no responde. Se queda observándome unos instantes, luego levanta la mano y me roza ligeramente la mejilla con el dorso. Es un roce muy ligero, mas me siento como si me hubiera caído un rayo encima. Sin apartar los dedos de mi cara, se inclina hasta que su boca queda justo al lado de mi oreja.

—Si tu marido aún tiene su mano cuando vuelva a casa —prosigue con voz profunda y controlada, y un escalofrío me recorre la espalda—, lo solucionaré inmediatamente.

Su toque desaparece y cierro los ojos un segundo, lamentando la pérdida de su calor. Cuando vuelvo a abrirlos, se ha ido.

Capítulo 13

Alessandro

Empujo el plano de la mansión Pisano que Felix me proporcionó dentro de mi cómoda, y agarro mi chaqueta y la funda de hombro que hay en la silla. Había puesto el despertador a las cinco de la mañana para tener tiempo de revisar el ala este antes de que el ama de llaves y las sirvientas empezaran sus turnos a las ocho.

Anoche, cuando llegué con mis maletas, el ama de llaves me propuso quedarme en una de las habitaciones del ala oeste. Ya exploré esa parte de la casa a fondo en las dos últimas semanas, así que la rechacé. En lugar de eso, me instalé en una pequeña habitación del ala este, que probablemente estaba destinada a servir de almacén, pero que en algún momento se acondicionó para el personal doméstico. Tiene una sola ventana estrecha y horizontal, en lo alto de la pared. Nadie puede ver el interior desde afuera, sobre todo porque el equipo de aire acondicionado y otros medidores de servicios públicos están estorbando. También está cerca de la cocina y la lavandería, que hasta ahora no he podido explorar.

Salgo y me dirijo por el pasillo hacia el cuarto de lavandería, pasando por delante de la cocina y de otras habitaciones vacías para el personal. El plano muestra que hay un subnivel sin terminar debajo de la planta principal de la casa, pero no indica la entrada. Encuentro la puerta del sótano en el extremo opuesto de la lavandería, detrás de una de las estanterías con artículos de limpieza. Está cerrada con llave.

Saco mi teléfono y echo un vistazo a la transmisión de la cámara del portón de la entrada. Los guardias de seguridad están a mitad de su turno, actuando bastante relajados, por cierto, y no se ve ningún vehículo. Guardo el teléfono y saco mi kit de abrepuertas. La puerta del sótano únicamente tiene una cerradura estándar, y tardo menos de veinte segundos en abrirla. Cuando bajo los escalones, miro alrededor del enorme espacio. Es una habitación con calefacción y depósito de agua en un rincón, conductos y cables eléctricos a lo largo de las vigas a la vista. No hay nada más que unos gruesos pilares de soporte.

Me tomo mi tiempo para inspeccionar la unidad de calefacción y las tuberías, luego reviso las paredes hasta encontrar un tablero eléctrico. Una vez hecho esto, voy a los pilares de soporte, haciendo cálculos mentalmente. Puede que la casa sea más pequeña de lo que esperaba, pero no bastará con sobrecargar los circuitos. Los pilares también tendrán que desaparecer. Doy otra vuelta para asegurarme de que no se me ha pasado nada y vuelvo al cuarto de lavado.

Avanzo por el pasillo con la intención de subir a ver el piso de arriba, cuando escucho ruidos en la cocina detrás de mí. ¿No es demasiado temprano para que estén aquí las sirvientas? Mi reloj confirma que aún no son las ocho. Me doy la vuelta y vuelvo sobre mis pasos, pero me detengo en seco al llegar a la puerta de la cocina.

Hay una mujer junto a la nevera abierta, buscando algo adentro. Su rostro está oculto tras la

puerta del electrodoméstico, aunque estoy seguro de que nunca antes la había visto aquí. Tiene puestos unos *leggings* negros y un suéter gris extragrande con las mangas dobladas. Tiene los pies descalzos. Su largo cabello negro le cae por la espalda en suaves ondas.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —bramo.

Salta dando un gritito, cierra la nevera y voltea hacia mí. Los ojos se me encienden de asombro.

—Buenos días —murmura Ravenna.

No puedo dejar de mirarla. Si la hubiera visto caminando por la calle, probablemente no la habría reconocido. Ravenna es cien veces más hermosa sin maquillaje. Parece un maldito ángel bajado del cielo, y me resulta imposible apartar mis ojos de ella. También es mucho más joven de lo que pensaba.

—*Umm.*… —Ladea la cabeza y toma un mechón negro entre sus dedos, enrollándolo—. ¿Estás bien?

No, no estoy bien.

Aunque nunca me han atraído las mujeres que usan mucho maquillaje, Ravenna me cautivó, incluso cuando viste ropa lujosa y se embarra la cara con un montón de porquería. Pero al verla con su cabello suelto, enmarcando su rostro angelical, me siento como si me hubieran dado un puñetazo, incapaz de tomar aire.

—Tengo que ir al hospital y después a ver a mi mamá —dice.

Mis ojos descienden y se detienen en su cuello. Los moretones hoy son de un color púrpura intenso, y mirarlos reaviva la rabia en mi estómago. Es por mi culpa. Debería haberme quedado en ese maldito balcón y haber matado a ese hijo de puta en cuanto entró a su habitación, sin importar las consecuencias.

—¿Alessandro? —Ravenna da un paso adelante e inclina la cabeza.

Con cuidado, estiro el brazo y muevo su cabello hacia atrás para poder verla mejor. Los mechones negros se sienten como la seda en la palma de mi mano.

—Me gusta tu cabello —murmuro.

Los labios de Ravenna se curvan hacia arriba.

—A mí también me gusta tu cabello. —Levanta una mano, duda unos instantes y luego desliza sus dedos por un lado de mi cabeza—. Es muy corto. —Sonríe.

Joder, debería marcharme, no hablar de malditos cortes de cabello, pero no puedo moverme.

—La costumbre.

Con mi mano en su cuello, trazo el contorno de cada moretón con la punta del dedo. Su piel es tan suave, y verla marcada de esa forma me provocan ganas de ir al hospital, cortarle la mano al desgraciado y obligarlo a que se la coma.

—¿Fue la primera vez? —inquiero apretando los dientes.

—Sí. —Encoge los hombros. Su mano está sobre mi brazo y noto el calor de su tacto incluso a través de la tela de mi camisa y la chaqueta de mi traje.

Está mintiendo. Debería haberme dado cuenta mucho antes de que su esposo la estaba lastimando. Había tantas señales que indicaban que algo no andaba bien entre ellos, no obstante, estaba demasiado cegado por mi odio y enfocado en la venganza que preferí no fijarme en ellas.

Sigo sin querer hacerlo. No quiero que me importe. Significaría despedirme de mi venganza y romper la promesa que me hice a mí mismo y a Natalie. Eso no puede ocurrir. Puede que me haya desviado de mi plan hasta ahora, pero voy a ejecutarlo totalmente al final. Estos estúpidos sentimientos que empezaron a crecer en mí, envolviendo mi frío corazón como garras ardientes,

necesitan ser extinguidos. Odio a Ravenna Pisano, y más le vale a mi estúpido corazón recordarlo.

El sonido de una conversación entre mujeres y pasos apresurados nos llega desde el vestíbulo. Llegaron las sirvientas.

Ravenna retira rápidamente su mano de mi brazo y se aleja.

—Estaré lista en veinte minutos, si te parece bien.

Asiento con la cabeza y salgo de la cocina.

Ravenna

Ni una palabra.

El hombre que está sentado a mi lado le disparó en la mano a mi marido porque la utilizó para lastimarme, sin embargo, no me ha dicho ni una sola palabra desde que subimos a su coche. Mas lo sorprendí observándome cuando creyó que no me daría cuenta, una vista de reojo mientras me deslizaba al asiento del pasajero en lugar del asiento trasero. Una mirada entrecerrada mientras buscaba un paquete nuevo de pañuelos en mi bolso. Un vistazo a través del reflejo en la ventana lateral mientras trataba de encontrar el interruptor en el tablero para subir la calefacción. Ya no aguanto más.

—Entonces… —pregunto—. ¿El gato te comió la lengua?

Nada. Alessandro sigue mirando fijamente la carretera.

—Eso parece. —Me sueno la nariz con el pañuelo—. Qué lástima. Disfruto bastante tus monólogos de una sola palabra.

Gruñe. El hombre me gruñe, maldición.

—Lo siento, no hablo ese dialecto en específico. ¿Puedes intentarlo de nuevo? —Esta vez me mira de reojo y luego vuelve su vista hacia la carretera—. ¿De pronto te molesta mi presencia, Alessandro?

Escucho el chirrido del cuero cuando aprieta el volante. El momento es breve antes de que los tendones del dorso de sus manos ásperas se relajen. Juro por Dios que no entiendo a este hombre. Sacudo la cabeza y me concentro en los edificios que vamos pasando. Ya casi llegamos al hospital.

—No debiste dispararle a Rocco —digo. ¿Quizás a Alessandro le preocupa que el Don se entere de lo que hizo? ¿Que lo castigue por ello? ¿Que me culpe a mí?—. No me malinterpretes, me alegro de que lo hicieras. Pero es obvio que ahora te arrepientes. ¿Por qué otra razón actuarías como…?

El auto se desvía repentinamente a la derecha, grito y me agarro de la manija de la puerta como si mi vida dependiera de ello. Aprieto los ojos mientras nos dirigimos hacia el poste de alumbrado público. Supongo que no chocamos contra él, porque la camioneta se detiene en seco una fracción de segundo después. La puerta del auto se cierra de golpe y me quedo rodeada del silencio.

Tentativamente, abro los ojos y observo a Alessandro mientras pasa junto al vehículo y se

detiene unos metros más adelante en la acera. El viento helado parece no afectarle, aunque no tenga puesto el abrigo. Sigue sobre el asiento trasero del vehículo, justo donde lo tiró cuando decidí sentarme adelante.

Se gira un poco, no del todo hacia mí, pero lo suficiente como para que capte su mirada fugaz, y echa la cabeza hacia atrás, mirando al cielo. ¿Qué hace? ¿Busca ayuda en el cielo? Con las manos en las caderas, la agitación que desprende es casi palpable. Veo cómo finalmente deja caer la cabeza hacia adelante, con la barbilla casi pegada al pecho. La sacude lentamente de un lado a otro, y tengo la clara impresión de que una lucha interna acaba de desatarse en su interior.

Finalmente, me observa a través del parabrisas, nuestros ojos se encuentran y se sostienen. Los suyos parecen arder mientras avanza hacia mí, con la mirada inquebrantable. Cuanto más se acerca, más rápido se mueve. Un depredador con su presa a la vista.

Se acerca a mi lado, agarra la manilla y abre la puerta con un fuerte jalón. El aire cruje cuando se inclina hacia dentro, su cuerpo musculoso invade mi espacio. Su mirada es feroz, como si quisiera aniquilarme allí mismo.

—Por esto —gruñe entre dientes y, agarrándome por la nuca, choca su boca contra la mía.

No respiro. ¡No puedo respirar! Parece que hasta mi corazón ha dejado de latir durante estos segundos en los que sus labios permanecen presionados contra los míos. Antes de que tenga tiempo de procesarlo o de reaccionar, Alessandro suelta su agarre y se aparta bruscamente.

—¡Joder! —revira, golpea el techo del auto con el puño y cierra la puerta de un golpe.

Una vez que me vuelve a funcionar, el corazón me palpita con fuerza a través de las costillas mientras observo cómo rodea la parte delantera de la camioneta y vuelve a ponerse al volante. Pone el coche en marcha y sale a la calle. Con los labios apretados y los ojos clavados en el cemento que se ve más allá del parabrisas, ahora ni siquiera me mira. Yo, en cambio, no puedo apartar mis ojos de su rudo semblante.

Creo que nunca me había estremecido tanto un beso, y menos uno tan rápido. O tan lleno de ira. Antes de casarme con Rocco solamente había tenido dos novios, pero ninguno me había hecho sentir como lo hizo el beso tan breve de Alessandro. Dios, quiero que vuelva a besarme.

Anoche volví a soñar con él. He llegado a desear estas fantasías nocturnas. Esta vez, yo estaba sobre él, montando su polla mientras sus manos recorrían mi vientre y mis pechos hasta llegar a mi garganta. Eso debería haberme asustado: sus manos alrededor de mi cuello. Rocco suele sujetarme cuando me fuerza. Le gusta recordarme su poder. Pero incluso en el sueño, los dedos de Alessandro en mi garganta no me asustaron. Mi subconsciente sabía que podía confiar en él. Me corrí tan intensamente que, cuando me desperté, aún temblaba mi sexo de solo pensarlo.

¿Qué pasará ahora? Aprieto mis muslos, incapaz de detener el estremecimiento en mi interior.

Alessandro se parquea en el estacionamiento del hospital y rodea la parte delantera del vehículo para abrirme la puerta. Su postura es rígida, con la mirada fija en algún punto a tráves del mar de coches. Salgo del auto y me dirijo hacia la entrada para visitantes, mientras él me sigue unos pasos por detrás.

*** * ***

Observo fijamente la puerta blanca que hay al final del pasillo del hospital. No necesito que me indiquen la habitación de mi marido. Solamente hay una puerta con un guardia a cada lado. Permanezco en la sala de espera con la mirada fija en esa puerta durante lo que me parecen horas, pero sé que no pueden haber sido más que unos minutos.

—Por favor, quédate aquí —le pido a Alessandro sin darme la vuelta, y luego me dirijo al pasillo.

Cuando entro a la habitación, encuentro a Rocco acostado en la cama, con la cabeza levantada para estar más cómodo. El televisor en la pared del lado opuesto muestra las noticias. El monitor junto a su cama controla sus signos vitales, latidos del corazón, presión sanguínea, y emite un pitido constante de vez en cuando. Su mano derecha está oculta a la vista, envuelta en una gruesa capa de vendajes.

—Sigue ahí. Por ahora.

Me tenso al escuchar la voz de Rocco y me obligo a mirarlo.

—Fueron esos bastardos serbios. No puede ser nadie más —continúa—: Pero pronto nos ocuparemos de ellos. Hice arreglos para que algunos de mis hombres vayan a su club y los maten a todos.

—Al Don no le gustará que actúes sin su aprobación —comento. El jefe de nuestra Familia es muy estricto en cuanto a cómo se manejan las cosas.

—¡Uno de ellos casi me amputa la maldita mano! —refunfuña—. El médico dijo que me van a tener aquí tres semanas por lo menos. ¡Tres semanas!

Siento que la presión de mi pecho disminuye ligeramente. Casi un mes sin él.

—Y luego, ese infeliz hijo de puta, Cosimo, me llamó, diciendo cuánto lamenta lo que pasó, y que él se hará cargo de mis obligaciones. Y que es una pena que no pueda ir mañana a la maldita fiesta de Giancarlo —agrega—. Siempre actúa como si fuera mejor que los demás, cuando todos sabemos que recibe un trato especial únicamente porque se está acostando con la madre del Don. Yo no iré, pero tú sí. Y después, me vas a contar todo lo que pasó allí. Quiero saber quién estaba presente y qué se dijo de mí.

Respiro profundamente y aprieto el bolso en mi mano. Puede que Rocco me haya comprado montones de joyas costosas y ropa extravagante, pero nunca voy a sentir que pertenezco a ese círculo. El dinero siempre escaseó en mi familia, y me siento fatal rodeada de tanta riqueza porque sé que mi mamá y mi hermano apenas pueden llegar a fin de mes con lo que gana mi madre. Detesto ir a las reuniones de la *Cosa Nostra*.

—¿Me estás escuchando, Ravenna?

Me muerdo el interior de la mejilla cuando me viene a la mente un recuerdo de mí acurrucada en el piso del baño. Darme cuenta de que nunca intenté forzar o romper la cerradura para salir me corroe como el ácido.

—No quiero ir a esa fiesta —suelto.

Rocco me fulmina con la mirada y se inclina hacia delante. Involuntariamente doy un paso atrás golpeando mi espalda contra la puerta.

—¡A quién diablos le importa lo que tú quieras! —me grita y me arroja el control remoto del televisor. Apenas tengo tiempo de agacharme y evitar que me golpee en la cabeza.

—Harás lo que te ordene y cuidado con lo que haces. Haré que Zanetti me informe sobre tu comportamiento. ¿Está claro?

—Sí —asiento con un nudo en mi garganta.

—Bien. Ahora, ¡lárgate! No soporto verte.

Abro la puerta de golpe y salgo corriendo de la habitación. Me apresuro por el pasillo ignorando las miradas curiosas de la gente. No me detengo hasta que llego a la acera de enfrente del hospital. El corazón se me sale del pecho y me cuesta respirar.

Una mano se posa en mi brazo y unos dedos largos y fuertes me aprietan ligeramente.

—¿Te hizo algo? —La voz de Alessandro carraspea sobre mi espalda.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza. Patética. Rocco estaba en cama, a casi tres metros de mí. No habría podido pegarme, pero aun así me asusté y salí corriendo como la cobarde que soy. Es muy gracioso cómo siempre creí que era segura de mí misma. Nunca huí de la confrontación. Una vez sorprendí a un chico mayor de la escuela acosando a mi hermano. Le di un rodillazo en los testículos. Y mírame ahora. Totalmente aterrorizada porque ese bastardo me levantó la voz.

—Ravenna.

Un escalofrío me recorre la espalda. Me encanta cómo Alessandro dice mi nombre.

Me doy la vuelta lentamente y veo su expresión severa. Incluso con mis tacones de diez centímetros, tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrarme con su mirada.

—¿Qué hizo? —pregunta con los dientes apretados.

—No hizo nada. —Parpadeo para evitar que se derramen mis lágrimas. No sé por qué tengo ganas de llorar. Quizás estoy de luto por mi lamentable intento de enfrentarme a Rocco—. Solo me gritó. Me asusté. Es una estupidez.

La nariz de Alessandro se ensancha y baja la cabeza para mirarme a la cara. Hay un brillo peligroso en sus ojos, y si fuera cualquier otro hombre en su lugar, probablemente habría retrocedido. Dice la gente que *el gato escaldado del agua fría huye*. Pero no retrocedo.

Desde que lo conozco, Alessandro me ha regalado una gran variedad de miradas. Desprecio. Ira. Irritación. Incluso odio, sobre todo al principio. No me he sentido amenazada por él ni una sola vez.

—¡Él. Nunca. *Jamás*. Volverá. A. Tocarte! —exclama en voz baja.

Hace mucho tiempo que alguien me defendía. Especialmente un extraño, o al menos no un miembro de mi familia. No estoy segura de poder confiar en mí misma como para creerle.

—No puedes prometer eso —susurro. Si Alessandro se enfrenta a Rocco de alguna manera, mi esposo hará que lo maten. O lo matará él mismo.

—Sí, puedo —pronuncia Alessandro y sonríe.

No puedo apartar mi mirada de su boca, cautivada por lo pecaminosamente atractiva que puede ser una sonrisa tan perversa.

Mientras nos dirigimos a su auto, el dorso de su mano roza accidentalmente la mía. Mordiendo el interior de mi mejilla, me acerco un poco más y engancho mi meñique con el suyo.

Alessandro se detiene.

Yo también me detengo, pero no me atrevo a mirarlo. Pasa un momento. Alessandro reanuda la marcha y yo lo sigo. Sin apartar su mano de la mía.

*** * ***

Cuando llegamos al apartamento de mamá, Alessandro se coloca junto a la puerta, como de costumbre, y yo me dirijo a la cocina, donde *Mamma* está preparando el almuerzo.

—Llegas más tarde de lo normal —susurra mientras toma una cebolla—. ¿Pasó algo?

—Le dispararon a Rocco.

—¿Está muerto?

—No. Está en el hospital. —Saco unas zanahorias de una bolsa y empiezo a pelar una—. ¿Cuánto te dieron por el brazalete?

—Ocho mil.

Mierda. Esperaba al menos diez.

—Veré si tengo un collar que no sea muy distintivo y lo traeré la próxima vez.

—¿Y si Rocco se da cuenta?

—Diré que lo perdí.

Mi madre le echa un vistazo rápido a Alessandro, que parece estar muy interesado en la ventana de la pared de enfrente, y luego vuelve a concentrarse en la cebolla que está cortando.

—¿Y adónde iremos cuando tengamos suficiente dinero?

—Lo más lejos posible.

—Vendrá a buscarnos, Ravi. Lo sabes.

Cierro los ojos un segundo. Lo último que quiero hacer es mentirle a mamá, pero nunca aceptará si se entera de la verdad.

Desde el principio supe que escapar de mi marido sería casi imposible. Tiene los fondos y las conexiones para encontrarme vaya a donde vaya, así que decidí que no me quedaré con *Mamma* y Vitto. Los acomodaré en algún lugar lejos de New York, con dinero suficiente para que les dure unos meses, y me iré. Rocco me buscará a mí y no dejaré que mi familia sea un daño colateral. Probablemente me matará cuando me encuentre. Nadie traiciona a Rocco Pisano y vive para contarlo.

—Ya se nos ocurrirá algo cuando llegue el momento —aseguro—. ¿Dónde está Vitto?

—Todavía está durmiendo. Anoche salió con sus amigos y volvió hasta esta mañana.

—¿Qué amigos?

Se encoge de hombros, evitando mirarme a los ojos.

—¿*Mamma*?

—Hice que me prometiera que esta sería la última vez. No volverá a hacerlo.

—¿Se fue con Ugo? —chillo—. Maldita sea, *Mamma*. ¿Fueron a ese bar a jugar a las cartas otra vez?

—Dijo que simplemente fueron a mirar. Ya no juega a las cartas.

—¿Y le creíste? —Tiro la zanahoria a medio pelar sobre el mostrador y atravieso la sala hasta la habitación de mi hermano.

Vitto está tirado sobre la cama, todavía tiene puestos sus *jeans* y su sudadera con capucha. Las cortinas cubren la ventana, impidiendo que entre la luz exterior. Enciendo la lámpara de la derecha, paso por encima de unos pantalones deportivos tirados en el suelo y agarro la mochila negra que tiene sobre el escritorio.

—Oye, ¿Ma? —Vitto refunfuña somnoliento—. Apaga esa lámpara.

Abro la mochila y vacío su contenido sobre el escritorio. Una botella de refresco medio llena. Una bolsa de bocadillos vacía. Audífonos. Algo de cambio. Más basura. Y un fajo de billetes.

—¿Qué demonios es esto, Vitto? —grito.

—¿Ravi? —Se sienta y me mira entrecerrando los ojos—. ¿Qué estás...?

—¡Explícate!

Mira el dinero que tengo en la mano y salta de la cama, agarrándome del brazo.

—Eso es mío. ¡Devuélvemelo!

—¿Estás apostando otra vez? ¿Después de lo que pasó? ¿Cómo pudiste?

—¡Es mi vida! ¡No tienes derecho a decirme lo que no puedo hacer! —Rodea mis dedos con los suyos, intentando abrirlos.

—¿Pero tú puedes arruinar la mía?

—¡Vete a la mierda, Ravenna! —me grita en la cara.

Un brazo ancho rodea el torso de Vitto por detrás. Veo atónita cómo Alessandro carga a mi hermano fuera de la habitación y corro tras ellos. Vitto hace todo lo posible por liberarse, sacudiéndose con las piernas colgando a medio metro del suelo y gritando obscenidades a su paso. Alessandro lo baja en medio de la sala y señala hacia el sofá.

—Siéntate.

—¿Qué demonios, hombre? —vocifera Vitto—. ¿Quién te crees que…?

Alessandro da un paso adelante.

—Siéntate.

Mi hermano se deja caer en el sofá y cruza los brazos sobre el pecho.

—Ahora, discúlpate con tu hermana.

Vitto mira a Alessandro de reojo, luego se dirige a mí y agacha la barbilla.

—Lo siento, Ravi.

Sacudo la cabeza y me siento en el sofá a su lado. Alessandro vuelve a su sitio junto a la puerta principal, pero mantiene su mirada fija en mi hermano. Mi mamá sigue en la cocina, sujetando fuertemente el mostrador con las manos y con la cabeza agachada. No puedo ver su cara, pero sé que está llorando por la forma en que tiembla su cuerpo.

—Tienes que parar, Vitto. No es un juego. —Tomo su mano entre las mías y lanzo una mirada a Alessandro. Sigue observándonos—. Ya sabes lo que pasó la última vez.

—Pero salió bien, Ravi. Ahora vives en un lugar agradable. Rocco tiene mucho dinero y siempre te compra ropa elegante. Tienes una gran vida y…

—¡Cállate de una maldita vez, Vitto! —brama mamá desde la cocina.

—Pero es la verdad, Ma. Si no fuera por mí, no sería rica. Tengo que esperar al menos un par de años más antes de que me permitan unirme a la *Cosa Nostra* y empezar a ganar dinero como Rocco.

Mi madre entra furiosa a la sala y agarra a mi hermano por la parte delantera de su sudadera, sacudiéndolo.

—¿Alguna vez te preguntaste por qué tu hermana usa gafas de sol casi siempre que viene aquí? —le grita a la cara.

—No, *Mamma*. —La agarro del antebrazo—. Por favor.

—¿Lo hiciste, Vitto? —Sigue gritando mientras las lágrimas ruedan por sus mejillas—. ¡Porque no quiere que veamos los moretones! Rocco le ha estado pegando desde el inicio. ¡La jodiste y ella tuvo que pagar el precio! Y tú sigues haciéndolo.

Vitto se queda mirando a *Mamma* y luego voltea hacia mí.

—¿Ravi? Eso no es cierto, ¿verdad? Te gusta Rocco. Tú misma me lo dijiste.

Me aprieto los ojos con las palmas de las manos y niego con la cabeza. *Mamma* me prometió que nunca le diría la verdad a mi hermano.

—Por Dios, carajo. —Se atraganta Vitto—. Voy a matarlo. Voy a matarlo, maldita sea.

Se levanta del sofá y corre hacia la puerta principal.

—¡Vitto! —Salto para detenerlo, pero no hace falta.

Cuando mi hermano llega a la puerta, Alessandro lo envuelve en un abrazo de oso. Vitto se

agita, mueve la cabeza de derecha a izquierda e intenta darle un cabezazo a Alessandro. Sin embargo, mi protector se queda ahí, con sus ojos furiosos atravesándome.

—Quédate ahí —ordena y abre la puerta, sacando a mi hermano afuera.

Alessandro

—¡Suéltame, hijo de puta! —El chico se retuerce, su saliva vuela por todas partes.

Lo bajo al suelo y lo inmovilizo contra la pared del pasillo—. Cálmate.

—¡No puedo calmarme, carajo! Ese hijo de puta ha estado golpeando a mi hermana. Voy a matarlo.

—No vas a matar a nadie.

—¡Obsérvame! —grita y trata de liberarse. Hago un poco más de presión en mi agarre.

—¿Y quieres que tu hermana vea cómo te meten a rastras a la cárcel? O peor aún, ¿que asista a tu funeral? Porque, créeme, no hay nada más atroz que ver cómo bajan al suelo el ataúd de un miembro de tu familia.

El chico deja de agitarse y levanta la cabeza para mirarme.

—Ahora, vas a calmarte de una puta vez, volverás adentro y abrazarás a tu hermana. Le dirás que la quieres y que no vas a crear más problemas en el futuro.

El chico me mira fijamente y luego asiente.

—¿Y qué pasa con Rocco? Si va a…

—Rocco Pisano firmó su sentencia de muerte hace años —respondo—. No volverá a tocar a tu hermana.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no puede golpear a nadie si no tiene manos. Y porque voy a matarlo antes de que tenga la oportunidad de volver a acercarse a ella. —Suelto al chico—. Ve adentro. Dile a Ravenna que la esperaré aquí afuera.

Se da la vuelta y entrecierra los ojos mirándome.

—Realmente vas a matarlo.

—Sí.

—Espero que sufra.

Una sonrisa tranquila se dibuja en mi rostro.

—Muchísimo.

Vitto, que ya no es el adolescente impulsivo de hace unos minutos, me dirige una mirada de un hombre que comprende la gravedad de la situación y vuelve a entrar. Apoyo la espalda en la pared frente a la puerta del apartamento, escuchando las palabras en voz baja que proceden del interior, pero no me acerco para escucharlas con más claridad. Apenas consigo aguantar, y si me entero de algo más sobre cómo la lastimó ese hijo de puta, voy a irrumpir en ese hospital y separaré la cabeza del cuerpo de ese imbécil.

Ravenna sale unos minutos después, con la mirada clavada en el suelo decrépito.

—Siento que hayas tenido que presenciar eso —musita.

Estiro la mano y le levanto la barbilla. Sus ojos se encuentran con los míos. Tristes. Atormentados.

—¿Por qué te casaste con Rocco? —pregunto—. ¿Estabas enamorada de él?

Una risa angustiada escapa de sus labios.

—Mi hermano pensó que sería divertido retar a Rocco a una partida de póquer. Vitto perdió. Y yo fui parte del pago de la deuda.

La miro fijamente. Hay historias circulando que dicen que Rocco ganó a su mujer en un juego de cartas, pero yo pensaba que no eran más que chismes de mierda.

—¿Quién lo sabe? —pregunto apretando los dientes.

—¿Que Rocco me ha estado golpeando? Aparte de mi mamá, nadie. Quizás uno de los guardias que vio los moretones.

—¿Su nombre?

Los ojos de Ravenna se abren de par en par.

—¿Por qué?

¿Por qué? Porque necesito encontrar al imbécil hijo de puta que la vio lastimada y no hizo nada. Aprieto los ojos, intentando borrar esa idea de mi mente. Ravenna es mi objetivo. El hecho de que estén abusando de ella no debería afectarme. No voy a poner en peligro mi plan por su culpa. Esa mujer no significa nada para mí.

Acerco mi mano a su mejilla y la tomo en mi palma. La piel bajo mis dedos es tan suave, como plumas aterciopeladas.

—Su nombre, Ravenna.

—Federico.

El calvo del segundo turno que vigila el portón. Asiento con la cabeza.

—¿Alguien más?

—No. Rocco fue muy claro sobre lo que les pasaría a mi madre y a mi hermano si se lo contaba a alguien. —Encorva los hombros—. Mamá ha estado vendiendo la ropa y las joyas que le doy. En unos meses más, debería tener dinero suficiente para que los tres podamos escapar. Pero hasta que eso ocurra, tengo que aguantar.

Vuelvo a inclinar su barbilla hacia arriba.

—¿Aguantar?

—¿Crees que soy débil? ¿Que dejo que pase sin hacer nada? —Ravenna sacude la cabeza—. Intenté defenderme. La primera vez que Rocco me abofeteó, intenté romperle una lámpara de mesa en la cabeza. Me pegó tan fuerte que después de eso no pude comer alimentos sólidos durante el resto de la semana.

Como la explosión de una puta granada en mi cerebro, siento el temblor de mi fortaleza de piedra. Los temblores sacuden los cimientos de mi plan de venganza. Sí, al principio pensé que era una esposa trofeo débil y superficial, cuyos únicos intereses eran comprar ropa y desfilar como una reina superior. A mí también me engañó. O, mejor dicho, me dejé engañar porque así era más fácil odiarla. Ha estado intentando luchar contra ese hijo de puta desde el principio, y cuando no pudo hacerlo con fuerza, recurrió a ser más astuta que él. Sola.

—Estás bastante lejos de ser débil, Ravenna. —Le rozo la mejilla con el dorso de la mano mientras otro enorme trozo de mi fortaleza se desprende y se desmorona en una nube de polvo.

*** * ***

Cuando llegamos de nuevo a la mansión, acompaño a Ravenna hasta la puerta principal, luego doy media vuelta y finjo dar un paseo despreocupado por el terreno, en dirección a la caseta de vigilancia. Hay un punto ciego cerca del viejo roble. Sabiendo que las cámaras no serán un problema aquí, me detengo y saco mi teléfono.

No es posible anular varias transmisiones sin mi *laptop*, pero puedo interferir una con el *software* de mi celular. Selecciono la cámara que da a la caseta de vigilancia y extraigo una grabación falsa que preparé hace unos días, haciendo el cambio. Ahora, nadie me verá entrar por la puerta cuando llegue el momento.

Me oculto entre las sombras y espero, pegado al muro exterior de la caseta, no muy lejos de la puerta peatonal que está justo al lado de la principal. La ventana me permite ver lo que ocurre adentro.

Federico y otro tipo de seguridad están sentados frente a los monitores en un escritorio cubierto de envases de comida rápida. Quince minutos después, el otro hombre sale de la caseta y se dirige hacia los árboles, probablemente a mear. Federico se queda, con la atención centrada en la pared de monitores que tiene enfrente. Me escabullo adentro y me acerco por detrás. Le tapo la boca con la mano izquierda y, al mismo tiempo, le agarro el cuello con la otra presionando sus dos arterias carótidas.

No es como un pinchazo nervioso Vulcano ni como en las malditas películas, cuando el oponente cae inconsciente al instante. En realidad, hay que mantener la presión en ambos puntos durante al menos siete segundos para cortar el flujo de sangre al cerebro. Cuando el cuerpo de Federico se desploma, le agarro la nariz y le meto hasta el fondo de la garganta una hamburguesa de una de las cajas de comida para llevar. Vuelve en sí con bastante rapidez y empieza a sacudirse, jadeando e intentando respirar, pero le mantengo la boca y la nariz cerradas. Momentos después, deja de luchar y su cuerpo vuelve a desplomarse. Esta vez para siempre. Dejo que el peso de Federico se desplome en la silla, con vómito saliendo de su boca y bajando por su barbilla, y luego salgo de la caseta.

Mientras camino de vuelta a la mansión, miro hacia el segundo piso y la última ventana de la izquierda. La luz de Ravenna está apagada, aunque puedo ver su silueta tras la cortina. Me detengo, saco el teléfono y marco su número. Desaparece de la ventana y vuelve unos instantes después. La cortina se mueve hacia un lado y Ravenna aparece con su teléfono en la mano.

Deja de sonar y se conecta la llamada, pero no dice nada. Lo único que puedo escuchar es su respiración suave.

—Mañana temprano, a las seis —digo al teléfono—. En la biblioteca. Ponte algo cómodo.

Un par de minutos de silencio antes de que susurre:

—¿Por qué?

—Porque funcionará mejor. —Y porque me aseguraré de que nunca vuelva a sentirse indefensa.

Termino la llamada y la observo. La luz lejana del poste de luz de la entrada proyecta su resplandor sobre el rostro de Ravenna. Sigue mirando hacia donde estoy y asiente con la cabeza. La cortina cae sobre la ventana. Un momento después, desaparece de mi vista.

Debí haberla matado en cuanto puse un pie en esta casa. Pero no lo hice. Y ahora, ya no soy capaz de hacerlo.

Capítulo 14

Ravenna

Entro a la biblioteca y observo los libreros de madera altos que cubren todas las paredes. La primera vez que entré aquí, me sorprendió la cantidad de tomos encuadernados en cuero que llenaban las hermosas estanterías de estilo *vintage*. Cada estantería está organizada para guardar libros de un color similar.

No tardé en darme cuenta de que los libros no estaban ahí porque a mi marido le gustara leer, sino porque hacían que la habitación luciera bien. A Rocco le encanta que les sirvan cócteles aquí a sus amigos para que puedan admirar el espacio lujoso y decir *ooh* y *ahh*. Lo único que le importa a mi marido es lo que piense la gente. Sin invitados, las únicas personas que visitamos esta habitación somos una de las empleadas que limpia la biblioteca dos veces por semana y yo.

Alessandro me dijo que me esperaría aquí a las seis, pero ya son las seis con diez según el reloj a la izquierda de la habitación, y no aparece por ninguna parte. No tengo idea de por qué me pidió que viniera. Decido volver a mi habitación, me doy la vuelta y choco con un enorme pecho masculino. Inclino la cabeza hacia arriba hasta encontrarme con la mirada de Alessandro.

—Siento llegar tarde —me dice—. Hubo un incidente.

—¿Un incidente?

—Uno de los guardias se asfixió con su comida anoche. Nino vino a traer a su sustituto.

—¿El guardia está muerto?

—Bastante. —Alessandro asiente con la cabeza y pasa a mi lado, dirigiéndose hacia el gran ventanal que da al jardín.

Parpadeo y miro cómo se aleja. Alessandro siempre tiene un aspecto formidable, se ponga lo que se ponga. No es únicamente por su tamaño, que influye mucho en la impresión general. Es la combinación de su silencio y su frialdad, que se adhieren a él como una segunda piel. Incluso con un pantalón deportivo azul marino que le cuelga de las caderas y una camiseta blanca ajustada sobre esos hombros anchos y esa espalda enorme, Alessandro parece capaz de luchar contra una docena de hombres sin sudar. Mientras admiro su cuerpo musculoso, se acerca a la ventana y corre la cortina.

—Faltan menos de dos horas para que llegue el personal —comenta mirando su reloj en la muñeca—. Será mejor que empecemos.

—Empezar ¿qué?

Alessandro se detiene justo frente a mí.

—Tu primera clase de defensa personal —indica, y antes de que tenga tiempo de procesar esa afirmación, me rodea el cuello con ambas manos.

Me quedo paralizada. No me hace daño, y su agarre es casi inexistente, aún así no puedo moverme.

—Libérate.

Lo observo fijamente.

—Ahora, Ravenna.

—Pesas más del doble que yo —murmuro.

—Más bien el triple, probablemente, pero eso no importa. No te estoy pidiendo que me noquees. Solo que te sueltes de mi agarre.

—¿Por qué?

Se inclina, acercándose a mi cara.

—Porque saber que puedes escapar te ayudará a mantener la calma. Y liberarte te permitirá tomar el control de la situación.

Cierro los ojos respirando profundamente. Las manos de Alessandro permanecen alrededor de mi cuello, y me gusta tenerlas ahí.

—Aunque me libere de Rocco, acabará por atraparme. Y entonces será peor.

—Mírame. —Cuando abro los ojos, Alessandro se acerca aún más, su frente casi rozando la mía—. Ya te lo dije. Tu marido no volverá a ponerte las manos encima. —Está tan cerca que siento su aliento en mi piel—. No se trata de Rocco. Se trata de ti, Ravenna. Para que nunca te sientas indefensa y siempre puedas protegerte. Ahora, intenta zafarte.

Lo observo, con su ceño fruncido y esos ojos azul oscuro, y luego rodeo sus muñecas con mis manos, empujándolas hacia un lado. No pasa nada. Ni un milímetro de movimiento.

—Estás compitiendo fuerza contra fuerza conmigo —señala—. La mayoría de los hombres serán más grandes y fuertes que tú.

—Entonces, ¿qué?

—Lucha contra mis puntos más débiles. Mis pulgares. —Levanta su mano derecha de mi garganta y la coloca en la parte superior de mi cabeza—. Da un paso atrás con la pierna derecha. Luego dóblate. —Me empuja la cabeza hacia abajo y la pasa por debajo de su brazo izquierdo. Su agarre en mi cuello desaparece—. Eres libre.

—Tu agarre estaba flojo.

—No lo estará la próxima vez. De nuevo.

Sus dedos vuelven a rodear mi garganta, pero su agarre sigue flojo.

—Pierna. Dobla. Todo el cuerpo, Ravenna, no solamente la cabeza. Otra vez.

Sigo practicando, pero únicamente una pequeña parte de mi cerebro se concentra en el movimiento en sí. El resto está demasiado concentrado en las manos de Alessandro en mi cuello. Sus dedos en mi cabello, mientras me guía cuando no bajo lo suficiente. La cercanía de su cuerpo.

—¿Necesitas un descanso? —inquiere después de prácticar unas veinte veces.

Sí. No. No estoy segura. Tengo el cerebro aturdido y no sé si es por repetir el mismo movimiento una y otra vez o porque él está tan cerca. Creo que es lo segundo. Y quiero más de sus caricias.

—Hagámoslo unas cuantas veces más. —Exhalo.

Alessandro asiente y me rodea el cuello con las manos. No hago ademán de doblarme. En lugar de eso, levanto las manos y rodeo sus muñecas con los dedos. O al menos lo intento. Sus muñecas son más gruesas que mis tobillos.

—Ya hemos establecido que ese método no funcionará, Ravenna.

—Lo recuerdo —expongo y le sostengo la mirada. Los ojos de Alessandro bajan hasta mis labios. Dios, cuánto deseo volver a sentir sus labios sobre los míos.

Afloja el agarre de mi cuello y sube las manos para tomar mi cara con ellas. Su expresión es completamente ilegible, totalmente contraria a la peligrosa mirada de sus ojos. Aparentemente, parece indiferente a tenernos tan cerca, sin embargo, veo la verdad en su mirada abrasadora. Mi ritmo cardíaco se duplica bajo esa mirada. Esos orbes azul oscuro parecen querer comerme viva; un gran felino hambriento y salvaje listo para atacar. Y yo no me opondría.

Deslizo mis manos por sus antebrazos, sintiendo los músculos tensos bajo mis palmas. Cambia de postura y el corazón me da un vuelco.

—Probemos otra cosa —comenta bruscamente. Al instante siguiente, me encuentro con mi espalda pegada a su frente y con sus brazos rodeándome—. Esto se llama un abrazo de oso por detrás. ¿Qué harías tú?

Sacudo mi cuerpo de derecha a izquierda, pero no se mueve. Sus brazos permanecen fuertemente envueltos a mi alrededor.

—Soy más grande y más fuerte, y estoy en una posición de ventaja sin puntos débiles que puedas aprovechar. Controlo todo tu cuerpo. Tienes que ponérmelo más difícil. ¿Qué debes hacer?

—No lo sé —respondo.

—Abre tu postura y deja caer tu peso. Sí, así. Ahora, puedes pisarme el pie. O golpearme en las pelotas.

Lo miro por encima del hombro.

—¿Por qué no intentar eso primero?

Alessandro agacha la cabeza hasta que su boca toca mi oreja.

—Porque al ampliar tu postura, me dificultas tirarte al suelo e inmovilizarte.

Sé que no me hará daño, mas estar indefensa debería asustarme al menos un poco. Pero no es así. En lugar de asustarme, me muerdo el labio y vuelvo a apoyarme contra su pecho, imaginando cómo sería estar inmovilizada bajo ese cuerpo. ¿Sería como en mis sueños?

Alessandro hunde su nariz en mi cabello e inhala. Me aprieta cada vez más, pero ahora solo me rodea con el brazo izquierdo. Su mano derecha se desliza lentamente por mis *shorts* de yoga, baja por mi vientre y baja aún más.

—No entiendo cómo una mujer puede joderme tanto, Ravenna. —Su mano se desliza sobre mi zona íntima y presiona mi sexo, haciéndome jadear. Tengo tantas ganas de darme la vuelta, pero su abrazo es demasiado vigoroso—. Años de planes. Arruinados.

Sus dedos me acarician. Con fuerza. La fina tela de mis *shorts* apenas es una barrera. La humedad se acumula en mis bragas. Abro las piernas y agarro su brazo, restregándome contra su mano. La boca de Alessandro se mueve hacia un lado de mi cuello, mordiendo la piel sensible.

—Desde el momento en que te vi, invadiste mi maldita mente como una plaga, Ravenna —pronuncia junto a mi oreja y deposita un beso debajo de ella. Está molesto. Frustrado. Puedo notarlo en el tono de su voz, y contradice completamente la suavidad con la que sus labios mordisquean mi piel—. Revolviendo mi cerebro para que ya no pueda pensar con claridad.

Gimo cuando su mano agarra la pretina de mis *shorts*, empujándolos hacia abajo junto con mi ropa interior. Su palma se desliza de nuevo sobre mi entrepierna, y siento su dedo en mi centro expuesto, deslizándose entre mis pliegues. Despacio. Tan lentamente que parece un castigo.

—Sueño contigo —gimo, doblando las rodillas intentando que su dedo entre más en mí. Presiona su dura longitud contra mi espalda y me estremezco al contacto—. Sé que está mal, pero no puedo hacer que los sueños desaparezcan.

Su dedo se desliza más profundamente dentro de mí, y luego añade otro, estirándome.

—Háblame de tus sueños, Ravenna.

—Siempre eres tú. Tomándome. Poseyéndome.

Un profundo rugido sale de su garganta y, en el siguiente suspiro, siento su lengua sobre mi piel.

—¿Cómo?

—De todas las formas posibles —comento.

El cuerpo de Alessandro se queda inmóvil y, durante unos momentos, el único movimiento que puedo sentir es el subir y bajar de su pecho a mi espalda. Maldice. Sus dientes rozan mi garganta mientras su aliento caliente recorre mi piel, haciéndome temblar. Retira su mano, me hace girar y me encuentro de espaldas contra la pared.

—Esto no debía ocurrir —agrega mientras sus manos agarran mi trasero y me levanta. Su voz es cruda. Tensa.

Rodeo su cintura con las piernas y tomo su cara entre mis manos.

—Lo sé —afirmo y presiono mi boca contra la suya.

Me muerde el labio inferior, jalándolo entre sus dientes, chupándolo mientras su polla me golpea. Me tiemblan los dedos al deslizarlos por su cabello corto, al igual que el resto de mi cuerpo. Llevo tanto tiempo imaginando cómo se sentiría, y es algo que supera mis sueños más salvajes. Solo nos estamos besando y ya estoy a punto de quemarme.

—¿Sabes por qué estoy aquí? ¿Haciendo este trabajo? —pregunta mientras me besa el cuello. Su voz es ronca. Hay una acusación en su tono.

Deslizo mi mano entre nuestros cuerpos, desabrocho el cordón de su pantalón deportivo y libero su polla.

—¿Por qué? —exclamo al sentir la punta de su dura polla en mi entrada.

Alessandro recorre mi barbilla con sus labios hasta llegar a mi boca y se detiene en cuanto alcanza su objetivo.

—Vine aquí para vengarme de tu esposo —explica en mis labios mientras su polla se desliza lentamente en mi centro empapado—. Y tú eras mi venganza, Ravenna.

Hay tanto resentimiento en sus palabras. Debería sentirme amenazada. Acaba de confesar su plan para acabar con mi vida, pero tanto mi cuerpo como mi mente ignoran lo que acaba de decir, demasiado absortos en reclamar sus labios.

Alessandro sale y vuelve a penetrarme hasta el fondo, apretando su cuerpo contra el mío. El aire abandona mis pulmones mientras mis paredes se estremecen alrededor de su longitud. No mueve ni un músculo, se queda de pie, con su cuerpo pegado al mío y su polla dentro de mí.

—¡Te odio, Ravenna Pisano! —revira en mi cara, penetrándome una vez más.

El aire se me escapa de los pulmones en pequeñas bocanadas, la vista se me nubla mientras mi cuerpo se estremece. Me agarro de sus hombros y grito a la par que me taladra como si quisiera tatuarme esa declaración en los huesos. Pero me dejo llevar y cabalgo entre las olas de placer.

—Dime, Ravenna —pronuncia la voz ronca de Alessandro junto a mi oído a mitad de la embestida—. ¿Tu marido te folla así?

Inclino la cabeza y le hundo los dientes en el cuello.

—¿Por qué te importa?

Alessandro

—¿Por qué te importa? —susurra, y siento que esas palabras causan estragos en mi cabeza.

¿Por qué me importa? Un sonido estruendoso retumba en el fondo de mi mente cuando otro enorme trozo se desprende de la fortaleza que he creado. Intento atraparlo, devolverlo, pero el trozo se desmorona en la nada.

—¡Respóndeme! —rujo ante ese rostro angelical, agitado y bañado en sudor.

Necesito saberlo. La sola idea de que ese imbécil la tenga así me está volviendo loco. El veredicto sobre mi cordura aún no está decidido.

La mano de Ravenna me agarra la nuca, sus largas uñas se clavan en mi piel.

—Rocco es impotente —suelta—. Nunca ha podido…

Mi cuerpo se paraliza por un momento mientras mi cerebro procesa lo que acabo de escuchar. El maldito Rocco Pisano nunca la ha tenido. Enredo mis dedos en los largos mechones negros de la nuca de Ravenna y me meto hasta el fondo en su coño. Ravenna jadea y yo aprieto mi boca contra la suya, tragándome ese dulce, dulce sonido de su placer guardándolo para mí.

Manteniendo a salvo su cabeza protegiéndola con mi mano, la penetro con fuerza, cobrando por fin las semanas de frustración y noches en vela a las que me ha sometido. Me digo a mí mismo que mi ritmo implacable es un castigo. ¿El suyo? ¿Mío? Quiero destrozarla por hacerme traicionar mi juramento. Por destruir todo aquello por lo que he vivido durante los últimos ocho años. Me obligo a creerlo, mientras en mi mente se desata una furiosa tormenta. Mi fortaleza tiembla y numerosos fragmentos caen de su estructura, arrojando a un lado los fragmentos de mi venganza. Tantos, carajo, que nunca podré recogerlos y volver a colocarlos en su sitio.

Sigo embistiendo a mi ángel de cabello negro, una mujer a la que juré asesinar, repitiendo el mismo mantra en mi mente.

«La odio. La odio».

Aun así, no puedo mover la mano de detrás de su cabeza, no puedo arriesgarme a que se haga el menor daño, mientras ardemos en la locura.

Ravenna me aprieta los brazos, sus uñas se clavan en mi piel a la par que tiembla de placer. Acelero mi ritmo, mirándola fijamente a la cara. El sudor se desliza por mis ojos, haciendo que me ardan, pero no me planteo secármelos, ni siquiera me atrevo a parpadear. Necesito verla cuando se venga. La necesidad de presenciar su perdición es primitiva e implacable. Ravenna arquea su espalda, un grito de éxtasis sale de sus labios, mientras su coño se aprieta alrededor de mi polla. Y con una última embestida, me entierro dentro de ella y rujo mientras mi semilla la inunda. El sonido es gutural y entrecortado, un grito de triunfo y derrota al mismo tiempo.

Cierro los ojos y apoyo mi frente contra la suya. ¿Qué es lo que he hecho?

Unos labios suaves y pecaminosos rozan los míos. Un aliento cálido me acaricia la cara. Le devuelvo el beso, aunque es lo último que debería hacer. No puedo evitarlo. Cada roce de nuestras lenguas, cada pequeño mordisco, el paraíso y el infierno al mismo tiempo. Placer y dolor.

Una parte de mí quiere quedarse así para siempre, con ella entre mis brazos. Pero otra parte, grita de rabia, llamándome traidor. La batalla por la supremacía se libra dentro de mi alma,

destrozándola. El dolor es casi físico y me retiene hasta que uno de los bandos se alza con la victoria.

Suelto el cabello de Ravenna y me alejo de sus labios.

—Esto no volverá a ocurrir —afirmo, bajándola al suelo.

Capítulo 15

Ravenna

—¡No puedo creer que alguien haya intentado matar a Rocco! —exclama Eleonora, la esposa del capo Giancarlo Medici—. Debes de estar destrozada, querida.

Tomo una copa de vino de la bandeja que sostiene un mesero y bebo un buen trago.

—Sí. Es terrible.

—¿Sabemos quién lo hizo? —Se inclina hacia delante para susurrarme al oído como si fuéramos confidentes de toda la vida—. Escuché que probablemente fue el clan serbio. Una venganza por una pelea que tuvieron.

—Puede ser. —Bebo otro sorbo y dirijo mi mirada a la enorme figura vestida de negro que está en la esquina de la habitación. En cuanto mis ojos se posan en él, mi corazón empieza a sangrar de nuevo.

Alessandro ha estado fingiendo que no pasó nada entre nosotros esta mañana. Me folló como si no hubiera un mañana, me dio el mejor sexo de mi vida, y luego salió de la biblioteca sin decir una palabra, dando un portazo a su paso. Me quedé allí parada, sudorosa y agitada, con su semen goteando por mis piernas, observando fijamente la puerta durante quién sabe cuánto tiempo. Y lloré. De la confusión. Del dolor. Remordimiento. Todas esas emociones bullían en mi pecho mientras intentaba comprender qué demonios pasó y por qué se marchó tan furioso.

Me dijo que era su venganza.

¿Eso es todo lo que he sido para él? ¿Una venganza por algo que hizo mi marido? ¿Todos esos besos y caricias fueron una mentira? Sí, probablemente lo fueron.

Veo la copa de vino que tengo en la mano y trago saliva. Me enamoré de un hombre para el que no fui más que una follada por venganza. Se me escapa una risa triste. Debo de ser la mayor idiota que ha existido en la historia porque creí que él también sentía algo por mí. Supongo que es cierto lo que dicen, no hay nadie más ciego y estúpido que una mujer enamorada.

—Bueno, no me sorprendería que fueran los serbios —continúa Eleonora—. Todos están absolutamente locos. Serafina me contó que vio a ese tal Popov cortarle un dedo a un hombre en el bar de su club. Lo hizo delante de los clientes. Es una bestia.

Ignoro el parloteo de Eleonora y observo a Alessandro. Está parado con las manos entrelazadas detrás de la espalda, observando a la multitud con una expresión sombría en el rostro. Llevo toda la noche intentando no mirarlo directamente porque me duele mucho, mas mis ojos siguen siendo atraídos hacia él como imanes. Igual que ahora.

Después de lo que pasó en la biblioteca, no volví a verlo hasta esta tarde, cuando me llevó al hospital para que pudiera cumplir con mi deber de esposa y visitar a mi marido. El trayecto hasta el hospital fue más largo que la visita en sí. Tanto Rocco como yo sabíamos que lo hacíamos para aparentar porque, Dios no lo quiera, alguien podría darse cuenta y comentar que algo no

anda bien entre nosotros. Entré a su cuarto, le llevé las cosas que me pidió y me fui. Duró menos de un par de minutos, pero aun así no fue lo bastante rápido y me moría de ganas de salir de allí.

Cuando terminé con esa tarea, Alessandro me llevó al centro comercial donde compré más ropa, y luego me llevó a casa de mi madre, donde le dejé las cosas que había comprado para la señora Natello. Cuando volvimos a casa, desapareció en su habitación hasta que llegó la hora de asistir a esta maldita fiesta.

Alessandro levanta la vista y, durante un segundo fugaz, nuestras miradas se conectan, pero rápidamente aparta la vista. Duele. Sobre todo porque nunca me había sentido como esta mañana, rodeada por su cuerpo, su aliento cálido en mi cara y su miembro dentro de mí. Me sentí… libre. Como si nada ni nadie pudiera alcanzarme o hacerme daño nunca más. Su presencia era un muro impenetrable que me protegía de cualquier daño.

Debería avergonzarme por haber engañado a mi esposo, pero no es así. Si pudiera retroceder el tiempo, lo volvería a hacer. Quiero volver a sentir el cuerpo de Alessandro junto al mío, y no se trata solamente de sexo. Se trata de él. Desde el día en que nos conocimos, he sentido una atracción hacia él. Pensé que él también sentía algo hacia mí. En mi lastimosa necesidad de ser amada, me permití ver las cosas que nunca estuvieron ahí. Simplemente quería tirarse a la mujer de su jefe como *venganza*.

—¿Ravenna, querida?

—Lo siento. —Rápidamente aparto la mirada de mi guardaespaldas—. Estaba absorta en mis pensamientos.

—Es comprensible. Debes estar preocupada por Rocco. ¿Te dijeron cuándo puede volver a casa?

La bilis me sube por la garganta ante esa idea.

—Dentro de unas semanas.

—*Oh*, ¿tanto tiempo? Debes echarlo de menos. Ustedes dos hacen una pareja tan hermosa. —Sonríe y empieza a decir algo más, sin embargo, se escuchan gritos en algún lugar de la sala. Volteo hacia un grupo reunido en una de las mesas, justo a tiempo para ver a un hombre mayor golpeando a otro con su puño.

—Sabía que ese hombre iba a causar problemas —expresa Eleonora a mi lado, señalando con la cabeza al tipo más joven, que esquivó el puñetazo y ahora responde con una patada en el estómago de su oponente.

—¿Quién es? —pregunto.

—Damian Rossi. Su hermano es el Don en Chicago. —Sonríe—. Ortensia dice que es una bestia en la cama.

—¿Le permitieron venir aquí? —inquiero. Los miembros de las otras Familias de la *Cosa Nostra* tienen estrictamente prohibido entrar a New York sin el permiso de nuestro Don.

—Ajello tiene algún tipo de negocio importante con su hermano. Damian debe haber conseguido su aprobación, que estoy segura le será revocada pronto. Ese hombre, el que intenta estrangularlo, es el esposo de Ortensia.

Los de seguridad se acercan a Damian Rossi, tratando de someterlo. Entre toda la conmoción, el esposo traicionado grita algo y mete una mano en su chaqueta. No veo lo que ocurre después porque una montaña maciza de músculos disfrazada con traje negro se materializa ante mis ojos. Suena un disparo.

Dos grandes brazos me rodean y me encuentro con los pies colgando sin tocar el suelo mientras Alessandro me carga por la habitación. No puedo ver hacia dónde va ni lo que ocurre

porque mi cara y mi cuerpo están pegados a su parte frontal. Lo único que escucho son gritos y otro disparo detrás de Alessandro. Mientras tanto, él sigue caminando despreocupadamente hacia su destino. Entiendo que este tipo de estupideces deben ocurrir a menudo en su trabajo, pero ¿no deberíamos correr o algo así cuando hay disparos por todas partes?

—¿Vamos a dar un paseo? —murmuro contra su pecho.

—No.

—Entonces, ¿podrías caminar más rápido?

—Ninguna bala te alcanzará, Ravenna.

¡Claro que no me alcanzará cuando todo mi cuerpo está cubierto por el suyo!

—¡Puede alcanzarte a ti! —respondo bruscamente.

—Las posibilidades de que eso ocurra son mínimas.

Detrás de nosotros, el caos en la sala parece haberse calmado porque ahora únicamente se escuchan murmullos silenciosos. No me extrañaría que los invitados de la fiesta ya hayan pasado de la histeria al chisme. Los pasos tranquilos de Alessandro se detienen y me baja al suelo, no obstante, continúa abrazándome.

—No te muevas —declara antes de soltarme finalmente y darse la vuelta para observar la habitación.

No puedo ver nada excepto su espalda ridículamente ancha, así que me inclino un poco hacia un lado para mirar alrededor de él. Un par de tipos se llevan a rastras a Damian Rossi. Se ve furioso, aunque ileso. El otro hombre, el esposo de Ortensia, está tumbado en una silla cercana, con una bolsa de hielo en la barbilla. El resto de los invitados están reunidos en pequeños grupos de tres o cuatro, riéndose entre ellos y haciendo señas a los camareros para que traigan más bebidas. Típico.

—Es seguro —afirma Alessandro.

Ni siquiera lo miro, mientras me doy la vuelta y me dirijo hacia el bar, donde está Eleonora con Pietro. La sensación de ser abrazada con fuerza por Alessandro no se desvanece. Quiero más. Es como una adicción instantánea que únicamente él puede alimentar. La detesto.

—Gin tonic —le pido al *bartender* y tomo asiento a la derecha de Eleonora.

Si mi esposo estuviera aquí, le habría dado un ataque. A la mujer de Rocco Pisano nunca la verían con otra cosa que no fuera vino. Bueno, a la mierda con Rocco. Y al diablo con *la esposa de Rocco*. Soy mi propia persona, tengo mis gustos y desagrados. Y detesto el vino. Hizo todo lo posible para suprimir la persona que soy, y yo se lo permití. Con cada comentario degradante, con cada golpe, me dejé hundir más y más hasta que no quedó casi nada. Hizo falta que mi guardaespaldas me follara y luego me desechara para que recuperara la razón.

—¡Dios mío, qué horror! —exclama Eleonora—. Una de las balas dañó el techo. No creo que nos dejen volver a alquilar este lugar.

—Probablemente no. —Me encojo de hombros, tomo el vaso que el *bartender* colocó sobre un portavasos y bebo un buen trago.

—Tengo que encontrar a Giancarlo. Quizás él pueda razonar con el gerente. Pietro, ¿puedes hacerle compañía a Ravenna?

—Por supuesto. —Pietro asiente—. ¿Cómo te encuentras, Ravenna?

—Comparado con mi boda, esto no es más que una riña sin importancia.

—Sí, recuerdo esa noche.

—Yo también. Muy bien —afirmo.

Durante el banquete de mi boda, los mercenarios irlandeses atacaron mientras todos estaban

afuera viendo los fuegos artificiales. Varias personas murieron, y Rocco tuvo que lidiar con las autoridades hasta la mañana siguiente. Llegó a casa furioso e intentó follarme. Después, en vez de eso, me golpeó.

—Nino me contó que Rocco perdió a uno de sus guardias de seguridad la otra noche. Federico, ¿cierto? Pobre bastardo, asfixiarse así con la comida.

El vaso se me resbala de la mano y cae al suelo. Mi mirada se dirige hacia Alessandro, que vuelve a estar al acecho junto a la pared. Su postura es rígida, con la espalda erguida y sus ojos fijos en Pietro.

—¿Ravenna? ¿Estás bien? —cuestiona Pietro.

—Estoy bien —susurro.

¿Acaso es una coincidencia? No puede serlo. Me preguntó el nombre del guardia de seguridad que sabía que Rocco me había golpeado esa misma noche. El corazón me da un vuelco. ¿Quizá siente algo por mí después de todo? *Basta*. Tengo que dejar de pensar en él. Esta mañana me dejó muy claro lo que siente por mí.

—No me parece que estés bien, Ravenna. —Pietro pone su mano sobre mi brazo.

Me paralizo, incapaz de mover un músculo. Incluso sin la presencia de Rocco, una oleada de pánico me invade ante la idea de que alguien se dé cuenta y se lo cuente a mi marido. Ese hombre me convirtió en uno de los perros de Pavlov.

—¿Quieres que te lleve a casa?

No quiero que Pietro me lleve a casa. Quiero que Alessandro lo haga.

—Sí, eso estaría bien. Gracias. —Sonrío.

Alessandro

Me estaciono junto al coche de Pietro en la mansión Pisano y sujeto el volante con fuerza hasta que me duelen las manos mientras veo cómo acompaña a Ravenna hasta la puerta principal. Solo cuando Pietro regresa a su vehículo y sale de la entrada, me permito salir del auto. De lo contrario, le habría roto el cuello. Esperaba que follarme a Ravenna me la sacara del sistema, que me curara de la maldita obsesión que he desarrollado por ella, pero solo consiguió empeorar las cosas.

No consigo concentrarme con esta mujer. Puede que la odie, pero mi polla dice lo contrario. Las cosas que me hace sentir son algo que nunca había experimentado antes. Ni siquiera con Natalie. Amaba a mi esposa. No obstante, con Ravenna, mi necesidad de ella ya no es un ansia que pueda negar. Ella se alojó bajo mi piel, como un tatuaje en mi alma. ¿Cuándo se volvió más importante protegerla que matarla para llevar a cabo mi plan? Salvar a una mujer significa traicionar a otra, traicionar la promesa que hice ante su tumba. ¿Pero acabar con la vida de Ravenna? Sería mejor que me apuntara a la cabeza con mi propia pistola.

Subo los escalones de piedra y me dirijo al interior de la mansión. Es casi medianoche, así que no hay nadie cuando camino por el pasillo hacia mi habitación. Una vez adentro, me quito la chaqueta y la funda, y saco los planos de la casa, extendiendo el diagrama sobre el pequeño

escritorio metido en un rincón. Necesito hacer algo que me haga dejar de pensar en Ravenna.

Dos horas después, tras cometer mi noveno error al marcar los puntos débiles de la planta baja, arrojo el bolígrafo al otro lado de la habitación y empujo los papeles.

Salgo de la habitación, camino por el vestíbulo vacío y subo las escaleras hasta el segundo piso. Es bien entrada la noche y, aparte del tictac del reloj de pie en la planta baja, la casa está en silencio. Giro a la izquierda, avanzo por el pasillo y me detengo frente a la puerta de la habitación de Ravenna. El picaporte está frío cuando lo giro con cuidado y abro un poco la puerta. Ravenna está dormida, su melena larga esparcida por la almohada. Una manta blanca y esponjosa yace revuelta a sus pies.

Me acerco a la cama y estiro la mano para apartar un mechón que cae sobre su cara y su cuello. No hace mucho, me imaginaba degollando esa garganta tan delicada y viendo cómo se derramaba su sangre. ¿Pero ahora? *Ahora*, la sola idea de que alguien la lastime de alguna manera me vuelve completamente salvaje.

Cuando conseguí este trabajo y vine aquí, parecía que todo sería muy fácil. Tenía una meta y una forma de conseguirla. Mas no contaba con que Ravenna Pisano y sus tristes ojos verdes lo estropearían todo.

Necesito otra distracción. Cualquier cosa que me haga olvidar a Ravenna. Y necesito seguir adelante con mi plan. Reevaluar y adaptarme, fui entrenado para hacer eso. Ningún plan sobrevive al contacto con el enemigo. Así que, es hora de cambiar.

Arruinar el negocio de construcción de Rocco requerirá concentración y días de preparación, pero, actualmente, estoy demasiado alterado para manejar algo que requiera cualquiera de las dos cosas. Necesito sangre. ¡Ya! Parece que ha llegado el momento de que el padre de Rocco muera. Desafortunadamente, Pisano no estará allí para verlo.

No he tenido oportunidad de examinar la casa de Elio Pisano, y no conozco los movimientos del personal de seguridad. Por lo que vi mientras escoltaba a Rocco y Ravenna allí, los sistemas de alarma son muy básicos, sin embargo, toda la propiedad está fuertemente vigilada. Sería demasiado arriesgado intentar infiltrarse sin un reconocimiento adecuado de las rondas. Pero no importa.

Echo una última mirada a la cara dormida de Ravenna, la tapo con la manta y salgo silenciosamente de la habitación.

*** * ***

La casa de Elio Pisano está situada entre otras dos casas. En la de la izquierda, las lámparas del jardín están encendidas, no obstante, el césped que rodea la casa de la derecha está envuelto en la oscuridad. Servirá.

Utilizo la puerta del jardín que no está cerrada para entrar a la propiedad del vecino y me escabullo por el muro de la valla que la conecta con la de Elio Pisano, acercándome al árbol de arce que crece sobre la división. Sus ramas crujen y se doblan bajo mi peso mientras subo para observar los alrededores.

Hay dos guardias en el portón principal, pero ninguno a lo largo del perímetro exterior. Sin embargo, dentro del perímetro hay al menos cinco hombres patrullando el terreno, y hay más controlando la puerta principal. No veo ninguna cámara de vigilancia, excepto la del portón, que

parece ser la única entrada a la propiedad.

Vuelvo a bajar del árbol y camino a lo largo del muro hasta llegar al lugar que elegí como punto de entrada, extrayendo el garfio y la cuerda de mi mochila. Durante mis misiones con la Unidad Z.E.R.O., siempre utilizábamos lanzagrilletes de tecnología de punta con motor de presión, pero están diseñados para asegurar el acceso a lugares muy elevados y suelen ser demasiado ruidosos. Las paredes normales de las casas requieren equipamiento de la vieja escuela.

Tardo tres intentos hasta que el gancho encuentra su agarre. Con la cuerda, trepo por la pared lisa, tiro el gancho al suelo al otro lado y luego salto hacia abajo.

La mayor parte del patio está bien iluminado, aunque hay árboles y arbustos decorativos esparcidos por los alrededores. Los utilizo para cubrirme mientras avanzo hacia una puerta sin vigilancia en la parte trasera de la casa. Casi llego cuando un guardia de seguridad da la vuelta a la esquina y se detiene frente a la entrada. Como no se va después de cinco minutos, aprovecho las sombras y el follaje para llegar a una esquina del edificio. El guardia me da la espalda y está mirando su teléfono. Me acerco a él por detrás, le tapo la boca con la mano y rodeo su cuello con el otro brazo. El hombre se agita e intenta liberarse, pero aprieto más el brazo y le rompo el cuello.

Arrastro el cuerpo detrás de un arbusto y busco en mi mochila el bloqueador de alarmas compatible con el sistema de seguridad que vi instalado en la casa de Elio Pisano. Un minuto después, estoy dentro.

La distribución de la casa es similar a la de Rocco: un vestíbulo enorme, una escalera de madera igualmente adornada y pinturas al fresco en el techo. Un rápido vistazo confirma que no hay nadie alrededor. Las escaleras crujen bajo mis botas cuando subo al segundo piso y luego giro a la izquierda. Las cuatro habitaciones de este lado están vacías, así que vuelvo hacia el otro lado cuando escucho pasos y el chirrido de las tablas del piso. Presiono mi espalda contra la pared y saco mi cuchillo.

Un hombre vestido de mayordomo sube a la planta alta. No tengo idea de qué tiene que hacer merodeando por la casa a las tres de la mañana, pero hoy no es su día de suerte. Agarro la parte delantera de su chaqueta y, al mismo tiempo, le atravieso el cuello con el cuchillo. La sangre me salpica la mano y su cuerpo se sacude un par de veces. Llevo al mayordomo muerto a una de las habitaciones vacías y continúo con mi búsqueda.

Encuentro a Elio Pisano en la habitación del fondo. Está tumbado en medio de la cama con dosel, vistiendo únicamente unos bóxers y roncando. Busco en el bolsillo de mi chaleco táctico, saco una pequeña caja que contiene una jeringa y me acerco a la cama.

Durante unos instantes me limito a observar al padre de Rocco, disfrutando de la emoción que se avecina, luego le tapo la boca con mi mano y le clavo la aguja en el cuello. Los ojos de Elio se abren de golpe y me deleito con el pánico que veo en ellos. Su mano sale disparada y me agarra por el antebrazo, pero vuelve a caer sobre su pecho. Flácida, como el resto de su cuerpo.

Retiro la mano de su boca y observo sus ojos saltones mientras miran fijamente la aguja hipodérmica vacía que tengo en la otra mano.

—Es un cóctel muy práctico —comento mientras vuelvo a guardar la hipodérmica en su caja —. Los militares lo usan a veces. Paraliza el cuerpo para que la persona no pueda moverse ni hablar.

Desenfundo el cuchillo de mi muslo y coloco el filo de la hoja en la punta de su pulgar.

—¿Quieres saber cuál es la parte divertida? No adormece el dolor. —Sonrío y corto una parte

de la carne de su dedo.

Solamente una vez antes he presenciado a un hombre gritar con los ojos. Fue hace más de una década, cuando Kai desapareció después de una misión y Kruger decidió darle un escarmiento después. Llenó a Kai del mismo cóctel que acababa de usar con Elio y lo apuñaló al azar. Pero hay una diferencia muy grande entre aquel entonces y ahora. La mirada de Kai mostraba un grito de furia. Los ojos de Elio solo muestran pavor.

—Déjame contarte una historia. —Muevo el cuchillo por la mano y el antebrazo de Elio, haciendo una incisión poco profunda mientras arrastro la punta. Lo suficiente para infligirle un dolor considerable sin la posibilidad de que se desangre—. Es la historia de una mujer que daba un paseo matutino por el vecindario porque le gustaba el olor de los árboles floreciendo en primavera.

Me detengo al llegar a su codo. Hay ciertas partes del cuerpo donde los nervios cercanos a la superficie son más sensibles al dolor. Las yemas de los dedos. Las rodillas. El arco del pie. La tibia. Los codos. Le entierro la punta del cuchillo en el centro, justo a través del nervio cúbito.

—Un hombre en un automóvil deportivo modificado se pasó un semáforo en rojo y atropelló a la mujer cuando cruzaba la calle —continúo mientras retuerzo el cuchillo en su piel—. Estaba ebrio y conducía al doble del límite de velocidad. Y huyó del lugar sin mirar atrás.

Mi nariz se impregna de olor a orina. Cuando levanto la vista, Elio tiene los ojos enrojecidos y una fina capa de sudor le cubre la frente. Me inclino sobre él y arrastro el cuchillo hasta su cuello, dejando un fino rastro rojo tras de sí.

—Y el papito del conductor, un capo recién ascendido que intentaba impresionar al nuevo Don de New York, se aseguró de encubrirlo todo tan bien, que tardé años en encontrar al culpable.

Deslizo el filo del cuchillo a través de su cuello, manteniendo el corte poco profundo, luego sigo una línea hacia abajo y me detengo justo encima de su corazón. Cuando tengo el cuchillo en su sitio, agacho la cabeza hasta que mi boca queda justo al lado de su oreja.

—Esa mujer era mi esposa —susurro—. Mientras agonizas en un charco de tu propia sangre y orina, piensa en lo que le haré a tu hijo.

Agarro el cuchillo con más fuerza y se lo clavo en el corazón, hasta el fondo.

Ravenna

El sonido del picaporte de una puerta girando y el crujido del suelo de madera bajo unos pasos lentos me despiertan. Abro los ojos de golpe, sin embargo, no me atrevo a moverme. Por un momento, creo que es Rocco, que viene a tomarme por la fuerza. Luego recuerdo que no está aquí. Me siento en la cama, apretando las sábanas contra mi pecho, y veo a Alessandro en el sillón reclinable junto a la puerta del balcón. Por la pálida luz que entra por la ventana, debe de ser de madrugada. No parece haber dormido nada, y el extraño atuendo que tiene puesto no me deja dudas.

—¿Qué haces en mi habitación? —pregunto, examinando su atuendo de pantalones negros

tipo cargo y camisa de manga larga. Un chaleco militar negro cuelga del brazo del sillón reclinable. Aparte de en la biblioteca, durante mis clases de defensa personal, nunca lo he visto usar otra cosa que no sean trajes.

Alessandro no contesta, simplemente sigue fulminándome con la mirada.

—¡Vete! —suelto bruscamente—. Ayer conseguiste lo que querías. No volverá a ocurrir. ¡Fuera!

Su nariz se ensancha y un gruñido gutural sale de sus labios. Bajo la mirada hacia sus manos. Está agarrado a los brazos del sillón reclinable, con el cuerpo tenso. Tiene las mangas de la camisa dobladas hasta los codos, lo que revela los músculos tensos de sus brazos. Manchas de color rojo oscuro cubren el dorso de su mano derecha y sus dedos.

—¿Es sangre?

—Sí —replica apretando los dientes—. Intentaba distraerme.

—¿Qué clase de distracción deja a una persona con sangre hasta los codos?

—De las que matan.

Parpadeo, esperando que el terror me recorra la espalda. Y no lo hace. La idea de que mi esposo esté en casa me provoca ganas de correr y esconderme, pero el hecho de que Alessandro esté sentado a pocos metros de mí después de haber acabado aparentemente con la vida de alguien, no me asusta en absoluto. Lo único que me aterra es la necesidad de acurrucarme en su regazo y la convicción de que eso mejorará las cosas.

—¿Y por qué necesitabas una distracción tan extrema? —inquiero.

—Para dejar de pensar en ti, Ravenna. —Se levanta del sillón reclinable y da unos pasos hasta colocarse al pie de mi cama—. Me temo que no funcionó.

Agarra el borde del cubrecama. La tela se me escapa de las manos cuando la jala y la tira a un lado. Mientras dormía, el camisón se me subió hasta la cintura, dejando a la vista mis bragas azules de encaje. Mi respiración se acelera cuando los ojos de Alessandro recorren lentamente mi cuerpo y se detienen en mi boca.

—¿Te gusta Pietro? —cuestiona sin apartar la mirada de mis labios.

—Era amigo de mi padre y siempre fue amable conmigo.

Los ojos de Alessandro suben y se encuentran con los míos.

—Permíteme reformular la pregunta. ¿Quieres que siga respirando?

—Sí.

—En ese caso, por favor, no le vuelvas a pedir que te traiga a casa.

Sus ojos vuelven a deslizarse hacia abajo y se posan entre mis piernas.

Me muerdo el labio inferior y me recuesto en la cama, deslizando una mano dentro de mis bragas.

—¿Por qué te importa quién me trae a casa?

—¡No me importa! —revira mientras me agarra por los tobillos y me arrastra hacia el extremo de la cama.

La sensación de su tacto sobre el mío mientras sus manos suben lentamente por mis piernas hace que se me erice la piel por todo el cuerpo. Siguiendo el recorrido de sus caricias, engancha sus dedos en los costados de mis bragas y me mira. Sus ojos son dos estanques oscuros, y en sus profundidades se está gestando una tormenta.

—Pídeme que me detenga —demanda con voz tensa.

Aprieto los labios y levanto mis caderas en señal de invitación.

Algo brilla en sus ojos. La tempestad se disipa durante una fracción de segundo, dejándome

entrever los secretos ocultos que hay más allá. Un momento están ahí y al siguiente ya no están, oscurecidos una vez más por la pasión y el deseo. No tuve tiempo de comprender lo que eran, sus secretos permanecen bajo llave.

Una vez que me quita la prenda de encaje, Alessandro se arrodilla en el suelo y hunde su cara entre mis piernas.

Se me escapa un gemido con la primera pasada de su lengua por mi abertura. Nunca antes me habían practicado sexo oral, ni siquiera lo había pensado. Es demasiado carnal. Crudo. No pensé que me sentiría cómoda dejando que un hombre me lo hiciera.

Otra lamida lenta y después siento la lengua de Alessandro deslizándose en mi interior. Deslizo mis dedos por su cabello corto y me abro más para permitirle un mejor acceso.

—¡Más rápido! —gimo.

Él ignora mi súplica y continúa al mismo ritmo, deslizando lentamente su lengua adentro y afuera. Torturándome. Me acaricia los muslos con sus manos, la piel me arde dondequiera que la toca. Cuando llega a mis tobillos, me separa las piernas, abriéndome aún más.

—He imaginado hacer esto durante días —comenta entre lamidas—. Comiéndome tu hermoso coño. Ver si es tan dulce como sospechaba.

—¿Y lo es? —indago, absolutamente sorprendida por mis palabras.

—Sí. Incluso más dulce que en mis fantasías. Una fruta prohibida, que me enviará directamente al infierno ahora que me he atrevido a probarla. —Siento su aliento acariciando mi piel mientras aspira mi aroma—. Estoy condenado.

Un temblor me recorre desde la base de la espalda y luego me inunda como una ola mientras él se da un festín con mi coño, cada lamida un poco más rápida que la anterior. Mueve su mano izquierda por el interior de mi muslo y desliza un dedo dentro de mí mientras sigue atormentándome con su boca. Mi espalda se arquea y suelto un jadeo. La humedad se acumula entre mis piernas, goteando sobre su rostro mientras me estremezco. Alessandro sigue lamiendo mis jugos, deslizando su dedo aún más adentro.

—Córrete para mí, mi ángel de ojos esmeralda —susurra entre lamidas y presiona sus labios contra mi clítoris, chupándolo.

Una luz blanca estalla tras mis párpados cerrados. Alessandro sigue devorándome el clítoris y, justo cuando empiezo a perder el control, desliza otro dedo en mi interior.

Grito.

Es fuerte y salvaje. Un grito de pasión, pero también de libertad. El grito eufórico de un alma liberada, por fin libre de sus ataduras.

Alessandro me besa el coño, saca sus dedos y se levanta. Todavía estoy temblando tras las secuelas cuando recoge la manta del suelo y me cubre con ella. Luego, se da la vuelta y se dirige hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —pregunto.

Se detiene con la mano en el picaporte, pero no se da la vuelta.

—De vuelta a mi infierno personal, Ravenna.

Capítulo 16

Ravenna

Cuando salgo de mi habitación para bajar a desayunar, la sirvienta aparece a la vuelta de la esquina y se dirige precipitadamente hacia mí.

—El guardia del portón acaba de llamar, señora Pisano. El señor Nino viene a verla.

—¿Dijo por qué?

—No. Solo mencionó que es urgente.

Me apresuro por el pasillo y bajo las escaleras, preguntándome qué habrá pasado. La sirvienta corre delante de mí y abre la puerta principal.

—Ravenna. —Nino asiente al entrar—. Tenemos que hablar.

—¿Qué pasó?

—Aquí no —pronuncia con voz grave.

—De acuerdo. —Lo conduzco por el vestíbulo hasta la oficina de Rocco y, una vez dentro, cierro la puerta corrediza. Nino toma asiento en el sofá de piel junto a la ventana y se inclina hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas.

—Elio está muerto —informa.

Parpadeo confundida y me siento en el sillón reclinable frente a él.

—No sabía que estaba enfermo. Lo vimos hace una semana y parecía estar bien.

—No murió de causas naturales. Alguien entró anoche a su casa y lo mató en su cama. Parece que primero lo torturaron.

Aprieto los brazos acolchados de la silla mientras la imagen de la mano manchada de sangre de Alessandro pasa ante mis ojos. La misma mano que me acariciaba la piel mientras me devoraba el coño dos horas antes. Siento que me mojo y aprieto rápidamente las rodillas, ligeramente horrorizada por la reacción de mi cuerpo.

—¿Cómo murió? —cuestiono.

—De una puñalada al corazón.

—¿Sabes quién fue?

—Ni idea. —Sacude la cabeza y consigo ocultar un suspiro de alivio—. Podrían haber sido los serbios. Rocco cree que son los responsables del sicario que le disparó, así que envió mercenarios a atacar el club de Popov anoche. Los serbios podrían haber tomado represalias por el ataque al club, pero el margen de tiempo es demasiado corto. No hay forma de que pudieran haberlo hecho.

—¿Sabe Rocco que su padre está muerto?

—No. Creo que sería mejor que tú se lo dijeras.

Apenas puedo reprimir un escalofrío.

—Sí, iré al hospital en cuanto esté lista.

—Bien. Y asegúrate de no salir de casa sin Alessandro hasta que sepamos qué pasa —agrega —. Me voy, conozco el camino a la salida.

Cuando Nino se va, vuelvo a mi habitación para cambiarme y ponerme unas bragas nuevas. Pero cuando estoy frente al cajón de mi ropa interior, unas ganas inusuales de rebelarme surgen en mi interior. Miro las bragas nuevas que acabo de sacar, las vuelvo a meter dentro y cierro el cajón. Como voy a ver a mi marido, lo haré portando la prueba de mi atracción por otro hombre.

Elijo unos pantalones color durazno claros y una chaqueta que forman uno de los pocos conjuntos que realmente me gusta vestir. Rocco me prefiere con colores llamativos, como negros y rojos. La única razón por la que me dejó quedarme con este conjunto son los grandes botones dorados de la chaqueta que muestran el logotipo de la marca.

Mi bolso está sobre el tocador y, cuando voy a tomarlo, me invade un sentimiento de desprecio al verlo. Otras mujeres utilizan los bolsos para llevar consigo sus objetos más importantes. Documentos. La cartera. Su teléfono. Lo único que llevo en mi bolso es un pequeño estuche de maquillaje, que he llegado a odiar, y dos paquetes de pañuelos desechables. Mis documentos de identificación están guardados en la caja fuerte de Rocco, y no se me permite tener nada de efectivo. Suelo dejar mi teléfono en la mesita de noche. ¿Qué sentido tiene cargarlo si no puedo llamar a nadie excepto a mi marido? Mi bolso es simplemente otro recordatorio de las cosas que me ha quitado. Las cosas que dejé que me quitara. Mi mirada se desplaza del bolso al espejo que hay sobre la cómoda. Me fijo en mi reflejo, observando los grandes aretes de diamantes, que reflejan la luz de las piedras y el oro reluciente. Tengo mi largo cabello recogido en un moño alto, perfectamente apretado, y mi cara está muy maquillada.

—¿Quién eres? —susurro. La mujer del espejo se parece a mí, pero no tenemos nada en común.

No hay respuesta, por supuesto. Observo fijamente a la desconocida durante un buen rato, intentando encontrarle más parecido que las meras líneas de mi cara, pero no puedo. Ese bastardo hizo que me perdiera junto con todo lo demás.

Con una última mirada a mi reflejo, tomo mi abrigo de la silla mientras me quito los pasadores del moño al mismo tiempo con la mano que tengo libre.

Mientras me dirijo hacia la escalera, la cadencia constante de mis tacones es acompañada por el delicado golpeteo de los pasadores al caer al suelo, a medida que los voy sacando uno a uno. Para cuando llego al rellano superior, un sendero de pequeños pasadores negros conducen a mi habitación.

Alessandro está al pie de la escalera, con una mirada sombría. Esta mañana me devoró como un hombre muriéndose de hambre comiendo por primera vez en semanas, y luego desapareció. No puedo dejar de pensar en su frase antes de irse. Dijo que iba de vuelta a su infierno personal. ¿Qué quiso decir con eso? Soy la esposa de su enemigo, pero no hubo ningún regocijo, satisfacción o triunfo en su tono. Sonaba derrotado. Algo más está pasando.

Mi mirada pasa de los ojos de Alessandro a sus labios. ¿Aún puede saborearme? ¿Volverá a mi habitación esta noche? La sensación de su boca en mi coño aún perdura. Es más que el acto sexual en sí lo que me estremeció. Es la forma en que me tocó, como si yo fuera algo valioso y preciado. Dijo que me odia. Sus caricias me dicen lo contrario.

Soy consciente de cómo actúa un hombre violento y enfurecido más de lo que nunca he querido serlo. Puedo percibirlo, incluso a través de sus sonrisas y apariencias. A pesar de las palabras hostiles de Alessandro, mi instinto de supervivencia no se disparó. Ni siquiera cuando me rodeó el cuello con sus dedos durante la demostración de defensa personal. Tener su enorme

mano alrededor de mi garganta en realidad me emocionó. Hay algo tan seductor en darle a un hombre como Alessandro ese tipo de poder sobre mí. Con qué facilidad podría haberme roto el cuello si hubiera querido, pero, en lugar de eso, su tacto me hizo sentir segura. Protegida. Y eso me excitó.

Porque sé que no me lastimaría ni una sola hebra de cabello.

*** * ***

—¿Por qué demonios saliste de casa con ese aspecto? —Rocco gruñe desde la cama—. ¡No eres una maldita plebeya que anda por ahí con el cabello alborotado por todos lados!

Meto las manos en los bolsillos de mi abrigo para que no las vea temblar y respiro profundamente.

—Tengo que decirte algo.

—¡Me importa una mierda! —Su cara se pone roja mientras ruge y se inclina sobre el borde de la cama, señalando la puerta del baño con su mano buena—. ¡Entra al baño y arréglate el cabello!

—No hay nada malo con mi cabello —expongo—. Nino me pidió que te comunicara una información.

—¿Qué información?

—Tu padre está muerto.

El cuerpo de Rocco se queda inmóvil y varias emociones recorren su rostro. Conmoción. Negación. Y luego, una emoción apenas visible que se esfuerza por ocultar.

La relación que tenía mi esposo con su padre siempre fue ambigua. Por un lado, veneraba a Elio y buscaba su aprobación sin descanso, mientras que, por otro, despreciaba a su padre por no mostarle nunca respeto. En público, Elio siempre se jactaba de que Rocco era uno de los hombres de confianza del Don, pero a puerta cerrada, le gustaba menospreciar a su hijo, diciéndole que no era lo bastante bueno para convertirse en subjefe.

—¿Cómo murió? —indaga.

—Fue asesinado en su casa anoche.

Rocco abre mucho los ojos.

—¡Estás mintiendo!

—No miento.

La cara de Rocco se pone aún más roja, su nariz se ensancha y la vena de su cuello palpita. Agarra su teléfono, que está sobre la cama, y me lo lanza como un niño malhumorado. Me doy cuenta a tiempo de su intención y me hago a un lado, dejando que el teléfono golpee la puerta y caiga al suelo. No aparto mi mirada de la expresión indignada de Rocco, mientras me agacho y recojo el teléfono.

—Esta es la última vez que haces eso —afirmo—. Ya estoy harta de ser tu saco de boxeo. La próxima vez que me levantes la mano, iré directamente con el Don.

—¡Pequeña zorra escurridiza! Ya verás.

Le lanzo el teléfono con todas mis fuerzas, y me invade una sensación de entusiasmo cuando le golpea el pecho. Rocco se agarra del borde de la cama, gritando y sacudiendo la barandilla. Simplemente me doy la vuelta y salgo de la habitación.

Alessandro está sentado en la sala de espera, al otro lado de un largo pasillo, pero se levanta cuando me ve llegar.

Me acerco a él y busco su rostro inexpresivo.

—¿Puedo tener otra clase de defensa personal mañana por la mañana?

Alessandro entrecierra los ojos. Me observa durante unos instantes y luego asiente lentamente.

Alessandro

Salimos del hospital y nos dirigimos hacia mi coche cuando un motociclista que circula a demasiada velocidad por el estacionamiento se detiene a pocos metros frente a nosotros. Su moto es completamente negra, excepto por el diseño llamativo de la carrocería: una calavera blanca con una cruz gruesa sobre la frente. Mierda. Agarro la muñeca de Ravenna y la empujo detrás de mí.

—No te muevas —ordeno, sin perder de vista al motociclista—. Confírmame que lo entiendes, Ravenna.

El silencio se prolonga unos instantes antes de que ella responda:

—Sí.

El motociclista desmonta la moto y se quita el casco. Mis ojos se clavan en él mientras se acerca con pasos lentos y medidos hasta colocarse frente a mí.

—Zanetti. ¿Tu comprador quedó satisfecho con el producto? —Su voz con acento es firme y tranquila.

—Cumplieron su función —respondo—. ¿Qué haces aquí, Drago?

Drago Popov mira hacia el edificio del hospital, fijándose en la ventana de Rocco Pisano.

—Tengo unas cuentas que saldar.

Así que sabe que Rocco está detrás del ataque a su club. Jodidamente perfecto.

—Me temo que no es posible.

—¿Cómo así?

—Esa cuenta está reservada. Es mía. —Miro fijamente al líder serbio, y sé que comprende lo que ocurrirá si hace algo contra un hombre que quiero matar. La gente pasa a nuestro lado al entrar y salir del hospital, pero nadie presta mucha atención a nuestra conversación.

—¿Deuda personal? —pregunta.

—Sí.

—¿Tienes un plazo para saldar la cuenta?

—En una semana.

Popov echa otra mirada hacia la ventana de Rocco, luego asiente con la cabeza y vuelve a su moto.

—Tienes siete días, Zanetti. Y eso solamente se aplica a él. No a otros implicados en el ataque a mi propiedad y a mi gente. —Se coloca el casco en la cabeza, se sube a la moto y se marcha.

—¿Quién era? —curiosea Ravenna detrás de mí.

—Malas noticias.

Un leve roce me recorre el dorso de la mano cuando pasa la punta de su dedo por ella y luego engancha su meñique con el mío. Cierro los ojos y respiro profundamente, con la esperanza de reprimir la necesidad de estrecharla entre mis brazos. No puede ocurrir.

Esta mañana, después de volver a mi habitación, me quedé mirando al techo durante horas mientras modificaba mentalmente mi plan. La idea de joder con la mente de Rocco durante varias semanas se convirtió en polvo. La idea de atarlo a una silla mientras lo torturaba a mi antojo, desapareció. Tengo que encontrar la manera de entrar a su habitación en el hospital y acabar con él allí. Su muerte será demasiado rápida, y eso me enfurece, me hace querer golpear algo, pero no hay otra forma. No puedo esperar a que le den de alta. Para preservar mi cordura, Rocco Pisano necesita morir lo antes posible. Y entonces, me iré. Puedo intentar racionalizar esa decisión, buscarme una excusa, pero no cambiará la verdad: estoy huyendo.

Pasé una década completando las misiones secretas más peligrosas. Me dispararon tantas veces que perdí la cuenta. Me mantuvieron prisionero y me torturaron dos veces. La última vez conseguí escapar por mi cuenta y, básicamente, arrastré mi cuerpo cubierto de sangre de vuelta a la base. Y además de eso, estuve a punto de volar en pedazos en más de una ocasión. Luego, vinieron mis años con la *Cosa Nostra*. Tampoco lo llamaría un ambiente de trabajo seguro. El número de personas que he matado hasta ahora es de tres dígitos. Más de quince años de violencia y muerte, y nunca he huido de un puto campo de batalla.

Hasta ahora.

Y huiré, no de un enemigo más temible, sino de una mujer de ojos color esmeralda. Sus profundidades cristalinas me atraen, y no tengo la fuerza para resistirme a su captura.

—Vamos —digo y me dirijo hacia mi camioneta en el otro extremo del estacionamiento, sujetando fuertemente el meñique de Ravenna con el mío.

Se pone a mi lado mientras el viento agita sus sedosos mechones negros en el aire.

Capítulo 17

Alessandro

—No estás girando lo suficiente —indico y suelto mi agarre en el cabello de Ravenna. Un rápido vistazo a mi reloj me dice que aún tenemos tiempo antes de que el personal de la casa llegue dentro de una hora—. Otra vez.

Llevamos veinte minutos practicando movimientos de defensa contra un ataque por la retaguardia. Cada vez que jalo sus mechones, aunque lo hago suavemente y sé que en realidad no la estoy lastimando, me mata. Esta es una de las agresiones más comunes que puede sufrir una mujer, y es importante que aprenda a defenderse de ella. Rocco no volverá a hacerle daño, pero de todas formas es bueno que tenga este entrenamiento. El mundo está lleno de imbéciles.

Una rabia homicida se enciende en mi estómago en el momento en que ese pensamiento se forma. No debería tener que defenderse de nadie, nunca.

—¿Alessandro?

Levanto la mano y enredo mis dedos en sus mechones, pero en lugar de torcerlos, dejo que mi mano se deslice por la sedosa melena. Ravenna. El nombre le queda bien.

Se da la vuelta y los mechones se escapan de mi mano, causándome un dolor casi físico en el pecho por la pérdida de ese pequeño contacto. ¿Qué puedo esperar cuando Rocco muera y sea hora de irme? Estiro la mano y trazo el contorno de su barbilla. ¿Y si alguien se atreve a lastimarla de nuevo y yo no estoy allí?

—Me marcharé pronto —confieso.

Ravenna jadea, aunque no dice nada mientras clava sus ojos en los míos.

—No tienes por qué preocuparte —continúo—. Incluso sin mí, estarás a salvo. Siempre. Me aseguraré de ello.

—Qué interesante. ¿Mantienes a salvo a todos los que odias?

—No. —Aprieto los dientes—. Solo a ti.

Ravenna

Observo la tempestad en los ojos de Alessandro. He estado demasiado concentrada en sus palabras crueles y su comportamiento, creyendo que no le importo en lo más mínimo. Debería

haber prestado más atención a sus ojos. Es fácil mentir con palabras y acciones, pero los ojos siempre revelan la verdad. Y no hay odio en los suyos en este momento. Hace tiempo que no lo hay. Una emoción diferente se esconde entre la ira y la frustración. Es la desesperanza. No sé qué pasa por su cabeza ni por qué miente.

—¿Son por mi bien o por el tuyo? —pregunto.

—¿Qué? —Su pulgar se desliza hasta la comisura de mis labios, recorriéndolos.

—Las mentiras, Alessandro. ¿Son para mí o para ti?

Su mano se detiene y su cuerpo se pone rígido ante mis palabras.

—Son para mí —afirma. Su voz sale triste.

Quiero dejarlo con sus falsedades, pero no puedo obligarme a apartarme. Se irá en menos de una semana, en cuanto mate a mi esposo. Puede que no haya ido a la universidad, sin embargo, estoy lejos de ser estúpida. La conversación que tuvo con el motociclista me reveló lo suficiente como para atar cabos.

La idea de que Rocco muera debería emocionarme porque por fin seré libre. Pero en lugar de deleitarme con ese futuro lleno de esperanza, lo único que siento es pavor. Cuando Rocco desaparezca, Alessandro también lo hará.

—¿Sabes qué? —Doy un paso más cerca, pegándome a él. La prueba de su falta de indiferencia me oprime el estómago—. Tanto tú como tus mentiras se pueden ir al infierno.

Me doy la vuelta con la intención de dejarlo igual que él hizo conmigo, cuando su brazo me rodea la cintura y me atrae hacia su cuerpo.

—Ya estoy en el infierno, Ravi. —Su mano libre se desliza dentro de mis *shorts* y cubre mi sexo—. Hace tiempo que estoy allí.

Se me escapa un gemido y agarro su brazo mientras su dedo se desliza dentro de mis pliegues, provocándome, penetrándome más profundamente con cada caricia. Su pulgar se acerca a mi clítoris y ejerce una ligera presión.

—Mi descenso comenzó en el momento en que puse mis ojos en ti. —Otra caricia sobre mi coño, y luego me levanta del suelo y me carga por la habitación—. Y con cada mirada, con cada roce delicado, caí aún más en el abismo.

Se detiene frente a la banca acolchonada colocada frente al librero, deja que mis pies toquen el suave tapizado y mantiene su dedo enterrado profundamente. Su aliento me acaricia el cabello y me hace cosquillas en la nuca mientras aspira mi aroma. Con su otra mano, me quita los *shorts* y la ropa interior.

Gimo cuando su dedo abandona mi coño, pero maúllo al sentir su enorme polla en mi trasero. Con manos temblorosas, me agarro al librero que tengo enfrente, apoyándome en su estructura sólida.

Me besa en medio de la espalda. Con una lentitud insoportable, sus labios se deslizan por mi columna hasta llegar a mis omóplatos. Mi respiración se entrecorta con cada roce de reverencia mientras espero lo que viene a continuación.

Apoyo la frente en el librero y amplío mi postura. Las ásperas palmas de las manos de Alessandro recorren mis costillas y descienden por mi vientre hasta llegar a mi sexo. Cada célula de mi cuerpo está vibrando, una espiral tensa a punto de liberarse. Lo único que necesito es tenerlo dentro de mí. Cuando su polla se introduce finalmente, casi me corro en ese mismo instante. Mi sexo se aprieta en torno a su grosor y temblores sacuden mi cuerpo, dificultándome mantenerme en pie. Me suelto del librero y rodeo su muñeca derecha con los dedos para guiar su mano hasta mi garganta.

—Quiero que me agarres aquí —susurro.

Si no fuera él, me daría vergüenza pedirlo. Temiendo que piensen que soy una enferma mental, dañada y jodida de la cabeza, suplicando que la traten de la misma manera que lo hizo su esposo abusivo.

El cuerpo de Alessandro se detiene detrás de mí.

—¿Por qué?

—Porque tener tu mano alrededor de mi cuello y saber que nunca me harías daño me excita —confieso—. Me hace sentir protegida.

No se mueve durante unos instantes, pero luego sus grandes dedos me rodean la garganta.

—¿Así?

Su agarre es demasiado suave, apenas me aprieta. Ojalá estuviera más apretado.

—Te hice una pregunta, Ravi —me dice junto a la oreja.

—Lo necesito un poco más apretado. Por favor. —Jadeo y me muerdo el labio—. ¿Crees que estoy loca por pedírtelo?

—No vuelvas a decir eso, Ravenna. —Me aprieta más el cuello, haciéndome gemir—. ¿Mejor?

Un agradable escalofrío me recorre el cuerpo. Asiento con la cabeza.

—Bien. Mientras no me pidas que te haga daño, te daré lo que quieras. Pero debemos tener algunas reglas. Si es demasiado y necesitas que quite mi mano, me lo dirás enseguida.

—De acuerdo.

—Buena chica. —Me besa el borde de la oreja y sigue follándome sin prisas.

Es tan grande que, a pesar de que lo hace despacio, me falta el aire con cada embestida. Su mano en mi cuello hace que la sensación sea aún más excitante. Me tiemblan las piernas, que amenazan con volverse gelatina, y tengo que agarrarme al librero con todas mis fuerzas o arriesgarme a perder el equilibrio. Cuando me llena por completo, cierro los ojos y una respiración tranquila abandona mis pulmones.

Alessandro se detiene, con la mano derecha aún en mi garganta, mientras la otra se desliza hacia arriba, sobre mi cadera.

—¿Estás incómoda? —inquiere mientras me aprieta suavemente el costado.

—Un poco —susurro. Es más intenso que me coja por detrás.

—Haré que se sienta mejor.

Vuelve a bajar la mano y desliza un dedo largo entre mis pliegues. Rodea mi clítoris con movimientos pausados y controlados, mientras con la otra mano me acaricia el cuello. Mi respiración se acelera y, con cada respiración, aumenta la sensación de su polla hinchada dentro de mí.

Los roces alrededor de mi clítoris se hacen más rápidos, y cada embestida es un poco más profunda. Sus dedos en mi cuello siguen un ritmo similar y no puedo decidir en qué concentrarme. He perdido toda capacidad de pensamiento racional.

Alessandro mueve las caderas y me penetra lentamente.

—¿Estamos bien? —No puedo responder porque me ahogo en la sensación—. ¿Ravi?

—¡Dios, sí! —Jadeo—. Más.

Me penetra hasta el fondo y estoy a punto de explotar.

—No debería sentirse tan bien. —Carraspea junto a mi oído—. No puedo describir lo increíble que es estar enterrado en tu calor, escuchar tus gemidos, sentir tu pulso bajo mis dedos. No hay sensación que se compare, y me estoy volviendo completamente loco, Ravi.

Sale y vuelve a entrar de golpe, pellizcándome el clítoris y apretándome ligeramente la garganta al mismo tiempo. Grito y las estrellas estallan detrás de mis párpados a la par que me corro.

Sin soltarme el cuello, sigue embistiéndome mientras me dejo llevar por la sensación de falta de gravedad.

Alessandro

Ravenna me rodea el cuello con los brazos mientras la cargo por el vestíbulo hacia la escalera.

—La cámara de la puerta principal —murmura en mi cuello.

—Solamente abarca un radio de metro y medio alrededor de la entrada.

—¿Cómo lo sabes?

—Hackeé la señal de vigilancia.

Se queda callada unos instantes, como si estuviera pensando en mi respuesta, y entonces escucho una risa ahogada.

—Pensé que era por el excremento de los pájaros.

—¿Qué?

—Cuando te vi zigzagueando por el césped. Pensé que intentabas esquivar el excremento de pájaros o algo así, pero debiste de tomar una ruta que te mantuviera fuera de las cámaras.

Mis labios se curvan.

—Chica lista.

Al llegar a la habitación de Ravenna, la llevo hasta el baño y la bajo junto a la ducha. La luz está apagada, así que muevo el interruptor de la pared, pero no pasa nada.

—Rocco destrozó la bombilla de un disparo —señala Ravenna, con una voz inusualmente débil.

Miro al techo y luego recorro el pequeño espacio hasta que mis ojos se fijan en el picaporte de latón pulido que hay en la puerta abierta. Tardo un momento en comprender que el mecanismo de la cerradura no funciona como debería. La parte exterior incluye el botón giratorio, pero la manija interior no. Es más, al picaporte interior le falta un orificio que permite desbloquear la cerradura en caso de emergencia. Este sistema no proporciona ni privacidad ni seguridad, y ningún comerciante competente lo instalaría jamás.

Mi cabeza se inclina hacia Ravenna.

—El ascensor.

—Sí —afirma, observando hacia al suelo.

Acorto la distancia que nos separa y tomo su cara entre mis manos. Levanto su cabeza y veo que tiene los ojos cerrados.

—Mírame.

Ella sacude la cabeza.

—Estoy tan avergonzada por dejar que me convirtiera en esto. —Su voz es tan diminuta

cuando lo dice.

—Por favor, mírame.

Ravenna abre los ojos.

—Eres una maldita guerrera —aseguro—. Entraste en ese campo de batalla sin armas y luchaste contra un oponente mucho más fuerte solo con tus manos.

—No luché. Lo único que he hecho es intentar encontrar una forma de escapar.

—Eso es lo que haces cuando un enemigo te captura. —Inclino mi cuello, nivelando mi cabeza con la suya—. Eres una guerrera. Quiero escucharte decirlo, Ravenna.

—Soy una guerrera —murmura.

—Claro que lo eres, maldición. Y nunca te atrevas a pensar lo contrario. —Acerco mi boca a la suya, sellando esa declaración.

Sus manos me rodean el cuello y me acercan. Sin dejar de besarnos, la agarro por debajo de su trasero y la levanto para sentarla sobre el lavabo. Mi polla está tan dura que está a punto de estallar. La necesidad de volver a estar dentro de ella me está volviendo loco. No importa que la haya tenido hace apenas diez minutos, porque mi cuerpo pide más.

Ravenna me rodea la cintura con las piernas y me agarra la camiseta por detrás, intentando quitármela por encima de la cabeza.

—Aquí no —declaro en sus labios. No vamos a hacer nada en un lugar manchado de malos recuerdos. La levanto del mostrador y la llevo a la habitación.

Cuando llegamos a la cama, Ravenna desenreda sus piernas de mi cintura y se coloca en el borde. Está despeinada, con mechones enmarañados que sobresalen en distintas direcciones. Tiene puesto un *top* blanco y unos *shorts* grises que están al revés. Creo que no se dio cuenta cuando se los volvió a poner. Me encanta verla así.

Agarro un puñado de mi camiseta y me la quito. Los ojos de Ravenna se encienden al ver la tinta en mi pecho, y me doy cuenta de que nunca nos hemos visto desnudos. Hay tantas barreras entre nosotros, pero puedo derribar esta fácilmente. Me despojo rápidamente del resto de la ropa y permanezco de pie ante ella, dejando que sus ojos exploren todo lo que quieran.

La mirada de Ravenna desciende lentamente por mi pecho y mis abdominales hasta detenerse en mi verga completamente dura. Se muerde el labio inferior y lo aprisiona entre sus dientes mientras vuelve a verme a los ojos. Necesito contenerme para no abalanzarme sobre ella inmediatamente. Busca el dobladillo de su blusa y se la quita por encima de la cabeza, dejando al descubierto un sostén blanco de encaje que envuelve sus firmes pechos, con las areolas marrón oscuro visibles bajo la intrincada tela.

—Necesito verte por completo —murmuro y deslizo la mano por su espalda para desabrocharle el sostén, luego agarro la pretina de sus *shorts* y se los bajo por las piernas.

Las bragas blancas de encaje son las siguientes, y me tomo mi tiempo para quitárselas, centímetro a centímetro. Cuando está completamente desnuda, doy un paso atrás y me quedo mirando su perfección. Mi fantasía más profunda cobra vida. Mis ojos recorren su delicado cuello y sus apetitosos pechos, luego su estrecha cintura y sus generosas caderas, hasta la punta de sus pies. Incluso sus pies son jodidamente perfectos.

—No puedes ser real. —Coloco la punta de mi dedo en su clavícula, bajando en línea recta por su frente, y deteniéndome en su coño—. Aguanta la respiración.

Espero a que inhale y le meto dos dedos en el coño. Ravenna gime y me agarra la mano que tengo libre para llevársela a la garganta. Mis dedos acarician la suave piel de su cuello con un ritmo pausado que coincide con el ferviente masaje en su dulce sexo. Su cuerpo tiembla bajo mis

caricias, sus uñas afiladas se clavan en la piel de mi antebrazo. Estoy seguro de que mi polla va a estallar si no se la meto pronto, pero alejo ese impulso. Esto se trata de ella.

—¿Sigues soñando conmigo? —pregunto y deslizo mis dedos aún más adentro.

—Sí. —Jadea mientras se restriega sobre mi mano—. ¿Y tú sueñas conmigo?

Saco los dedos de su coño y presiono su clítoris con el pulgar.

—Todas las malditas noches.

Ravenna jadea y se viene sobre mi mano.

Mi pulgar sigue acariciando su clítoris, prolongando su placer, mientras su cuerpo se estremece. Solo cuando su cuerpo se desploma, levanto mi mano de su coño y la estrecho entre mis brazos. Ojalá pudiera abrazarla para siempre, pero la bajo lentamente sobre la cama.

—¿Quieres saber un secreto? —cuestiono mientras cubro su cuerpo con el mío. Levanto su pierna por detrás de la rodilla, la doblo y la inclino hacia un lado, y finalmente deslizo mi polla dentro de su calidez líquida.

—Sí. —Se agarra a la cabecera por encima de su cabeza y engancha la otra pierna a mi espalda.

Empiezo a penetrarla, con nuestras miradas fijas todo el tiempo, absorbiendo cada uno de sus gemidos y jadeos. Guardándolos para más tarde.

—Sueño contigo incluso cuando estoy despierto, Ravi.

Choco mis labios contra los suyos, penetrándola hasta que me vengo con un rugido y la lleno con mi semilla. Todavía estoy bajando del éxtasis, con mi cara hundida en su cuello, cuando la escucho susurrar junto a mi oído.

—¿Me llevarás contigo cuando te vayas?

Un terremoto se produce en mi mente, sacudiendo mi fortaleza metafórica. La idea tiene días rondándome la cabeza. Quiero llevármela. Podríamos huir a algún lugar lejano, donde nadie pudiera encontrarnos. Hasta que finalmente lo hagan.

Kruger no será el único del que tendré que preocuparme. Una vez que mate a Rocco Pisano y la verdad de quién lo mató salga a la luz, mi nombre encabezará la lista negra de la *Cosa Nostra*. Ajello no parará hasta encontrarme. Si me llevo a Ravenna conmigo, también se convertirá en un objetivo.

Es ella o mi venganza. No puedo tener ambas. La elección que tengo ante mí es un arma de doble filo. ¿Puedo tirar por la borda todo por lo que he trabajado en los últimos ocho años? ¿Mi propósito en esta vida? ¿Las promesas que me hice a mí mismo y a Natalie? ¿Puedo vivir con eso?

Cierro los ojos e inhalo una bocanada del aroma de Ravenna.

—No puedo.

Ravenna

Observo el techo sobre mi cama, siguiendo las pequeñas grietas que se extienden desde el lugar donde está sujeto el candelabro. Llevo mucho tiempo mirando este techo y es la primera

vez que noto los daños. Alessandro está acostado a mi lado, viendo el techo también.

—Sé que planeas matar a mi esposo antes de irte —señalo.

Si le sorprende que haya atado cabos, no se le nota en la cara. Sus rasgos permanecen completamente estoicos.

—Así es —confirma—. El Don se dará cuenta rápidamente de quién lo hizo y vendrá a hacerte preguntas. Cuéntaselo todo, excepto que sabías que iba a matar a Rocco.

—¿Crees que Ajello irá tras de ti?

—Sí.

Estiro la mano y rozo su mejilla con la punta de los dedos.

—¿Qué hizo? ¿Por qué quieres matar a Rocco?

Alessandro se pone rígido y, durante varios minutos, no pronuncia palabra.

—Fue un viernes por la mañana, hace poco más de ocho años —confiesa finalmente—. Acababa de regresar de una misión y conduje a una manzana de mi casa de camino a la base. Podría haber ido directamente a casa y haber dado mi informe más tarde, pero no quería que mi esposa viera toda la sangre que tenía encima.

Una sensación de malestar se apodera de mi estómago mientras observo su perfil. ¿Su *esposa*?

—Ella creía que trabajaba como guardia de seguridad, cuando la verdad era que había estado matando gente para el gobierno —continúa—. Es extraño cómo intentar proteger a alguien a quien amas puede provocar que los maten. Si hubiera ido directamente a casa, probablemente seguiría viva. Esa fue mi última misión, y planeábamos irnos ese mismo día.

—¿Qué pasó? —pregunto con voz entrecortada.

—Un conductor ebrio, que iba casi al doble del límite de velocidad, se pasó un semáforo en rojo. La dejó malherida en la calle y huyó del lugar. —Voltea la cabeza y se encuentra con mis ojos—. Tu esposo.

Su voz es apagada y lúgubre, no obstante, las palabras estallan en mi cabeza como si las hubiera gritado. Mi mano en la mejilla de Alessandro empieza a temblar. Abro la boca para decir algo, pero no sale ninguna palabra. Lo único que puedo hacer es observar su rostro: líneas afiladas grabadas en granito.

—Pasé años buscando al responsable. El padre de Rocco lo ocultó todo tan bien que no descubrí el nombre del conductor hasta hace unos meses. —Me mueve un mechón de cabello que me ha caído sobre la cara, dejando al descubierto mi cuello—. Mi intención era destruir la vida de Rocco Pisano pieza por pieza, y el último paso antes de acabar por completo, era obligarlo a mirar mientras mataba a su esposa.

Alessandro mantiene sus ojos fijos en los míos a la par que mueve su mano hacia mi cuello, colocando la punta de su dedo justo debajo de mi oreja.

—Ojo por ojo —susurra mientras desliza lentamente su dedo por mi cuello en una línea recta, hasta llegar a mi otra oreja—. Su esposa por la mía.

Nunca pensé que el silencio pudiera ser físicamente opresivo, sin embargo, mientras sus ojos se clavan en los míos, puedo sentir su peso presionándome por todos lados. La ausencia de sonidos es tan absoluta que es casi como si alguien hubiera silenciado una película.

El toque de Alessandro desaparece de mi cuello. Besa la yema de su dedo y luego lo presiona contra mi garganta, sobre el lugar donde pretendía rebanarme el cuello.

Se levanta de la cama y se pone su pantalón deportivo, dejándome ver su espalda desnuda cubierta de tinta. La escena es espantosa: un montón de calaveras carbonizadas envueltas en

llamas y, en lo alto del montón, un hombre colgado de una soga, con la cabeza agachada mientras las llamas anaranjadas se elevan para quemarle las piernas. Sobre la imagen, una inscripción en latín atraviesa sus omóplatos.

Oculum Pro Oculo

Ojo por ojo.

Parpadeo, intentando evitar que las lágrimas caigan, pero se escapan de todos modos. ¿Cuántas veces al verme habrá recordado lo que mi esposo le arrebató? Tanto dolor y tanto daño.

No puedo creer que le pidiera que me llevara con él. En algún lugar de mi interior, sabía su respuesta incluso antes de que la expresara, pero aun así esperaba que dijera que sí. Con gusto lo seguiría a cualquier parte. Estoy tan perdidamente enamorada de él, que no me importa si él no me corresponde. Solamente esperaba que con el tiempo lo hiciera.

Ahora, después de lo que me acaba de contar, sé que esa esperanza es en vano. ¿Cómo podría amar a alguien que representa gran parte de su desesperanza?

Alessandro agarra su camiseta abandonada al pie de la cama y, al hacerlo, un cordón de cuero que tiene alrededor de la muñeca se suelta y resbala hasta el suelo. Noté ese brazalete el primer día que lo conocí y me pareció inusual. No usa ninguna otra alhaja.

Recoge el cordón de cuero del que cuelga un pequeño dije de un osito de peluche y se dirige a la puerta.

—¿Era de tu esposa? —musito.

Se detiene en el umbral y, durante unos instantes, se queda parado antes de responder.

—Sí.

La puerta se cierra tras él con un suave clic. Me cubro la boca con la mano, desesperada por contener un sollozo, pero se me escapa a pesar de mis esfuerzos.

Capítulo 18

Alessandro

Apoyo la espalda sobre el costado de la pérgola con una vista despejada de la ventana del segundo piso. Es más de medianoche, pero la luz de la habitación de Ravenna sigue encendida.

No hemos hablado desde ayer por la mañana, cuando le conté lo de Natalie. La única comunicación que hemos tenido fue un mensaje de texto que me envió hoy temprano, preguntándome si podía llevarla a casa de su mamá, y otro después de que regresamos a la mansión, diciendo que no iría a ningún otro lugar por el resto del día. En ambos viajes se sentó en la parte de atrás del coche.

Aproveché mi tiempo libre para ir al hospital y revisar la seguridad, buscando formas de entrar a la habitación de Rocco Pisano. No había ninguna. Hay dos hombres frente a la puerta vigilando día y noche. Todos los pasillos tienen cámaras, que están vigiladas por una empresa externa con un cortafuegos más sofisticado que los que yo puedo hackear, impidiéndome entrar en su red de sistemas. Entrar para matar al hijo de puta es imposible.

La única forma de eliminarlo es con un disparo a través de la ventana. Exploré el edificio contiguo al hospital en busca de un lugar con vista directa a la habitación de Rocco y encontré uno en el último piso. Tiene el ángulo perfecto hacia la cama. Lo único que me queda es buscar mi rifle y hacerlo. Podría haberlo hecho hoy, pero en lugar de completar mi misión, volví aquí para observar otra ventana. Llevo varias horas parado entre las sombras, mirando la luz de la habitación de Ravenna.

La echo de menos. Extraño las pequeñas caricias, como cuando engancha su meñique con el mío. Sus insinuaciones sutiles. La sensación de tenerla entre mis brazos. Anoche estuve a punto de ceder e ir a su habitación. Mi cuerpo se estremeció, como si una corriente eléctrica fluyera a través de mí, todo por la necesidad de abrazarla, de inhalar su aroma a talco y de sentir sus suaves mechones negros entre mis manos. Me estaba volviendo loco y apenas logré contenerme.

La extraño, aunque esté ahí.

Le dije que la odio. Varias veces. Aunque la verdad es que no es a ella a quien odio. Creo que nunca la odié de verdad. Me odio a mí mismo.

Porque me enamoré de ella.

El corazón del chico perdido y solitario que fui amaba a Natalie, nuestros sentimientos arraigados en una necesidad que compartíamos de sobrevivir como adolescentes sin hogar. Quería protegerla, y eso poco a poco se transformó en cariño, y luego en amor. Era el tipo de amor que comenzó como un pequeño arroyo del bosque y poco a poco se convirtió en un río. Grande y firme mientras sigue su camino. Sensible. Natural.

Mis sentimientos por Ravenna Pisano no se parecen a un arroyo del bosque. Son una maldita cascada. Inesperados. Feroces. Pasión, deseo y una hermosa locura. La deseo más que un hombre

condenado desea su próximo aliento.

El corazón de un hombre que pasó por un infierno y volvió, el hombre en el que me convertí, está perdidamente enamorado de una mujer a la que planeé matar.

Las luces de la habitación de Ravenna se apagan, sumiéndola en la oscuridad.

Debería buscar mi rifle, deshacerme de Rocco y marcharme. Mañana a esta hora podría estar en Europa, lejos de esta ciudad llena de malos recuerdos. Lejos de ella.

Sin embargo, no me muevo, simplemente continúo observando la ventana de Ravenna durante otra hora antes de alejarme y dirigirme al interior de la mansión. En lugar de recuperar el arma oculta bajo el suelo de mi habitación, subo las escaleras.

El largo pasillo está completamente oscuro. Me acerco a la última puerta de la izquierda y agarro el picaporte. Mi mano se detiene en el trozo de metal ornamentado, tan frío bajo mis dedos, pero que aun así me abrasa la piel. No debería estar aquí. Necesito darme la vuelta y marcharme. No me extraña que no quiera hablar conmigo después de todo lo que le confesé ayer. ¿Qué demonios me sucede, revelando mis planes de matarla? Debe estar muerta de miedo. Al menos podría haber omitido la parte de que soy un asesino a sueldo, pero se me escapó, como si mi subconsciente quisiera que ella lo supiera. Con Ravenna, tengo el impulso de arrodillarme y confesarle todas las cosas horribles que he hecho. Y eso me aterra.

Esto tiene que acabar. Terminaré con esto antes de que salga el sol. Tardaré tres horas en recoger mis cosas, llegar al hospital y matar a Pisano. Para cuando alguien se dé cuenta de que está muerto, estaré fuera del país. Sí, eso haré. Solamente necesito ver a Ravenna una última vez.

Tan silenciosamente como puedo, giro el picaporte y entro a la habitación iluminada por la luna. Ravenna está acostada en la cama, de espaldas a la puerta. Dormida.

«Solo un minuto o dos», me digo mientras me siento en el borde de la cama. La observaré solo un minuto y luego me iré.

Ravenna

Siempre me han parecido místicos esos momentos antes de despertarme completamente. La frontera entre el sueño y la realidad empieza siendo borrosa y luego se va haciendo más sólida a medida que las fantasías nocturnas se desvanecen y la consciencia se filtra.

Volví a soñar con él. Los pájaros cantaban mientras estábamos acostados en un campo de césped suave bajo el sol abrasador y él acariciaba mi cabello con sus dedos.

Abro los ojos lentamente, con los párpados todavía pesados por el sueño, y mi mirada se centra en la vista a través de la puerta del balcón. Un gorrión salta a lo largo de la barandilla de hierro, cantando alegremente. Como en mi sueño.

Y como en mi sueño, alguien acaricia mi cabello con sus dedos.

—Siento haberte despertado.

Cierro los ojos un segundo y disfruto de su tacto.

—Está bien.

—Y lamento mucho haberte asustado.

El colchón se mueve cuando Alessandro se levanta. Sigo mirando en dirección contraria, así

que no puedo verlo, pero puedo escuchar sus pasos mientras se aleja.

—Creo que nunca te he tenido miedo —susurro.

Sus pasos se silencian.

—¿Incluso después de confesarte mi intención de matarte?

Me doy la vuelta en la cama y lo encuentro de pie junto a la puerta, de espaldas a mí.

—¿Recuerdas aquel día en el ascensor? ¿Cuando se quedó atascado y se fue la luz?

—Sí.

—Jugaste a ese juego de números conmigo porque sabías que estaba teniendo un ataque de pánico —comento.

—¿Y?

—He pasado meses atrapada con un hombre que sentía una gran satisfacción torturándome, Alessandro. Tanto mental como físicamente. Puede que la tortura psicológica no deje marcas visibles, pero las heridas que inflige son mucho peores. —Le clavo la mirada—. Me odiabas por alguna razón. En ese entonces no sabía por qué, pero lo vi en tus ojos. Pudiste haberte quedado viendo cómo enloquecía. Y aun así, no lo hiciste. Aunque me despreciabas.

Alessandro baja la cabeza, observando al suelo.

—Intenté con todas mis fuerzas odiarte. Créeme, lo intenté. Al final, acabé odiándome a mí mismo.

Me duele el corazón y siento una opresión en el pecho. Este dolor es real, no un residuo en mi mente. Si la situación fuera diferente, habría intentado luchar por él. Pero no puedo luchar contra un fantasma. Está claro que amaba profundamente a su esposa. Y probablemente aún la ama. Ese amor lo sostuvo durante ocho años tramando su venganza. No puedo soportar la idea de ser su premio de consolación. Tal vez, con otro hombre, podría haber vivido con eso. Pero no con Alessandro. Y no puedo soportar el saber que él se odiaría a sí mismo por estar conmigo.

Hay una interrogante que me corroe desde que me contó lo de su esposa. Tenía demasiado miedo de la respuesta, mas ya no puedo soportar no saber.

—¿Imaginabas que estabas con ella, cuando estabas conmigo?

Alessandro mira por encima de su hombro, y nuestros ojos se encuentran.

—No. —Sale de la habitación y cierra la puerta a sus espaldas.

El suave clic del cerrojo se siente como algo definitivo.

Capítulo 19

Ravenna

Tomo el vaso de agua mineral que me ofrece el camarero y bebo un sorbo, fingiendo prestar atención a lo que dice la mujer que está a mi lado. Es cuñada de uno de los ejecutores de la *Cosa Nostra*, pero no recuerdo de cuál ni su nombre. No estoy segura de por qué vine a este almuerzo. Es una celebración de aniversario que organizó la señora Natello, y podría haberlo ignorado fácilmente. Pero vine, necesitaba distraerme.

Si cumple el trato que hizo con el tipo del hospital, a Alessandro solo le quedan tres días para matar a Rocco y marcharse de la ciudad. Saber que mi esposo pronto estará muerto debería preocuparme. Sin embargo, no me importa en lo más mínimo. Si había algún rastro de compasión por Rocco que no consiguió sacarme a golpes, se evaporó en el momento en que Alessandro me contó lo de su esposa y lo que mi marido le hizo. Aun así, dejando todo de lado, la vida de un hombre está en entredicho. Entonces, ¿eso me convierte en una mala persona por no importarme un comino lo que le pase a Rocco ahora?

Mis ojos vagan por la terraza interior de la señora Natello, contemplando las vistas más allá de las paredes de cristal que nos mantienen cómodamente abrigadas y alejadas del paisaje helado del exterior. Apuesto a que, en verano, la hierba verde y ondulada se ve alegre desde este lugar. Ahora, la ausencia de césped atrae mi mirada hacia la reja de hierro que rodea la propiedad y la carretera al otro lado. El suelo está cubierto por una fina capa de nieve, y el cielo sombrío coincide con el estado de ánimo de mi corazón.

Me doy la vuelta y mi mirada se posa en un grupo de hombres reunidos al fondo de la habitación. Alessandro y algunos otros guardaespaldas vigilan. Como de costumbre, su postura es rígida, pero sus ojos se mueven constantemente, evaluando la situación como un halcón. El resto de los hombres de seguridad hablan entre ellos, sin prestar mucha atención a lo que ocurre con los invitados a la fiesta.

La señora Natello no es muy popular, así que esta reunión es un evento de muy bajo nivel en lo que respecta a la jerarquía de la *Cosa Nostra*. No hay peces gordos presentes. En su mayoría son los ejecutores y sus esposas, pero noté la presencia de tres hombres que trabajan ocasionalmente con Rocco. No parecen hombres de negocios, más bien matones a sueldo. Cuando Rocco necesita resolver un problema aparte, sin que toda la Familia de New York, y especialmente el jefe, lo sepa, evita utilizar a los soldados de Don Ajello.

Puede que se trate de un evento sin importancia, pero Alessandro actúa como si estuviera en un campo de batalla, esperando a que el enemigo salga a la superficie. No deja nada al azar. Me encanta eso de él. Mantiene sus principios, y nada ni nadie hará que los rompa. Toda esa intensidad… ¿y si estuviera dirigida a mí? ¿Qué sentiría al tenerlo como mío? No solamente en cuerpo, sino también su alma. Quizá si nos hubiéramos conocido en otra vida, habría tenido una

oportunidad. En esta, nos conocimos demasiado tarde. Su corazón ya pertenecía a alguien más.

Levanto una mano y me aprieto el puente de la nariz. Comenzó a hormiguear, como si mi mente intentara decirme algo. ¿Es hoy el día en que se marchará? Dios mío, voy a extrañarlo muchísimo.

Alessandro se da la vuelta y, por un instante, nuestras miradas se cruzan en la habitación. He estado evitando verlo a los ojos desde que salió de mi habitación esta mañana. El dolor es demasiado grande para soportarlo. Como ahora, un malestar palpitante que se extiende por mi pecho mientras me cuestiono si esta será la última mirada que compartiremos.

La señora Natello se acerca y nos pregunta qué nos parecieron los aperitivos. Tiene puesto uno de los vestidos que compré el mes pasado e hice que mamá le vendiera. El vestido vale cuatro mil dólares, pero la señora Natello solo le pagó a mi madre la mitad.

—Ravenna, nunca te había visto con el cabello suelto, querida —comenta—. Qué sorpresa.

—Necesitaba un cambio. —Me encojo de hombros.

Me ofrece una sonrisa fingida y se inclina más hacia mí.

—¿Sabes? Vi un bolso pequeño de Chanel increíble en su última colección. Combinaría de maravilla con mi abrigo nuevo.

La miro, concentrándome en la pequeña y superficial sonrisa que se dibuja en sus labios. ¿Cuántas veces le ha vendido mi madre la ropa que he comprado? Ella sabe que he estado comprando esa ropa, y ni una sola vez ha preguntado por qué la esposa de un capo recurriría a obtener dinero de esa manera. A veces, creo que los espectadores son peores que los agresores.

—Estoy segura de que sí. —Termino mi agua y coloco el vaso en la mesa de al lado, detrás de mí—. Se acercan las rebajas de Navidad, asegúrese de no perdérselas.

Le ofrezco una sonrisa igualmente falsa y me dirijo a través de la terraza interior. La cantidad de dinero que necesitaba para escapar de Rocco había sido astronómica, pero con él fuera del mapa, tengo más que suficiente. Voy a esperar a que todo se calme, luego iré a buscar a mamá y a Vitto y nos iremos a algún lugar donde la *Cosa Nostra* no tenga influencias. No me arriesgaré a que mi hermano caiga en sus garras.

Encuentro un lugar menos concurrido al otro lado de la habitación, más allá de las mesas con comida y las zonas para sentarse donde se han reunido la mayoría de los invitados, pero Pietro me ve y empieza a caminar hacia mí. Venir a este almuerzo fue un error. No estoy de humor para socializar, mas cualquier cosa me sentaba mejor que quedarme en mi habitación. Estar allí me hacía pensar en todo lo que me había dicho Alessandro. Sus palabras se repetían en mi mente una y otra vez. Y en medio del caleidoscopio de todo lo que había pasado entre nosotros, un pensamiento no dejaba de rondarme la cabeza. Él me hizo el amor *a mí*.

Alessandro

Es él otra vez.

Cierro los puños y me obligo a dejar de mirar a Ravenna y Pietro hablando al otro lado de la mesa del *buffet*. Es imposible. Es como si mis ojos se sintieran atraídos hacia ellos por una energía magnética y nada pudiera hacerme apartar mis ojos.

Su conversación parece amistosa. Pietro es uno de esos tipos que siempre hacen las cosas según las reglas, así que nunca coquetearía con una mujer casada. No obstante, he visto cómo mira a Ravenna. En cuanto ella esté libre, él hará su jugada, y yo no estaré allí para detenerlo.

Mis uñas se clavan en mis palmas mientras mis puños se aprietan aún más. Por lo que a mí respecta, debería alegrarme por ella. Ese hijo de puta tan culto y recto sería un buen partido para ella. Ravenna sería feliz con él. Puede que Pietro sea un bastardo estirado y sofisticado, pero es más que capaz de mantenerla a salvo. Sin embargo… Me duelen las manos y siento rabia en el pecho. ¡Esa mujer es mía! ¡Nadie más que yo debería mantenerla a salvo!

Respiro profundamente y empiezo a contar hasta diez. Mi decisión está tomada. Tuve que decidir entre mi voto de venganza y ella, y elegí lo primero. Tengo que dejar ir a Ravenna.

Pietro pone su mano en la parte baja de la espalda de Ravenna y mi autocontrol se evapora. Cruzo la habitación a zancadas y me detengo justo detrás de Ravenna. Estoy tan cerca que su trasero me roza los muslos.

—¡Apártate! —demando entre dientes, mirando a Pietro.

Él levanta la cabeza y arquea una ceja.

—*Oh*. El perro guardián de Rocco. Me preguntaba dónde estabas.

Inclino la cabeza para acercarme a su altura.

—Dije, apártate.

Unos dedos pequeños agarran mi mano y la aprietan ligeramente.

—Fue un placer verte, Pietro. Saluda a tu hermana de mi parte. —Ravenna vuelve a apretar y luego retira rápidamente su mano de la mía—. Alessandro, ¿puedes acompañarme al baño de damas?

Sigo a Ravenna a través de las puertas francesas que se abren al interior de la casa principal. Entramos a una habitación cuyas paredes están cubiertas de retratos de perros y ancianos con ropas extravagantes. Ravenna pasa junto a una pareja que discute cerca del reloj de pared y entra a un pasillo ancho que conduce más al interior de la casa. A mitad de camino, se detiene y voltea hacia mí.

—¿Qué demonios fue eso? —susurra.

Aprieto los dientes.

—Solo hago mi trabajo.

—No creo que haya necesidad de que sigas haciéndolo, Alessandro. Y ambos sabemos muy bien por qué.

Sí, supongo que lo sabemos. Estiro la mano y le rozo la mejilla con el dorso. Hoy no lleva mucho maquillaje, solo un poco de sombra de ojos. Su vestido de seda es del mismo tono verde esmeralda que sus fanales. Creo que nunca podré ver ese color y no pensar en ella.

Ravenna ladea la cabeza, se inclina hacia mi tacto y me rodea la muñeca con los dedos.

—¿Cuándo te irás?

—Esta noche.

Asiente, y una lágrima resbala por su mejilla, disolviéndose al chocar con mi pulgar.

—Cuídate mucho, Alessandro. —Me rodea y regresa por el pasillo.

Cierro los ojos, me doy la vuelta y la rodeo por detrás con mis brazos. Su olor entra en mi nariz y me inclino, hundiendo mi cara en su cabello. La música y las conversaciones de la terraza se escuchan hasta acá, pero bloqueo el ruido y me concentro en la sensación de tenerla entre mis brazos.

La mano de Ravenna se desliza entre nuestros cuerpos y presiona mi polla dolorosamente

dura. Puedo condicionar mi mente para resistirme a ella, no obstante, mi cuerpo nunca lo hará. Cada vez que está cerca, mi polla anhela poseerla. La acerco más a mí e inhalo de nuevo.

—¿Hay algún antídoto para esto? —pregunto mientras deslizo las palmas de mis manos por la parte frontal de sus muslos y luego hacia arriba, arrastrando la sedosa tela hasta su cintura.

—¿Para qué?

—Para ti, Ravi.

Un pequeño gemido sale de sus labios cuando aparto a un lado su tanga de encaje y le acaricio el coño con la palma de la mano. Está empapada. Acaricio sus pliegues, deslizando un dedo dentro de su calidez, luego saco la mano y me la llevo a la boca y la nariz.

—Todo en ti huele a la maldita ambrosía. —Me chupo los dedos.

En cuanto la saboreo en mis labios, se desvanece todo mi autocontrol. Necesito tenerla una vez más o perderé la cabeza.

—Pídeme que me vaya. —Vuelvo a bajar mi mano y, esta vez, deslizo mi dedo en las profundidades de su coño—. Tan solo basta con una palabra, Ravi, y retiraré mi mano.

Ravenna gime y abre los muslos mientras un escalofrío recorre su cuerpo. Agarra el picaporte de la puerta de la izquierda y la abre. La habitación tras el umbral parece un estudio. Hay libreros, dos sillones reclinables delante de ellos y, junto a la pared del fondo, un escritorio con algunos papeles encima. Con mi mano presionando el coño de Ravenna, aprieto con más fuerza su cintura y la cargo dentro de la habitación.

Ravenna

Este maldito vestido tiene una cremallera en la espalda.

Intento agarrar el cierre por detrás, pero los dedos de Alessandro rodean mi mano y la apartan. Me besa en mi hombro desnudo, provocándome pequeños escalofríos. Sin despegar sus labios de mi piel desnuda, toma el cierre y lo desliza lentamente hacia abajo, hasta llegar a mi trasero.

—¿Te he dicho que eres la mujer más hermosa de este mundo? —susurra mientras la sedosa tela cae en cascada por mis piernas.

—No —suspiro y cierro los ojos.

—Lo eres. —Engancha su dedo en la tira de mi tanga y me la quita, mientras con la otra mano me acaricia una nalga—. Y quiero comerte entera.

Un gritito sale de mis labios cuando me levanta en brazos y me carga por la habitación. Los papeles crujen bajo mi trasero desnudo cuando me coloca sobre el escritorio y choca su boca contra la mía, chupándome la lengua como si realmente tuviera intención de comerme. Busco la cremallera de sus pantalones, pero me tiemblan las manos y me cuesta varios intentos desabrocharla y liberar su miembro.

—Rodéame la cintura con las piernas —gruñe Alessandro mientras enreda sus dedos en mi cabello.

Cierro las piernas a su espalda y muevo mi trasero hacia delante, hasta el borde del escritorio.

—Ahora, respira profundamente —indica mientras la punta de su polla presiona mi entrada

—. Lentamente, Ravenna.

Es casi imposible inhalar lentamente cuando siento que voy a explotar, mas lo consigo. Mientras inhalo lentamente, él desliza su longitud dentro de mí, centímetro a centímetro. Es como si lo respirara dentro de mí, y la sensación casi me lleva al límite. Hasta que no está completamente dentro, exhalo y, por un momento, me quedo mirándolo a los ojos.

No puedo creer que estemos haciendo esto aquí. La puerta no tiene llave, así que cualquiera puede entrar y vernos. Yo, una mujer casada, siendo follada por su guardaespaldas mientras su marido está en el hospital. Me entra el pánico. Agarro la muñeca de Alessandro y rápidamente muevo su mano hacia mi garganta. Cuando sus fuertes dedos me rodean el cuello, el pánico retrocede.

—No quites tu mano —susurro.

Alessandro asiente con la cabeza y estrella sus labios contra los míos. Su lengua folla mi boca, con fuerza y rapidez, luego con lentitud, pero sin dejar de ser exigente, hasta que se aparta, sin aliento.

—Lo que necesites, Ravi.

Se retira despacio para volver a penetrarme, su polla estirando mi coño que ya está palpitando. Se siente tan bien. Es liberador. Mis ojos se clavan en los suyos mientras él me penetra, con la necesidad de grabar su rostro en mi memoria. Me mira con la misma intensidad mientras nuestras respiraciones se entremezclan y, de pronto, me invade la necesidad de llorar. Esto es una despedida.

—Huyamos juntos —susurro, con mi voz temblorosa—, nos dirigiremos directamente a tu auto y nos iremos, dejándolo todo atrás.

Alessandro aprieta la mandíbula, una expresión de dolor cruza su rostro. Sé lo que le estoy pidiendo. Hay tanta agitación en sus profundidades mientras aumenta sus embestidas, follándome como un loco. *«Por favor, elígeme»*, suplico mentalmente.

—No puedo. —Su voz se quiebra al decirlo.

Cerrando mis ojos y el mundo, mis dedos se deslizan por su cabello corto. A medida que la presión aumenta en mi interior, mi cuerpo empieza a temblar. Placer y dolor. Parece que no puede existir uno sin el otro.

—Ravenna. —Mi cuerpo se regocija y mi alma llora mientras Alessandro me folla salvajemente. Tiemblo tanto que apenas puedo mantener las piernas sujetas a su espalda—. Ravenna, mírame.

Giro la cabeza e intento agarrar su cabello demasiado corto. Como mucho, mis uñas rozan su cuero cabelludo.

—Más fuerte. Por favor.

Se retira y, con su siguiente embestida, me lanza al vacío y se une a mí en caída libre. Gimo mientras disfruto el éxtasis, con la respiración acelerada y agitada. Los labios de Alessandro encuentran los míos, reclamándolos, igual que me reclamó con su semilla, llenándome hasta el límite. No quiero que el mundo regrese, así que me dejo arder en el calor de sus brazos un rato más.

—¿Ravi?

Me muerdo el interior de la mejilla y me obligo a mirarlo a los ojos. Cada caricia que compartimos se convierte en una puñalada en mi pecho, prolongando esta agonía. Ya no puedo más. Me está matando por dentro.

Me repongo y le suplico:

—¿Puedo pedirte que hagas algo por mí?

Ladea la cabeza y me acaricia la mejilla con la mano.

—Cualquier cosa. Lo sabes.

Sí. Cualquier cosa, excepto elegirme a mí.

—Necesito que te vayas ahora, Alessandro. —Sus dedos se quedan quietos sobre mi cara—. Me vestiré y volveré a la fiesta —añado, deseando que no me tiemble la voz—. Le pediré a alguien que me lleve a casa dentro de una hora. ¿Será tiempo suficiente para que recojas tus cosas de la mansión?

Baja la cabeza y apoya su frente contra la mía.

—Sí.

—De acuerdo. —Siento que me atraganto con un nudo en mi garganta.

Alessandro no se mueve, sigue acariciándome la mejilla con el pulgar, mirándome en silencio. El silencio se ve interrumpido por las risas que se escuchan fuera de la habitación, probablemente de algunos invitados que se dirigen al baño. Existe la posibilidad de que entren aquí, pero no consigo que me importe. Levanto la mano y rodeo la muñeca de Alessandro, apartando su mano de mi cuello.

—Te amo, Alessandro —susurro—. Por favor, cuídate.

Cierra los ojos un segundo y después da un paso atrás. Su mano se aleja de mi cara. Lo observo mientras se sube la cremallera, se da la vuelta y sale de la habitación. En la puerta, se detiene y mi corazón da un vuelco al encenderse en mí una ligera esperanza.

—Lo siento, Ravenna —pronuncia, reduciendo la brasa a cenizas.

Se marcha, sin molestarse en mirar atrás.

Alessandro

Observo fijamente a la terraza interior a través del parabrisas de mi SUV, buscando el vestido verde entre la pequeña multitud de gente que circula. He encendido el coche tres veces, para apagarlo minutos después.

Me dijo que me ama. Casi me mata dejarla allí después de escuchar esas palabras. No tiene por qué ser así. Felix puede encontrar fácilmente un asesino a sueldo que pueda encargarse de Pisano, y nadie podría relacionar su muerte conmigo. Puedo llamarlo ahora mismo, luego volver a la fiesta y llevarme a Ravenna conmigo.

Sin embargo, la bestia que me ha estado carcomiendo el alma estos últimos ocho años hinca sus dientes más profundamente en mi piel, exigiéndome que ejecute yo mismo la sentencia de muerte de Rocco. Anhela la sangre que le prometí hace tanto tiempo, y no tolerará una sustitución.

Acepté mi destino, pero no puedo obligarme a marcharme. Todavía no. Tengo que asegurarme de que Ravenna llegue a casa sana y salva, y solo entonces dejaré que la bestia reciba

lo que se le debe.

El rugido de un vehículo que se aproxima llega hasta mí, haciéndose más fuerte a medida que se acerca. No es un automóvil, el ruido del escape es estridente y demasiado agudo. Miro hacia el otro extremo del camino de entrada, donde una gran moto negra se detiene.

Saco mi arma de la funda del hombro, salgo del coche y atravieso a toda prisa el camino de entrada mientras la nieve cruje bajo las plantas de mis pies.

—¿Qué haces aquí? —bramo mientras me detengo frente al motociclista.

Drago Popov levanta la visera de su casco y me mira fijamente.

—Ajustando cuentas.

—Teníamos un trato. —Levanto mi pistola y la apunto a su cara—. Márchate. Ahora.

—Nuestro trato, Zanetti, solamente aplica a Rocco Pisano. No a los otros que estuvieron involucrados en el asesinato de mis hombres. Y mi información dice que tres de ellos están adentro en este momento.

Varias motos más se acercan a gran velocidad por detrás. Me doy la vuelta y mi mirada se dirige hacia la terraza cubierta de cristal, donde los invitados siguen bebiendo. En la carretera, más allá de la reja de hierro que rodea la casa, dos motos se detienen. En mi interior crece un mal presentimiento que luego se transforma en un pánico desgarrador. Ya estoy corriendo por el camino de entrada cuando los motociclistas sacan sus armas y empiezan a disparar a través de las paredes de cristal.

Los gritos de la gente se mezclan con el sonido de los disparos. En mi mente, sin embargo, todo se convierte en un solo zumbido estridente. Me taladra directamente el cerebro, hasta el punto de que siento que me va a estallar la cabeza.

Para cuando llego a las paredes destrozadas de la terraza de cristal, los disparos han cesado y son sustituidos por el estruendo de las motos que se alejan a toda velocidad. El aire se llena de gritos y chillidos.

Hay trozos de cristal por todas partes, así como mesas y sillas volcadas. Los cuerpos de dos hombres están en el suelo, rodeados de dos charcos de sangre. Reconozco enseguida a estos tipos como matones a sueldo que vi con Rocco en una ocasión. Otro matón está tirado sobre la mesa del *buffet.*

Recorro frenéticamente a los invitados acurrucados en el suelo detrás de las mesas volcadas. Aquí hay por lo menos treinta mujeres, ¡pero a *ella* no la veo!

Vestido blanco. Rosa. Negro. Negro otra vez. Amarillo. Pero no verde. ¿Dónde está? Empiezo a correr, pisando las manos, los pies, las piernas de la gente. Me importa un carajo. Un hombre se me acerca, jalándome del brazo. Lo agarro por la chaqueta, lo lanzo sobre uno de los asientos que sigue en pie y continúo mi búsqueda maniática. Rojo. Negro. Oro. Me detengo en medio de la habitación intentando calmarme. Y fracasando.

—¡Ravenna! —rujo a todo pulmón.

El ruido de fondo de lamentos y gritos histéricos se detiene bruscamente y decenas de ojos voltean a mirarme. Al otro lado de la habitación, una cabeza parcialmente oculta de cabello negro enredado asoma la cara desde detrás de una mesa que está apoyada sobre un costado.

—Estoy bien —pronuncia Ravenna y se levanta.

Por Dios, maldita sea. Parece ilesa, pero necesito asegurarme. Corro hacia ella, sin importarme la gente que hay en mi camino. En cuanto llego a Ravenna, la agarro por debajo de los brazos y la levanto por encima de la mesa para colocarla frente a mí. Cuando sus pies tocan el suelo, recorro sus brazos y su parte frontal con mis manos y luego le doy la vuelta para

examinarle la espalda.

—Alessandro —murmura.

—¿Te golpeó algún cristal? —pregunto mientras le examino la nuca—. Déjame ver tus piernas.

—Estoy bien.

La volteo hacia mí, me arrodillo y le examino las pantorrillas con mis manos. No podré respirar hasta que no la haya revisado completamente. Levanto su pie izquierdo y le quito su reluciente tacón negro. Puede que se haya metido algún fragmento.

—No hay nada en mi zapato, Alessandro.

Sacudo la cabeza y paso al otro tacón, quitándoselo también, y luego deslizo mi mano por la suela. Cuando termino mi inspección y por fin mi cerebro capta que está ilesa, mis manos comienzan a temblar. Me invade una extraña sensación, una infinidad de emociones diferentes. Es como si alguien me hubiera vaciado en el pecho un cartucho lleno de balas de alto calibre. Miedo y rabia. Alivio. Culpa.

Los muros de mi fortaleza de piedra tiemblan como nunca antes, el estruendo ensordecedor invade mi mente. *«Ella pudo haber muerto»*. El trueno retumba, el sonido es tan potente que estoy convencido de que puedo sentir sus vibraciones en mis huesos. *«Pude haberla perdido»*.

Imagino a Ravenna, su cuerpo cubierto de sangre tendido sobre fragmentos de cristal en el suelo. Si no estuviera ya de rodillas, estoy seguro de que lo estaría ahora. La bestia sedienta de sangre que anhela venganza grita de angustia, retirando sus garras a medida que el yugo de ocho años se desvanece. Lo que queda de mi fortaleza de venganza se tambalea, sus antes imponentes piedras se derrumban antes de estallar finalmente en una nube de polvo muy fino.

—¿Alessandro? —La mano de Ravenna se posa en mi hombro, apretándolo ligeramente.

Rodeo sus piernas con mis brazos y apoyo mi frente contra su cintura, atrayéndola hacia mí. La próxima vez que vea a ese hijo de puta de Popov, voy a aniquilarlo.

El llanto y los gemidos que nos rodean me llegan por fin. Junto con el sufrimiento, capto los murmullos suaves del nombre de Ravenna junto con el mío. No han pasado más de cinco minutos desde que alguien les disparó, y la gente ya comenzó a chismear. Todos se pueden ir al infierno.

Siento un toque en la mejilla cuando Ravenna toma mi cara entre sus manos y me levanta la cabeza.

—Pensé que habías dicho que ya te ibas.

Sí, así fue. Hasta que escuché esos disparos y me imaginé que uno le daba a ella. La llevaré conmigo, y si para asegurarme de que esté a salvo tengo que dejar que alguien más asesine al maldito Rocco Pisano, que así sea.

—Lo haremos. —Me levanto y la tomo entre mis brazos, presionando mi boca contra la suya.

Los brazos de Ravenna se aprietan con fuerza alrededor de mi cuello mientras me devuelve el frenético beso, compartiendo mi aire. La aprieto aún más contra mi pecho.

A nuestro alrededor resuenan jadeos y gritos, pero los ignoro, completamente concentrado en Ravenna entre mis brazos.

—Te amo, Ravi —confieso sobre sus labios—. Siento haber tardado tanto en entrar en razón. Si quieres que me arrodille aquí delante de ti y te pida perdón, lo haré. Pero, por favor, ven conmigo.

—Siempre. —Me abraza con más fuerza por el cuello—. Y a cualquier lugar.

Vuelvo a besarla y me dirijo hacia la entrada. La gente, con cara de asombro, nos observa

mientras yo me muevo entre los muebles esparcidos y los cristales, atravesando las paredes destrozadas de la terraza hasta mi coche estacionado en la entrada. Todos sacuden sus cabezas y murmuran entre ellos, pero a mí me importa una mierda.

Ravenna

Cuando llegamos a su auto, Alessandro me coloca en el asiento del pasajero y se quita la chaqueta del traje, poniéndomela alrededor de los hombros.

—Debimos haber tomado tu abrigo. —Ajusta los lados de la chaqueta para que me cubran el pecho. Parece como si estuviera obsesionado con mantenerme abrigada.

—Estoy bien. —Estiro una mano y le acaricio suavemente la mejilla.

Alessandro asiente y rodea el cofre para ponerse al volante, pero en lugar de arrancar el motor, se inclina hacia delante y toma mi cara con su mano.

—¿Estás segura de esto, Ravi?

Sus ojos buscan los míos como si esperara que refute mi convicción previa. Sé que tiene que matar a Rocco, y no me importa cuánta gente nos perseguirá cuando lo haga. Iría con él hasta el fin del mundo.

—Sí. —Respiro.

La intensa atención de Alessandro no me abandona mientras toma el teléfono y llama a alguien.

—Felix —dice cuando se conecta la llamada—. Necesito un francotirador. El objetivo está en un hospital de New York. Está muy bien vigilado, así que hay que encargarse de él con un disparo de francotirador a través de una ventana. Te enviaré las coordenadas y un croquis del lugar adecuado que encontré. Tiene una vista directa al blanco.

—¿Me estás tomando el pelo, Az? —grita una voz malhumorada al otro lado—. Que yo sepa, *tú* eres un maldito francotirador que domina los rifles de largo alcance, y ya estás ahí.

Alessandro toma mi barbilla entre sus dedos y se inclina hacia delante, presionando sus labios contra los míos.

—Si lo hago yo mismo, alguien a quien amo estará en peligro —explica contra mis labios.

Mi corazón deja de latir. Levanto una mano temblorosa y la poso sobre la mejilla de Alessandro.

—¿Qué pasó con tu plan? —pregunto—. Has pasado años tramando tu venganza. Estoy segura de que soñabas con llevarla a cabo personalmente.

—Así era. Sin embargo, ahora tengo otros sueños. —Arroja el teléfono sobre el tablero. El hombre al otro lado de la línea sigue hablando, pero Alessandro continúa—: Y todos giran en torno a ti, Ravi. No me arriesgaré a ponerte en peligro haciendo que Ajello venga tras de mí. Ninguna venganza lo vale.

Se me escapa una lágrima, pero esta vez es de felicidad, no de tristeza. Sé lo que su venganza significa para él, y ahora la está dejando pasar.

—Me habría ido contigo a pesar de todo —musito.

—Nunca lo habría permitido. Lo que siento por ti es más grande que cualquier cosa que haya sentido antes, Ravenna. Es como una hermosa llamarada que me consume, iluminando una oscuridad que se ha albergado en mi alma durante tanto tiempo. Y quiero permanecer en esta luz para siempre, si me lo permites.

Trago saliva y asiento con la cabeza.

—Te llevaré de vuelta a la mansión. Empacarás tus cosas. Solamente lo esencial. Y llamarás a tu mamá y le pedirás que haga lo mismo.

—¿Llevaremos a mamá y a Vitto con nosotros?

—Sí. Todos nos iremos esta noche. Tengo que deshacerme de algunas cosas antes de que podamos irnos, y me llevará unas horas.

—De acuerdo.

Alessandro aparta su mano de mi cara y arranca el auto. Cuando sale de la entrada, mira mis manos entrelazadas sobre mi regazo, luego coloca su mano sobre mi muslo y engancha su meñique con el mío.

Estamos a medio camino de la mansión cuando Alessandro toma una curva, en dirección al norte. No comento el cambio de dirección, pero sigo observando su perfil mientras acaricio su palma con la punta de mi dedo.

Poco más de media hora después, gira a la izquierda y se dirige a una calle que lleva a un cementerio. Atravesamos las puertas, estaciona la camioneta junto a una zona de tumbas y voltea a mirarme.

—Tengo que hacer una parada rápida. —Acerca mi mano a su boca y me besa en el centro de la palma—. ¿Quieres venir conmigo?

—Sí. Pero únicamente si *tú* quieres —respondo en voz baja.

—Sí quiero —afirma.

Salimos del vehículo, Alessandro toma mi mano y me lleva por el ancho camino de grava que atraviesa el cementerio. Veo nuestros dedos entrelazados, un poco nerviosa por lo que estoy segura que estamos a punto de afrontar. Ninguno de los dos dice una palabra mientras seguimos unos estrechos senderos hasta llegar a la lápida de mármol blanco. Junto a ella hay un árbol pequeño de abedul, cuyas delgadas ramas desnudas acentúan la tristeza del lugar. Miro fijamente su tronco blanco, sin atreverme a mirar directamente a Alessandro por miedo a ver el arrepentimiento en su rostro. Sin embargo, todavía puedo verlo de reojo mientras estira la mano libre y acaricia la superficie de la lápida.

Me suelta la mano y sus dedos se separan de los míos. Cierro los ojos un momento y respiro profundamente. ¿Qué veré cuando los abra? ¿Me dirá que cambió de opinión?

Me armo de valor y abro los ojos para afrontar la verdad.

Alessandro está a mi lado, deshaciendo el nudo del cordón de cuero que rodea su muñeca izquierda. Cuando termina, coloca el cordón con el dije del osito sobre la lápida y vuelve a tomar mi mano.

—Adiós, Natalie. —Se despide con voz áspera, luego se inclina y me da un beso en la cabeza —. Vámonos, nena.

*** * ***

Los dígitos del reloj de la cómoda marcan las diez y media, reflejándose en el cristal y ocultando la noche.

Hay una pequeña mochila en el suelo, apenas medio llena. No quiero llevarme nada comprado con el dinero de mi esposo, así que solo empaqué un par de *leggings*, algunos *tops* y algo de ropa interior. Rocco tiró a la basura todo lo demás que me traje a esta casa. Como no tengo una chaqueta mía, únicamente los costosos abrigos que elige Rocco, me pongo la chaqueta del traje de Alessandro.

Cuando escucho pasos en el pasillo, salto de la cama, agarro mi teléfono y mi mochila y salgo corriendo por la puerta. El pasillo está a oscuras, la única luz procede del candelabro que hay sobre el rellano de la escalera al fondo, su resplandor ilumina la figura que hay unos pasos delante de mí.

El bolso y el teléfono se me escapan de las manos y caen al suelo con un ruido sordo, mientras el pánico estalla en mi pecho.

—¿Vas a alguna parte, *Bellissima*?

Me quedo paralizada, incapaz de moverme como si alguien me hubiera pegado los pies al suelo. Ni siquiera puedo hablar.

—Recibí una llamada hace un rato. —Rocco da un paso adelante—. Sobre un almuerzo en el que, al parecer, mi esposa estaba besando a su guardaespaldas. No puede ser verdad, ¿cierto?

No puedo forzar las palabras a salir de mi boca, lo único que puedo hacer es quedarme allí observándolo fijamente mientras el terror inunda mi cuerpo. Rocco levanta el brazo y me golpea en la cara con tanta fuerza que acabo estrellándome contra la pared.

—¡Puta de mierda! —Rocco ruge y me rodea el cuello con su mano izquierda—. ¡Te voy a matar, joder! Y luego encontraré a ese mentiroso hijo de puta y lo despellejaré vivo.

—Se ha ido. Y no va a volver —suelto entrecortadamente cuando por fin escapo de mi aturdimiento y agarro su muñeca, intentando zafarme de su mano, pero sin conseguirlo.

«No puedes luchar contra mí con fuerza». La voz de Alessandro suena en mi cabeza.

Me muevo y agacho la cabeza bajo el brazo de Rocco, girando todo mi cuerpo en un movimiento rápido. Pierde su agarre, sus dedos resbalan de mi garganta, y yo corro. Mi habitación está cerca, así que entro corriendo y lanzo mi peso contra la puerta, intentando cerrarla. Sin embargo, Rocco me pisa los talones y la abre de una patada. Me empuja bruscamente hacia atrás y casi pierdo el equilibrio. Sin otro lugar a donde ir, me doy la vuelta para correr hacia el baño, pero un dolor me atraviesa la cabeza cuando me jalan violentamente desde atrás. Grito.

—Me encanta cuando intentas pelear, zorra. —Rocco se ríe mientras me jala del cabello.

Levanto las manos para sujetar su puño en mis hebras. Su agarre me duele tanto que se me salen las lágrimas, pero me obligo a doblar y girar el cuerpo como me enseñó Alessandro. Rocco grita cuando se le tuerce la muñeca, pero sigue sujetándome la cabellera. Incluso con una sola mano, su tamaño y su fuerza aplastan mis intentos de escapar.

«Tienes que atacar los puntos débiles».

Miro la mano derecha de Rocco, agradecida de que al menos no tenga que preocuparme por un golpe mientras me sujeta la melena. Su mano lesionada sigue envuelta en una gruesa capa de vendas y la mantiene alejada del cuerpo, protegiéndola. La golpeo con mi antebrazo, poniendo toda la fuerza que puedo en mi golpe. Rocco aúlla, soltándome el cabello, y se lleva su mano herida al pecho, casi cayendo hacia adelante al hacerlo.

Correr. Necesito escapar. Al baño, pero es un callejón sin salida y no tiene cerradura para

impedirle entrar. Me doy la vuelta, esquivo a Rocco y salgo corriendo de mi habitación. En el pasillo, recojo mi teléfono y mi mochila y corro hacia la escalera.

Capítulo 20

Alessandro

La maldita compuerta levadiza no cierra.

Vuelvo a subirla y muevo los contenedores de combustible a un lado para poder colocar la bolsa negra que contiene el regalo de Felix. Uno de sus chicos lo trajo la semana pasada y me ayudó a guardarlo en la nevera de la parte trasera del almacén. Ya no me sirve de nada y tendremos que hacer una parada en algún lugar apartado donde pueda quemarlo.

Ya vacié mi apartamento de todo lo que pudiera relacionar mi pasado con Rocco Pisano. Cuando la gente se dé cuenta de que Ravenna y yo nos hemos marchado, y su marido aparezca muerto poco después, no quiero que nadie pueda relacionar ambos sucesos. Las posibilidades de que la *Cosa Nostra* localice al francotirador contratado por Felix son casi nulas, pero no quiero dejar cabos sueltos.

La compuerta levadiza finalmente se cierra correctamente. Vuelvo a echar un vistazo al almacén vacío para asegurarme de que no se me ha pasado nada por alto, luego meto la mano en mi bolsillo y saco una baraja de cartas. Las cartas están envueltas por una banda elástica, con los bordes amarillentos y deshilachados por el paso del tiempo. Es la misma baraja que mi padre utilizaba para enseñarme a jugar póquer y una de las pocas cosas que conservo de mi infancia. Por alguna razón, nunca pude obligarme a tirarlas.

El timbre de mi teléfono rompe la quietud de la noche. Vuelvo a meter las cartas en mi bolsillo y me deslizo detrás del volante, tomando el teléfono del tablero. En la pantalla parpadea el nombre de Ravenna. Problamente se pregunta por qué tardo tanto. No puedo evitar sonreír al imaginármela de pie junto a la ventana, esperándome, así que mi pulgar se apresura a presionar la tecla para responder cuando me acerco el teléfono a la oreja.

—Él está aquí —susurra frenéticamente Ravenna a través de la línea.

Se me paraliza el cuerpo y se me hielan las venas.

Clic.

La llamada se corta.

—Ya voy, Ravi —pronuncio, aunque ella no pueda escucharme, y salgo disparado a la calle con el corazón en la garganta.

El almacén está a veinte minutos de la mansión Pisano. Piso el acelerador a fondo, ignorando la aguja que sube hasta casi doscientos en el marcador, e intento tragarme la oleada de pánico que me invade. Los vehículos con los que me cruzo no son más que un destello de luz, en un momento están ahí y al siguiente desaparecen. Cuanto más me acerco, más miedo siento al imaginar lo que ese hijo de puta podría estar haciéndole a Ravenna. Saber que la vida de la mujer que amo depende de que mantenga la calma, es lo único que me impide perder la cabeza por completo.

Me detengo y me estaciono fuera de la vista de la caseta de vigilancia. Es probable que Rocco haya dado órdenes de detenerme si los guardias me ven llegar, y no puedo arriesgarme a que le avisen a su jefe de mi llegada. Extraigo un juego de cuchillos para lanzar que guardo escondidos bajo el asiento y salgo del vehículo.

Observo la zona y veo a un guardia frente al portón, con una M16 colgada a la espalda. El otro está dentro de la caseta, vigilando los monitores. Me escabullo de árbol en árbol hasta que estoy lo bastante cerca para lanzar uno de mis cuchillos. Se clava en el cuello del tipo del portón, que cae de rodillas. Su compañero de la caseta salta de su asiento y corre hacia el exterior. Le lanzo dos cuchillos. El primero acaba en su pecho, y el otro justo debajo de su manzana de Adán. Me detengo el tiempo suficiente para rebanarles el cuello y recuperar mis cuchillos, y vuelvo sobre mis pasos para encargarme de los tres tipos colocados fuera del muro del perímetro. Manteniéndome alejado de las cámaras a lo largo del límite de la propiedad, mato a los hombres de Rocco uno tras otro, atravesándoles la cabeza con una bala. El silenciador de mi arma asegura que nadie en la mansión se entere.

La luz del vestíbulo está encendida, pero no parece haber nadie alrededor. Corro hacia las escaleras cuando un gran estruendo resuena en algún lugar a mi derecha. Cambio de dirección y corro hacia el ala este de la casa y la cacofonía de los cristales rompiéndose.

—¡No veo la hora de ponerte las manos encima, zorra! —Los gritos de Rocco vienen de la cocina—. ¡Te mataré con mis propias manos!

Me apresuro a entrar.

Rocco está en medio de la habitación, con una pistola en la mano izquierda, pero al menos no la empuña en este momento. A su alrededor hay platos y vasos destrozados. Ravenna está en el mostrador de la cocina, de espaldas a la pared, pero de frente al bastardo, con un cuchillo de cocina en la mano derecha y una copa de vino en la izquierda. Su cabello enredado cae sobre su rostro mientras mira fijamente a Rocco con una mezcla de miedo y determinación en sus ojos, dispuesta a lanzarle la copa de vino.

Siento orgullo en mi pecho al verla, tan pequeña y aterrorizada, pero enfrentándose a su agresor y dispuesta a luchar por sí misma. Sin embargo, ahora estoy aquí, y nunca más tendrá que defenderse de nadie. Ravenna levanta la cabeza y su mirada se encuentra con la mía. Su cabello se desliza fuera de su cara, revelando una enorme marca roja en su mejilla izquierda.

He escuchado varias veces el término furia ciega, no obstante, nunca la había experimentado yo mismo. Hasta este momento. Comienza como una calma absoluta, entonces la furia y el rencor estallan como una supernova, llenando cada fibra de mi ser. Doy un paso adelante, colocándome detrás de Rocco, y le rodeo el cuello con el brazo derecho mientras le agarro la muñeca izquierda con la mano que tengo libre. Mis ojos se clavan en los de Ravenna a la par que aprieto la extremidad de Rocco con todas mis fuerzas. La pistola se le cae de la mano mientras se sacude contra mi agarre, intentando liberarse. Paso mi otro brazo por detrás de su cuello, atrapando su cabeza en un estrangulamiento por detrás. Es un movimiento táctico muy eficaz que me permite presionar ambos lados de su cuello al mismo tiempo. Puedo sentir su respiración agitada cuando él lucha por respirar, su cara adquiere un repugnante tono púrpura, pero ningún sonido penetra en mis oídos. Unos segundos más y está acabado.

Demasiado fácil. Y demasiado rápido.

Por alguna razón, pienso en la vieja baraja de cartas que llevo en el bolsillo y mis labios esbozan una sonrisa. Lo suelto y dejo que el cuerpo inerte de Rocco Pisano caiga al suelo.

Ravenna

La expresión en el rostro de Alessandro, mientras observa a Rocco que está inconsciente en el suelo, es realmente extraña. Parece estar controlado, pero su mirada es simplemente salvaje. Sus ojos encuentran los míos, y la ferocidad que había en ellos se disipa, reemplazada por la preocupación.

—¿Ravi, nena? —Se acerca a mí y se detiene—. ¿Estás bien?

—Sí —contesto. Me tiembla la voz y las piernas, pero es por la adrenalina.

Alessandro da otro paso y se pone en cuclillas frente a mí.

—No voy a lastimarte, Ravi.

—¿Por qué habría de pensar que me harías daño? —murmuro confundida—. ¿Y por qué te pones en cuclillas?

—Intento parecer menos intimidante ante tus ojos, nena.

—Me pareces igual de intimidante cuando estás de pie y… así. O sea, para nada.

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

—¿Te importaría soltar el cuchillo si es así?

Veo hacia abajo y me doy cuenta de que sigo agarrando un cuchillo de carnicero con la mano extendida.

—*Oh*… lo siento —expreso y bajo el brazo.

—¿Puedo abrazarte? ¿Por favor? —inquiere mientras sus ojos buscan los míos.

Tiene la cara tensa y la mandíbula apretada, como si intentara contenerse. Su forma de actuar y su pregunta me desconciertan por un momento, pero entonces caigo en cuenta. Teme que esté en estado de *shock* y que también lo considere una amenaza. Qué bobo. Tiro el cuchillo al suelo y poso mi mano en su mejilla.

—Sí —respondo.

Alessandro se pone de pie de un salto, abrazándome y levantándome del suelo.

—Lo lamento —suelta contra mi boca mientras me aprieta contra su cuerpo con tanta fuerza que apenas puedo respirar—. Debí haber estado aquí.

—No pasa nada. Tuve la oportunidad de probar esos movimientos que me enseñaste —musito y le muerdo el labio inferior.

—Nunca más necesitarás usar esos movimientos mientras yo viva, Ravi. Te lo juro por mi vida. —Su boca recorre mi barbilla hasta el moretón que tengo en un costado de la mejilla. —¿Empacaste?

—Sí.

—Nada más necesito terminar algo y nos iremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien. —Me baja lentamente al suelo, luego se inclina y toma mi cara entre sus manos—. Espérame aquí hasta que vuelva por ti. Por favor.

Asiento con la cabeza.

Alessandro me da otro beso en los labios y se dirige a Rocco. Agarra a mi esposo por detrás

de la chaqueta y lo saca a rastras de la cocina. Espero junto al mostrador unos segundos y me apresuro tras ellos.

Atravieso corriendo el vestíbulo hasta la oficina y me asomo por la puerta abierta. Rocco sigue inconsciente mientras Alessandro lo coloca en una de las grandes sillas barrocas junto a la pared, justo debajo de una gran pintura al óleo. Rocco encargó esa obra poco después de nuestra boda. La escena es la de un grupo de hombres sentados en una mesa cubierta por un mantel, jugando a las cartas sobre una superficie blanca e inmaculada. De alguna manera perturbadora, me recuerda a *La última cena* de Da Vinci.

Alessandro mueve la mesita de centro frente a Rocco y agarra otra silla de un rincón de la habitación. La coloca al otro lado de la mesa, frente a Rocco.

—Es hora de despertar, Pisano —dice Alessandro mientras toma asiento y coloca su arma sobre la superficie de la mesa.

Rocco abre los ojos. Por un momento se limita a mirar fijamente a Alessandro y luego se levanta de un salto de la silla, con la mano izquierda tratando de alcanzar la pistola.

Alessandro es más rápido. Le arrebata el arma y dispara una bala en el muslo de Rocco.

—Eso te mantendrá sentado.

Rocco cae de nuevo sobre la silla, gritando con todas sus fuerzas. Alessandro ignora sus lamentos y vuelve a dejar la pistola sobre la mesa. Con calma, mete la mano en su bolsillo y saca una baraja de cartas.

—¡Te voy a matar, maldito mentiroso pedazo de mierda! —ruge mi esposo entre sollozos, con la saliva volando frente a él. Tiene la cara roja, ya sea de rabia o de dolor.

—Sé que te gusta jugar con apuestas elevadas. —Empieza a decir Alessandro mientras baraja las cartas—. Como esta vez no tenemos piedras bonitas a la mano, jugaremos por algo más. ¿Qué tal partes del cuerpo?

A Rocco se le encienden los ojos. Se reclina en la silla, observando fijamente a Alessandro, y la expresión de sorpresa en su rostro se transforma en miedo.

—¡Déjame ir! —suplica Rocco—. Déjame ir, y no le diré nada a Ajello. Pero si me haces daño y el Don se entera, estás acabado, Zanetti.

—Me importa un carajo. Te atreviste a tocar a alguien a quien amo, así que pagarás por eso, sin importar las consecuencias.

Me muerdo el labio inferior. Decidió vengarse después de todo. Probablemente por eso me pidió que me quedara en la cocina. Para que no me enterara.

—¡Es mi esposa, hijo de puta! —Estalla Rocco. Obviamente dedujo que Alessandro se refería a mí y no a su difunta esposa.

—¿Te refieres a tu futura viuda? —Alessandro ladea la cabeza y empieza a repartir las cartas —. Sí. Estoy enamorado de tu futura viuda desde el día en que entré a tu casa. Ahora, cállate y juega. O puede que decida joderte la otra mano y entonces no podrás sostener nada.

Presiono mi mano temblorosa sobre mis labios. Está haciendo esto por mí. Las últimas dudas que aún quedaban en mi corazón se desvanecen y me permito creer que los sueños que tuve alguna vez y que creí reducidos a cenizas, se harán realidad.

Acomodando bien los costados de la chaqueta del traje de Alessandro a mi alrededor, me acerco sigilosamente, pero me escondo de su vista detrás de uno de los libreros. Me gustaría correr hasta allá y besarlo, aunque no me atrevo a distraerlo y arriesgarme a que Rocco tome el arma.

Pensé que el póquer solamente se podía jugar con tres o más personas, pero parece que me

equivoqué. Alessandro reparte dos cartas para cada uno, boca abajo, y luego coloca tres más sobre la mesa, boca arriba.

—¡Me retiro! —espeta Rocco después de mirar sus dos cartas.

—En mi juego no puedes retirarte, Pisano —responde Alessandro mientras pone otras dos cartas boca arriba sobre la mesa—. También nos saltaremos uno o dos pasos para ahorrar algo de tiempo. Ahora, veamos qué tenemos.

Rocco se queda mirando las cartas y luego desvía su mirada hacia el arma. Puedo ver en sus ojos el momento en que decide tomarla. Su cuerpo se pone rígido mientras se inclina ligeramente hacia delante. Abro la boca para advertírselo a Alessandro, mas no hace falta. La mano de Alessandro se dispara hacia la derecha, agarrando el arma. Al instante siguiente, un disparo atraviesa el aire.

Mi marido grita y presiona su mano sobre su hombro que está sangrando.

—¿Te duele? —pregunta Alessandro mientras baja el arma, pero Rocco sigue lloriqueando.

—Te pregunté, Si. Te. Duele. —Alessandro se inclina sobre la mesa y rodea con sus dedos la mano vendada de Rocco.

El sonido que sale de los labios de Rocco es más parecido al de un animal que al de un ser humano.

—¡Sí!

—Me alegro. Continuemos.

Permanezco oculta tras el librero y observo mientras juegan tres rondas más. Cada una concluye con una bala en el cuerpo de Rocco. Su bíceps derecho. El pie izquierdo. El otro muslo. El charco de sangre se extiende alrededor de la silla de mi marido. Apenas es capaz de sentarse derecho. Incluso sus sollozos han perdido su ímpetu abrasador, escuchándose apenas un quejido de vez en cuando. El tiempo parece extenderse en un lapso interminable, aunque solo han pasado cinco minutos.

Alessandro vuelve a repartir las cartas. Rocco se tambalea en la silla y luego cae hacia delante, golpeándose la cabeza contra la superficie de madera de la mesa. Las cartas se desparraman y caen al suelo una a una. Alessandro toma la pistola y agarra a mi marido por el cabello, alzándole la cabeza.

—Se acabó el juego, hijo de puta. —Dispara el arma y la bala impacta en el centro de la cara de Rocco.

La sangre y los sesos salen volando por la parte de atrás, cubriendo todo en un horrible revoltijo.

Alessandro suelta la cabeza de Rocco, que vuelve a caer sobre la mesita de madera. La última carta que queda sobre la mesa se desliza hacia abajo y gira lentamente en el aire antes de aterrizar sobre el charco de sangre junto al pie de Alessandro. El as de corazones.

Abandono mi escondite tras el librero y doy un paso hacia la habitación. Alessandro levanta la vista y su cuerpo se detiene bruscamente en cuanto me ve. La parte frontal de su camisa está salpicada de sangre, y también tiene sangre en su rostro y en la mano derecha.

—¡Jesucristo, Ravi! ¿Cuánto tiempo llevas ahí parada?

—Desde el inicio. —Doy otro paso adelante y corro hacia él.

Cuando llego hasta él, salto a sus brazos, sabiendo sin duda que me atrapará. Y lo hace. Envuelvo su cabeza con mis brazos, mis dedos rozando frenéticamente su cabello corto, y golpeo mi boca contra la suya.

—Te amo —susurro contra sus labios.

Me aprieta tanto contra su pecho que me cuesta respirar.

—No creo que amor sea un término lo bastante fuerte para describir lo que siento por ti, Ravi —dice entre los besos—. Ojalá pudiera encontrar las palabras para describirlo. Es como una hermosa llama que envuelve mi corazón, que se ha transformado en una auténtica y ardiente locura. Todo lo demás es insignificante ante su luz.

—Entonces ardamos juntos —pronuncio y raspo con mis uñas la piel de su cuello.

Un sonido estruendoso sale de la boca de Alessandro mientras me carga por la habitación y me coloca sobre el gran escritorio del centro. Me quita la chaqueta de los hombros y procede a arrancarme el resto de la ropa hasta dejarme completamente desnuda sobre el escritorio.

—Tan hermosa. —Coloca su mano alrededor de mi cuello, acariciando la piel con su pulgar, y siento que me mojo al instante—. Y únicamente mía, al fin.

Mantiene su palma en mi garganta mientras su otra mano recorre mi frente, la punta de su dedo traza una línea recta por mi pecho y estómago, y luego la desliza hasta mi sexo. Un jadeo sale de mis labios cuando enrosca el dedo en mi interior.

—¿Qué se siente ser solo mía, Ravenna? —indaga mientras me aprieta ligeramente el cuello.

Respiro profundamente y me inclino hacia delante, maravillada por la sensación de su mano apretándome el cuello.

—Como si por fin fuera libre.

Las profundidades azul oscuro de Alessandro se clavan en las mías cuando retira su dedo de mi coño y se lleva la mano a la boca. Su mirada no se desvía mientras lame mis jugos de su piel.

—Cada vez que te pruebo, tu néctar es más dulce —halaga, mirándome como una bestia hambrienta que se prepara para atacar—. Me cuesta mucho decidir si quiero tenerte primero con mi polla o con mi boca.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Pongo mis manos en el cuello de su camisa ensangrentada y jalo. Los dos botones de arriba caen al suelo mientras su mano se desliza de nuevo hasta mi centro, provocándome en la entrada. Vuelvo a jalar su camisa, arrancándole otro botón y revelando más de su pecho cubierto de tinta. Como respuesta, me aprieta el cuello un poco más y desliza la punta de su dedo dentro de mí.

Es extraño ir tan despacio cuando hasta ahora todos nuestros encuentros habían sido explosivos. Aun así, disfruto de la expresión de autocontrol en el rostro de Alessandro. Veo el frenesí apenas controlado en sus ojos, y sé que está luchando por no atravesarme con su polla inmediatamente.

Cae otro botón y su dedo se desliza un poco más adentro.

—Parece que disfrutas torturándome, Ravi —gruñe.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios.

—Veo que me sigues el juego.

Su dedo entra hasta el fondo, haciéndome jadear. Me tiemblan las manos cuando desabrocho los dos últimos botones y me dirijo a la cremallera de sus pantalones.

—Necesito que vayas más deprisa, Ravi, nena —pronuncia mientras presiona su pulgar sobre mi clítoris—. O voy a volverme loco.

—Eso es algo que me encantaría presenciar —expongo mientras le bajo los pantalones por las caderas.

Un gruñido sale de los labios de Alessandro. Su dedo desaparece de mi coño en un instante y su mano suelta mi cuello. Suelto un grito de frustración, que se transforma rápidamente en un chillido cuando me agarra por la cintura y me da la vuelta.

—Dobla las piernas, nena, y arrodíllate sobre el escritorio —ordena mientras cuelgo en el aire.

Puede que sea bajita, pero desde luego no soy esquelética, y la forma en que me sujeta como si fuera una muñeca me moja tanto que me da pena. Pero asiento con la cabeza y hago lo que me dice mientras me baja lentamente hasta la superficie del escritorio.

—Inclínate hacia delante y abre las piernas para que pueda ver mejor ese coñito tan dulce.

Bajo el pecho y aprieto la frente contra la superficie de madera, una corriente eléctrica recorre mi espalda por donde viaja la mano de Alessandro.

—Mira qué bien encajamos —susurra mientras su mano me rodea el cuello—. Respira profundamente, Ravi.

Me agarro al borde del escritorio e inhalo, y Alessandro se desliza dentro de mí. Su longitud me llena, estirándome casi hasta el punto de que no puedo más. Mis gemidos se transforman en gritos de éxtasis cuando empieza a mover lentamente las caderas.

Es una blasfemia. Estoy arrodillada sobre el escritorio de mi difunto esposo, siendo follada magníficamente por el hombre que lo asesinó. A pocos pasos del cuerpo aún caliente de nuestro enemigo.

No me importa. Que Dios me ayude, pero no me importa.

Mi cuerpo empieza a temblar, y cada vez que Alessandro me penetra con fuerza estoy más cerca del precipicio. La presión aumenta bajo su ritmo constante hasta que siento que me vuelvo totalmente liviana y exploto.

*** * ***

—La cámara… —advierto mientras Alessandro me carga hacia la escalera.

—No importa. No queda nadie vivo para ver la transmisión del vídeo.

Le rodeo el cuello con los brazos y beso su mandíbula.

—Entonces, ¿qué les pasó a los guardias de seguridad de la caseta de vigilancia?

Se detiene a mitad de la escalera y me mira.

—Representaban una amenaza para ti, así que han sido neutralizados. No me disculparé por ello.

Un hombre de pocas palabras. Con esa declaración, reanuda la subida de las escaleras.

Cuando llegamos a mi habitación, Alessandro me deja sobre la cama, se acerca al pie y se arrodilla en el suelo.

—¿Qué haces? —Parpadeo confundida.

—Abajo, era yo perdiendo el control. —Me rodea el tobillo con la mano y levanta mi pie hasta su boca, depositando un beso en mi planta—. Cierra los ojos, Ravi, nena.

Dejo que mis ojos se cierren y me concentro en sus suaves besos que me suben por la pierna.

—¿Y qué es esto? —susurro.

—Esto… —Pasa a la otra pierna y me besa también el arco del pie—. Este soy yo adorándote.

Las manos de Alessandro se deslizan lentamente por mis piernas, centímetro a centímetro, seguidas de sus labios que dejan caer pequeños besos a lo largo del recorrido, uno en la pierna derecha, luego en la izquierda, y el patrón se repite. Cuando llega a la parte interior de mis

muslos, noto que el colchón se hunde y él se sube a la cama.

—Mantén los ojos cerrados —ordena con su voz áspera—, y no mires.

Besa mi bajo vientre y me acaricia los muslos con las manos.

Me muerdo el labio inferior y aprieto la sábana con los dedos. Sus manos se deslizan hacia arriba, hacia mi coño, mientras su boca desciende al mismo tiempo. Besos y caricias. Besos y caricias. Me pregunto qué llegará primero a mi centro, si sus manos o su boca, y la dulce anticipación no hace más que aumentar mi excitación.

Sus labios presionan mi clítoris en el mismo instante en que sus dedos se acercan a mi entrada.

—Respira profundamente —añade.

Ni siquiera necesito hacerlo conscientemente, porque su boca se cierra alrededor de mi clítoris en el mismo momento en que su dedo entra en mí, y jadeo en busca de aire. La humedad se filtra entre mis nalgas mientras su cálida lengua me lame el clítoris, con movimientos fuertes pero lentos. Su dedo se desliza más adentro, poco a poco. Mi centro, ya de por sí sensible, me duele por la necesidad, por querer más, mas él es implacable. Es una dulce tortura. Lamidas pausadas y metódicas de su lengua, y luego otro dedo penetra en mi interior. Me tiemblan las piernas y mi sexo se aprieta. Suelto la sábana, en su lugar le agarro el cabello y atraigo su cabeza hacia mí.

Los labios de Alessandro presionan mi clítoris y empieza a chuparlo. Me recorren escalofríos por la espalda hasta la base del cráneo. Arqueo la espalda y gimo mientras aumenta la presión en mi interior.

—Por favor. —Jadeo—. Me volveré loca.

—No lo harás —murmura en mi coño y vuelve a lamerme el clítoris, mientras sus ásperos dedos entran y salen de mí, hundiéndose cada vez un poco más.

—¡Alessandro! —grito, perdiendo la compostura.

Me mete los dedos hasta el fondo y me chupa el clítoris con tanta fuerza que al momento estallo en mil pedazos.

Todavía estoy temblando debido a los efectos cuando lame mi centro por última vez y levanta su cabeza.

—No he terminado, Ravi, nena.

—¡¿Qué?! —exclamo.

Me da un beso rápido en el coño, se levanta y empieza a quitarse la ropa.

—¿Pensaste que mi boca sería suficiente? —Se arrastra sobre mi cuerpo y coloca los codos a cada lado de mi cabeza, inclinando su cabeza hacia mí y atrapándome en sus piscinas azul oscuro —. Nunca tendré suficiente de ti.

Su mirada no se aparta de la mía mientras desliza su polla dentro de mi centro derretido. Me estremezco.

—¿Sensible? —pregunta.

—Un poco.

Me rodea con el brazo y nos gira hasta que estoy encima de él. Giro las caderas lentamente, disfrutando de la sensación de tenerlo así debajo de mí. Su verga es enorme, me llena hasta el tope, y cada pequeño movimiento enciende cada una de mis terminaciones nerviosas. Me deleito cuando su mano sube por mi vientre y mi pecho hasta rodearme el cuello.

—Lo siento mucho —se disculpa repentinamente, con un tono de voz entrecortado.

—¿Por qué?

Alessandro no responde, simplemente me observa con una mirada extraña. Me inclino un poco hacia delante, y Alessandro levanta y me pone la otra mano en la mejilla.

—Te amo, Ravenna. Más que a nada ni a nadie que haya amado jamás —confiesa—. Por favor, recuérdalo.

No entiendo por qué suena tan… triste. Rocco ya no está. Por fin somos libres.

—¿Qué pasa?

—Nada, nena. —Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa—. Tan solo quería que lo supieras. Eso es todo.

Sigo montándolo, maravillada por la sensación de su cuerpo bajo el mío, mientras él sigue mirándome a la cara, con esa sonrisa triste dibujada en sus labios durante todo el tiempo.

Capítulo 21

Alessandro

Subo la manta para cubrir el hombro desnudo de Ravenna y me siento en el borde de la cama, con la mirada fija en el teléfono que tengo en la mano. Mientras estaba acostado junto a Ravenna, con su cabeza acurrucada en el pliegue de mi cuello, me pasaron por la cabeza varios escenarios. Ninguno de ellos era bueno, y cada opción parecía peor que la anterior. En el momento en que maté a Pisano, supe que la situación tendría únicamente dos salidas. O me entrego y pierdo mi propia vida, o huimos, pero, al final, Ravenna saldrá perjudicada por lo que hice.

Encuentro el nombre que busco en mi lista de contactos y marco. Es más de medianoche, pero él contestará. Nadie llama al Don a estas horas a menos que sea una emergencia.

—¿Qué ocurrió? —La voz de Salvatore Ajello se escucha a través de la línea.

—Rocco Pisano está muerto —respondo.

—¿Lo atraparon los serbios?

—No. Fui yo.

Llevo años trabajando directamente para el Don, y me conoce lo suficiente como para saber que no mataría a nadie sin una razón. Especialmente a un capo. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que lo hice sin su aprobación. Fui en contra del Don y traicioné a la Familia. El castigo por eso es la muerte. Y como probablemente ya sabe lo que pasó en el evento del almuerzo, incluyendo que Ravenna y yo nos besamos delante de todos, nos perseguirá a ambos.

Ajello permanece en silencio, lo que hace que el pánico aumente en mi pecho. Para mantener a salvo a Ravi, no me importaría matarlo a él también. Aunque no estoy seguro de que vaya a tener esa oportunidad.

—Por favor. —Cierro los ojos y aprieto el teléfono en mi mano—. Mi vida es tuya. Solo… solo deja ir a Ravenna.

—¿Se lo merecía? —pregunta.

—Se merecía mucho más de lo que le serví.

Otra pausa. Probablemente dura unos segundos, pero a mí me parecen siglos.

—¿Estás en casa de Rocco? —inquiere Ajello.

—Sí.

—¿El cuerpo?

—En su oficina.

—Está bien. Escúchame con mucha atención, Zanetti. Tienes cuatro horas para limpiar tu desastre, luego toma a tu mujer y desaparece antes de la hora cinco. ¿Entiendes?

¿Nos dejará ir?

—¿Entiendes, Zanetti?

—¿Por qué? —cuestiono.

—Salvaste la vida de mi esposa. Ahora, te obsequio la tuya, así quedamos a mano. Si te vuelvo a ver en mi ciudad, estás muerto.

—Nos iremos en cuatro horas.

—Bien. Asegúrate de cubrir bien tu rastro, porque si alguien te relaciona con este jodido desastre, daré luz verde a mis hombres para que vayan tras ustedes dos.

Desconecta la llamada, sin dejarme ninguna duda de que lo dice en serio.

Dejo el teléfono y lo observo fijamente mientras los engranajes de mi cerebro empiezan a girar. Un minuto después, marco otro número.

—Necesito otro cuerpo —suelto en cuanto Felix responde a la llamada.

—¡¿Qué?! ¿Estás demente? ¿Sabes qué hora…?

—Deja de hablar, Felix. Esto es una emergencia.

—¿De vida o muerte?

—Sí. Necesito un cuerpo femenino, cabello negro, veintitantos. El lugar de entrega es New York, te enviaré la dirección.

—Bien. Tendré algo para ti la próxima semana.

—Necesito que me lo entreguen en tres horas, Felix. Ni un minuto más. Y necesito un vehículo.

Corto la llamada y salgo corriendo de la habitación para buscar mi *laptop* y los planos de la mansión.

*** * ***

Planear un incendio doméstico que parezca una fuga de gas y borrar todas las evidencias de mi implicación en unas dos horas es casi imposible, pero no tengo elección. Aunque no se demuestre lo de la fuga de gas, no importará mientras crean que Rocco, Ravenna y yo morimos en el incendio.

Vuelvo a revisar los planos esparcidos por el suelo junto a la cama y luego miro a Ravenna. Sigue profundamente dormida.

—Haré que esto funcione, Ravi.

Tomo mi *laptop*, abro el *software* de videovigilancia y busco los archivos de información, encontrando la grabación de la cámara del portón que muestra mi coche cuando salí hoy temprano. El tiempo registrado es de poco después de las cuatro de la tarde. Edito el clip de medio minuto y lo cambio por un vídeo ficticio del portón cerrado. Luego, salto hasta el momento en que me escabullí y maté a los dos guardias de la caseta. También modifico esa parte, junto con algunas imágenes en las que las cámaras me grabaron matando al resto de los guardias.

Tardo casi dos horas en editar cada imagen comprometedora. Como ya tenía varios clips guardados de distintos momentos del día, fue cuestión de encontrar los adecuados y manipular las entradas del registro antes de unir las secuencias, obteniendo una grabación limpia y continua que nos muestra a Ravenna y a mí llegando a la mansión a media tarde, y a Rocco apareciendo a las diez y media. Una vez hecho esto, anulo todas las cámaras situadas entre la puerta principal y el portón para que muestren una imagen fija durante las siguientes dos horas.

La primera fase está terminada. Es hora de bajar a preparar el escenario para la fase dos.

* * *

El suave estruendo de los motores inunda la noche mientras saco los contenedores de combustible vacíos por la puerta principal. Unos segundos después, dos camionetas todoterreno negras doblan la curva del camino de entrada y se detienen cerca de los escalones de la entrada principal. La puerta del conductor del vehículo que lidera la marcha se abre y sale un hombre de casi cincuenta años. Mi amigo con la bolsa de cadáveres de la semana pasada.

—Otra entrega de Felix Allen —informa y se acerca para abrir la zona de carga del vehículo —. Mujer. Cabello negro. Murió de causas naturales. No pude conseguir una de veintitantos en tan poco tiempo, así que te toca alguien de treinta y tantos. Lo siento.

—Servirá. —Asiento con la cabeza. De todas formas, no quedará mucho del cuerpo para identificar. Si lo hay, haré que Felix haga su magia y altere los resultados de la prueba de ADN para mostrar compatibilidad.

—Dile a Felix que me debe una —agrega el hombre mientras me lanza las llaves del coche.

—Hay dos cadáveres junto al portón y tres más a lo largo del muro del perímetro. — Saco cinco diamantes de mi bolsillo y se los entrego—. ¿Puedes deshacerte de ellos por mí?

—Claro.

Veo cómo se aleja en el otro vehículo, luego saco la bolsa del cadáver del coche y me la echo al hombro.

Rocco y el cadáver del hombre de mi camioneta ya están colocados en la cocina. Puede que no sea el lugar ideal, pero el calefactor de gas natural está justo debajo, así que la cocina sufrirá los mayores daños cuando explote la calefacción. Añado el cuerpo de la mujer a la escena, recojo la bolsa para cadáveres y la llevo de vuelta al vehículo que trajo el chico de Felix. Meto los contenedores vacíos en el compartimento de carga y traslado las cosas del mío al todoterreno de repuesto. Cuando todo está hecho, arranco el vehículo y enciendo la calefacción, luego vuelvo al interior de la mansión a buscar a Ravenna.

Ravenna

—Ravi.

Abro los ojos y miro a Alessandro. Está arrodillado junto a la cama y, aunque parece cansado, sus ojos brillan en la penumbra.

—Es hora de irnos, nena. —Estira la mano y me roza la mejilla con el dorso—. Llevaré tu maleta al auto.

—¿Qué pasa?

Una sonrisa se dibuja en sus labios mientras se inclina hacia delante para dejar caer un rápido beso sobre los míos.

—Para poder escapar, primero tenemos que morir.

Recoge su *laptop* y algunos papeles del suelo y sale de la habitación.

Diez minutos más tarde, al bajar las escaleras, siento un fuerte olor a gasolina. El olor es tan abrumador que mis ojos empiezan a lagrimear y una tos repentina se apodera de mi garganta. Entierro la cara en el pliegue de mi codo y corro a través del vestíbulo lo más rápido que puedo para salir al exterior.

Alessandro está parado junto a un vehículo negro que no reconozco y me abre la puerta del conductor. Tiene una máscara antigás alrededor del cuello y en la otra mano sujeta una botella de la que sale un trapo.

—Conduce hasta el portón y espérame —explica—. Iré enseguida.

—¿Qué vas a hacer?

—Parece que los que le instalaron el nuevo calefactor a Rocco metieron la pata. Hay una grave fuga de gas.

—¿Cuándo ocurrió?

—En unos veinte minutos. —Se pone la máscara antigás y se dirige al interior de la mansión.

La última vez que conduje fue hace un año, cuando Melania me prestó su auto para llevar a mamá al médico, así que debo concentrarme en los controles. Me acerco sigilosamente al portón y decido detenerme justo en la curva de la carretera, lo que me permite ver tanto la entrada de la propiedad como las puertas principales de la mansión. Cuando me doy la vuelta para mirar por la ventanilla trasera, Alessandro no aparece por ninguna parte. La botella con el trapo que llevaba en la mano está en el camino de entrada, donde había estado la camioneta.

Paso los siguientes veinte minutos mirando entre el reloj del tablero y la ventanilla trasera, esperando a que Alessandro salga. Mi paciencia se agota y estoy considerando la posibilidad de volver a buscarlo cuando se abre la puerta principal y Alessandro sale.

Camina despreocupadamente hasta el centro de la entrada, se detiene y se quita la máscara. Mi teléfono empieza a sonar. Contesto sin dejar de mirar a Alessandro, que se lleva el teléfono a la oreja.

—Tápate los oídos, Ravi, nena. —Su voz suena a través de la línea.

—De acuerdo —susurro y veo cómo guarda su teléfono y se agacha para recoger el cóctel molotov del suelo.

Mi corazón empieza a acelerarse cuando voltea hacia la casa y saca algo del bolsillo de su pantalón. Estoy demasiado lejos para ver qué es, pero la llama que parece brotar de su mano me hace saber que se trata de su encendedor Zippo. Acerca la botella a la flama, enciende el trapo y lo lanza contra una de las ventanas de la casa en la planta baja, rompiendo el vidrio.

Alessandro ya está corriendo hacia el auto cuando un estruendo retumba en el aire. Como si estuviera viendo una escena de una película de Hollywood, mis ojos están clavados a su enorme figura que emerge de una nube de humo, mientras las llamas a su espalda se elevan hacia el cielo nocturno, proyectando un resplandor anaranjado sobre todo lo que hay en los alrededores.

Jalo la manija de la puerta y salgo del auto, con el único deseo de asegurarme de que él está bien, pero no tengo oportunidad porque en el instante en que Alessandro me alcanza, me atrae hacia sus brazos y estrella su boca contra la mía.

—¿Sería raro que te pida que te cases conmigo la misma noche en que te conviertes en viuda? —murmura contra mis labios.

—No lo sé. ¿Lo sería? —Me río.

—¿A quién le importa? De todas formas, estamos oficialmente muertos. —Se aparta y me

mira fijamente—. ¿Quieres casarte conmigo, Ravi, nena?

Tomo su labio inferior entre mis dientes y lo muerdo.

—Sí.

Epílogo

Dos años después, en un pueblo cercano a Le Puy-en-Velay, Francia.

Alessandro

Bip.

Mi mano se detiene a medio camino del tostador.

Es una de las alarmas que indican una intrusión en el perímetro. Tengo detectores de movimiento por todas partes, configurados para crear cuatro círculos concéntricos de seguridad alrededor de nuestra propiedad. Cuando se activa, significa que alguien ha traspasado uno de los límites del sensor y se está acercando.

Miro hacia la terraza trasera, donde mi esposa está preparando todo para el desayuno, silbando algo para sí misma. Su madre y su hermano dijeron que vendrían más tarde, pero es demasiado temprano para que sean ellos.

Bip. Bip.

Dos pitidos significan que los intrusos llegaron al segundo perímetro. Basándome en lo rápido que se mueven, debe ser un vehículo.

—Ravi —la llamo mientras abro el cajón y saco mi arma—. Necesito que vayas arriba, nena.

Ravenna deja lo que está haciendo y mira por encima de su hombro.

—¿Ocurre algo malo?

—Parece que tenemos visitas sin invitación.

Tener una reja alrededor de la propiedad, así como cámaras, pueden ser medidas de seguridad útiles, pero yo nunca las instalaría alrededor de nuestro hogar. Mi esposa nunca volverá a sentirse como una prisionera cuyos pasos son vigilados. Y cualquiera que quiera hacerle daño tendrá que pasar primero sobre mí para llegar a ella.

Ravenna deja los platos sobre la mesa y se dirige al interior de la cocina. Su larga melena cae en cascada como una brillante cortina negra por su espalda y rebota un poco a cada paso que da. Rodea la barra que separa la sala de la cocina y se coloca a mi lado.

Bip. Bip. Bip.

—Por favor —indico, señalando con la cabeza las escaleras que conducen al desván.

Ella se limita a sonreírme y mete la mano en el gran tazón decorativo que hay sobre el mostrador, del que saca otra de mis armas y la prepara.

—No —gruño.

Bip. Bip. Bip. Bip.

Mierda. Cruzaron el último límite del perímetro.

—Ravenna.

Ladea la cabeza y pone su mano en mi mejilla.

—Nunca tendrás que atravesar las líneas enemigas solo, Alessandro. Me enseñaste bien. —Se pone de puntitas y me besa los labios—. Estaré bien.

Nunca debí hablarle de mis misiones. O enseñarle a disparar.

Afuera suena el claxon de un auto. La persona que está al volante no parece estar satisfecha con un solo bocinazo y sigue tocándolo en una sucesión rápida como un maniático. Es una combinación de bocinazos cortos y largos, el patrón se repite en ciclos.

—Perfecto —murmuro, beso a mi mujer y vuelvo a meter el arma en un cajón—. Puedes guardar eso, nena.

—¿Alguien que conoces?

—Por desgracia.

Paso por la puerta principal y fulmino con la mirada al recién llegado. Solamente hay una persona que vendría a mi casa y utilizaría el claxon de su vehículo como código Morse para transmitir un mensaje. ¿El mensaje?

It's me, hi, I'm the problem, it's me.

—¿En serio, Belov? —Cruzo mis brazos sobre el pecho.

—¿Qué? ¿No eres fan del *pop-rock*? —El rubio se baja del auto y me mira con los ojos entrecerrados—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Diez años? Hombre, estás viejo.

—Alessandro. —Ravenna se asoma por detrás de mí—. ¿Vas a presentarme a tu amigo?

—Sí, *Alessandro*. ¿No nos vas a presentar? —Belov sonríe.

—Ese es Sergei Belov, nena. El tipo que casi me hace volar por los aires durante una misión. Dos veces —digo, y vuelvo a mirar a mi excamarada—. ¿Qué haces aquí?

—Nosotros vinimos de visita.

—¿Quién es "nosotros"? —refunfuño.

La puerta del pasajero del auto de Sergei se abre y Felix Allen sale.

—Son negocios, no una visita social. Estamos aquí por un favor a cambio del pago por los servicios que te he prestado.

—¿Qué servicios? —pregunto.

Felix se ajusta los lentes, mete la mano en su bolsillo y saca un pedazo de papel doblado. Se aclara la garganta y empieza a leer en voz alta.

—Obtención de varios paquetes de documentos falsos de alta calidad. Hackear las bases de datos de los gobiernos federal, estatal y local, y acceder, borrar, y modificar varios registros e información, hackear los sistemas de la polícia y apropiarse de información confidencial —hace una pausa y me mira antes de respirar profundamente y exhalar en voz alta mientras prosigue—, trece veces. Localización y adquisición de armas de largo alcance en el mercado negro, falsificando o eliminando los números de serie, según fuera necesario. Abrir dos cuentas bancarias en el extranjero y comprar…

No puedo evitar poner los ojos en blanco ante la reina del drama y luego rodeo con el brazo la cintura de Ravenna, colocando mis manos sobre su vientre de manera protectora. Está embarazada de cuatro meses, pero apenas se le nota el bultito. Mientras tanto, Felix continúa enumerando todas las cosas que ha hecho por mí a lo largo de los años.

—¿Ese es el tipo que te ayudó a salir de Z.E.R.O.? —susurra Ravenna.

—*Síp* —Le doy un beso en la cabeza mientras Felix sigue parloteando.

—… chantaje, pedir favores a la *Yakuza*, así como a dos facciones de la *Camorra*. Organizar la eliminación de cadáveres con regularidad, contratar y luego despedir a un francotirador muy costoso…

—Pero se ve tan… abuelito. —Se ríe—. Si lo viera en un cruce peatonal, me ofrecería a ayudarlo a cruzar la calle.

—Probablemente te arrancaría la mano de un mordisco. Y su aspecto de viejito gruñón lo vuelve más peligroso.

—… adquirir un cadáver de características únicas, además de incurrir en un gasto de almacenamiento hasta recibir una serie de instrucciones de entrega, conseguir otro cadáver en un plazo extremadamente corto y el costo de un ramo de orquídeas.

Felix guarda el papel y coloca sus manos en las caderas.

—¿Gastos de almacenamiento por un cadáver? —pregunto.

—Sí. —Asiente con la cabeza—. Pediste un espécimen de dos metros. Tuve que comprar una nevera más grande.

—¿Y el ramo?

—Mi médico me dijo que tenía que reducir mi consumo de azúcar. Guadalupe encontró el cadáver cuando buscaba mi reserva de helados, así que tuve que disculparme por causarle un gran malestar.

Miro al cielo y sacudo la cabeza.

—¿Qué quieres?

—Necesito que acompañes a Sergei en una pequeña misión privada para mí. —Se encoge de hombros y se quita el polvo inexistente de la chaqueta de su traje—. Nada demasiado importante. Tres días, tal vez cuatro, como máximo.

—¿Qué tipo de misión?

—Una misión de rescate. Un viaje corto a México y de regreso. Será pan comido, Az. Te lo juro.

—Ya veo. Si no tiene ninguna importancia, ¿por qué no puede encargarse de ello Belov por su cuenta?

—El lugar está algo vigilado —musita el viejo, evitando mirarme.

—¿Cuántos hombres? —pregunto.

Felix se encoge de hombros, pero no responde.

—Ciento tres —lanza Sergei y sonríe—. Es el complejo de mi amigo Mendoza. Con suerte, no se dará cuenta de que soy yo cuando lo allanemos.

—¿Y a tu hermano le parece bien que invadas la propiedad de su socio?

—La verdad es que no. —Sergei hace un gesto incómodo—. Mantengamos esto en secreto. Roman se pondrá furioso si se entera.

Encantador.

—¿Y a quién vamos a rescatar?

—Kai Mazur —dice Felix.

—Sí —resoplo—. No lo haré.

—¡Me lo debes!

—Ese hombre está muy jodido, Felix. Probablemente pensará que fuimos a eliminarlo y tratará de matarnos primero.

—Siempre ves lo peor de la gente —se burla Sergei—. Kai es un tipo decente.

—*¿Kai es un tipo decente?* Si mal no recuerdo, ustedes dos intentaron matarse el uno al otro al menos cinco veces.

—¿Un tipo decente y jodido? —Sonríe.

Me aprieto la nariz, apenas pudiendo creer lo que estoy escuchando. Y es verdad. Los locos

se atraen unos a otros.

—Vamos, Az —dice Sergei—. No podemos abandonarlo.

—De acuerdo, maldita sea.

*** * ***

Un crujido a mi derecha.

Dirijo mi rifle hacia la fuente del sonido y veo que solamente es un roedor escabulléndose entre las hojas caídas.

El aire está cargado de humedad, dificultando mi respiración, sobre todo vestido completamente con ropa de combate y el equipo de visión nocturna. Cambio de posición y vuelvo a enfocar la mira hacia el portón de madera, donde dos hombres montan guardia.

—Ese lunático no pudo dejarse atrapar en un clima más fresco, ¿verdad? —refunfuño.

—Estoy seguro de que será más considerado la próxima vez —asegura Sergei mientras sigue retorciendo los cables de la bomba que él mismo fabricó.

—¿Cómo carajo se dejó capturar?

—Ni idea. Felix pensó que Kai estaba muerto hasta que su nombre apareció en un mensaje que interceptó a través de uno de los canales no oficiales. ¿Puedes creer que ese viejo bastardo todavía tiene una puerta trasera en las comunicaciones de Kruger? En fin, parece que los mexicanos lo han tenido durante bastante tiempo. El yerno de Mendoza fue arrestado en los Estados Unidos el mes pasado, así que ofrecieron un intercambio, Kai por el yernito.

—¿Cuánto tiempo es *bastante tiempo*?

Sergei termina con la bomba y la deja en el suelo.

—Tres años.

—¿Tres años? Maldita sea. ¿Estás seguro de que está vivo?

—Nunca lo matarían. Demasiado valioso para negociar —afirma y toma su rifle de francotirador—. Pero en qué estado lo encontraremos, esa es la pregunta del millón. Vamos.

Nos acercamos al portón y nos cubrimos tras un gran arbusto. Mantengo a los guardias en mi mira mientras Sergei saca un pequeño dispositivo tipo *tablet* de su mochila y la abre de golpe.

—Por cierto, vi la grabación de tu funeral. Fue una ceremonia hermosa.

—Gracias.

—¿Siguen creyendo que fue una fuga de gas?

—Los que deben, sí. —Hago un gesto con la cabeza hacia el complejo que tenemos enfrente —. ¿Cuántas bombas colocaste?

—Doce en el exterior de los muros. Treinta y siete en el interior. No pude poner ninguna en el portón porque está vigilado día y noche. —Pasa el dedo por encima de una de las teclas del teclado y agarra la bomba que acaba de hacer con la mano que tiene libre—. Hombre, me encanta esta mierda.

Lanza la bomba hacia el portón. La cual cae entre los dos guardias y explota. Un segundo después, un estruendo ensordecedor llena el aire al detonar simultáneamente todos los artefactos explosivos que Sergei había colocado. El suelo tiembla como si se hubiera producido un terremoto bajo nuestros pies, haciendo volar por los aires tierra, madera y escombros. Estoy esperando a que se abra la boca del infierno y nos trague enteros.

—¿Seguro que es suficiente, Belov? —pregunto sarcásticamente mientras una nube de polvo y humo se eleva sobre los quince mil metros cuadrados del complejo de Mendoza.

—Tendrá que bastar —responde Sergei—. No pude conseguir más C4 con tan poco tiempo.

El polvo tarda casi veinte minutos en asentarse lo suficiente como para que podamos ver algo. Las explosiones dejaron sin electricidad todo el terreno, del tamaño de un campo de fútbol americano, quedando a oscuras, con la única luz procedente de una docena de incendios que han surgido en la zona. Ahora sí que el escenario parece un infierno.

—¡Ahora! —declaro, mientras me cubro la boca y la nariz con el pañuelo y me dirijo hacia el portón.

Gritos y llantos resuenan a nuestro alrededor mientras caminamos entre las estructuras destruidas. Un disparo ocasional se suma a la cacofonía mientras nos deshacemos de los sobrevivientes a nuestro paso. Todo está en ruinas, excepto el enorme hangar situado en el centro del complejo. Varios hombres están colocados en la entrada, con las armas en alto mientras buscan frenéticamente amenazas. Yo elimino a cinco al acercarme por la derecha, mientras Sergei se deshace de otros cuatro que se acercan por el otro lado.

—¡Atrás! —anuncia y se dirige alrededor del hangar mientras yo sigo caminando hacia la entrada principal.

Tres guardias más salen corriendo cuando llego a la puerta del hangar, pero me encargo rápidamente de ellos y entro.

Obviamente es un almacén, probablemente de drogas, ya que ese es el negocio de Mendoza, con cajas apiladas unas encima de otras por todos lados, casi llegando al techo. Giro a la derecha entre dos filas de contenedores, en busca de enemigos. Suenan varios disparos al otro lado del edificio mientras Sergei hace un barrido por su flanco. Llego al final de la fila y giro hacia la siguiente.

Me estoy acercando al centro del hangar cuando escucho la voz de Sergei en mi auricular.

—Santa Madre María, Jesús y José —dice entrecortadamente—. Esquina este. Trae tu trasero hasta aquí. Ahora, Az.

Giro a la izquierda y me apresuro hacia Sergei. Está arrodillado, sosteniendo una barra de luz fluorescente sobre algo en el suelo. Levanto mi equipo de visión nocturna y me aproximo para ver más de cerca. La visión que obtengo me deja sin palabras.

Un hombre, prácticamente en los huesos, yace acurrucado en el suelo. Sus pantalones están rotos y sucios, y lo que queda de su camiseta cuelga como un trapo sobre su pecho. Cada centímetro de piel visible está cubierto por una capa de sangre seca. Su rostro está girado hacia nosotros, pero si no fuera por un mechón de cabello largo y enredado, nunca lo habría reconocido. La última vez que vi a Kai, pesaba más o menos lo mismo que yo, pero ahora parece un puto esqueleto.

—¿Está vivo? —inquiero.

—Más o menos. Ve si puedes encontrar algo para romper eso. —Sergei señala con la cabeza la cadena de metal gruesa que rodea la pierna derecha de Kai y está atornillada a la pared.

Corro hacia la entrada del hangar para tomar un cortapernos y otras herramientas que vi en una mesa cerca de la puerta, y me apresuro a volver. La piel del tobillo encadenado de Kai está en carne viva. Parece como si el desquiciado hijo de puta hubiera intentado arrancarse el pie para liberarse.

—Sujétalo —indico—. No quiero que se vuelva completamente loco pensando que soy un enemigo.

—Apenas respira, Az. No creo que sea capaz de nada más.

Doy un paso adelante y coloco la cabeza del cortapernos alrededor de la cadena, preparándome para cortar, cuando el talón de un pie descalzo me golpea en la barbilla.

—¡Jesucristo, carajo! —Me sobresalto—. ¡Te dije que lo sujetaras, maldita sea!

Sergei se echa sobre Kai, sentándose a horcajadas sobre su pecho y agarrándole las muñecas. Kai suelta un rugido salvaje y le da un cabezazo tan fuerte a Belov que la cabeza de Sergei se echa hacia atrás.

—Mierda. —Meto la mano en mi chaqueta y saco una cajita de plástico con una jeringa en el interior.

Felix nos consiguió el tranquilizante por si teníamos problemas para dominar a Kai, pero una vez que vi el estado en que se encontraba, no creí que fuera necesario. El loco bastardo vive para demostrar que la gente se equivoca. Destapo la aguja y la clavo en el muslo de Kai. Sigue sacudiéndose durante varios segundos más, intentando golpear la cabeza de Sergei antes de que su cuerpo finalmente se doblegue. Kai tiene los ojos vacíos, mirando en silencio a lo lejos, no obstante, noto que mueve los labios. Me agacho a su lado e intento escuchar lo que dice, sin embargo, las palabras no tienen sentido.

—¿Hay tigres en México? —Miro a Sergei.

—*Nop.* ¿Por qué?

—Creo que está delirando —contesto—. Está llamando a “su pequeña tigresa”.

FIN

Querido lector,

¡Muchísimas gracias por leer la historia de Alessandro y Ravenna! Espero que te animes a dejar una reseña para que los demás lectores sepan qué te pareció ***Sueños Quemados***. Aunque solo sea una frase, es una gran ayuda. Las reseñas ayudan a los autores a encontrar nuevos lectores y a otros lectores a encontrar nuevos libros que les encanten.

Aquí tienes el enlace por si quieres dejar una reseña:

Sueños Quemados (haz clic aquí)

Si quieres charlar, te invito a unirte a mi grupo de FB

Neva Altaj's Perfectly Imperfect Readers (haz clic aquí)

Y si quieres mantenerte informado de todos los nuevos lanzamientos, asegúrate de suscribirte a mi boletín de noticias (¡No hay *SPAM*! Lo prometo) - Boletín de Neva (haz clic aquí)

El siguiente libro de la serie es ***Mentiras Silenciosas***, que trata sobre Sienna (la hermana de Asya) y Drago Popov :D. Esta es una historia sobre un matrimonio arreglado, con diferencias de edad de una pareja *grumpy-sunshine*.

Espero de verdad que esta pareja les guste, porque disfruté muchísimo escribiendo su historia. A primera vista pueden parecer absolutamente opuestos, pero creo que este hombre extremadamente posesivo y celoso (OTT) es la pareja perfecta para Sienna.

La sinopsis de ***Mentiras Silenciosas*** ya está disponible, así que puedes leerla y preordenar el libro en este enlace (haz clic aquí).

Siguiente en la serie

Mentiras Silenciosas

DRAGO

Solamente existe un castigo para los espías y los mentirosos,
Una muerte lenta y dolorosa.
Y mi dulce y angelical esposa,
que embrujó a todos en mi hogar,
desde mis hombres, y hasta mis perros,
es la peor traidora de todas.

Al parecer, yo también caí bajo su hechizo,
con cada sonrisa, cada atuendo ridículo,
Estoy luchando, y fracasando.

Quiero odiarla. Sin embargo, anhelo escuchar,
cada *mentira silenciosa* que sale de sus irresistibles labios.

SIENNA

Mostrar solo aquello que quiero que vean de mí,
nunca dejarlos entrar.
Así es como manejo las cosas.

Puede que haya aceptado este matrimonio,

pero nunca seré suya.

Nunca dejaré que vea debajo de mi máscara.

Aunque con cada día que pasa,

se vuelve más difícil cumplir con mi misión.

Estoy luchando, y fracasando.

Me estoy enamorando…

Del hombre al que juré traicionar.

Sobre la Autora

Neva Altaj escribe apasionante romance de mafia contemporáneo sobre antihéroes dañados y heroínas fuertes que se enamoran de ellos. Tiene una debilidad por los alfas locos, celosos y posesivos que están dispuestos a quemar el mundo hasta los cimientos por su mujer. Sus historias están llenas de erotismo y giros inesperados, y un felices para siempre está garantizado en todo momento.

A Neva le encanta saber de sus lectores, así que no dudes en ponerte en contacto:

Sitio web: http://www.neva-altaj.com
Facebook: https://www.facebook.com/neva.altaj
TikTok: https://www.tiktok.com/@author_neva_altaj
Instagram: www.instagram.com/neva_altaj
Goodreads: www.goodreads.com/Neva_Altaj
BookBub: www.bookbub.com/authors/neva-altaj

* * *

FB Reader Group "Neva Altaj's Perfectly Imperfect Readers" (click here)

Newsletter (click here).

Bonus Scenes (click here)

Book Art (click here)